DE LA AUTORA BESTSELLER DEL *NEW YORK TIMES*

CHRISTINA LAUREN

EL EXPERIMENTO *del* AMOR VERDADERO

CONTRALUZ

CHRISTINA LAUREN



Traducido del inglés por Beatriz Villena Sánchez



Este libro es una descarada declaración
de amor a nuestro género.
Que estas páginas te traigan romance.

Y para Jennifer Yuen, Patty Lai, Eileen Ho,
Kayla Lee y Sandria Wong.
Hay un pedacito de cada una de vosotras aquí.
Os agradecemos mucho que hayáis compartido
vuestras experiencias con nosotras
y esperamos que os sintáis orgullosas.

Prólogo

FIZZY

—Soy la mayor de tres hermanos, así que suelo bromear diciendo que soy como la primera tortita. —Un leve murmullo de risas recorre la sala y sonrío—. Ya sabéis a qué me refiero. Un poco destartalada, algo cruda, pero con buen sabor.

Las risas se intensifican, ahora entremezcladas con unos cuantos silbidos obscenos y me echo a reír al darme cuenta.

—¡No era mi intención que sonara descarado! ¿Veis? Aquí estoy, intentando parecer profesional y sigo siendo un desastre. —Miro hacia atrás, al doctor Leila Nguyen, el rector del Revelle College de la Universidad de California en San Diego y mi antiguo profesor de escritura creativa, y le sonrío—. Supongo que esto es lo que pasa cuando invitas a una escritora de literatura romántica a dar el discurso de graduación.

Junto al doctor Nguyen está sentada otra persona, luchando por contener la risa. El doctor River Peña, amigo cercano, guapísimo genio y vampiro no confirmado, también es invitado especial en la ceremonia de hoy; supongo que él también va a recibir un título honorífico por ser una especie de prodigio sexi. Encaja aquí a la perfección: cuello rígido, pantalones impecablemente planchados sobresaliendo por debajo de la toga, zapatos de vestir brillantes y un aire de austeridad que yo jamás he podido dominar. Ahora veo que se le ilumina la complicidad en sus petulantes ojos con densas pestañas.

Cuando recibí la invitación para pronunciar el discurso, a River le faltó tiempo para sacar un billete de veinte dólares y decir: «Va a ser un absoluto desastre, Fizzy. Convénceme de lo contrario».

Estoy segura de que tanto él como mi mejor amiga, Jess —su mujer—, esperaban que me subiera al escenario y les soltara *Los monólogos de la vagina* a las masas académicas o que sacara un plátano y, mientras le ponía un condón, le recordara a todo el mundo que el sexo seguro seguía siendo importante en este año de la era de nuestro señor Harry Styles, pero os juro que, cuando la situación lo requiere, soy capaz de comportarme como una literata recatada.

Al menos creía que sería capaz de leer más de una línea de mi discurso sin caer en algún doble sentido, pero os juro que no ha sido en absoluto mi intención.

Vuelvo a centrarme en el mar de graduados vestidos de negro, azul y amarillo que se extiende frente a mí, en el complejo deportivo de la universidad, y siento una intensa oleada de ilusión vicaria por todos aquellos jóvenes que emprenden hoy su vuelo. Tantas oportunidades por delante. Tanto estrés por tener que pagar sus préstamos universitarios. Pero también tanto buen sexo.

—Mi hermana pequeña es neurocirujana. ¿Y mi hermano pequeño? Bueno, él es el socio más joven de la historia de su bufete. Uno de mis mejores amigos, sentado justo aquí detrás, es un genetista de fama mundial. —Se oyen unos aplausos sinceros para el chico de moda de la biotecnología y, una vez se apagan, entro a matar—. Pero ¿sabéis qué? A pesar de todos sus logros, ninguno de ellos ha escrito un libro llamado *Lujuria oculta,* así que creo que es evidente quién ha conseguido el éxito aquí.

Llevada por una nueva oleada de vítores, decido continuar.

—Así que escuchad. Este tipo de discursos no son nada fáciles. La mayoría de los invitados a despedir a jóvenes superestrellas como vosotros enumeraría una lista de formas concretas de encontrar vuestro lugar en una cultura en constante cambio o de animaros a aumentar vuestro impacto reduciendo vuestra huella de carbono. Os animarían a salir ahí fuera y cambiar el mundo, y yo, por supuesto, también lo hago. Apoyo esas ambiciones. Ciudadanos del mundo: bien. Ecoterroristas: mal. Pero el doctor Nguyen no ha invitado a una inspiradora científica especializada en cambio climático ni a una carismática y aceptablemente neutral política. Me ha invitado a mí, Felicity Chen, autora de libros llenos de amor, responsabilidad y positividad sexual, y francamente, el único consejo profesional que estoy cualificada a dar sobre conciencia ecológica es que apoyéis vuestra biblioteca local. —Otra oleada de risas apagadas—. De hecho, lo único que me preocupa, lo que para mí es más importante en este mundo es que, cuando todos y cada uno de vosotros lleguéis al final de este viaje de locos, podáis mirar atrás y decir con sinceridad que habéis sido felices.

Es un día perfecto: radiante y azul. Los eucaliptos se balancean al borde del campo y, si respiras en el momento adecuado, en la racha perfecta de la cálida brisa de San Diego, puedes oler el mar, a menos de dos kilómetros de distancia. A pesar de todo, tengo el estómago un poco revuelto por la siguiente parte del discurso. Me he pasado la mayor parte de mi vida adulta defendiendo mi profesión y lo último

que desearía sería que pareciera que estoy a la defensiva. Estoy aquí, de pie, con mi propio birrete y mi toga, con un discurso en la mano que yo misma he tecleado e impreso para no empezar a divagar y arruinarlo con chistes sobre penes, tal como River espera que haga. Quiero que perciban la sinceridad en mis palabras.

—Os voy a decir que viváis vuestra vida como si fuera una novela romántica. —Levanto la mano cuando aquellos estudiantes sonrientes empiezan a reír, nerviosos, pero no los culpo por pensar que estoy de broma, que estoy siendo remilgada.

Hago una pausa efectista, a la espera de que se apaguen las risas y se despierte la curiosidad.

—Escuchad. El romance es algo más que romanticismo sensiblero injustificado. Puede serlo, sí, y no tiene nada de malo, pero, al final, el romance no es la fantasía de ser rica o guapa, ni siquiera de que te aten a la cama. —Más risas, pero ahora he captado su atención—. Va de dar prioridad a las historias alegres sobre las historias dolorosas. Va de verte a ti misma como la protagonista de una vida muy interesante, o incluso tranquila, que solo tú controlas. Es, amigos míos, la fantasía de la trascendencia.

Vuelvo a hacer una pausa, tal como había practicado, porque todos aquellos jovencitos habían sido educados bajo los nubarrones grises del patriarcado y considero que es mi obligación aplastarlo con un martillo proverbial. La idea de que todos merecemos trascendencia necesita tiempo para asentarse.

Pero la pausa se prolonga más de lo que había planeado.

Porque no esperaba que mi propia teoría acabara golpeándome como un rayo en mitad del pecho. He vivido toda mi vida adulta como si fuera una novela romántica. He abrazado la aventura y la ambición; siempre he estado abierta al amor. Me gusta el sexo, apoyo a las mujeres de mi vida y pienso activamente en formas de convertir el mundo a mi alrededor en un lugar mejor. Estoy rodeada de familiares y amigos, pero mi propia trascendencia es mi mejor amiga, la hija devota, la aventura de una noche que jamás olvidas. La sustancia de mi historia, la trama romántica, llena de amor y felicidad es, en realidad, un enorme agujero. Estoy harta de primeras citas y, de repente, me siento tan cansada que podría quedarme dormida allí mismo, sobre el atril. Y entonces, envuelta en una racha de viento estremecedora, soy consciente de que he perdido la alegría.

Miro el océano de rostros que me observan, con los ojos bien abiertos y atentos, y me gustaría admitir la triste realidad: jamás he pasado del primer acto de mi triste historia. No sé lo que significa ser constantemente trascendente. ¿Cómo puedo decirles a todos esos

miniadultos que salgan ahí fuera con optimismo porque todo va a salir bien? El mundo parece decidido a aplastarnos y soy incapaz de recordar cuándo fue la última vez que fui feliz. Todo lo que les estoy diciendo, todas y cada una de las palabras llenas de esperanza de este discurso, parecen una absoluta mentira.

De alguna forma, soy capaz de ponerme la brillante máscara de Fizzy y les digo a aquellos niños que lo mejor que pueden hacer para el futuro es escoger la comunidad correcta. Les digo que, si se enfrentan al futuro con el optimismo del novio por excelencia, Ted Lasso, todo saldrá bien. Les digo que, si se esfuerzan, si asumen que habrá curvas cerradas, subidas y bajadas, si se permiten ser vulnerables, se dejan querer y son honestos con las personas que significan algo para ellos, entonces todo saldrá bien.

Y, cuando me alejo del atril y vuelvo a sentarme junto a River, me pone algo en la mano.

—Lo has clavado.

Observo el billete de veinte dólares nuevecito y, entonces, con discreción, se lo devuelvo. Con una gran sonrisa dibujada en la cara, consciente de que seguimos frente a una audiencia de miles de personas, le digo:

—Pero ¿qué pasa si no he dicho más que sandeces?

Capítulo 1

FIZZY

Aproximadamente un año después

—A no ser que estés fantaseando con el guapo camarero, no tienes excusa para no reaccionar a lo que te acabo de decir.

Miro extrañada a mi mejor amiga, Jess, al otro lado de la mesa y entonces me doy cuenta de que llevo un rato hipnotizada removiendo la aceituna de mi martini una y otra vez.

—Mierda, lo siento mucho. Se me ha ido la olla. Repite, porfa.

—No —dice mientras coge su copa de vino con delicadeza—. Ahora vas a tener que adivinarlo.

—¿Adivinar lo que tienes planeado para tu viaje a Costa Rica?

Jess asiente mientras bebe un sorbo.

La miro, inexpresiva. Ella y su marido, el anteriormente citado River Peña, parecen estar unidos por un rayo láser vibrante y sexi. La respuesta aquí es muy obvia.

—Sexo en todas las superficies planas de la habitación de hotel.

—Eso se da por hecho.

—¿Correr entre animales salvajes?

Jess se queda inmóvil con la copa cerca de los labios.

—Es curioso que esa sea tu segunda suposición. No.

—¿Un pícnic en una casita del árbol?

Hace un gesto de repulsa al instante.

—¿Comer con arañas? Paso.

—¿Surfear sobre el caparazón de una tortuga?

—Eso sería muy poco ético.

Con un gran sentimiento de culpa, hago una mueca de dolor. Incluso las conversaciones Jess-Fizzy parecen haberse agotado.

—Vale, no se me ocurre nada.

Me estudia un instante.

—Perezosos. Vamos a un refugio de perezosos.

Dejo escapar un suspiro cargado de celos e intento reunir un poco de energía para demostrar lo impresionante que me parece su viaje,

pero Jess extiende el brazo por encima de la mesa del bar y apoya la mano sobre la mía, haciendo que guarde silencio.

—Fizzy.

Observo mi martini a medio beber para evitar su mirada maternal de preocupación. La cara de madre de Jess tiene el poder de hacerme sentir al instante la necesidad de disculparme, independientemente de lo que haya hecho.

—Jessica —mascullo a modo de respuesta.

—¿Qué te pasa?

—¿A qué te refieres? —le pregunto, a pesar de saber perfectamente a qué se refiere.

—No sé, a todo. —Levanta su copa de vino con la mano libre—. He pedido vino de los viñedos Choda y no has bromeado con uvas bajitas y regordetas.

Hago un gesto de dolor. Ni siquiera se me había ocurrido.

—Reconozco que esa se me ha pasado.

—El camarero no ha dejado de mirarte desde que entramos y todavía no has usado AirDrop para pasarle tus datos de contacto.

Me encojo de hombros.

—Tiene rayas afeitadas en las cejas.

Mientras esas palabras salen de mi boca, nuestras miradas se entrecruzan, conmocionadas. La voz de Jess se transforma en un susurro lleno de dramatismo.

—¿Estás siendo…?

—¿Quisquillosa? —termino yo, suspirando.

Su sonrisa suaviza la preocupación que persiste en sus ojos.

—Ahí está. —Con un apretón final, me suelta la mano y se acomoda en su silla—. ¿Un mal día?

—Solo es que estoy pensando mucho —admito—. Quizá estoy pensando demasiado.

—Vale, has visto a Kim hoy, ¿es eso?

Kim, mi psicóloga desde hace diez meses y la mujer que esperaba que me ayudara a descifrar el código para volver a escribir, a tener citas y, en definitiva, a sentirme yo misma. Kim, la persona que escucha todas mis preocupaciones sobre el amor, las relaciones y la inspiración porque de verdad, de verdad que no quiero volcar todo mi estrés en Jess (ella y River hace poco que se han casado) ni en mi hermana Alice (está embarazada y ya bastante cansada de su sobreprotector marido ginecólogo) ni en mi madre (ya está demasiado implicada en mi situación sentimental; no quiero mandarla a ella también a terapia).

Antes, cuando me sentía mal, como ahora, sabía que se me pasaría

con el tiempo. La vida tiene altibajos; la felicidad no es una constante ni una certeza. Pero este sentimiento lleva conmigo casi un año. Es un cinismo que parece haberse asentado de forma permanente en mi actitud. Solía pasar los días escribiendo historias de amor, convencida por mi infinito optimismo de que mi propia historia de amor empezaría en la siguiente página, pero ¿qué pasa si el optimismo se ha ido para siempre? ¿Qué pasa si me quedo sin páginas?

—Sí, hoy he visto a Kim —le respondo—. Y me ha puesto deberes.

Saco mi libreta Moleskine del bolso y la agito sin demasiado entusiasmo. Los cuadernos de colores han sido mis fieles compañeros durante años. Llevaba uno conmigo allí donde fuera para escribir la trama de mis libros, fragmentos de conversaciones divertidas, imágenes que me venían a la cabeza en momentos aleatorios. Los llamaba «mis cuadernos de ideas» y solía garabatear cosas en ellos unas veinte, treinta o cuarenta veces al día. Aquellos garabatos eran mi fuente de ideas. Varios meses después de que mi cerebro romántico frenara en seco delante de un millar de recién graduados universitarios, seguía llevando uno con la esperanza de que la inspiración volviera a visitarme. Pero, al final, verlos allí, dentro de mi bolso, acabó por estresarme, así que empecé a dejármelos en casa, acumulando polvo, junto a mi ordenador de sobremesa y mi portátil.

—Kim me ha dicho que tengo que volver a llevar mis cuadernos —le digo a Jess—. Que ya estoy preparada para soportar la leve presión que supone llevar uno encima y que, incluso, escribir alguna que otra frase o garabatear algo me podría ayudar.

Necesito un segundo para asimilar lo que acabo de decir. La parte de «incluso escribir alguna que otra frase» flota entre las dos.

—Sabía que tenías un bloqueo —me confiesa Jess—, pero no era consciente de lo malo que era.

—Bueno, no es algo que pase de repente. Ya llevaba tiempo escribiendo, pero nada especialmente bueno. Y entonces empecé a preocuparme porque, de hecho, era bastante malo y eso me hizo pensar que había perdido la chispa. Y pensar que había perdido la chispa me hizo pensar que, quizá, había dejado de creer en al amor.

Jess frunce el ceño y decido continuar.

—Bueno, no es que me despertara un día pensando: «Oh, pues el amor es una gran mentira». —Clavo el palillo en la aceituna de mi bebida y lo utilizo para señalar en su dirección—. Obviamente, tú has demostrado que no es así, pero imagino que, en algún momento, voy a tener que admitir que mi vida amorosa quizá no va a ser lo que creo que debería ser.

—Fizz…

—Creo que ya tengo una edad que me deja fuera de las grandes ligas.

—¿Qué? Eso es… —Parpadea cuando su argumento se muere en su boca—. Bueno, esa, en realidad, es una muy buena metáfora.

—Es el clásico dilema del huevo y la gallina: ¿el bloqueo de escritora ha matado mi romanticismo o haber perdido el romanticismo ha matado mi inspiración?

—Demasiadas dudas son esas.

—¡Ojalá solo fuera eso! Lo malo es que, después de tanto tiempo sola, te acabas preguntando si, de hecho, sigues siendo capaz de mantener una relación.

—Tampoco es que hayas deseado mucho tener una —me recuerda—. No sé quién sería Felicity Chen si no tratara las citas como un deporte extremo.

Vuelvo a señalarla, llena de energía.

—¡Exactamente! ¡Ese es otro miedo que tengo! ¿Y qué pasa si ya he agotado los recursos locales?

—¿Recursos… locales?

—Suelo bromear diciendo que ya he tenido citas con todos los hombres solteros del condado de San Diego y también, sin quererlo, con algunos casados, pero empiezo a pensar que no está tan lejos de la realidad.

Jess se ríe en su copa de vino.

—Venga ya.

—¿Te acuerdas de León? ¿El tío que conocí cuando me tiró una enorme bandeja de ensalada griega en el pie en el aparcamiento de Whole Foods?

Jess asiente mientras bebe un sorbo.

—¿El tipo de Santa Fe?

—¿Y te acuerdas de Nathan, el de la cita a ciegas?

Entrecierra los ojos.

—El nombre me suena de algo, sí.

—Pues son hermanos. Gemelos. Se habían mudado aquí juntos para estar más cerca de la familia. Salí con ellos con solo dos semanas de diferencia. —Jess se tapa la boca con la mano, intentando ahogar una risa—. Cuando Nathan entró en el restaurante y se acercó a la mesa, le dije: «Dios mío, pero ¿qué haces tú aquí?».

Suelta una carcajada.

—Estoy segura de que les pasa eso todo el tiempo.

—Seguro, pero es que el mes pasado salí con otro tipo llamado Héctor. —Hago una pausa para subrayar lo que estoy a punto de decir—. Pues resulta que era el primo por el que los gemelos se habían

mudado.

Hay que decir en favor de Jess que su risa, esta vez, parece más bien un gemido. Estas cosas solían ser divertidas. Antes hacían que nos muriésemos de risa y las citas de este tipo eran una ráfaga de aire fresco. Las Aventuras de Fizzy me ofrecían una fuente ilimitada de inspiración. Aunque la cita saliera horriblemente mal, todavía era capaz de buscarle el lado divertido o, incluso, usarla como idea para un diálogo. Pero en estos momentos tengo seis libros a medio escribir que no han pasado de la parte de chico conoce a chica y luego… nada. Hay un obstáculo en el camino hacia el «te quiero», una señal de SIN ACCESO en mi cerebro. Estoy empezando a comprender por qué. Porque cuando veo cómo Jess se ilumina cada vez que River entra en la habitación, debo admitir que jamás he compartido ese tipo de alegría con nadie. Cada vez me cuesta más escribir sobre amor con autenticidad.

Ni siquiera estoy segura de saber lo que es el amor verdadero.

El teléfono de Jess vibra sobre la mesa.

—Es Juno —dice para referirse a su hija de diez años, mi segunda mejor amiga y uno de los pequeños seres humanos más encantadores que he conocido.

Los niños son todo un misterio para mí, pero Juno, de alguna forma, se traduce en mi mente como un adulto, seguramente porque es más inteligente que yo.

Le hago un gesto a Jess para que coja el teléfono mientras cruzo una mirada con el hombre que está al otro lado del bar. Es guapo de una forma relajada pero obvia: pelo oscuro despeinado sobre unos ojos claros penetrantes y una mandíbula tan afilada que podría cortarme la ropa a la vez que se desliza por mi cuerpo. Con la americana tirada en una silla y la camisa que ciñe sus anchos hombros desabrochada en el cuello, tiene el típico aspecto de un hombre que ha tenido un día horrible y esa mirada famélica que dice que me utilizaría para olvidarlo todo. Los hombres que miran así solían ser mi perdición. La Fizzy del pasado ya estaría en mitad de la sala.

Pero la Fizzy del presente no está interesada en absoluto. ¿Acaso mi barómetro interno de tíos buenos se ha roto? Lo golpeo con un martillo mental mientras me imagino a mí misma bajando al CEO buenorro de su taburete y arrastrándolo por el cuello de la camisa al pasillo.

Nada.

¡Mira esa boca! ¡Tan grande! ¡Tan arrogante!

Todavía nada.

Aparto la mirada y vuelvo a prestarle atención a Jess, que pone fin

a su llamada.
—¿Todo bien?
—Intentando coordinar danza y fútbol —me responde, encogiendo los hombros—. Te daría más detalles, pero las dos nos quedaríamos dormidas en la segunda frase. Volvamos a Héctor, el primo de…
—No me acosté con ninguno de ellos —suelto de repente—. De hecho, hace un año que no me acuesto con nadie. Hice las cuentas hace unos días. Me resulta raro decirlo en voz alta.
Y supongo que debe resultar raro oírlo, porque Jess me mira boquiabierta.
—Guau.
—¡Hay mucha gente que no tiene relaciones sexuales en un año! —protesto—. ¿De verdad es tan sorprendente?
—Para ti sí, Fizzy. ¿Estás de broma?
—Estuve viendo porno la otra noche y nada, ningún cosquilleo. —Me miro el regazo—. Creo que he perdido la sensibilidad ahí abajo.
La preocupación de Jess va en aumento.
—Fizz, cariño, yo…
—La semana pasada consideré la posibilidad de salir a correr en chanclas solo para recordar cómo suena el sexo. —La frente de Jess se arruga, llena de inquietud, así que decido desviar la atención—. La respuesta es obvia. Ha llegado el momento de cortarme el flequillo.
Durante un breve segundo, puedo verla considerando la posibilidad de resistirse a aquel cambio de tema, pero, por suerte, se sube al carro.
—Tenemos un acuerdo estricto en cuanto a que ninguna crisis justifica un flequillo. Lo siento, es un «no» rotundo del comité de mejores amigas.
—¡Pero imagínate lo joven que parecería! Extravagante y dispuesta a todo.
—No.
Gruño y centro la atención en la televisión del bar, en la que ha terminado el partido de baloncesto que estaban emitiendo y han empezado los titulares de las noticias locales. Señalo la pantalla.
—Ahí está tu marido, en la tele.
Le da un sorbo a su copa de vino mientras observa al River bidimensional.
—Nunca va a dejar de parecerme raro.
—¿La parte de marido o la de la tele?
Se echa a reír.
—La de la tele.
Se le ve en la cara: la parte de marido le resulta tan natural como respirar. Y todo gracias a la ciencia, concretamente a un invento del

propio River —un análisis de ADN que clasifica a las parejas en *match* de base, plata, oro, platino, titanio y diamante en función de todo tipo de patrones genéticos y pruebas de personalidad complicados— que les dijo que son todo lo compatibles que los seres humanos podemos llegar a ser.

Y estoy encantada de poder llevarme el mérito. Jess no iba a hacerse la prueba que los ha acabado uniendo —la ADNDuo— hasta que le hice llegar una versión preliminar. ¿Dónde están mis puntos de karma legítimamente ganados? River convirtió su década de investigación científica sobre patrones genéticos y compatibilidad romántica en la aplicación y la empresa de mil millones de dólares GeneticAlly, que ahora es la niña de los ojos de la biotecnología y del sector de las citas por internet. Su empresa lleva copando los titulares desde que se fundó.

Cuando habla del tema, utiliza mucha palabrería científica, pero ha cambiado radicalmente la forma en la que la gente busca el amor. La ADNDuo se lanzó al mercado hace tres años y ya ha superado a Tinder en número de usuarios. Algunos analistas esperan que sus acciones coticen más alto que las de Facebook, ahora que está disponible Paired, la red social asociada. Absolutamente todo el mundo conoce a alguien que ha encontrado pareja a través de GeneticAlly.

Todo eso es impresionante, pero para alguien como River, que preferiría pasarse el día mirando una campana extractora antes que tener que enfrentarse a una reunión de inversores o a las preguntas de la prensa, creo que tanta locura le debe de parecer un horror.

Pero, como bien nos están recordando las noticias de la noche, en breve GeneticAlly dejará de ser el problema de River. Va a vender la empresa.

—¿Cuándo se cierra el acuerdo? —pregunto.

Jess bebe un sorbo de vino sin apartar la mirada de la televisión.

—Está previsto para el lunes por la mañana.

En realidad, no entiendo nada. El consejo de GeneticAlly ha aceptado una oferta, pero luego hay todo tipo de acuerdos subrogados que se están produciendo que yo no comprendo. Lo que sí tengo claro es que como Jess va a ser asquerosamente rica, le toca a ella pagar las bebidas esta noche.

—¿Y tú cómo te sientes?

Se echa a reír.

—Me siento profundamente poco preparada para lo que va a ser mi vida a partir de ahora.

La observo, intentando descifrar la simplicidad de la frase. Y, entonces, ante la evidencia de los hechos, alargo una mano para

agarrar la suya. En la muñeca derecha tiene la otra mitad de mi tatuaje de Fleetwood Mac mal escrito, producto de una borrachera. «Thunner only happens» y «wen it's raining» nos unen para siempre.

—Te quiero —le digo, seria—. Y estoy aquí para ayudarte a gastar toda esa pasta gansa.

—Preferiría un cisne.

—Sueña a lo grande, Peña. Mejor dos cisnes.

Jess esboza una sonrisa, pero luego se desvanece. Me aprieta la mano.

—Sabes que la vieja Fizzy va a volver, ¿verdad? —me pregunta—. Creo que estás pasando una fase y te llevará un tiempo superarlo.

Vuelvo a mirar al rincón del bar, al tipo guapo desaliñado. Reviso mi cuerpo en busca de alguna vibración, de algún pequeño cosquilleo. Nada. Aparto la mirada y exhalo despacio.

—Espero que tengas razón.

Capítulo 2

CONNOR

Una vez, en un pódcast, un tipo filosofó sobre que el día perfecto es el que incluye diez horas de cafeína y cuatro de alcohol. Puedo estar de acuerdo con la parte de la cafeína, pero la cerveza mediocre que tengo ahora mismo delante parece más tristeza líquida que evasión. Aunque, de alguna forma, encaja a la perfección con el día que he tenido.

—Pasarse a la telerrealidad puede ser divertido —me dice directamente mi amigo Ash, con la mirada fija en el partido de baloncesto que están dando en la televisión que hay encima de la barra—. Es más o menos lo mismo que haces ahora, pero más sexi.

—Ash —digo, haciendo una mueca de dolor mientras me froto las sienes—, hago pequeñas docuseries sobre mamíferos marinos.

—Y los programas de citas son pequeñas docuseries sobre mamíferos terrestres. —Sonríe ante su propio descaro, mirándome y asintiendo—. ¿Acaso me equivoco?

Gruño y volvemos a guardar silencio, centrados de nuevo en la pantalla en la que los Warriors están machacando a los Clippers.

Pocas veces había tenido un día tan horrendo en el trabajo. Tras haber empezado desde abajo en el tanque de tiburones que es el gran Hollywood, sé que tengo suerte de trabajar en North Star Media, una productora comparativamente pequeña de San Diego. Existen las frustraciones obvias asociadas a trabajar en una pequeña empresa —presupuestos ajustados, la ardua batalla de la distribución y el simple hecho de estar a doscientos kilómetros de distancia de Los Ángeles, entre otras—, pero también tengo autonomía en mis proyectos.

O así era hasta ahora, cuando mi jefe, un tal Blaine Harrison Byron, un hombre cuya oficina está decorada con una enorme losa de una estatua de hormigón de una mujer desnuda a tamaño natural grafiteada y, como última incorporación, una reluciente silla de montar, me dijo que la empresa iba a hacer un cambio radical pasando de los programas con conciencia social a la telerrealidad. ¿Acaso cabe la posibilidad de que un tío llamado Blaine Harrison Byron no sea un imbécil tremendamente pretencioso?

(Ya sé que lo justo sería reconocer que un hombre llamado Connor Fredrick Prince III no debería lanzar la primera piedra con tanta ligereza, pero no he sido yo el que ha puesto patas arriba la vida de todos mis empleados por un capricho, así que me reafirmo en mis palabras).

—A ver, estudiemos la situación —dice Ash cuando aparece un anuncio de Jack in the Box—. ¿Qué te ha dicho tu jefe exactamente?

Cierro los ojos, intentando recordar las palabras exactas de Blaine.

—Que somos demasiado pequeños como para tener conciencia social.

—¿Así, tal cual?

—Tal cual —le confirmo—. Me dijo que la gente, tras un duro día de trabajo, no quiere sentarse delante de la tele y sentirse mal por el sándwich envasado que se han comido en el almuerzo o por la cantidad de agua que se malgasta para producir la electricidad que utilizan para cargar su iPhone.

Ash se queda boquiabierto.

—Guau.

—Que quiere que me centre en el grupo demográfico femenino. —Le doy un trago a mi cerveza y la dejo en la mesa, sin apartar la mirada de ella—. Que Bravo era la red por cable número uno en horario de máxima audiencia entre las mujeres de dieciocho a cuarenta y nueve años gracias a sus dos franquicias de telerrealidad y que ese grupo demográfico es el que más gasta. Ergo, los ejecutivos han centrado su objetivo en los ingresos por anuncios destacados. Ya tienen a uno de mis compañeros, Trent, trabajando en una mezcla de *El gran reto* y *American Gladiators* a la que llamarán *Smash Course*. Y ahora quieren que yo presente un programa de citas.

—Entonces, algo así como mujeres compitiendo por que un cachas embadurnado en aceite las escoja —dice Ash.

—Exacto.

—Miembros de la Generación Z medio desnudos encerrados en una casa enorme intentando echar un polvo.

—Sí, pero…

—Mujeres atractivas casándose con tipos normalitos que jamás habían visto antes.

—Ash, no hay forma de que yo haga eso.

Se echa a reír.

—Olvídate de tus modales británicos. Finge que eres americano.

Cuando vuelve a soltar su cerveza, me doy cuenta de que se ha desabrochado el botón de la camisa. Ashkan Maleki se pasa, como mínimo, el cincuenta por ciento del tiempo desatado, desabrochado o

despeinado. Es encantador, pero no tengo ni idea de cómo sobrevive en una habitación llena de niños de seis años sin filtro todos los días.

—Todos los trabajos tienen sus pros y sus contras. Lo único que podemos hacer es intentar no perder el ánimo.

Conocí a Ash cuando mi hija, Stevie, estaba en primero y él se hizo cargo de su clase a mitad de año. Luego coincidimos en el gimnasio. Congeniamos desde el principio, pero quedar con él por ahí me hacía sentir como si estuviera saliendo en secreto con el profesor de mi hija. Por suerte, cuando acabó el curso escolar, Stevie cambió de clase y Ash y yo seguimos siendo amigos.

—A ti te encanta ser maestro —le digo.

—No siempre. Los niños son geniales —me aclara—. Son sus padres los que son un absoluto desastre.

Le dedico una mirada sombría cargada de humor.

Ash sonríe mientras se mete una patata frita en la boca.

—No, tú y Nat no estabais tan mal. Vale que Stevie me ha contado alguna que otra cosa, pero nada demasiado malo. —Se inclina y baja la voz—. No te creerías lo que cuentan algunos críos. Algunos de estos padres están locos. Uno me amenazó físicamente cuando su hijo perdió el certamen de ortografía. Les preocupaba su trayectoria académica.

—¿Pero qué trayectoria? Tienen seis años.

—La palabra era «idiosincrasia».

—Incluso a mí me cuesta deletrearla.

—Exactamente.

Vuelve a centrar su atención en la televisión cuando la gente a nuestro alrededor maldice colectivamente algo que sucede en el partido y yo no puedo evitar volver a pensar en el trabajo.

Cuando Natalia y yo nos divorciamos, hace ya ocho años, acordamos la custodia compartida de nuestra hija. Eso significa que Stevie, que ahora tiene diez años, pasa los días de la semana con su madre y los fines de semana y las vacaciones escolares conmigo. No suele ser un problema, pero debido a la desastrosa reunión con Blaine, he perdido mis posibilidades de recogerla. En algún momento, hice el cálculo mental del sur de California de:

$$(\text{hora del día}) \times (\text{obras en la autopista})^{\text{Es viernes}}$$

y le he dicho a Nat que sigan la tarde sin mí.

Tenía que llevar a Stevie a hacer recados y no iban a estar en casa durante unas cuantas horas. No solo mi carrera se ha ido por el desagüe, sino que, además, me he perdido una tarde con mi chica favorita.

Intranquilo, miro a mi alrededor y mis ojos vuelven a las dos mujeres que había visto antes. Una de ellas está de espaldas a mí, pero la otra, la mujer con la que había establecido contacto visual al poco de entrar en el bar, es tan guapa que no puedo dejar de robarle miradas. Pequeña y grácil, con un pelo oscuro que brilla bajo la luz sobre su mesa, vestida con un vestido negro ajustado, con las piernas cruzadas y un fino tacón de aguja apoyado en el pie de su taburete. Todo en ella grita «guay», que es una forma muy extraña de que un adulto describa a otro, pero es que es así. Parece animada mientras habla y hace reír a su amiga con frecuencia. Debería dejar de mirarla, pero resulta agradable distraerse con una mujer atractiva en vez de obsesionarse con el trabajo.

Si yo funcionara de otra forma, quizá me acercaría a ella y vería si podríamos encontrar una forma de distraernos mutuamente esta noche. Pero me despierto de mi ensoñación cuando Ash me da un palmetazo en el cuello como reacción a algo que está sucediendo en la pantalla.

—¿Pero qué…? ¡Ash!

—Sí… ¡Sí! —grita y, entonces, cambia de expresión—. ¡Noooo!

Se desploma en la silla.

—Acabo de perder cinco pavos.

Busca el teléfono en el bolsillo.

—¿Cinco dólares americanos enteritos? —le pregunto, sonriendo—. Será mejor que tengas cuidado con tus hábitos de juego.

—No sé cómo lo hace, pero Ella es un tiburón y nunca pierde.

—¿Te ha ganado tu mujer?

Levanta la mirada del móvil en el que le estaba escribiendo un mensaje.

—Estoy pensando en llevarla a Las Vegas.

—Pues hazlo antes de que nazca el bebé. A las mujeres embarazadas les encantan los casinos llenos de humo.

Me ignora y desliza el teléfono sobre la mesa.

—Volvamos a tu crisis laboral para que me pueda ir a casa. Sé que esto te va a doler en lo más profundo de tu alma bondadosa, pero creo que necesitas hacer de tripas corazón y hacer el programa que te pide Blaine. Pásate el resto del año haciendo pastelones o como quiera que él los llame y, si tiene éxito, tendrás poder para hacer lo que quieras después.

Empiezo a protestar y él levanta una mano.

—Sé que te horroriza la idea. Sé que tu trabajo es importante para ti. Por tu culpa, hace ya dos años que no tiro los envoltorios de los chicles ni uso botellas de plástico para el agua. Voy a usar pañales de

tela, tío.

—Seguro que te doy mucho juego en las fiestas.

Ash se lleva los dedos al mentón.

—Lo digo porque sé lo mucho que quieres mantenerte fiel a tus principios. Quieres hacer cosas que de verdad importen. Pero también sé que no puedes permitirte perder este trabajo. Solo te has perdido unas cuantas horas con Stevie esta noche. Imagina lo que te perderías si tuvieras que mudarte a Los Ángeles.

Bajo la mirada a mi cerveza. Ese simple pensamiento me provoca un nudo en el estómago.

—Sí.

—Así que hazlo y pasa página.

—No creo que sea tan sencillo.

—Venga. Somos tíos inteligentes. Pensemos algunas ideas para un programa sexi.

Me presiono las sienes con los dedos, intentando dar vida a la idea del millón de dólares.

—Ese es el problema, que no tengo ninguna. Estoy seguro de que el mundo no necesita otro programa de esos.

—Bueno, es posible que el mundo no lo necesite, pero seguro que lo quiere. Ella no se pierde uno. Lo que necesitas es un nuevo ángulo.

Mira a su alrededor y, al hacerlo, veo que lleva colgando del cuello la etiqueta de la tintorería. ¿Llevará todo el día así? Doy un suspiro, alargo la mano y se la quito.

—¿Eh? —dice mientras la examina antes de dejarla en la mesa y volver a centrarse en la televisión.

Sigo su mirada y veo que el partido ya ha terminado y han empezado las noticias de la noche. Hay demasiado ruido en el bar como para oír la locución, pero en los titulares leo que GeneticAlly, la mayor aplicación de citas del mundo del momento, ha sido adquirida por Roche Pharmaceuticals.

—Madre mía —murmura Ash antes de entrecerrar los ojos para poder leer algo en la pantalla—. Esa es una cantidad obscena de dinero.

La mandíbula me llega al suelo.

—Está claro. —Recuerdo algo y miro a Ash—. GeneticAlly… ¿No es ahí donde os conocisteis Ella y tú?

Asiente.

—Obtuvimos un *match* de oro.

Una pareja acababa de sentarse a nuestra derecha. Ambos parecen bastante decepcionados. Una mala primera cita. Solo se miran cuando creen que el otro no está mirando y un leve roce de manos accidental

desencadena una larga serie de disculpas, pero ninguna sonrisa tímida. No hay chispa. Seguramente sea muy pretencioso por mi parte, pero me siento tentado a acercarme y decirles que no se molesten, que no hay nada de química. ¿Acaso no está claro para todos? No estoy demasiado familiarizado con GeneticAlly, pero sé que han desarrollado un sistema para emparejar personas en función de su firma genética. A esta pareja le doy un cero.

—¿Crees que ellos tienen un *match* de oro? —le pregunto a Ash, señalándolos con el mentón.

Los observa durante unos segundos antes de llevarse el vaso a la boca.

—No. Qué va.

Vuelvo a centrarme en la televisión y entonces me surge una idea. Tengo que hacer un par de llamadas. Después de todo, tener algo de tiempo libre no me va a venir tan mal.

Capítulo 3
CONNOR

Dos horas después, me planto delante de la casa de Natalia. Es un lugar muy bonito, algo que sé muy bien, porque fui yo quien firmó la hipoteca. El agente inmobiliario la describió como «estilo neocolonial español», con paredes de estuco blancas, tejas con poca inclinación y un jardín privado que Nat siempre decora para Halloween. Pero allí donde una vez hubo un triciclo y animalitos dibujados en la acera con tizas de color pastel, ahora hay una bicicleta de diez velocidades y una fila de orquídeas que llegan hasta la puerta principal. Natalia retomó la jardinería cuando nos divorciamos; ella empezó a florecer y sus orquídeas, también.

Baxter, el *labradoodle* marrón chocolate de Stevie, está esperándome en el escalón delantero. Sí, somos ese tipo de padres que le compran a su hija un perro de consolación por el divorcio. Empieza a ladrar alegremente para alertar a la familia de que un intruso ha entrado en la casa y, sin dejar de mover el rabo, rueda para que le rasque la barriga.

—Con todo el dinero que nos hemos gastado en adiestramiento canino y sigues siendo un horrible perro guardián —le digo, inclinándome para acariciarlo—. ¿Dónde está todo el mundo? ¿Dónde está Stevie? ¿Puedes ir a buscarla?

La puerta está entreabierta, Baxter la empuja con el hocico y sube las escaleras.

—¿Hola? —grito.

Dentro, el ambiente es fresco y todo está en calma. Los deberes de Stevie están esparcidos por la mesa de café y hay una cesta de ropa doblada en el sofá. Las paredes están cubiertas de fotografías, algunas de Stevie y Natalia, y unas pocas de mí. Le hemos hecho fotos a Stevie en el mismo sitio y con la misma pose en todos sus cumpleaños y, al verlas todas agrupadas, conforman una especie de *timelapse* de su infancia. Es alta para una niña de diez años y muy delgada. Tiene la tez oliva y el pelo oscuro de su madre, pero los ojos —mis ojos— son de un verde intenso.

Se oyen pisadas en las escaleras y, un segundo después, un cuerpo colisiona contra el mío y unos finos brazos me rodean la cintura. Baxter está justo detrás de ella.

—¡Por fin! —dice Stevie con la cara clavada en mi estómago.

Me inclino y la beso en el pelo.

—Lo siento, jefa. La reunión se alargó un poco. ¿Te has divertido con mamá?

Se deja caer en el sofá con gran dramatismo.

—Nos hemos pasado toda la tarde dando vueltas por ahí. Primero fuimos a la tintorería y, luego, a correos para enviar algo a la abuelita y, después, a la cita de manicura de mamá. Me olvidé mi libro, así que me dejó ver vídeos en el teléfono y hemos pedido comida china.

La culpa, esa constante compañera de todo padre solo de fines de semana, asoma su fea cabeza.

—Lo siento mucho, Sass.

—No pasa nada. Me han pintado las uñas. —Me enseña sus uñas pintadas de rosa. Stevie iría entera de este color si se lo permitiéramos—. Sé que tu trabajo es muy importante.

Me siento en la mesa baja frente a ella.

—Había algunas cosas que no podían esperar al lunes.

—Estoy segura de que era un problema muy gordo —dice, traviesa—. Tienes las mejores ideas y haces los mejores documentales.

Desconfío. Stevie, como su madre, es una maestra de la negociación. El problema es que rara vez sé que estoy negociando hasta que ya he acordado algo.

—¿Dónde está el truco?

—No hay truco. Es que eres muy guay, eso es todo.

Hace una pausa

—¡Casi lo olvido! —Se incorpora en el sofá, milagrosamente rejuvenecida—. ¡Viene Wonderland!

Wonderland, la obsesión actual de Stevie, es un grupo pop que copa todas las listas y entregas de premios del país. Para cumpleaños, Navidades y cualquier otra festividad menos importante en la que hubiera una cesta, regalo o paquete envuelto, Stevie había pedido algún artículo de Wonderland. Los rostros de los miembros están en tantas camisetas de mi hija que sería capaz de reconocerlos entre la multitud sin ningún problema.

—¿Para dar un concierto?

—¡Sí! ¿Podemos ir? Porfa, porfa, porfa. —Me coge de las manos y me mira con ojos enormes como lunas—. Podría ser mi regalo de cumpleaños.

—Tu cumpleaños fue en enero. Estamos en mayo.

—Hum —dice, recalibrando—. ¿Y si apruebo todo con sobresaliente?

—Ya has aprobado todo con sobresaliente.

Su expresión irónica dice claramente: «Exactamente». Vale, soy un idiota. Saco el teléfono.

—Vale. ¿Dónde actúan?

La intensidad de Stevie se dispara.

—¡En el Open Air!

—Tranquilízate —digo con calma—. Solo estoy mirando. ¿Has hablado de esto con tu madre?

—Ha dicho que le parece bien si tú me llevas.

—Cómo no.

Cuando por fin se carga la página, aparece un enorme anuncio al principio de la página: WONDERLAND: LA GIRA DEL JUEGO PROHIBIDO.

—Un nombre como «Juego prohibido» me deja con muchas dudas.

Stevie pone los ojos en blanco.

—Papá.

Bajo hasta las fechas para San Diego y veo la etiqueta roja de agotadas sobre el enlace de compra. Le doy la vuelta a la pantalla y ella se desinfla al instante.

—Lo siento mucho, Sass. ¿Quizá la próxima vez? Además, empieza a las ocho y tú siempre te quedas dormida a las ocho y media. —Le sobresale el labio inferior y me inclino para mirarla a los ojos—. Quizá lo retransmitan en *streaming* y podamos verlo juntos.

Está decepcionada, pero se recompone.

—¿Podemos comprarnos camisetas de la gira y pedir pizza?

—Por supuesto. Ahora, vete a recoger tus cosas, que nos vamos.

Se levanta del sofá y sus largas e indomables piernas la impulsan hacia las escaleras. Juraría que ha crecido desde que la vi el domingo pasado. El perro corre detrás de ella.

—Por cierto, ¿dónde está tu madre? —le grito.

—Está fuera. Insu está construyendo un cobertizo en el jardín y ella está viendo cómo lo hace. —Me mira desde la parte de arriba de las escaleras—. Es muy fuerte.

—Ya me he dado cuenta.

Insu es el novio de Natalia. Tiene veintiséis años… Y eso es todo. Nos llevó unos cuantos años limar las asperezas de la custodia compartida, pero la atención y el respeto que ahora nos tenemos es mucho mejor que lo que teníamos cuando estábamos casados. Ver que Nat se volvía a enamorar me liberó de un peso que ni siquiera sabía que llevaba encima. Y que esa persona sea prácticamente un adolescente (vale, estoy exagerando un poco, pero aquí soy yo el que

está soltero, así que permitidme la licencia) es una alegría que jamás habría previsto.

Los pasos de Stevie resuenan sobre mi cabeza y, entonces, se hace el silencio, seguramente porque estará metiendo sus cosas en la mochila. Aprovecho para pasear por el salón y volver a mi dilema laboral.

Podría hacer una especie de programa híbrido entre conciencia ecológica y el *reality show,* pero la verdad es que no me gustaría toparme con mis compañeros de documentales en este contexto. Me ha llevado años ganarme una reputación y sospecho que una carrera por la jungla acabaría con ella de un plumazo. Además, Blaine quiere algo lascivo y sexi, y, en mi repertorio actual, nada podría describirse como tal.

Voy a tener que salir de mi zona de confort. Se han hecho programas de citas para aburrir, así que uno nuevo necesitaría un gancho completamente diferente para destacar del resto. Soy un novato en un espacio ya muy transitado, pero cuantas más vueltas le doy, más me acuerdo de la idea que tuve cuando estaba sentado en el bar, tras oír la noticia de GeneticAlly. Mi intuición me dice que hay algo ahí, pero todavía no he conseguido encajar todas las piezas…

De repente, me encuentro frente a una de las muchas estanterías de libros de Nat. No cabe duda de que Stevie ha heredado los genes de fan de su madre, pero mientras que mi hija pierde la cabeza por las estrellas del pop, Natalia es una ávida lectora de literatura romántica. Al inspeccionar la estantería que tengo justo delante, veo que tiene más de dos docenas de libros de la misma autora. Cojo uno.

Hambrientos en alta mar, de Felicity Chen.

En la portada se puede ver una pareja abrazada en la cubierta de lo que parece un barco pirata. Es una gran fotografía —arrolladora, sexi, evocadora— y, cuando lo abro, hay una versión incluso más detallada dentro. Le echo un vistazo al resumen: un heredero perdido, una heroína que domina la espada, un país al borde de la guerra y un tesoro escondido que podría salvarlos a todos. Cuando le doy la vuelta y veo la contraportada, me quedo paralizado. La autora que me devuelve la mirada desde su foto es la hermosa mujer del bar.

En el ordenador familiar, introduzco la contraseña y escribo «Felicity Chen» en la barra de búsqueda. La pantalla se rellena al instante con los resultados. Entrevistas, comentarios de los seguidores, cuentas en las redes sociales, tienda en línea y la página de su editorial. Hago clic en uno de los enlaces de noticias y veo un discurso de graduación en el Revelle College de la Universidad de California en San Diego.

Cuando unos pasos vuelven a sonar en el suelo de madera a mis espaldas, ya he visto el discurso y media docena de fragmentos de vídeos de ella hablando, leído tres entrevistas del *Entertainment Weekly* sobre su trabajo y echado un vistazo a sus publicaciones en Instagram. Felicity Chen es divertida, carismática, inteligente y sabe hablar en público. Seguro que da muy bien en cámara…

—¿Por qué está la cara de mi escritora favorita en la pantalla? —me sorprende Natalia con expresión de sospecha.

Giro la silla para mirar a mi exmujer.

—¿Qué sabes de ella? —Por desgracia, la biografía de Felicity adolece de una enorme carencia de detalles personales. Y Wikipedia no es de mucha más ayuda—. ¿Está soltera?

—Si sales con ella, le haces daño de alguna forma y me quedo sin su siguiente libro, te juro que te mato.

—No quiero salir con ella, Nat.

—¿Pero acaso quieres salir con alguien? No tienes que vivir como un monje, ¿sabes?

—¿Otra vez con lo mismo?

—Lo que te pasó cuando Stevie entró…

Me llevo dos dedos a la boca y silbo.

—Tarjeta amarilla, García.

Nat rompe a reír. Esta pequeña alborotadora es muy consciente de que estoy legítimamente asustado después de que una Stevie de cuatro años me sorprendiera en plena faena, con los tobillos de una cita sobre los hombros. Fue la primera y última vez que invité a alguien teniendo a Stevie en casa y no estoy muy seguro de que alguna vez me reponga. Os juro que temo el día en que el recuerdo regrese y sea incapaz de volver a mirarme a la cara.

—Lo siento —dice Nat, aunque no parece sentirlo en absoluto—. Solo tienes que poner una campanilla en la puerta. Funciona de maravilla.

Levanto el pulgar por encima de mi hombro, junto a la pantalla del ordenador.

—¿Podemos centrarnos?

Nat deja de mirarme para pasar al rostro de Felicity.

—Sí, estoy bastante segura de que está soltera. Ha hablado sobre sus citas en varias entrevistas. ¿Por qué?

—La quiero para un programa.

Arquea la ceja.

—¿Algún tipo de documental sobre romance y feminismo?

Me echo a reír.

—No.

—¿De qué te ríes? —me pregunta, frunciendo el ceño.

«Ten cuidado», pienso. Nat ya me había echado en cara en el pasado que me metiera con ella por el tipo de libros que lee. No quiero pisar una mina ahora que necesito que me ayude.

—Lo siento, no, es solo que es posible que tenga que hacer un programa de citas.

Abre los ojos como platos.

—¿Un qué? ¿Cuál se supone que es la parrilla de North Star? ¿Comedias de situación, películas basadas en hechos reales, documentales sobre el medio ambiente y ahora programas de citas?

—Ha sido Blaine —le digo a modo de explicación y Natalia no necesita nada más.

Blaine salta de un tema a otro en función de quién le caliente la oreja y, ahora, comprensiblemente, son los ejecutivos que gestionan el dinero. Hay bastantes posibilidades de que me contraten porque la que ahora es mi exmujer, en su momento, estaba muy preocupada por los mamíferos marinos.

—Y todavía no hay nada definitivo. Solo estoy examinando opciones. —No quiero que nos preocupemos los dos por esto, así que cambio de tema—. ¿Cómo está Insu?

—Muy bien —me responde, tirándose en el sofá exactamente de la misma forma que lo hace nuestra hija—. Me va a llevar mañana a cenar por nuestro aniversario.

—Oh, estupendo, ¿se ha sacado ya el carné de conducir? —Le dedico una sonrisa—. Crecen tan deprisa.

La verdad es que Insu me cae bien —es mucho más maduro de lo que yo era a su edad, adora a Natalia y a Stevie también le gusta—, pero no voy a dejar pasar la oportunidad de meterme con él un poco.

—Sabes de sobra que solo tiene siete años menos que tú.

—Lo que significa que es ocho años más joven que tú. Espero que no hayas olvidado echar la llave al armario de las bebidas.

Noto un cojín en el lateral de mi cabeza justo cuando Stevie aparece por las escaleras con todas sus cosas, con Baxter y con su mochila a la espalda.

—¿Ya estás lista, Sass?

—Sip. Te he mandado un enlace para las camisetas de la gira —me dice Stevie—. Date prisa porque es posible que también se agoten.

Vuelvo a sacar el móvil.

—Sí, mi capitana.

—¿Está esto relacionado con Wonderland por casualidad? —pregunta Nat.

—Por desgracia, ya no quedan entradas para el concierto, pero

compraremos algunas cosillas para calmar el dolor.

Nat me dedica una mirada de «qué alivio» por encima de la cabeza de Stevie mientras la abraza para despedirse. Y, durante unos segundos, el remordimiento se apodera de mí. Estoy seguro de que me pierdo miles de estos tiernos momentos al día. Podría haber vivido esta vida con las dos. Vale, habría sido una vida platónica y sin pasión, pero al menos habría sido estable y llena de amor. Supuse que debía de haber algo más ahí fuera, pero, en realidad, mi vida amorosa no es mucho más emocionante que cuando estábamos casados.

Pero es demasiado tarde para volver a empezar y, la verdad, echaré de menos esto y mucho más si no consigo decidir qué diablos voy a hacer con mi trabajo.

Capítulo 4

FIZZY

La primera vez que me reuní con un productor para hablar de la adaptación de uno de mis libros para una película estaba tan emocionada que prácticamente no dormí en toda la noche. Me pasé horas intentando decidir qué me iba a poner. Le conté a todo el mundo que iban a adaptar uno de mis libros al cine. Me impuse un margen de cinco horas para conducir los doscientos kilómetros que me separaban de Los Ángeles y luego tuve que gastarme cuarenta dólares en un aparcamiento para tener dónde esperar porque había llegado con tres horas de antelación. Me quedé allí sentada, pensando en qué me iba a poner para la alfombra roja, quién interpretaría el papel protagonista y cómo sería verlo en la gran pantalla por primera vez. Entré con grandes sonrisas, grandes planes y grandes esperanzas.

Aquella colaboración no llegó a ninguna parte, ni la siguiente reunión, ni la siguiente, y las reuniones que sí resultaron ser productivas fueron sobre proyectos que acabaron languideciendo en predesarrollo durante años. Aprendí por las malas que todo el mundo en Hollywood se emociona con un proyecto hasta que llega el momento de abrir la cartera. Ahora ya me conozco la canción. La reunión que mi agente cinematográfico ha acordado esta mañana con la desconocida, al menos por mi parte, North Star Media ni siquiera ha registrado un breve pitido en mis glándulas suprarrenales.

La ayudante administrativa de North Star es una niña mona de veintipocos años que me ofrece un café y un dónut de la caja rosa de la tienda de la esquina que ya tenía sobre la mesa cuando llegué. Considero la posibilidad de responder unos cuantos mensajes directos mientras espero, pero lo que quieren mis lectores es alguna novedad sobre el libro y no tengo nada que contarles. Aparto el teléfono y opto por entretenerme con el dónut.

Miro a mi alrededor y debo admitir que el ambiente de esta pequeña productora de San Diego es mucho más playero y relajante que todas esas oficinas acristaladas o intencionadamente industriales de Los Ángeles. Pero cuando el tío con el que he quedado sale de su

oficina, recuerdo que Hollywood es Hollywood, incluso en San Diego.

Creo que lo he visto en alguna parte, pero no consigo ubicarlo. No es el tipo de hombre que suele frecuentar mis cafeterías y bares favoritos. Lleva el pelo tan perfectamente peinado que, desde la distancia, parece un bloque de Lego. Estoy tan distraída con su altura que no me entero de su nombre, pero sonrío como si lo hubiera hecho. Relucientes dientes blancos, ojos brillantes de esos que irían acompañados de un efecto de sonido en los dibujos animados y una enorme cantidad de músculos flexionándose bajo su camisa blanca. Es guapo de una forma muy evidente. Si estuviera escribiendo este libro, lo calificaría de inmediato como el «guapo ejecutivo millonario». Por desgracia, mi agenda mental me dice tres cosas importantes sobre este arquetipo de protagonista: su principal tema de conversación probablemente serán los deportes que practicaba en la universidad. En el mejor de los casos, será uno de esos feministas de pega. Y, por lo tanto, seguramente no le guste practicarle sexo oral a una mujer.

A pesar de todo, lo sigo hasta su oficina porque, si me quedo en la zona de espera, seguro que me como otro dónut.

La oficina del guapo ejecutivo millonario es pequeña y con pocos muebles. A diferencia del espacio de trabajo de muchos otros ejecutivos de la industria, no tiene ninguna colección de cómics raros firmados y enmarcados, un libro ilustrado de gran formato sobre zapatillas *vintage* ni un muro forrado de pósteres de películas. Tiene unas cuantas fotografías en blanco y negro de lo que parece la costa central de California, otras fotos que no puedo ver desde donde estoy y, luego, nada más que paredes y superficies limpias.

El guapo pero aburrido hombre me hace gestos para que me siente en uno de los caros sillones de cuero que rodean la mesa baja de madera e intento caer en el asiento con aparente descuido, pero el agujero de mis vaqueros se queda en el peor sitio de mi rodilla y, cuando me siento, se rasga de manera audible.

Durante unos segundos, se debate entre si debe actuar o no y parece decidirse por no hacer nada, así que se limita a sonreír. Tengo que añadir «sonrisa bonita» a mi descripción del personaje.

—Muchas gracias por venir hoy, Felicity.

—Oh. Británico.

Siento el primer cosquilleo en las bragas en mucho tiempo y actualizo la ficha mental del arquetipo.

—Nacido y criado en Blackpool.

—No tengo ni idea de dónde está eso, pero suena muy pirata.

Suelta una leve carcajada.

—Noroeste de Inglaterra.

Asiento, mirando a mi alrededor, intentando imaginar por qué un hombre guapo como él abandonaría su ciudad pirata para terminar en una oficina anodina y acabar topándose con mis libros. ¡Menudo viaje! Cuando vuelvo a mirarlo, no puedo evitar pensar que ya nos hemos visto antes.

—¿Nos conocemos de algo?

Duda y su boca casi forma una palabra antes de adoptar una forma diferente.

—No creo. Pero mi exmujer es una gran fan suya.

Una risa poco discreta sale de mí.

—He de reconocer que es el cumplido más raro que me han hecho en mi vida.

Incluso su mueca de dolor parece demasiado perfecta como para ser verdad.

—Lo siento. Supongo que es una forma extraña de decir que me ha impresionado mucho. Natalia es una persona de gustos exigentes y tiene absolutamente todos sus libros.

Siento cómo se me arquea una ceja.

—Me ha convertido en un gran fan —admite.

¡Oh, Dios mío, esta vez ha ido demasiado lejos! Sería genial que alguno de estos tíos dijera algo como «No he leído ninguno de tus libros y me gusta mucho burlarme del género con mis amigos, pero la literatura romántica es la que cuenta con el mayor número de lectores del sector editorial y me gustaría aprovecharlo para ganar dinero».

Sonrío, enseñando los dientes. Ha llegado el momento de cazarlo en una mentira.

—¿Cuál es su libro favorito?

—Estoy seguro de que espera que diga que *El castillo del guardabosques* o *Al final del camino* por la acción que incluyen, pero voy a decir *A base de match*.

Ah, vale, su adorable asistente es buena buscando en Google. Supongo que es por eso por lo que estoy aquí.

—Entonces, *A base de match*.

El británico guapo abre las manos con magnanimidad.

—Es una idea muy inteligente, Felicity, y el momento elegido para su publicación fue muy bueno.

O quizá no sea tan buena con Google porque todo el que me conoce, tanto personal como profesionalmente, sabe que los únicos que me llaman Felicity son mis antiguos profesores y solo el primer día de clase o cuando me metía en problemas.

De todas formas, a pesar del tono condescendiente, tiene razón: el momento de publicación fue muy bueno. Escribí *A base de match* justo

cuando GeneticAlly lanzó la aplicación ADNDuo y su publicación encajó a la perfección con el auge de la tecnología. El libro, sobre dos enemigos declarados que resultan tener un *match* de diamante, se pasó una larga temporada en la lista de los más vendidos. Después de que una pequeña productora no consiguiera vender una serie, recuperé los derechos el mes pasado.

—Perdón, Ted…

—Connor.

—… Voy a ser honesta —le digo ignorándolo porque, francamente, su nombre es lo de menos—. Los derechos están disponibles y no me opongo a trabajar con alguien para adaptarlo al cine o a la televisión, pero este proyecto es especial para mí por un montón de razones y no me fío de…

Levanta su mano gigante y masculina.

—Perdón por interrumpirla. Es solo que… No es por eso por lo que le he pedido que venga.

Estoy confusa y, quizá, un poco molesta conmigo misma por haber leído el correo electrónico de mi agente muy por encima.

—¿Qué?

—No estoy interesado en adaptar *A base de match*. —El británico guapo agita la cabeza—. Me gustaría saber si estaría interesada en participar como protagonista en un futuro programa.

Frunzo el ceño, preocupada.

—Soy escritora.

—Sí.

—Creía que estábamos de acuerdo en eso hace un minuto. —Agito un dedo entre nosotros—. Pero la pregunta nos ha llevado a géneros diferentes.

Se ríe y su risa no solo parece proceder de alguna parte profunda y sexi de su pecho, sino que además revela un pequeño hoyuelo en una de sus mejillas.

¿Alto, británico y con hoyuelos? Jamás confíes en un cliché.

—Nos gustaría ofrecerle el papel de protagonista en un nuevo programa de citas.

Lo miro con incomprensión.

—¿Yo?

—Sí.

—¿Un programa de citas?

—Sí.

—¿Uno en el que yo salgo con alguien?

—Sí.

—¿Es una broma?

Mis sospechas se despiertan al instante. Y, entonces, caigo. El año pasado, salí un par de veces con un director de teatro comunitario que me insistió en que tenía muchos contactos en el mundo del espectáculo. Quizá no debería haber sido tan incrédula.

—¿Todo esto ha sido idea de Steven?

—¿Steven?

—No recuerdo su apellido —admito—. Pero imagínate el arquetipo del guapo rompecorazones de instituto que toca la guitarra y añádele veinte años a su mandíbula.

El británico guapo frunce el ceño.

—Yo no… Bueno, no. No hay ningún Steven involucrado.

Oh. Por supuesto.

—¿Billy? Trabajaba en la Paramount. —Finjo marcar músculo—. ¿Cachas de gimnasio? ¿Rapado?

Niega con la cabeza, desconcertado.

—Ha sido idea…

—De Evan. —Doy un golpe en el reposabrazos del sillón de cuero —. ¡Joder, claro! —Miro al británico guapo—. Le encantaban las bromas pesadas. Rompí con él porque tenía un tatuaje de Bart Simpson en la zona baja (y, cuando digo baja, me refiero a *muy baja)* de la cadera y, cada vez que me acercaba ahí abajo, no podía evitar pensar: «¡Multiplícate por cero!». Eso mata la libido de cualquiera.

—Yo…

—Al final se lo acabé soltando, pero él se limitó a recordarme que debía retrasar mis relojes una hora esa noche para ahorrar luz. —Me echo a reír—. Básicamente le acababa de decir que su horrible tatuaje arruinaba nuestra vida sexual y él estaba en plan: «Guau, es una pena, sí, pero no duermas demasiado». —Vuelvo a centrar la atención en el británico guapo—. Pero ahora que lo pienso, quizá sea demasiado buenazo como para hacer algo así. Me lo puedes decir si…

—No ha sido idea de ninguno de esos hombres —me dice, muy despacio—. Soy yo quien está desarrollando este *reality* y usted es la primera persona con la que me estoy entrevistando.

Me quedo sin palabras.

—Pero… ¿alguno de esos hombres es su novio en estos momentos? —me pregunta.

—Nunca tengo muy claro cuándo utilizar ese término —admito, sin prestar demasiada atención a la fina capa de desaprobación de su voz —. ¿Se puede considerar novio a alguien con quien tienes relaciones sexuales más de una vez? ¿Puedes tener un novio de una noche? ¿Un novio de fin de semana? ¿O es necesario tener una conversación novio-novia después de una cantidad concreta de tiempo saliendo? Da

igual. No, ninguno de esos hombres es mi novio en estos momentos, sea cual sea la definición.

El británico guapo se aclara la garganta, inclinándose hacia delante para enderezar uno de los libros sobre la mesa de café.

—Vale.

Lo observo mientras intenta contener una sonrisa.

—¿Querría que le explicara en qué consistiría el programa? —me pregunta una vez que parece haber dejado de escandalizarse.

Estoy dispuesta a escucharlo hasta el final, ya que parece estar tan bien preparado.

—Adelante, Colin.

Pasa un segundo antes de que empiece a hablar y, cuando lo observo, veo una enorme decepción en su mirada. No sé qué he hecho, pero estoy encantada de todas formas. Si me pagaran por decepcionar a hombres blancos trajeados, sería multimillonaria.

—Siempre me ha fascinado la idea de los matrimonios concertados… —empieza al final, recomponiéndose.

—Ay, Dios mío.

—… por el hecho de que parecen tener un gran éxito en estos momentos.

Vale, no era por ahí por donde me esperaba que fuera.

—Cuando le permitimos a alguien que nos conoce muy bien que nos escoja pareja, por lo general, suele hacer un buen trabajo. Pero el otro día me dio por pensar que la mayoría de nosotros hemos visto tantas descripciones distintas de lo que se supone que es el amor, en persona, en pantalla, en la literatura, que deberíamos ser buenos identificando las emociones reales. ¿No le parece?

Me encojo de hombros.

—De hecho, me asombra la, con frecuencia, limitada capacidad de la inteligencia emocional de los adultos.

—¿Qué pasaría si la pusiéramos en una casa con doce hombres…

—Vale, ahora tienes toda mi atención.

—… luchando por su corazón…

—Sigue hablando.

—… pero en vez de que sea usted quien decida quién se queda en la casa cada semana, sea la audiencia la que vote en directo, durante veinticuatro horas tras la emisión del episodio, quién se queda y quién se va? El concursante o concursantes eliminados se conocerán al inicio del siguiente programa.

—¿Así que sería la audiencia la que votaría con quién quieren que acabe? ¿Y yo no tengo ni voz ni voto?

Agita la cabeza de un lado a otro.

—Sí y no. La audiencia deberá calibrar sus reacciones. Pero estoy seguro de que habrá grandes opciones, porque aquí está lo que creo que puede ser realmente interesante: escogeremos a los concursantes en función de la puntuación obtenida en la prueba de compatibilidad de ADNDuo. Imagino que está familiarizada con ella, ¿no?

Tengo la sensación de que se me para el corazón. Esa es la tecnología de River.

—Oh, sí, estoy familiarizada.

—Algunas puntuaciones serán bajas, mientras que otras serán más altas —me dice—. Pero nos aseguraremos de que haya, como mínimo, un *match* de oro entre los candidatos. La idea es averiguar a quién se le da mejor encontrar a su alma gemela: a la tecnología o a la audiencia.

Lucho por ocultar mi conmoción.

—¿Lo dices en serio?

El británico guapo asiente.

—Sus libros son superventas internacionales, Felicity. Tiene lectores de todas las edades y en todos los grupos demográficos socioeconómicos, y sus mayores fans están justo en el centro de la audiencia de los *reality shows*. Esta coincidencia podría resultar muy beneficiosa para la venta de sus libros y para nuestros índices de audiencia.

Miro por la ventana. Estaba totalmente equivocada: no me gusta nada que sea tan claro en cuanto a la conclusión de por qué estoy aquí. Me quiere porque mi marca —romance feliz— encaja en sus audiencias. Este hombre no tiene forma de saber que ya no creo en el amor para siempre, pero teniendo en cuenta su sector, me diría que da igual mientras sea capaz de ofrecer un buen espectáculo. Todo eso hace que sea incluso más pesimista en cuanto al amor.

—Sé que muchos de estos programas de citas están guionizados o son cínicos —continúa, leyendo mi mente de alguna forma extraña—, pero creo que este podría ser diferente. Porque se trata de usted. Ya me ha cautivado y acabamos de conocernos. Estoy seguro de que los espectadores sentirán lo mismo. Sus lectores querrán que encuentre el amor.

Este último comentario es como una flecha atravesándome el corazón. Es cierto que mis lectores quieren que encuentre el amor y parece ser lo único que no puedo darles. Bueno, eso y otro libro.

El británico guapo se inclina, con sus ojos verdes sinceros y tiernos.

—De verdad creo que las mujeres quieren ver cómo otras mujeres encuentran la felicidad.

Mientras parpadeo frente a él, algo se me hiela en las venas.

—Lo que me acabas de decir es muy bonito, pero ¿por qué suena irónico cuando lo dices?

Durante un segundo, parece desconcertado y su expresión se queda congelada.

—Yo… No, lo digo muy en serio.

Me pongo de pie.

—Gracias por tu tiempo. No estoy interesada.

Capítulo 5

CONNOR

Felicity se marcha de forma tan abrupta que el latigazo cervical hace que los pensamientos me golpeen el cráneo, así que me limito a observarla, mudo. Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que una mujer tan deslumbrante y exitosa como ella estuviera interesada en protagonizar un *reality show,* pero ni mucho menos esperaba que la oferta la enfadara tanto. Si ni siquiera soy capaz de lanzar este programa sin meter la pata horrible y misteriosamente, ¿qué esperanza hay de que pueda conseguir que sea un éxito?

—¿Qué diablos acaba de pasar? —le pregunto a la puerta vacía justo cuando una cabeza aparece en ella y mi jefe me deslumbra con sus blancas carillas dentales.

—¿Tienes un segundo?

Miro el reloj.

—Tengo que subir a ver a Shazz en cinco minutos.

Blaine entra con una mano en el bolsillo mientras hace sonar algo de calderilla.

—Acabo de hablar con Bill —me dice. Bill Masters es el director financiero y una de las pocas personas a las que Blaine teme—. La directiva está realmente interesada en que este programa de citas salga adelante.

Hace una pausa para darle un efecto más dramático esbozando una leve sonrisa arrogante.

—Te dan un millón y medio.

—¿De dólares?

—No, Connor, de putas. ¡Por supuesto que de dólares!

Por fin consigo procesar lo que acaba de decir.

—¿Me dan un millón y medio de dólares para esto, pero no quieren soltar cuarenta mil para mi documental sobre biodiversidad?

Deja escapar una respiración sibilante por la nariz y la alarga como si su paciencia fuera una fina capa de hielo a punto de romperse.

—Como ya he dicho, todos estamos muy interesados en que esto salga adelante. Por cierto, Barb, de programación, debe de conocer

todos los trapos sucios, porque se emitirá en horario de máxima audiencia en la ABC. —Y, entonces, matiza—: Eso sí, el sábado.

Literalmente, no hay nada de máxima audiencia un sábado por la noche.

—Mira, con la programación actual, nos podemos dar por contentos por no haber terminado en los viernes —dice Blaine al leer mi expresión—. Ha habido cierta pugna por su nuevo procedimiento y nosotros hemos conseguido llegar antes de que asignaran esa franja horaria. Así que dame buenas noticias. He oído que estabas reunido con una posible protagonista.

—Así era —le respondo, levantando el mentón para indicarle que se acababa de ir—. No está interesada.

—¿Poco dinero? —Parece escéptico. Para Blaine, ese sería el único motivo lógico por el que alguien podría rechazar la oferta—. Algunos son demasiado idiotas como para no ver una buena oportunidad cuando se les presenta.

—Ni siquiera hemos llegado a la parte del dinero. Supongo que no era la persona adecuada.

Estoy empezando a asimilar el hecho de que me ha dejado con la palabra en la boca y me siento más decepcionado de lo que cabría esperar. Durante un minuto, mientras estaba sentada frente a mí, no podía creerme lo loco que puede ser el destino y que la mujer que había visto en el bar una semana antes estuviera en mi oficina. Y, por supuesto, me habría encantado poder trabajar con una escritora de literatura romántica tan sexi y exitosa, para variar, en vez de con un grupo de científicos quemados por el sol y desanimados.

—Tu trabajo es encontrar a la persona adecuada —añade Blaine con aspereza.

—Esperaba encontrar a alguien muy querido en el grupo demográfico —le explico, intentando calmar su enfado y redirigirlo hacia algo más productivo—, pero quizá me he pasado de original. Quizá tenga que replanteármelo todo.

—Busca lo de siempre: piernas, tetas y labios.

Ah, Blaine. Un generador de demandas legales ambulante. Me aclaro la garganta para contestar.

—Alguien con curvas femeninas y dispuesta. —Dobla la apuesta—. Eso es todo lo que necesitamos. Mantenme informado. —Da un golpecito con los nudillos en mi mesa—. Me tengo que ir.

Y con la misma velocidad que apareció, desaparece.

—¡Menudo día de mierda! —le grito a una puerta cerrada y, una milésima de segundo después, surge otra cabeza y me da un susto de muerte—. ¡Por el amor de Dios!

Mi compañero de producción, Trent Choi, extiende el brazo para enseñarme su reloj.

—Tenemos la reunión con Shazz en tres minutos.

Pobre Trent. Es la única persona de toda la oficina que acude puntual a sus reuniones.

—Vale —le respondo—. Es que estaba hablando con Blaine.

—Oh. —Echa un vistazo rápido por encima del hombro—. ¿Tienes un momento?

—Por supuesto.

Trent entra y entorna la puerta hasta que solo es posible ver una pequeña porción de pasillo.

—Empiezo a pensar que, si *Smash Course* no funciona, voy a terminar en la calle —me dice.

Hago una mueca como muestra de conmiseración.

—Pero ¿qué te ha dicho Blaine?

—Que si el programa no funciona, estoy despedido.

—Pues sí, parece ser que has interpretado bastante bien la situación. —Hago un gesto de dolor e intento suavizarlo—. Si te sirve de consuelo, estoy en el mismo barco. Tengo que hacer un programa de citas.

—Por lo menos, esos suelen tener éxito. ¿Pero quién ve programas sobre deportes extremos?

—Literalmente todo el mundo, Trent.

Pobre ratón de biblioteca.

—Me voy a pasar seis semanas en la carretera —se queja—. Seis semanas en un autobús lleno de guerreros sudorosos hasta arriba de testosterona que quieren matarse entre ellos y, luego, tendré que volver y editar la grabación para que parezca que ha sido divertido.

—Lo siento, tío.

Le doy una palmadita en el hombro. De verdad percibo su angustia. Está claro que este tipo de programas atrae la atención, pero no sé si estamos preparados para eso. Si mi programa de citas no funciona, estoy jodido. Y si funciona, no tengo muy claro cómo podría volver a hacer lo que de verdad me importa. Supongo que me consuela no ser el único pringado.

—Estoy seguro de que saldrá bien. Las cosas, de una en una, ¿vale? Ahora tengo que encontrar a alguien —dibujo unas comillas en el aire— «con curvas femeninas y dispuesta», y sacar esto adelante.

Capítulo 6

FIZZY

Siempre existe el riesgo de malinterpretar lo que se ha dicho cuando solo escuchas el final de una conversación, pero en este caso, no hay margen de error…. «Encontrar a alguien con curvas femeninas y dispuesta, y sacar esto adelante».

He vuelto para que me validaran el ticket del aparcamiento, pero se me ha vuelto a olvidar en cuanto se producen tres explosiones simultáneas en mi cráneo. La primera, por las palabras escogidas, tan horribles que el británico guapo deja de ser al instante un héroe para convertirse en un villano al que tengo que derrotar. La segunda, porque me doy cuenta de que va a hacer el programa participe yo o no. Va a usar la aplicación de River para esparcir la basura, dispuesto a difundir la imagen de que la mujer protagonista está desesperada por encontrar su alma gemela, como si no estuviera bien sola, porque los ejecutivos de la telerrealidad no han actualizado su forma de ver a las mujeres en cuarenta años.

La tercera explosión es la más potente. Por mucho que ahora no me guste ese hombre, no puedo ignorar el hecho de que me ha ofrecido un altavoz. ¿Cuántas veces me he preguntado en vano por qué, si los hombres desean saber qué queremos las mujeres, no se limitan —no sé, llámame loca— a preguntárnoslo directamente? El británico guapo me ha ofrecido la posibilidad de asegurarme de que este programa no sea un absoluto desastre para todas aquellas mujeres que le den al *play* en el episodio uno. Puedo escoger el vocabulario y el formato, así como el debate en torno a lo que supone salir con alguien y enamorarse.

Subo directamente al despacho del productor, abro la puerta y veo que su expresión pasa de enfado a horror cuando se da cuenta de que lo he oído todo.

—¿Hasta qué punto estás interesado en que sea yo la protagonista? —le pregunto directamente.

Traga saliva, con la mirada fija en el otro hombre de la habitación, que parece querer que se lo trague la tierra. El británico guapo escoge

sus palabras con cuidado.

—Sospecho que usted es la única persona que puede hacer que este proyecto merezca la pena.

No sabría decir si es ignorancia o consideración.

—He pensado en el ascensor que, quizá, mi respuesta había sido algo precipitada.

Me mira sin comprender nada.

—Haré el programa, pero solo con mis condiciones.

—¿Condiciones? —repite—. ¿Como por ejemplo…?

Me esfuerzo por no romper el contacto visual. No tengo ni idea de cuáles son mis condiciones.

—Se las haré llegar a través de mi agente. Si quiere que lo haga, deberá incorporar lo que ella le envíe.

Guarda silencio, no se precipita y, a regañadientes, me doy cuenta de que lo respeto por ello, porque es un arte que yo soy incapaz de dominar.

—¿Puedo confiar en que escogerá esas condiciones de buena fe? —me pregunta al fin—. ¿Que tendrá presente a la audiencia?

¡Madre mía, no se puede ser más condescendiente!

—Literalmente, la audiencia es lo único que me importa. —Mi tono de voz es tan afilado que bien podría hacer sangre—. No sé si puedo decir lo mismo de usted. Aparte de saber que algunas tienen «curvas femeninas», lo que quiera que signifique eso, no creo que ni siquiera sepa quién hay en esa audiencia.

—Felicity, lo que ha escuchado…

Levanto una mano. No necesito oír sus excusas; de todas formas, no lo estoy haciendo por él.

—¿Es un sí o un no, Corey? Usted decide.

Aparta la mirada, parpadeando, lo que me ofrece una buena vista de su mandíbula y su largo cuello. Al fin, se vuelve hacia mí.

—Entonces es un sí.

Extiendo mi mano para estrechar la suya.

—Bien.

Con comprensibles dudas, estrecha mi mano de forma mecánica, muy al estilo británico.

Me cuelgo el bolso al hombro y me doy la vuelta para salir, pero vuelve a hablar.

—Hay algo más que me gustaría decir, si no le importa.

Me doy la vuelta.

—Me llamo Connor. —Esta vez no sonríe cuando nuestras miradas se cruzan—. Ni Ted ni Collin ni Corey. Connor.

Este imbécil me acaba de dar el control. No tiene ni idea de lo que

acaba de acordar. Lo llamaré como me dé la gana.

Después de todo, su nombre es la última de mis preocupaciones, porque ahora tengo que decidir cuáles van a ser mis condiciones, cómo voy a sacar tiempo para este circo televisivo cuando ya llevo un retraso de tres meses en la entrega de mi manuscrito y cómo diablos encajan ese apretón de manos fuerte y cálido y esa mirada firme y atenta con los de un villano.

Capítulo 7

CONNOR

—¿Alguna novedad sobre tus planes? —me pregunta Natalia desde la cocina—. Ya hemos reservado la cabaña en Yellowstone, pero no quiero llevarme a Stevie si vas a tener algo de tiempo libre por esas fechas.

Junto a mí, con su nueva camiseta de Wonderland y una tiara rosa en la cabeza, la niña en cuestión rebusca entre docenas de pequeñas piezas de puzle de un marrón grisáceo, intentando encontrar los bordes de la oreja de un elefante y la punta de la cola de un león de nuestro rompecabezas de fauna salvaje africana tras las lluvias. Me pregunto qué posibilidades hay de que un elefante y un león adulto posen juntos, pero eso parece un detalle menor.

—Por desgracia, no —respondo.

Ya estamos en junio; a estas alturas, nuestras vacaciones suelen estar ya diseccionadas y decididas, pero con mi nuevo calendario de grabación todavía en el aire, mis planes estivales también lo están.

—Y ya lo siento, Nat. Sé que es un fastidio. Llevo semanas intercambiando mensajes con la agente de Felicity. Tú haz tus planes y yo me adaptaré como pueda.

Nat cruza la habitación y nos sirve el almuerzo antes de sentarse en el suelo frente a mí. Por lo general, mi hija y yo pasamos los fines de semana en mi casa, pero el círculo social de Stevie parece ser más amplio que nunca, así que tiene una fiesta de cumpleaños esta noche y otra a la mañana siguiente. La custodia compartida significa ceder y no me importa andar por aquí si eso supone pasar tiempo juntos.

Y la comida tampoco me viene mal. Huele muy bien; durante los dos años que Nat y yo estuvimos casados, disfruté mucho de su cocina. Cuando rompimos, tuve que reorganizarme porque no podía alimentar a mi hija a base de ramen y Happy Meals todos los fines de semana. Ahora no hay nada que valore más que una comida que no tenga que cocinar yo.

—¿Cómo van las cosas con ella? —me pregunta, apartando mi atención de la olla humeante donde está preparando un guiso.

No le he contado gran cosa a Nat porque tampoco hay mucho que contar. Felicity se ha estado comunicando conmigo a través de sus intermediarios: abogado y agentes. Me tiene agarrado por las pelotas y lo sabe.

Me como una cucharada demasiado caliente y hago una mueca de dolor.

—Ha aceptado provisionalmente.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Se supone que su agente me las tiene que enviar.

—Pareces entusiasmado.

Me limpio la boca con una servilleta.

—Deja que te pregunte algo. Hace semanas que le pedí que participara en el programa. Se lo ofrecí y podría haberlo rechazado, pero no lo hizo. ¿No te parece raro que todavía parezca… no sé… cuestionar mi compromiso?

Con una pequeña sonrisa, Nat prueba la comida y remueve su cuenco con una cuchara.

—A ver, no la conozco tanto en el mundo real, es decir, nos enseña lo que quiere que veamos. Parece alegre, divertida y atrevida, pero un *reality show* no parece que le pegue demasiado. Tiene que haber algún motivo por el que esté considerando hacerlo y, si percibe que no estás demasiado entusiasmado con el proyecto, más te vale que cambies de actitud. —Natalia me mira directamente a los ojos—. Eres un tío estupendo, Conn, pero te estás comportando como un pedante, como si estuvieras por encima de todo esto.

Vuelvo al puzle.

—¡Pero es que lo estoy! Jamás haría esto si Blaine no me hubiese obligado.

Sé que he cometido un error en cuanto la última palabra sale de mi boca. Incluso Stevie deja salir un silbido sombrío entre los dientes.

Natalia me mira.

—Connor, ¿crees que soy tonta?

—¿Qué? —digo, horrorizado—. ¡Por supuesto que no! Eres la persona más inteligente que conozco.

—Bien, pues yo veo *realities*. Leo literatura romántica. Y cuando dices cosas así, me estás menospreciando.

Señala a Stevie con la cabeza y ese «sobre todo cuando lo haces delante de nuestra hija» implícito me golpea como un martillo.

—Me refería a que no es mi rollo. Por supuesto, me parece genial que sea el tuyo.

Abre los ojos como platos.

—Guau. Gracias.

—No es eso lo que yo…
Nat hace un gesto de desdén con la mano.
—¿Alguna vez has visto un programa de citas o leído alguno de sus libros desde que aceptaste hacerte cargo del proyecto?
—Los he comprado.
No parece nada impresionada.
— Y —continúo, orgulloso—, le he pedido a Brenna que me hiciera algunas reseñas sobre los cinco libros más leídos de Felicity.
Stevie vuelve a agitar la cabeza. Natalia frunce el ceño, decepcionada.
—Vale, ya sé cómo ha sonado eso —le digo—. El típico capullo ejecutivo que le endosa su trabajo a su asistente. Vale, ha sido un comentario de mierda. Pero, Nat, el programa ni siquiera va sobre los libros de Felicity. Va sobre ella. Sobre lo carismática que es, lo bien que se le da hablar a la gente. Va de que la audiencia la apoye.
—¿En serio eres tan corto como para no ver que la audiencia la apoya por lo que nos da en sus libros?
Antes de que pueda responder, continúa.
—Si me dijeras que no te gusta la música de Wonderland, te diría: «Vale, a cada uno lo suyo». Has escuchado todas sus canciones, por lo menos, cien veces, así que esa sería una opinión informada. Pero jamás has leído una sola novela romántica ni visto un *reality,* por lo que tu opinión se basa únicamente en lo que crees que son.
Coloco otra pieza del puzle, uniendo una gran oreja de elefante con su cabeza.
—Venga ya, Nat, tienes que admitir que las novelas románticas son un poco predecibles.
—¿Por qué? ¿Porque, al final, los protagonistas acaban juntos?
—Exactamente.
—Esa es la norma del género, Connor —responde—, algo que sabrías si te hubieras molestado en buscarlo en internet.
Le hago señas para que continúe al percibir lo mucho que le enfada el tema.
—Venga. No te cortes. Sácalo todo.
—Los describes como mi «placer culpable». ¿Acaso eres consciente de los condescendiente que suena eso?
—Bueno, para ti es un placer, ¿no? —pregunto, confuso—. ¿Cómo puede sonar eso condescendiente?
—Sí, pero ¿por qué debería sentirme culpable por leer algo que me hace feliz?
Abro la boca para responder, pero me la cierra con una mirada tan clara que bien podría haber pasado por un disparo al aire de

advertencia.

—Tratas las cosas que me gustan como si fueran estúpidas o algo para darse un capricho —añade—. Me has preguntado si me parece raro que ella cuestione tu actitud, pero, si yo percibo tu condescendencia, y eso que soy alguien que sabe que eres un buen hombre en muchos sentidos, ¿qué crees que ve ella, teniendo en cuenta que no te conoce en absoluto y que toda su carrera se centra en algo que tú crees que no está a tu altura?

Cierro los ojos mientras intento asimilarlo. Una vez trabajé en un proyecto en el que un experto decía que la intolerancia es resultado de la falta de curiosidad y jamás lo he olvidado. ¿Acaso estoy juzgando a la ligera cosas de las que, en realidad, no sé nada?

—Vale, sí.

—Lee uno de sus libros. —Nat vuelve a coger la cuchara—. Mantén la mente abierta y puede que incluso te guste.

Sé que tiene razón y estoy a punto de decírselo cuando veo vibrar mi teléfono sobre la mesa porque me ha entrado un correo electrónico. Lo abro y, al instante, se me bloquea el cerebro.

—¿Pero qué coño es esto?

—Papá.

Stevie me mira.

—Lo siento, cariño, pero… —Señalo el teléfono—. Es la lista de condiciones de Felicity. —Le echo un vistazo rápido al texto—. Quiere que grabemos cuatro días a la semana. —Levanto la mirada—. Creía que en este tipo de programas la norma era mantener a la gente secuestrada o algo así. Para que no se conozcan los resultados.

—Eso era en *The Bachelor* —le informa Stevie.

Nat le ajusta la tiara a su hija.

—Me pregunto si conocer como funcionan estos programas haría su trabajo más sencillo.

Stevie suelta una risita.

—Venga, vale —reacciono y sigo leyendo el correo electrónico.

Al verlo, sé de inmediato que habría sido mucho más fácil tratar con alguien a quien solo le preocupara la fama y la exposición, pero ya que tengo que hacer esto, mejor que sea con alguien que tenga algo que decir.

Esperaba que sus condiciones fueran algo así como cláusulas de un contrato —peticiones de tiempo fuera de cámara, una lista de exigencias en cuanto a la alimentación, dinero para marketing, determinadas estilistas y toda la promoción posible para sus libros—, pero no hay nada de eso. Su lista se parece extrañamente a un desafío.

—Me envía una lista muy concreta para las audiciones. —Miro a

Nat—. ¿Qué diablos tienen que ver los «rollitos de canela» con las audiciones?

—Oh —dice Natalia con una emoción silenciosa—. ¡Oh, Fizzy Chen, eres mi puta heroína!

—¡Mamá! ¡Esa boca!

Frunzo el ceño mientras miro a la pantalla del móvil.

—¿Himbo? ¿Es una errata?

Nat se dobla intentando contener una carcajada.

—Me va a llevar media vida aclarar todo esto. Se supone que tengo que repasar el acu…

Me detengo en seco cuando llego al final del PDF escaneado y veo una nota escrita a mano por Felicity, casi al final:

Mándame un mensaje si tienes dudas. ¡Buena suerte! Sospecho que la vas a necesitar.

Capítulo 8

FIZZY

—Francamente —dice Jess desde el otro lado de la mesa, en Twiggs—, si tuviera la nariz clavada en el móvil como la tienes tú, me dirías que comparta el porno o que me lo guarde.

En los viejos tiempos, solíamos reunirnos en la cafetería Twiggs varias veces a la semana para trabajar. Yo escribía como una loca y Jess hacía sus cosas. Por lo general, éramos bastante productivas. Ahora, nuestras sesiones de trabajo son más ceremoniales: Jess se ha cogido libre el verano y, en mi caso, hay más posibilidades de que me crezca una tercera oreja que de que sea capaz de escribir una escena de amor convincente. Pero, aunque el ambiente es más informal que empresarial, las palabras de Jess me servirían de excusa para meter el móvil en el bolso y volver a mi tiempo de ocio. Por desgracia, aunque Oscar Isaac estuviera desnudo en la mesa de al lado, sería incapaz de apartar la mirada de este intercambio de mensajes. Es como ver a Connor Prince III caer en una lenta espiral hacia la locura.

¿Darcy? Ni siquiera sé qué significa eso

Ahogo una carcajada con una mano y escribo:

Piensa en taciturno.

—Felicity.

—Más vale que no te enteres de lo que estoy haciendo —le respondo a Jess, agitando la cabeza.

Mi teléfono vuelve a vibrar.

—¿Sexo telefónico?

—Mejor.

¿Qué es un empollón buenorro?

¿De verdad necesitas que te explique eso

precisamente a ti?

Vale. ¿Zorro plateado?

Madurito sexi.

¿Vampiro?

Suelto una carcajada y unos cuantos de los habituales me lanzan una mirada asesina. Había olvidado esa joyita. Esta vez he estado a punto de escupirle el café a Jess, que intenta quitarme el teléfono y tengo que esquivar sus dedos avariciosos para terminar de escribir mi respuesta.

Sé creativo.

Con cuidado, suelto el teléfono.

—Hola, querida amiga.

—¿Ni siquiera vamos a fingir esta vez que estamos trabajando?

Miro a la silla que hay a mi derecha, donde he dejado todas mis cosas hace ya media hora, cuando llegué. Ni siquiera me he molestado en sacar el portátil. No es de extrañar que todavía no haya hecho nada.

—Te prometo que está relacionado con el trabajo —digo sonriente.

—Ya, ya.

Jess sabe que he estado huyendo de las redes sociales y los correos electrónicos de trabajo como de la peste, así que, lógicamente, es escéptica.

—Mis condiciones para el programa han llegado a la bandeja de entrada del británico guapo esta misma tarde y tiene unas cuantas dudas.

Jess frunce el ceño.

—¿Qué has hecho?

—¿A qué te refieres con que qué he hecho? ¿Por qué me convierto automáticamente en la mala?

—Veamos —dice Jess, rodeando su taza de café con leche con las manos e inclinándose—, está aquella vez que me dijiste que íbamos a ir a una playa nudista para tu cumpleaños antes de que me diera cuenta de que estábamos paseando desnudas por una propiedad privada.

—Fue culpa del GPS, no mía.

—Me esposaste a la cama para tus investigaciones y luego te diste

cuenta de que te habías dejado la llave en tu casa.

—¡Solo te quedaste sola una media hora y me aseguré de dejarte con mucha agua!

—Vale. ¿Y qué me dices de la vez que me tendiste una trampa con el tipo que estaba en libertad condicional?

—¡Por evasión fiscal! Ni que hubiera matado a alguien.

—¿En serio, Fizzy?

—¡Es que cuando lo dices así, todo junto, parece peor de lo que es!

Jess espera pacientemente.

Al final, acabo por asentir.

—Solo estoy intentando que el programa sea bueno.

El escepticismo se hace todavía más evidente, así que tengo que recordarle algunos puntos.

—No quieres que te cuente nada del programa porque no quieres saber nada que luego tengas que ocultarle a River.

Quien, como cabía esperar, flipó mucho cuando le dije hace un par de semanas, mientras nos comíamos unas hamburguesas, que me habían ofrecido protagonizar un programa de citas basado en sus serias investigaciones científicas. Hubo unas cuantas miradas intensas a su plato, seguidas de unas cuantas caminatas nerviosas. Lo tranquilicé diciéndole que no había forma de que North Star Media aceptara mis condiciones cuando las vieran y River se tranquilizó un poco. Pero también pidió que no le volviera a hablar del tema.

Lo que significa que tampoco puedo contarle nada a Jess o entraría en combustión interna por tener que ocultarle algo a su marido, motivo por el cual ahora finge no estar interesada.

El caso es que si le preguntas a Jessica Marie Davis Peña cuál es su programa de televisión favorito, te diría que *Breaking Bad* o *Downton Abbey* porque esa es la respuesta socialmente aceptable. Nadie va por ahí diciendo que su programa favorito es *El amor es ciego* por el mismo motivo por el que nadie dice que su restaurante favorito es McDonald's y, sin embargo, «alguien» se gasta más de 550 millones de dólares en Big Macs al año. Jess engulle esos programas, sintiéndose superior con una copa de vino tinto en la mano, sentada en el gigante sofá modular de su salón. Da igual lo que quiera River: Jess está muy intrigada. De hecho, me atrevería a decir que está emocionada en secreto.

Lo que significa que ya puedo iniciar la cuenta atrás para la explosión.

En tres…, dos…

—Casi me da miedo preguntar cuáles son tus condiciones… —dice, repiqueteando de forma casual en el lateral de su portátil—.

Conociéndote, seguro que son muy locas.

Me acerco la bebida a los labios y me doy cuenta de que se ha quedado tibia.

—¿Me lo estás preguntando?

Se ajusta las gafas para el ordenador.

—No.

—Vale.

Miro el móvil y me encuentro otra cadena de mensajes.

¿Quiere que, al menos, 2 de los candidatos sepan tejer?

No entiendo el término de exclusión re: poetas.

Felicity, acordamos que iniciaría esta negociación de buena fe.

¿La puedo llamar?

Suelto una risita mientras escribo, regodeándome, como si estuviera sexteando.

Lo siento. No me pillas en un buen momento.

¿Cuándo le vendría bien?

Eso depende. ¿Sigues interesado o te das por vencido?

Un ruido resuena al otro lado de la mesa cuando Jess deja sus gafas, dándose por vencida.

—Cuéntamelo todo.

—Pero es sobre el programa. Es posible que a River no le guste.

—Puede llorar sobre sus enormes bolsas de dinero.

—Pues también tienes razón —digo con una carcajada—. Bueno, por si todavía no lo sabías, soy un genio.

—Y tan admirablemente humilde.

—Mira —le digo—, cuantas más vueltas le doy, más me gusta. El británico guapo quería que protagonizara un programa de citas, ¿verdad? Meterme en una casa con doce tíos, ponerme un sujetador *push-up* y dejar que la audiencia decida cada semana a quién se debe

eliminar.
—Cierto —dice Jess, asintiendo.
—El punto efectista es, por supuesto, que utilizarán ADNDuo para encontrar una serie de candidatos para mí —continúo.
Jess se acomoda en su silla y cruza los brazos.
—Hace tres semanas, no querías saber nada de los hombres. ¿Ahora vas a vivir con doce?
—¿Doce sementales en la flor de la vida intentando conquistarme? Soy humana, Jess. ¿Cómo puedo decir que no a algo así?
Agita la cabeza por encima de su taza de café.
—¿Acaso te estás escuchando? ¿En serio?
No le hago caso.
—A ver, puede que doce sean demasiados incluso para mí. —Hago una pausa—. No puedo creer que haya dicho eso, pero bueno, es que es así. Por eso, voy a sugerir que lo reduzcan a ocho. Tampoco me gusta la idea de estar totalmente secuestrada en una casa con esos tíos durante toda la grabación, así que le he dicho al británico guapo que solo pienso grabar cuatro días a la semana y, durante esos días, los candidatos y yo simplemente… quedaremos. La audiencia eliminará a un par de ellos una vez a la semana y luego tendré citas nuevas y más elaboradas con los que queden. Nos conoceremos mutuamente de la misma forma que sucedería en el mundo real, con el resto de la vida sucediendo a nuestro alrededor.
Jess frunce el ceño.
—¿Y van a aceptar eso? ¿No se supone que la gracia de estos programas es esa experiencia intensa de proximidad forzosa y que, si vuelves a tu vida real, quepa la posibilidad de que hables con tu familia sobre el programa y te den trucos y consejos?
—Sí, ¡pero así es como funcionan las citas! Si saliese con uno de ellos en el mundo real, nos iríamos a casa después y hablaríamos con nuestra gente sobre cómo nos ha ido. Sobre todo cuando ha ido bien, queremos contarlo e incluir a nuestra comunidad en la emoción. Estoy muy cansada de esas descripciones del romance en el vacío que hacen que la gente crea que, una vez que encuentras a esa persona especial, ya no necesitas nada más. ¡No es una visión sana del amor! Quiero salir con un tío que tenga el apoyo de familiares y amigos todo el tiempo, no uno que les diga a sus seres queridos que deben aceptar a esa nueva persona, de la que no saben nada, de la que asegura haberse enamorado en tan solo tres semanas. ¿Acaso esta gente nunca ha leído una novela romántica? ¡Una comunidad de apoyo es como la mitad del felices para siempre!
—Oh, Dios mío, Fizzy, respira.

Hago una pausa y bebo un relajante sorbo de mi tibio *latte* de vainilla.

—Pero bueno, la estructura de las citas es la parte fácil. ¿Quieres escuchar lo mejor?

—No, por supuesto que no. Solo los detalles aburridos, por favor.

—Les he enviado una lista de arquetipos de protagonistas de novelas románticas que el británico guapo deberá encontrar si quiere que acepte.

Su expresión se vuelve neutra.

—Perdona, ¿qué?

—Le he enviado una lista de veinte arquetipos que van del empollón buenorro al profesor, la estrella del rock, el soldado de élite, etcétera. Deberá seleccionar ocho candidatos que encajen en esas categorías.

Ante su mirada dubitativa, decido continuar.

—No es tan difícil.

—Déjame ver esa lista —me exige Jess mientras agita los dedos para que se la dé.

Cojo el teléfono y se lo paso. Los ojos azules de Jessica estudian la pantalla, los abre como platos y, entonces, vuelve al principio y lee algunas en voz alta.

—¿Un príncipe?

—O, en términos más generales, un miembro de la realeza —digo, examinando de forma casual una de mis uñas—. No soy tiquismiquis.

Hace una pausa y resopla.

—«Canalla escocés». Fizzy, por Dios.

—Sigue.

—¿«El que salió huyendo»? —Se echa a reír—. Pues va a tener que lanzar una red muy grande. ¿Estás segura de querer eso?

—Para serte sincera, no quiero nada de esto, pero si lo consiguen, sería alucinante. No puedo escribir ni una sola palabra sobre el tema, lo que significa que la página de «Próximamente» de mi sitio web está recibiendo más o menos las mismas visitas que mi vagina. Pero si con esto consigo llegar al público de la romántica, eso haría muy felices a mis lectores y a Amaya.

Mi agente literaria, Amaya Ellis, es una cabrona que vale su peso en oro y que, desde luego, no se merece el dolor de cabeza que le he estado provocando este último año.

—¿Amaya cree que es una buena idea? —pregunta Jess, escéptica.

—No sé si diría yo tanto, pero ella y mi agente cinematográfico están de acuerdo en que sería una gran publicidad. Y dado que, literalmente, no tengo nada más en la agenda, me recomendaron

«fervientemente» que lo considerara. También me recordó que la única razón por la que me hice la prueba de ADNDuo fue con fines de investigación y que debería ir con esa idea en mente.

Levanta la mirada un instante.

—Y, ya sabes, la posibilidad de encontrar tu alma gemela…

—Sí, sí, claro —digo, mientras la veo leer toda la lista e intentar mantener la compostura—. Entonces, ¿qué te parece? Lo he tenido que pensar mucho.

—Eso está claro. —Algo le llama la atención—. ¿Vampiro? ¿Esperas que encuentren un vampiro?

—El británico guapo me dijo lo mismo. Cómo lo hagan no es mi problema.

Jess arquea las cejas y me mira por encima de mi propio móvil.

—¿Un amo dominante?

—Por respeto al género.

Sigue leyendo, ahogando una sonrisa con la mano.

—¡El veinte por ciento o más debería haber ido a psicoterapia y el treinta por ciento necesita tener amigas con las que nunca se hayan acostado! Fizzy, eres un auténtico trol. —Grita un instante—. Nada de poetas.

—Puede que haya sido la mejor idea que he tenido. Por desgracia, no va a llegar a puerto.

Inclina la cabeza de un lado a otro, como diciendo «puede que sí, puede que no».

—¿Y qué piensas hacer si aceptan tus condiciones?

Hago un gesto de desdén con la mano.

—Yo no me haría ilusiones. Y, si fuera así, tendría que poner mis asuntos en orden y llevar a la práctica mi plan A.

Esa verdad hace mella. De hecho, no había pensado en la posibilidad de que el británico guapo aceptara unas condiciones tan ridículas. Me había sentido segura con mis estrafalarias exigencias; literalmente, cualquier otra mujer del planeta Tierra habría facilitado mucho más las cosas que yo. Pensar, aunque solo sea durante un breve instante, que quizá termine haciendo el programa me provoca un nudo en el estómago. Tendría que ser divertida e interesante y, mierda, fingir de forma convincente que estoy abierta al amor.

—Es absolutamente imposible que estén tan desesperados como para aceptar todo esto.

—Estaría por darte la razón — añade Jess mientras me devuelve el teléfono, señalando la pantalla con la cabeza al ver cómo entra un mensaje de mi nuevo contacto McMacizo británico— si no fuera porque creo que acaba de hacerlo.

Capítulo 9

CONNOR

La siguiente vez que Felicity Chen entra en mi oficina, parece dispuesta a colaborar. En vez de ir vestida con unos vaqueros rasgados y botas, lleva un traje de chaqueta negro y una expresión que deja bien claro que tiene la intención de supervisar todo de ahora en adelante. Rechaza con educación el ofrecimiento de café de Brenna y cruza la habitación hasta donde estoy, de pie, frente a mi mesa, para saludarme.

—¡Felicity, qué alegría volver a verla!

Me da un fuerte apretón de manos acompañado de una amplia sonrisa. Sorprendentemente, esa estética de rompepelotas le queda bastante bien.

—Llámame Fizzy. Nadie me llama Felicity, excepto el tipo del departamento de tráfico.

Me echo a reír.

—Pues Fizzy, entonces.

En vez de sentarse en una de las sillas frente a mi mesa, se acomoda en uno de los pequeños sofás de cuero que rodean la mesa de café. Recuerdo que una vez leí en alguna parte que la gente segura de sí misma utiliza mal los muebles. Se sientan de lado, apoyan el brazo en el respaldo de una silla adyacente o se acomodan en el pico de la mesa. Fizzy no está haciendo nada de eso, pero sigue pareciendo la viva imagen de la confianza. Su postura es relajada, con las piernas cruzadas, las manos superpuestas de manera informal a la altura de las muñecas y el dedo índice y el pulgar repiqueteando como si estuvieran contando algo. Sus zapatos son de ante azul brillante y llevan un tacón de, al menos, diez centímetros. Necesito hacer un enorme esfuerzo para no recorrer la pequeña porción de piel al aire de su tobillo con la mirada.

—¿Qué tal estás? —le pregunto, mirando a otro sitio.

—Genial.

Me siento enfrente, intentando parecer tan seguro como ella. Por lo general, soy una persona segura de sí misma. Por lo general, no me

suelo poner nervioso. Pero la dualidad de la intensidad de su comportamiento y lo cómoda que parece sentirse en su cuerpo me distraen.

—Gracias por reunirte conmigo —me dice.

Lleva el pelo recogido en un moño; algunos de los mechones se han soltado y caen con suavidad sobre su largo y delicado cuello. Prácticamente no se ha maquillado, creo, pero sus labios son perfectos, de un rojo suave. Por muy patético que acabe siendo el programa, esta mujer va a quedar perfecta en pantalla.

—Faltaría más. —Trago saliva para intentar que mi voz parezca menos constreñida—. Todavía nos quedan muchas cosas por negociar.

Eso es quedarse corto. Las peticiones que me ha mandado su agente parecen estar escritas en chino, pero Nat me ha pedido que confíe en ella, así que aquí estamos. Tengo la sensación de estar adentrándome en un callejón oscuro con solo un periódico enrollado para defenderme de un ataque sorpresa con arma blanca. Este va a ser un incómodo pero breve proyecto que hará que Blaine me dé lo que quiero o el peor error de mi carrera profesional.

—Pero antes de entrar en detalles —le digo—, me gustaría preguntarte si tienes alguna experiencia con ADNDuo. Los perfiles de usuario antiguos son, obviamente, confidenciales, pero nuestro departamento jurídico necesita saber si tenemos algún *match* de oro previo que te gustaría excluir o añadir a la lista de «los que salieron huyendo».

—Estoy familiarizada con la aplicación —responde, deslizando una mano por su muslo para alisar una pequeña arruga—. Pero dejé de comprobar mis compatibilidades antes de que pudiera ver algún *match* de oro.

—Vale.

Tomo nota, aunque tengo la impresión de que hay mucho más de lo dice, pero no da más detalles. Cierro la libreta y me encuentro con su mirada al otro lado de la mesa.

—Bueno, pues si tienes algo más que te gustaría discutir conmigo, házmelo saber. No necesitamos conocer todo tu historial de citas, pero tampoco querríamos ponerte en la situación incómoda de escoger a alguien que ya conoces y que no te gustó.

—Gracias.

Sigue asintiendo, pero no aparta la mirada de mí.

Ante semejante escrutinio, necesito algo que hacer, así que me incorporo en mi asiento y sirvo unos vasos de agua de la jarra que hay sobre la mesa.

—¿Hay algo de lo que te gustaría hablar? —le pregunto.

—Me está costando calarte.

—¿Qué te gustaría saber?

—¿De dónde has salido? —Se coloca los dedos bajo los labios, como si estuviera reflexionando—. La página web de North Star no entra en detalles. Google no dice gran cosa. Lo único que he conseguido averiguar es que solías hacer documentales y que creciste como joven pirata en el norte de Inglaterra.

Me rio al recordar nuestra primera reunión.

—Blackpool. Eso es. Tuve que abandonar el sector del saqueo y el pillaje con quince años, cuando mi padre me trajo a Estados Unidos, de donde es él.

—¿A los quince? —Parpadea—. Debió de ser duro.

Lo fue, pero no hay necesidad de regodearse.

—Estudié comunicación audiovisual en la Universidad del Sur de California y terminé aquí. Y sí, hasta hace poco hacía documentales. Cambio climático costero, animales marinos, ya sabes.

—Comunicación audiovisual en la USC y, sin embargo, has terminado en una pequeña productora de San Diego —afirma—. O no eres demasiado bueno en tu trabajo o tienes una razón personal para estar aquí. Me parece una diferencia importante si voy a ser tu más reciente colaboradora.

Sonrío, sin soltar mi presa.

—Tenía un muy buen trabajo en Sony, en Los Ángeles. Me mudé porque mi exmujer había conseguido trabajo aquí y quería estar cerca de nuestra hija.

Su expresión vacila, se suaviza, antes de coger su vaso de agua.

—¿Por qué has aceptado encargarte de este programa? ¿Del cambio climático a un programa de citas? No me parece una transición muy natural.

—Me lo han asignado.

—Vamos, que te han obligado.

Opto por ser sincero. No nos conocemos demasiado, pero ya me ha quedado claro que es mejor que esta mujer no te pille en una mentira.

—No habría sido mi primera opción, no.

—¿No hay nada que te emocione en este proyecto?

Cojo mi agua y le doy un sorbo mientras pienso una respuesta sincera y alentadora a partes iguales.

—Bueno, digamos que me alegro mucho de que hayas aceptado.

Mi respuesta hace que sonría más y con mayor intensidad.

—Ya lo sé. Has aceptado todas mis peticiones absurdas.

—Si ya sabías que eran absurdas —digo mientras suelto el vaso—, ¿por qué las has pedido?

—Porque me parecieron graciosísimas. Creo que harán que el programa sea diferente. Diversión. Creo que todos necesitamos divertirnos. —No puedo estar más de acuerdo—. Dijiste en nuestra primera reunión que uno de los motivos por los que habías pensado en mí es porque nuestros públicos se solapan casi por completo. Háblame un poco más sobre esta audiencia.

—Aproximadamente el ochenta por ciento de las personas que ven los programas de citas son mujeres de entre dieciocho y cincuenta y cinco años, pero el cincuenta por ciento tienen más de cuarenta y cinco. Esto es algo parecido a lo que sucede con los lectores de novela romántica. Un tercio de las ventas de ficción son de literatura romántica y en torno a un cuarenta por ciento de ese mercado está formado por mujeres de más de cuarenta y cinco, lo que significa que un increíble doce por ciento de las ventas totales de ficción son de mujeres de más de cuarenta y cinco que leen romántica. —Hago una pausa, preguntándome qué más quiere que le diga—. Nunca ha sido mi grupo demográfico, pero estoy intentando aprender.

La mirada de Fizzy tiene una intensidad que solo había visto en algunos de los ejecutivos más poderosos de Hollywood.

—¿A qué te refieres?

No está siendo desagradable, pero sigue sin gustarme tener que ponerme a la defensiva, no me gusta tener que andarme con pies de plomo porque todavía no ha firmado oficialmente el contrato y necesito que lo haga hoy antes de irse. Después de revisar las ideas de Fizzy, Blaine me dio dos meses para la preproducción y, luego, durante cinco semanas, se grabarán los episodios para emitirlos al final de cada una. Eso significa que habrá que editarlos a toda velocidad. Nunca he hecho nada con tanta presión editorial. Ya hemos dedicado demasiado tiempo a esperar sus condiciones y pasarlas por el departamento jurídico. No me veo pasando por todo eso otra vez.

—Me refiero a que intento familiarizarme con esta audiencia de la misma forma que lo hago con cualquier otra audiencia —le digo—. Investigación de mercado. En este caso, estudiando qué otras cosas hace esta audiencia en su tiempo libre.

Esboza una sonrisa y me acomodo en la silla, inspirando profundamente mientras me recompongo.

—Fizzy, déjate de rodeos y pregúntame lo que de verdad quieres saber.

—No quiero hacer esto si tus investigaciones se reducen a leer los informes de audiencias. Los documentales que has hecho me han servido para convencerme de que tienes el corazón en el lugar adecuado, pero ¿por qué tú? ¿Por qué esto? ¿Por qué tú para esto?

—Según parece, la empresa está adoptando una nueva dirección. —Me encojo de hombros y opto por la transparencia—. Somos pequeños. Hay poco personal. Seguramente sea por eso.

—¿Has leído algo que yo haya escrito o me lo has ofrecido porque tu exmujer tiene alguno de mis libros en su estantería?

—Estoy acabando *A base de match*. Es divertido, sexi, creativo y…

Arrastro las palabras, intentando encontrar el adjetivo que se me escapa. Empecé a leerlo siguiendo las instrucciones de Nat, buscando eso que tiene la literatura romántica que tanto le gusta, intentando identificar esa semilla que ha hecho que Fizzy tenga tanto seguimiento.

«Si puedo comprenderlo, creo que podré desbloquear lo que necesitamos para que el programa sea un éxito», pensé.

—¿Y? —apunta Fizzy con un tono irónico, como si estuviera esperando que añadiera un insulto a mi lista.

—Alegre. —Me sale de repente—. Hay mucha felicidad en lo que escribes.

Puedo ver que he dicho algo importante. Se inclina hacia delante, ahora más feliz.

—Sí. Por fin estamos llegando a alguna parte. El romance es alegría. ¿A ti qué te hace feliz?

—Mi hija. Mi trabajo, en general.

Busco algo que me haga sentir más dimensional, pero estar aquí, sentado, con esta escritora superventas, hablando de la felicidad y la conexión hace que mi vida parezca una árida rutina de enjabonado, enjuagado y vuelta a empezar.

—Ver un partido de fútbol. Montar en bici por la montaña. Hacer ejercicio —añado.

Mientras hablo, veo adónde quiere llegar: nada de eso me capacita para llegar específicamente a esa audiencia. Es cierto que, aparte del tiempo que paso con Stevie, ya no hay nada en mi vida que me aporte verdadera alegría. De hecho, me doy cuenta de que todo eso es más bien una forma de pasar el tiempo cuando estoy solo y no una manera de buscar una conexión.

Recuerdo el capítulo de su libro que leí anoche. Era una escena de amor en la que la protagonista admitía que le preocupaba mucho lo rápido que estaban yendo las cosas. No es que ese tipo de conflicto fuera algo novedoso y rompedor, pero la forma en la que estaba escrita, con tanta vulnerabilidad y autoconocimiento después de la escena de sexo más abrasadora que jamás he leído, me dejó pensativo toda la noche. Fizzy es el *alter ego* divertido y ocurrente, pero estoy empezando a ver que Felicity Chen es inteligente —bueno, más bien

brillante— y se merece algo más que una sonrisa confiada y respuestas medidas. Cala a las personas como nadie y ahora mismo necesita estar segura de que no se va a ver atrapada en un estereotipo bidimensional de Hollywood.

—Parezco un cretino aburrido. —Me echo a reír—. Al leer tu libro, me he dado cuenta de la estéril banalidad de mi vida actual. Reconozco que —admito, arrastrando las palabras porque rara vez hablo de asuntos tan personales con relativos extraños y, desde luego, nunca con mis compañeros de trabajo—, soy un poco adicto al trabajo. Pero no soy un egocéntrico. Te he traído aquí porque sé que estás conectada, literal y metafóricamente, a esta audiencia. Quiero que esto salga bien.

—Yo también. —La postura de Fizzy se relaja un poco y se acomoda en su asiento—. Mira, padrazo buenorro, tengo que confesarte algo. Soy muy amiga de alguien relacionado con la tecnología ADNDuo. No está muy emocionado con que se vaya a hacer este programa, pero debido a la forma en la que se ha estructurado el acuerdo, no ha vetado su uso en los medios.

—¿Y eso supone un problema? —le pregunto, ignorando por ahora el hecho de que creo que me ha llamado «padrazo buenorro».

—No, pero este programa tiene que ser inteligente. Tiene que ser encantador. Tiene que ser irreverente. Tiene que ser sexi, real y cercano.

—Estoy de acuerdo.

Cierta vulnerabilidad tiñe sus siguientes palabras.

—El problema es que, a pesar del interrogatorio, debo admitir que me sigue preocupando un poco no ser la persona adecuada para hacerlo.

Oh.

Tanto la determinación de su postura como el brillo de sus ojos parecen haberse atenuado sin previo aviso. Repaso las palabas mentalmente.

—Comprendo que, dada tu relación personal con esta tecnología, quieras hacer lo correcto, y tampoco espero que hagas todo el trabajo duro. Pero incluso con el poco tiempo que hace que nos conocemos, sé que le vas a encantar al público. Tienes una cualidad mágica rara de ver, Fizzy. Estoy seguro de que lo sabes, porque se refleja en tus libros y también en persona.

—Bueno, gracias, pero no. —Se lleva las manos a los ojos—. Antes era divertida. Solía tener millones de ideas. Era espontánea, atrevida, sexi e inspirada, pero hace mucho tiempo que ya no me siento así.

Se me ralentiza el pulso y luego se acelera hasta llegar a mi

garganta.

—Entonces… ¿qué me estás diciendo?

¿He tenido que pasar por todo esto para que ahora me diga que no?

—Alegría —dice desde detrás de sus manos, justo antes de dejarlas caer sobre su regazo.

—¿Qué?

Fizzy inspira profundamente y luego suelta el aire poco a poco.

—Firmaré el contrato que tienes sobre la mesa, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Durante los dos meses que tenemos antes de empezar a grabar el programa, quiero que tú y yo salgamos de esta oficina, lejos de nuestro teclado, y redescubramos la felicidad.

Capítulo 10

FIZZY

Hay que ver con la felicidad. Saco un jersey de rayas negras y grises y lo lanzo con cierta rabia a la montaña de ropa que estoy formando sobre mi cama.

—Debo de estar loca.

Me estoy preparando para mi primera firma de libros en meses. No me siento yo misma. Me preocupa haber perdido mi toque para siempre. Tengo que enfrentarme a mis lectores y parecer todo lo animada y emocionada que pueda por mi próximo (e inexistente) libro y, en un momento de debilidad, he invitado al padrazo buenorro como parte de nuestra búsqueda impulsiva de la felicidad. Como si fuéramos amigos del alma.

—¡Ay, Dios mío! Recuérdame por qué le he pedido a ese ejecutivo de la televisión que viniera a recogerme para ir a mi firma de libros en vez de conducir yo misma.

En la puerta de mi habitación, mi hermana pequeña se mete en la boca otro puñado de patatas fritas y las mastica con gran estruendo antes de contestar.

—¿Porque te encantan las luchas de poder con los hombres para evitar sentirte vulnerable?

—Guau, Alice, me has calado.

Saco del armario un vestido negro con las mangas semitransparentes.

—¿Acaso me equivoco?

Mi respuesta queda amortiguada por el vestido mientras me peleo por entrar en él.

—No.

—Amaya ha vuelto a llamarte mientras estabas en la ducha.

Me preparo mientras esbozo una mueca.

—¿Has contestado?

—Por supuesto que no. No quiero que me griten.

Vuelvo a meterme en el armario para buscar los zapatos.

—Está siendo muy amable conmigo por aceptar hacer el programa

y me ha ampliado el plazo de entrega del manuscrito, pero tengo que darle un calendario más concreto y todavía no lo hemos acordado.

—¿De verdad piensas hacer el programa? —pregunta Alice, fingiendo un escalofrío.

A mi muy inteligente y embarazada hermana le han recomendado que baje el ritmo en el trabajo y que se lo tome con calma, así que se aburre como una ostra. Eso explica por qué me está persiguiendo por toda la casa en vez de estar relajándose con los pies en alto. Sospecho que le preocupa mucho menos que el programa de citas sea un éxito que el hecho de que sea la mayor oportunidad de fisgonear de su vida.

—He firmado el contrato, así que sí.

—¿Papá y mamá saben que…?

Salgo justo a tiempo para interrumpirla.

—No y deja que sea yo quien se lo diga.

Se me hace un nudo en la garganta con tan solo pensar en esa conversación. Tengo treinta y siete años y me sigue preocupando decepcionar a mis padres. Emigraron desde Hong Kong a principios de los ochenta y llevan suficiente tiempo en el país como para sentirse cómodos con muchos de los ideales occidentales. Dado que mi madre sigue pensando que mis novelas románticas no son más que el calentamiento para la obra maestra de la literatura que está segura que acabaré escribiendo, no tengo muy claro cómo va a reaccionar cuando le cuente que pronto empezaré a tener citas con ocho hombres para un *reality show*.

—Has prometido relajarte —le recuerdo a Alice mientras señalo la cama.

Busca un trozo de colchón vacío y se sienta.

—¿No va papá hoy?

Hago una pausa mientras intento subirme la cremallera y me doy cuenta de por qué hacía tanto tiempo que no me ponía este vestido.

—Oh, bien visto.

—Pues pídele al productor ese que se lo diga a papá —me dice— y que luego papá se lo diga a mamá.

Nadie habría predicho jamás que el hombre cuya charla sobre sexo con sus hijas adolescentes se redujo a acercarse mientras lavábamos los platos, ponernos una mano en el hombro y murmurar con torpeza «vuestra virginidad es sagrada» acabaría un día siendo el orgulloso padre de una escritora de novela romántica y erótica. Hace dos años que se jubiló y, al igual que le ha pasado a Alice con la recomendación del médico para que baje el ritmo, ya está cansado hasta de sí mismo. Mi padre, que antes era un adicto al trabajo y se pasaba setenta horas semanales en su laboratorio de Scripps, ahora dedica las semanas a

leer tres libros, andar una media de cuarenta kilómetros, ayudar a mi hermano pequeño Peter a restaurar su Karmann Ghia de época, jugar al ajedrez con sus amigos y mantener perfecto el jardín. Además, le lleva a Alice cualquier potingue para embarazadas que mamá encuentra en el mercado y entrega a cualquiera de sus tres hijos la comida que su mujer le indica cuando le da por cocinar como una loca.

Mi padre también es una habitual de prácticamente todas las firmas de libros que he tenido en el sudoeste del país. A los lectores les encanta sacarse fotos con él y pedirle que también firme su copia de mis libros. Algunas fotos suyas fingiendo con descaro que está leyendo *El deseo más oscuro del pirata* o *Cuerpos sedientos en alta mar* se han hecho virales.

Así que la idea de Alice no es tan mala: presentarle el británico guapo a mi padre, dejar que él le suelte su ostentoso discurso de venta y que mi padre se lleve la información a casa y se la cuente a mi madre. ¡Bum, soy un genio!

—Háblame de ese tío —me pide Alice mientras observa cómo me peleo con la cremallera rota—. ¿Cómo es?

—Alto. —Pienso otros adjetivos—. Mm… Moreno. Bien vestido.

—A ver, ¿pero es amable? —pregunta, muerta de risa.

—Supongo.

—¿Está emocionado con el programa?

—No de forma explícita.

—¿Cuánto tiempo vas a estar grabando? —sigue preguntando.

—Cinco o seis semanas y luego tendré que decidir a quién elijo para alguna clase de viaje ostentoso al final.

—¡Ay, Dios mío! ¿Y qué pasa con la boda de Peter? ¿Vas a poder ir?

Nuestro hermanito se casa dentro de unas semanas y promete ser un circo opulento con el menú más increíble que he visto en mi vida. Hermano o no, no me perdería esos ocho platos por nada del mundo.

—Allí estaré, *ah mui*. El programa no va a interferir en nada de eso.

Me pongo delante del espejo, inspeccionándome. El vestido está bien. Me hace un pecho estupendo y es muy cómodo. Pero el problema aquí no es la ropa. Es saber que este es mi primer evento en seis meses, que tengo que enfrentarme a mis lectores, sonreír y fingir que todo va bien, que la publicación de mi próximo libro está a la vuelta de la esquina, que el productor estará allí, observando, y que ha sido idea mía que viniera a buscarme.

Es raro que lo haya hecho. Va a venir. ¿Lo invitaré a entrar? No tengo que hacerlo, ¿verdad? Hace siglos que nadie (aparte de Jess,

Juno o mi familia) entra en mi casa.

—*Mui mui,* ¿mi casa parece la de alguien que suele dejar que su gato se pasee por la encimera de la cocina?

Alice se levanta.

—¿Pero tienes gato?

—Me refiero al ambiente general.

—Mmm. ¿No? —Alice vuelve a mi colección de cojines de lujo y a la bolsa de patatas fritas—. Pero ¿podemos hablar del programa? ¿De qué va exactamente?

—Pues tengo que salir con una serie de chicos seleccionados mediante compatibilidad ADNDuo y la audiencia deberá votar quién cree que es más compatible conmigo… Pero ¡¿quieres dejar de comer patatas en mi cama?!

Me ignora y se mete unas cuantas más en la boca mientras sigue hablando.

—¿Y por qué tienes que hacer un programa de citas?

—No tengo que hacerlo. Yo…

No termino la frase porque no tengo muy claro cómo puedo explicarle a la mujer más competente que conozco que estoy atascada con mis libros y en mis citas, que lo único que tengo claro es que adoro a mis lectores, a mi familia y a mis amigos y que hacer este programa cuida de dos de esas cosas. Soy una manga de viento volátil en una familia de rígidas señales de tráfico.

Mi hermana y su adorable barriga me siguen hasta la cocina, donde acabo de abrir mi pesadilla de cajón de trastos para buscar un imperdible para mi cremallera rota. Veo la esquina brillante del envoltorio de un condón sellado y lo saco de debajo de una avalancha de clips de papel y lápices rotos.

Este momento parece toda una metáfora.

—¿Guardas los condones en el cajón de los trastos?

—Repítelo —le digo— y piensa en lo divertido que suena.

Resopla a mis espaldas y eso despierta mi instinto de protección. La vida de Alice jamás ha estado fuera de control ni un solo segundo. Ya con quince años, tenía una lista kilométrica de objetivos, edades y, en ocasiones, incluso lugares:

«Empezar en Stanford a los dieciocho, graduarme a los veintidós, especializarme en medicina en la Johns Hopkins, fijar mi residencia en San Diego, casarme a los treinta, tener mi primer hijo a los treinta y cinco…».

Por ahora, no ha fallado ni una sola de sus predicciones, excepto la de ser dama de honor en la boda de Fizzy a los veintiocho. (Con gran diligencia, tachó esa opción con un grueso marcador negro hace ya

unos años y, en su lugar, celebramos que uno de mis libros entrara en la lista del *The New York Times)*. Pero el embarazo no está siendo su experiencia favorita y me pregunto si alguna vez se ha sentido mínimamente como me siento yo ahora, frente a un futuro de complejidad desconocida, horribles curvas pronunciadas y espeluznantes espacios en blanco.

—¿Alguna vez te has sentido perdida?

Señala su enorme vientre de embarazada.

—Este niño todavía no ha nacido y ya no recuerdo ni quién era yo hace seis meses. ¿De verdad antes salía a correr todas las mañanas? ¿Por diversión?

—Últimamente siento que voy a la deriva —admito, y estoy segura de que para ella resulta raro oírlo—. Siento que este programa puede ser una forma de volver a encontrarme. Incluso aunque sea un total fracaso, al menos es algo diferente.

—Eso lo entiendo —responde con cierta melancolía—. No paro de soñar con tirarme en paracaídas.

—¿Tú?

Asiente.

—A veces me tiro en paracaídas sobre un océano de Oreos. Anoche fue un mar de cerveza.

Su comentario me hace reír y le rodeo la cintura con los brazos.

—Dime que no estoy cometiendo un enorme error con todo esto.

—No es un error, no. De hecho, lo tenía escrito en mi lista, ¿no lo sabías? «Fizzy participa en un *reality show* muy loco a los treinta y siete años y se lo pasa en grande».

Capítulo 11

FIZZY

Una ventaja inesperada de traer a un padrazo buenorro a mi primera firma de libros en meses es que los lectores están menos preocupados por cuándo va a salir mi siguiente libro y más interesados en el tipo alto del fondo. Hay algunos murmullos y miradas durante el turno de preguntas, pero cuando empiezan las firmas, ya todas las personas de la cola están intentando averiguar quién es el tío de casi dos metros que está hablando con mi padre.

Lo sé porque todas ellas están al borde del esguince cervical al intentar seguirlo mientras la cola serpentea entre las estanterías. Algunas no se cortan y me preguntan directamente. Mis respuestas han ido de «es mi guardaespaldas» a «es mi novio por correspondencia».

Sí, vale, lo entiendo. Ver al padrazo buenorro vestido de manera informal en mi puerta me ha pillado con la guardia baja hace un rato. Había desaparecido el hombre de camisa almidonada sentado en una oficina inmaculada. Esta versión del británico guapo parece más un leñador sexi, con una camisa de franela suave algo desteñida, unos vaqueros desgastados y unas populares zapatillas. El pelo le cae sobre la frente; sus ojos parecen increíblemente brillantes para alguien que está en el rincón oscuro de una librería. En *Una para el camino,* describí los ojos del protagonista, Jack Sparling, como «iluminados desde dentro», si mal no recuerdo, pero jamás los había visto en persona.

Excepto…

Viajo mentalmente al pasado, al momento en que estaba con Jess, hace un par de meses, en la mesa del bar, cuando miré al otro lado de la sala y me topé con la mirada de aquel hombre trajeado, despeinado y con una mandíbula afilada como un cuchillo. Me miró como si quisiera que nos reuniésemos en el vestíbulo para follarme durante el siguiente mes.

¿De verdad es el mismo hombre? No me puedo creer que todo eso estuviera oculto tras un pelo engominado, una sonrisa de anuncio de

dentífrico y un traje negro almidonado.

Me miro el regazo, deseosa de que la agitación perdure. Pero desaparece y vuelvo al presente cuando la lectora que tengo delante me pregunta si estoy bien.

—Gases —le digo con una sonrisa y responde con un familiar «oh, Fizzy» entre risas mientras se lleva sus libros firmados.

Pero me sigue retumbando el interés en las partes bajas. ¿Acaso el leve cosquilleo que siento en las bragas era por pensar en Jack Sparling? Sus escenas de sexo fueron algunas de las más divertidas de escribir. ¡Menudo canalla salido! ¿O es más bien él quien lo ha causado?

Intrigada, vuelvo a mirar a Connor, al otro lado de la sala. Está tan metido en la conversación con mi padre que ni siquiera se ha dado cuenta de la enorme cantidad de salivación mental que apunta en su dirección. Sabía que se llevaría bien con el imparable doctor Ming Chen. Siendo objetivos, mi padre es un hombre carismático, con millones de historias para cada situación y la risa más contagiosa que has oído en tu vida. En resumen: es ese tipo de risa que sale del estómago que, sinceramente, debería grabarse y registrarse como Felicidad™. Pero lo que más me sorprende es lo mucho que Connor parece estar hablando. No me imagino a mi padre entusiasmándose con la poesía, contando chistes ni llevando todo el peso de la conversación. Cuando lanzo pequeñas miradas furtivas, veo a Connor hablando sin parar y a mi padre muerto de risa. Como si Connor tuviera algo que contar.

Como si fuera… ¿interesante?

También sonríe, y la forma en que ese gesto marca las arrugas en torno a sus ojos y suaviza sus facciones hace que el cosquilleo me llegue casi hasta el pecho.

Pero una fría y reactiva descarga de agua que se expande por toda mi piel apaga el fuego de mi corazón, presa del pánico y la desconfianza. «Espera —mi cerebro rechina—. ¡No quiero que me guste!».

—¿Quién es el chico que está con Papá Chen? —me pregunta una lectora mientras me deja una impresionante montaña de libros sobre la mesa.

Una inspección rápida me dice que el único que falta es la serie *Alta mar,* que, para serte sincera, está llena de piratas muy indecentes y es una verdad universalmente conocida que los piratas no son para todo el mundo. No se lo voy a tener en cuenta.

—Es el nuevo novio de mi padre —respondo, lo que me granjea otro «ay, Fizzy», sobre todo porque mi padre escoge ese momento para

venir a darme un beso en la mejilla y decirme que se vuelve a casa.

Está claro que me ha oído anunciar que tiene un nuevo novio, pero ya me conoce y sabe que no debe tenérmelo en cuenta. Recibe un enorme y entusiasta aplauso cuando sale de la librería.

—¿Quién es de verdad? —insiste la lectora, inclinándose para que pueda susurrárselo al oído.

Todavía no hemos anunciado nada sobre el programa, así que tampoco es que pueda contarle los detalles. Si le digo que es un amigo, eso arquearía demasiadas cejas.

—Es del equipo de la editorial.

Le dedico una mueca de disculpa porque sé que habría preferido una respuesta más jugosa, pero el tiempo que necesito para pasar por toda la montaña de libros me ofrece la oportunidad perfecta para procesar todas esas emociones extrañas de hace un momento.

«Esto es bueno, en realidad —me digo mientras escribo mi nombre con una floritura—. ¡Esto no va de emociones! Estás experimentando el largamente esperado despertar de tu Fizzgina. Necesitas recuperar el cosquilleo si quieres tener éxito en el programa. ¡Necesitas recuperar el cosquilleo si quieres volver a escribir novela romántica! Está bien que Connor sea guapo. ¡Y el hecho de que te hayas dado cuenta significa que estás un paso más cerca de volver a ser la antigua Fizzy!».

La charla motivacional funciona. Cuando le devuelvo los libros a la mujer, siento el centelleo de una sonrisa real en mis ojos.

Encuentro a Connor cuando casi todo el mundo ya se ha ido, solo, en la sección de terror, impresionado al abrir la tapa dura dorada del libro que tiene en las manos. Cualquiera diría que está a punto de lamerla.

—¿Crees que deberíamos hacer una prueba de compatibilidad de ADN entre tú y esa edición especial de *El misterio de Salem's Lot?*

—No sabía que hubieran sacado esto —dice, acariciando el lomo con los dedos—. Fue uno de los primeros libros que recuerdo que no era capaz de soltar. Esta edición es preciosa.

¿Por qué resultará tan sexi escucharle decir «preciosa» de esa forma? ¿Como si se sintiera superado al mirar a una amante? Tenía la esperanza de que el poder de su atractivo se atenuara, del tipo «tiene una piel horrible, un olor extraño, unos dientes amarillos que, de alguna forma, había obviado», pero no, me irrita comprobar que ninguna de esas afirmaciones es cierta. Huele a una mezcla de hombre

delicioso y a un desodorante que seguro que se llama algo así como Zona de Hielo, Héroe Deportivo u Hoja de Plata y estoy enfadada conmigo misma porque me gusta. Ya no puedo seguir considerando a Connor el arquetipo del guapo ejecutivo millonario. Es sensible y fornido. «Leñador sensible» es su nuevo nombre. ¿Por qué se le habrá ocurrido tan siquiera acercar un gramo de gomina a esa cabeza? Quizá debería sacrificarme por el bien común y fingir que lo conozco lo bastante bien como para darle consejos de estilo.

Mi mente ociosa se pregunta, en una escala que va del «¡A por él!» a «Solo si no quieres volver a trabajar nunca más», hasta qué punto sería malo acostarse con el productor de mi programa de citas. Será mejor que no me tire a la piscina, por si acaso.

Aprieto los ojos y hago un reinicio mental forzoso. Me alegra ver a la vieja Fizzy levantando la cabeza, pero es una Fizzy autoritaria e incluso yo sé que liarse con Connor Prince III no solo no sería profesional, sino que también sería sorprendentemente mediocre. Tiene que serlo, ¿verdad? Ese aire de leñador sexi que tiene hoy probablemente sea algo puntual mientras sus trajes y su pelo de Lego están en la tintorería. Mi primer polvo después de este periodo de sequía debería dejarme sin aliento y recuperándome durante todo el fin de semana con una botella gigante de Gatorade y las películas de Nancy Meyers como única compañía.

—¿Por qué me miras así?

—¿Así? ¿Cómo? —le pregunto, cambiando al instante la expresión que pudiera tener en ese momento por una sonrisa relajada.

Frunce el ceño y su mirada hace un breve barrido de mi rostro, buscando lo que sea que hubiese visto un segundo antes.

—Da igual.

Redirijo la conversación.

—¿Te has divertido hoy?

—La verdad es que sí —admite—. Eres muy divertida. Y tus lectores son muy entusiastas. Está claro que te encanta estar con ellos.

Tiene razón y, visto en retrospectiva, me molesta haberme puesto tan nerviosa por lo que pudiera pasar. Manos sudorosas, estallidos, respuestas demasiado altas a sus educadas preguntas en el coche y demasiadas explicaciones cuando entramos en la librería. Connor estaba tranquilo y cómodo a mi lado, una presencia templada y firme como contrapunto a mi estrés nervioso. Pero en cuanto la sala se llenó, mi pulso se normalizó y me sentí en casa.

—Los lectores de romántica son, definitivamente, mi tipo favorito de persona. —Le dedico una sonrisa—. Puedes ver lo mucho que les gusta lo que les gusta. Siempre vienen. Es lunes y ¿has visto cuántos

han decidido salir de casa, enfrentarse al tráfico y quizá incluso buscar a alguien para que cuide de sus hijos solo para venir aquí? —Señalo la ahora vacía librería—. Ha habido de todo esta noche. Amas de casa, abogadas, empleadas por horas, científicas, jubiladas, estudiantes…

Silba mientras mira la caja registradora, como si estuviera recordando algo.

—He visto a alguien con dos copias de cada uno de tus libros.

—Ya le he firmado esos libros unas tres veces, pero sigue viniendo a cada evento local solo para saludar y pedirme que se los vuelva a firmar.

—¿No ha comprado ningún libro?

—Ha comprado uno, pero no mío. —Ante su expresión de sorpresa, decido continuar—. Las fans siempre vienen, Connor. Y esa es mi gente.

Asiente, estudiándome.

—Ya lo veo, ya.

—Me alegra que te hayas tomado un descanso de tontear con mi padre para estudiar el grupo demográfico del programa.

El nivel de energía de Connor sube un par de puntos.

—Pues sí, pero ha sido muy difícil. Tu padre es genial.

—Es, literalmente, el ser humano más adorable del mundo.

—Por cierto, no sabía que todavía no le habías contado lo del programa. Espero no haber metido la pata.

—No, de hecho, te he usado como escudo.

Me dedica una mirada burlona que me gusta más de lo que debería.

—No le ha parecido mal —dice Connor—, pero ha dicho que no piensa decírselo a tu madre.

—Mierda.

Connor se echa a reír.

—Tenemos que conseguir que se sume.

Un escalofrío me recorre los brazos.

—¿Al programa de citas? ¿Mi padre?

Asiente mientras lo reconsidera.

—Visitas familiares con los finalistas, quizá.

Se me hace un nudo en el estómago.

—Vaya, eso sería…

Estoy a punto de decir «aterrador» porque la simple idea de llevar a varios hombres a casa de mi madre para que los inspeccione me da ganas de tirarme de un coche en marcha. Pero, por primera vez desde que empezamos a hablar del tema, hay un brillo en los ojos de Connor que parece auténtico y si pasar tiempo con mi padre ha hecho eso por él, ¿quién soy yo para negárselo?

—Eso sería una gran idea —digo, con una leve sonrisa.

Connor se echa a reír.

—No te preocupes. Ya veremos cómo lo hacemos. Ahora mismo solo estamos sugiriendo cosas para ver qué tal suenan.

De repente, la adrenalina parece abandonar mi flujo sanguíneo y me apoyo en una estantería, respirando despacio. La firma de libros es la más extraña de las paradojas: la experiencia más energizante y gratificante del mundo y, a la vez, la más agotadora. Quiero que todos los que se acerquen a mi mesa se sientan las personas más importantes de mi vida porque, durante ese puñado de minutos, de hecho, lo son. Pero mantener ese nivel de energía puede ser extenuante. Si a eso le añades el estrés de no saber si seré capaz alguna vez de publicar otro libro, ya no puedo más.

Y, además, estoy hambrienta.

Me llevo las manos a los ojos y noto que Connor se me acerca.

—¿Estás bien?

Inspiro profundamente y… Mierda. Me gusta mucho mucho el olor de su desodorante Hoja de Plata del Héroe Deportivo en la Zona de Hielo.

—Divina.

Cuando aparto las manos, se iluminan unas lucecitas en la periferia de mi campo de visión. El único rastro de adrenalina que queda es el que me genera mirarlo a los ojos, que me dominan desde arriba, como un leñador sensible con la mirada brillante.

—Pero estoy a punto de estar todavía mejor.

Me convenzo de que no debo parecer demasiado interesada cuando arquea una ceja curiosa, como diciendo «Dime cómo».

—Si confías en mí, vente conmigo.

Capítulo 12

CONNOR

Tengo la extraña sensación de que el tipo de indicaciones que me ha dado Fizzy esta noche son las típicas que les decimos a nuestros hijos que jamás sigan: «Confía en mí, firma aquí, cómete esto». Y, sin embargo, aquí estoy, siguiéndola al salir de la librería hasta mi coche, donde me dirige por las calles de la ciudad, hacia el sur, durante veinte minutos, hasta un puesto de tacos de San Isidro, justo en la frontera con México.

En un aparcamiento anodino, frente a un edificio anodino, sale del coche, se estira un poco, suelta un ruidito de felicidad y me sonríe con cierta maldad.

—¿Preparado para que te cambie la vida?

—Eh… Sí, supongo.

Mientras pone rumbo al edificio con su vestido negro y sus tacones, hay algo atronador en ella. Fizzy, objetivamente delgada, tiene la habilidad de llenar el espacio de una forma que yo nunca he dominado. Siempre he sido relativamente alto, pero dado que me ha criado una madre soltera, soy muy consciente de que no debo parecer imponente de forma alguna. Esta tendencia mía fue la que volvió loco a mi padre en las raras ocasiones en las que nos visitaba. Me daba charlas sobre que debía entrar en una habitación con poderío, sobre la importancia de reclamar el espacio. Con catorce años, ya medía un metro ochenta, por lo que ocupar espacio era algo inevitable, así que pasó a centrar sus críticas en otras cosas, como mi falta de ambición, mi respeto a los demás o mi tendencia a proteger a mi madre. Después se centró en mi elección profesional, mi boda de penalti o mi trabajo.

Pero por mucho que me agotara mi padre, no puedo evitar pensar que admirar a Fizzy sería algo que los dos tendríamos en común.

—Ya me encargo yo de pedir para los dos —me dice por encima del hombro—. Voy a poner pura felicidad en tu boca, leñador sexi. Confía en mí.

—¿La confianza es totalmente necesaria?

Me ignora mientras se dispone a pedir para los dos. Yo aprovecho

para estudiar la ropa que llevo puesta. He pasado de ser el «británico» al «padrazo buenorro» y ahora soy el «leñador sexi». No estoy seguro de si esta transición de apodos se debe a una buena decisión estilística por mi parte, pero me he cambiado de ropa tres veces antes de recogerla y Stevie ha acabado preguntándome si es que tenía una cita.

No es una cita. Es decir, por supuesto que no lo es, pero hay algo en estar tan cerca de Fizzy que me hace querer impresionarla de alguna forma.

Mientras hace el pedido, oigo palabras como «lengua», «cabeza», «buche» y «tripa», y soy consciente al instante de que voy a comer cosas que jamás me había metido en la boca. Con una bolsa de papel hasta arriba en una mano, dos bebidas en una bandeja de cartón en la otra y un pequeño asentimiento por mi parte ante su petición de que confiara en ella, nos subimos al coche y conducimos unos minutos hasta un pequeño camino que desemboca en una reserva natural marina.

Sobre una mesa metálica desgastada con vistas a una playa vacía, Fizzy abre la bolsa y saca una enorme selección de tacos.

—Coge el que quieras.

Señala cada uno de ellos mientras describe de qué son, desde ternera a la parrilla con cactus hasta panceta de cerdo, pasando por callos, cabeza de ternera y lengua. Mientras le doy el primer mordisco a mi taco de panceta de cerdo, me observa, expectante, esperando una reacción.

Tras soltar un suave gemido involuntario, siento cómo se me cierran los ojos. El penetrante sabor del queso Cotija y la lima fresca, junto con los trozos crujientes de carne y una suave tortilla casera, hacen de este taco posiblemente el mejor que me haya comido jamás.

Necesito un minuto para que mis sentidos se asienten y, entonces, me doy cuenta de que sigue mirándome.

—¿Te gusta? —me pregunta, sonriente y feliz.

—¡Está increíble! —Me limpio la boca—. ¿Te vas a quedar ahí mirando?

Rompe el contacto visual, parpadea ante la selección de tacos frente a ella y escoge el que creo que es de lengua.

—Me gusta verte así. Fuera de esa oficina y ese traje. Este rollo de ahora es mejor. —Señala mi ropa—. Sigue siendo de padrazo buenorro, pero sin ese toque de ejecutivo estirado.

—Ningún compañero de trabajo me había llamado antes «padrazo buenorro».

Se encoge de hombros.

—No me has metido en esto por ser experta en buenos modales.

—Cierto. —Sonrío mientras bebo un sorbo de mi refresco—. Pero pareces totalmente decidida a etiquetarme.

Suelta una carcajada.

—No creo que signifique lo que tú crees que significa.

—¡Por el amor de Dios! —Elevo la mirada en un gesto de exasperación fingida y me acabo el taco—. Sabes perfectamente a qué me refiero.

Me cuesta no mirarla mientras come. Canturrea, feliz, mientras mastica, se lame un poco de salsa de la comisura de los labios y estudia la comida que tiene entre manos con sumo deleite. Hasta ahora, en esta primera salida, he visto dos facetas diferentes de Fizzy: efusiva y centrada en su público y esta versión más íntima y divertida. Ambas carismáticas, ambas sexis, ambas fascinantes. Al principio, estaba resentido por tener que hacer el programa y, luego, resignado. Ahora siento cierta emoción ante el reto de capturar su magia en pantalla.

«Vas a tener que emparejarla con otros hombres».

Ese pensamiento se apodera de mi mente y aparto la mirada.

—Tengo una idea para el programa.

Fizzy levanta la cabeza y se ríe.

—Espero que tengas más de una.

—En este caso, es sobre el nombre. ¿Qué te parece si lo llamamos *El experimento del amor verdadero?*

—Pues me parece que es una pena que no se me haya ocurrido a mí antes.

Una oleada de orgullo me recorre el pecho.

—Genial. —Cojo un taco misterioso—. A ver, recapitulemos. Seleccionaremos los ocho arquetipos de candidatos. La grabación será de lunes a jueves, dejando el viernes para editar a toda velocidad, y el sábado se emite. La votación se realizará durante las veinticuatro horas posteriores a la emisión del episodio y, al lunes siguiente, revelaremos qué candidatos pasan a la siguiente ronda.

Emite un sonido de felicidad con el siguiente mordisco.

—Y —continúo—, creo que habría que dejar claro que el programa no se va a producir demasiado. No me refiero a nivel estético, sino en cuanto a la trama propiamente dicha. He estado pensando en el tema y quiero hacer algo diferente, dentro de lo posible. Por lo que he visto, muchos de estos programas están guionizados desde el episodio uno, lo que hace que me cuestione la sinceridad de cualquier relación que pudiera surgir de ellos. Dado que los espectadores votarán nuestro resultado, queremos que la historia sea lo más fidedigna posible.

Asiente mientras se vuelve a lamer los labios, cubriendo mi

atención de una densa neblina. Aprieto los ojos un instante para retomar el hilo.

—Teniendo en cuenta que se trata de una serie limitada, solo estarás atada cinco semanas.

—¿Atada? —Fizzy sonríe—. Suena divertido.

—¡Qué peligro tienes!

Se echa a reír.

—Y justo por eso me has escogido.

—Te he escogido porque tus fans te adoran. Pero sí, si por algo me emociona hacer esto, en parte es porque eres un poco traviesa.

—¿Te emociona? —Deja caer la bola que había hecho con su servilleta y clava los codos en la mesa—. Eso sí que es una novedad.

Le doy un mordisco a mi taco y mastico.

—¿Qué puedo decir? Soy una caja de sorpresas.

—Ya lo veo, ya.

—Sé que es importante para ti —le explico—. Quiero que sepas que también lo es para mí.

Fizzy inspira profundamente, abre la boca para hablar y, entonces, parece cambiar de opinión.

—Me dijiste que te habías mudado aquí cuando tenías quince años, ¿no?

Un destello de incomodidad apacigua el cosquilleo de mi cuerpo y muerdo mi taco para intentar retrasar lo que, sospecho, va a ser un suave pero quirúrgico interrogatorio.

—Sí, así es.

—¿Y la británica es tu madre?

Asiento.

—Ahora vive con sus padres a las afueras de Blackpool, pero conoció a mi padre cuando estaba estudiando aquí, en Estados Unidos. Cuando se quedó embarazada, mi padre no quiso responsabilizarse siendo tan joven. Solía visitarnos todos los años solo para decirle a mi madre lo que no estaba haciendo bien.

—Guau, parece un tipo agradable.

—Es una combinación de egoísta insoportable y cumplidor implacable.

Se echa a reír.

—Y entonces, ¿por qué te viniste a vivir con él?

Entrecierro los ojos, intentando decidir si quiero entrar en el tema o no. Fizzy sonríe al sentirse analizada.

—¿Qué? —pregunta—. ¿Tan escandalosa es la historia?

—Quizá un poco.

—Ah, pues ahora sí que tienes que contármela.

—Mi madre y yo tuvimos un grave accidente de coche cuando yo tenía doce años. Los dos salimos ilesos, pero la experiencia fue traumática para ella.

La expresión de Fizzy se tensa.

—Oh, no.

—Durante… unos años —le explico—, mi madre fue incapaz de salir de casa. Yo, por supuesto, tuve que ir a la escuela y aceptar trabajos de lo más extraños. Pero ella sufría un caso grave de ansiedad. En esa época recurrí al cine para no sentirme tan solo, pero visto en retrospectiva, ahora me doy cuenta de lo mucho que me perdí durante mi adolescencia. —Antes de que las cosas se vuelvan demasiado lacrimógenas, decido cerrar el tema—. Mi padre nos visitó cuando yo tenía quince años y no le gustó nada lo que vio. Ya se había casado y tenía un par de hijos con mi madrastra, así que mi madre acabó reconociendo que necesitaba un cambio de aires y aceptó que me fuera con él hasta que tuviera edad para entrar en la universidad.

—¿Alguna vez has vuelto a Inglaterra?

—Por supuesto —respondo—. He pasado algunas navidades allí. Hablo con mi madre con regularidad. Tenía planeado volver cuando me graduara, pero la vida tenía otros planes para mí.

—¿Y qué pasa ahora? —me pregunta—. ¿Te has vuelto a casar? ¿Sales todas las noches, intentando recuperar el tiempo perdido?

Me aclaro la garganta y frunzo el ceño mientras me recoloco la servilleta en el regazo.

—Yo… No. Ninguna de las dos cosas —admito—. Mi hija es todavía demasiado pequeña. Solo puedo pasar con ella los fines de semana y trabajo hasta tarde durante la semana, así que no he podido… No. Vamos, que no tengo demasiadas citas.

Oigo cómo se entrecortan mis palabras y mi mirada se pierde tras ella para centrarse en una bandada de pájaros que están picoteando algo sobre la arena.

—¿Cómo se llama?

Me alegra que me permita cambiar de tema.

—Stefania Elena García Prince. —Fizzy intenta contener una sonrisa y yo me río, consciente—. Lo sé. Mi apellido siempre parece el amigo triste de la fiesta. Pero es una niña muy divertida. Parte princesa, parte genio del mal.

—Parece mi tipo de chica.

—Miedo me da el día que las dos os conozcáis. Creo que Nostradamus escribió sobre el tema.

Cuando levanto la cabeza, me doy cuenta de que ha estado estudiándome. Tiene sus grandes ojos negros clavados en mi cara.

—De todas formas, deberíamos estar hablando de ti, no de mí.

No aparta la mirada cuando se cruza con la mía. Eso y la forma en que su voz se vuelve más ronca cuando dice «te contaré lo que quieras saber» me hace sospechar que estoy absoluta, irrevocable e innegablemente jodido.

Capítulo 13

FIZZY

Supongo que todos tenemos el proverbial ángel en un hombro y el diablo en el otro, pero, en mi caso, ambos son muy reales y el demonio no para de gritar.

Sé que es estúpido flirtear con Connor. Sé lo absurdo que es desarrollar un deseo sexual por ese hombre en concreto, pero hace tanto tiempo que no me siento atraída por alguien que parezco un perro hambriento mirando un chuletón.

Connor se relame los labios, se los aprieta entre los dientes y entonces me doy cuenta de que está reaccionando ante el peso de mi mirada. Parpadeo y centro la atención en las olas que rompen en la suave arena.

Tengo que poner orden en mis ideas. Por mucho que me emocione sentirme como una mariposa saliendo del capullo del estancamiento sexual, quizá no debería volar directamente a la primera flor que me encuentre. Sobre todo, si el objetivo profesional de esa flor es encontrar mi alma gemela.

—Bueno —dice después de un momento decisivo extraño y prolongado—, vayamos por partes.

Me estiro, fingiendo que me estoy crujiendo el cuello.

—¿Qué buscas en un hombre?

Inspiro profundamente y miro las olas en la distancia, reflexiva.

—¿Alguna vez has ido al supermercado con hambre?

Connor se echa a reír al comprenderlo.

—Sí.

—Tabla de quesos, zanahorias, patatas fritas, salsa, cereales de chocolate y galletas. Lo que sea que te suene bien en ese momento.

—Vale.

—Describiría mi energía en las citas un poco así. En realidad, no tengo un tipo concreto, y quizá eso sea parte del problema.

Connor asiente, pero no aprovecha la oportunidad para hablar. Una vez más: sexi.

—Al principio, hice lo de ADNDuo por diversión —digo—. Ya

sabes, para probar la tecnología desde el punto de vista de la investigación romántica. Tuve algunas coincidencias y salí con todos ellos. Quería averiguar si un *match* de base era diferente de uno de plata.

—¿Y lo era? —pregunta.

—Pues sí, pero en el romance, el amor a veces va de superar nuestros propios prejuicios. Por ejemplo, si alguien me dice que tengo un *match* de titanio, ¿acaso no me esforzaría más, subconscientemente, para que funcione que si tengo un *match* de base? Ese es siempre el problema con esta tecnología.

Emite un sonido de conformidad mientras asiente con la cabeza.

—Tiene sentido.

—Creo que hacer este programa es la forma perfecta de volver a la escena de las citas. No sabré qué tipo de compatibilidad tengo. No le daré demasiadas vueltas al tema. Solo tendré que ver cómo nos llevamos y que la audiencia se preocupe del resto. Vamos, me refiero a que no he tenido mucha suerte sola, así que ¿por qué no dejar que un montón de extraños lo intente?

—¿Y no has vuelto nunca más a la aplicación? ¿No la has utilizado en absoluto en los últimos dos años?

—Oh, llevo algún tiempo sin querer quedar con nadie. Mi deseo e interés por encontrar pareja se estrelló e incendió más o menos cuando hice mi maratón de citas con ADNDuo, aunque tengo que reconocer que no tuvo nada que ver con la aplicación.

—¿Y qué pasó exactamente? —me pregunta finalmente mientras mastica, con una sonrisa en los labios—. Si no te importa que te lo pregunte.

—Ah, bueno… —Hay muy pocas cosas de las que no me guste hablar, pero muy al principio de la lista estarían la palabra «húmeda» pronunciada en voz alta, la gente que utiliza XD o LOL en una conversación en persona y mi turbulenta, aunque breve, relación con un hombre llamado Rob—. Por la época en la que se lanzó ADNDuo, fui a una fiesta con una amiga y conocí a un tipo. Estuvimos saliendo un tiempo y creí que las cosas nos estaban yendo bastante bien hasta que descubrí que estaba casado.

Se le congela la expresión de la cara.

—Oh.

—Fue horrible. Me quedé destrozada, como cabría esperar en una situación así. Pero luego, hace algo más de un año, ella se enfrentó a mí.

Connor parpadea.

—¿Y qué pasó?

—No lo hizo a propósito o, bueno, al menos, no me buscó intencionadamente. Estaba en una cita y resulta que estábamos en el mismo establecimiento. Me reconoció por unas fotos que tenía Rob en el móvil, supongo, así que se acercó a mi mesa y me dijo que se habían divorciado y que tenía vía libre para salir con él si todavía estaba interesada.

—Mierda —balbucea.

—En cualquier otra situación, le habría aclarado que no lo estaba, que no me interesaba en absoluto volver con él, que ni siquiera sabía que estuviera casado cuando salíamos, pero me quedé paralizada. Una cosa es cometer un error y tener que vivir con ello en un sentido abstracto y otra muy diferente tener las consecuencias justo delante de tus narices.

—Debió de ser horrible. Siento mucho lo que te pasó, Fizzy.

—Llevaba mucho tiempo preguntándome qué habría pasado con ellos. ¿Lo habría perdonado? ¿Se habrían separado? Al menos, obtuve la respuesta a todas mis preguntas. En cualquier caso… —Cojo mi bebida y el hielo repiquetea contra el poliestireno cuando lo levanto para proponer un brindis—. Mi psicóloga ha podido reformar su cocina con todo el dinero que le he pagado, así que no todo iba a ser malo.

Connor sonríe un poco ante mi comentario.

—Comprensible que lleves algún tiempo sin querer salir con nadie. ¿Pero ahora? ¿Ya estás preparada para una relación?

Se produce un largo silencio tras esas palabras mientras me estrello contra su pregunta como si fuera un muro de ladrillos. Ya sé que buscarme pareja es el objetivo del programa, pero no lo había asimilado en absoluto. Si Connor y yo lo hacemos bien, será algo más que un simple entretenimiento para mi audiencia objetivo. Podría acabar con un amante, un novio, un alma gemela. Un escalofrío me recorre la espalda y Connor se da cuenta.

—Eso creo —digo, deseando que sea verdad.

Connor hace una bola con el último envoltorio de taco y lo mete en la bolsa de papel.

—Y, cuando saliste con esos candidatos base y plata, ¿qué estabas buscando? ¿Qué funcionó para ti? ¿Qué no? En resumen, ¿a quién debería buscar cuando empiece con la selección mañana?

—Bueno, quiero saber por quién han votado y cuál es su posición en cuanto a determinados temas políticos y sociales. Ya sé que se supone que debería decir que puedo ver más allá de todo eso, pero no es así como funciono. Hay algunas cosas que, para mí, no son asumibles y no hay preguntas políticas concretas en los formularios de

ADNDuo.

Asiente con la cabeza y saca su teléfono móvil para escribir en su aplicación de notas.

—Estoy de acuerdo.

—Y supongo que quiero lo que todas las mujeres queremos: alguien que me haga reír y que no se tome demasiado en serio. Alguien que sea ambicioso pero bueno, que me apoye y que apoye todo lo que me gusta. Pero, ante todo, lo que quiero es que los dos estemos profundamente enamorados el uno del otro.

Miro por encima del agua y pienso en la cara de Jess cuando River entra en la habitación. Los ojos de mi padre se iluminaban de la misma forma cuando veía a mi madre y lo mismo pasa cuando mi cuñado ve a Alice. Sé cómo es el amor, lo he descrito miles de veces, pero jamás lo he sentido.

Connor me mira desde la otra esquina de la mesa. No parece juzgarme y no hay pena en su mirada, solo empatía y compasión.

—Parece una petición bastante razonable.

—No tengo ni idea de cómo va a salir esto, pero espero conseguir que el programa sea justo lo que esperas. Estaba empezando a preguntarme si sería capaz de sentirme en paz conmigo misma estando soltera. Le estaba dando vueltas al tema cuando nos vimos por primera vez en tu oficina, ¿sabes?

—Sí —dice, acompañado de un suave gesto de comprensión.

—También creo que ambos dijimos que sí a este proyecto por razones completamente ajenas a nosotros mismos.

Nuestras miradas se encuentran y percibo un acuerdo tácito en sus ojos.

—Me preocupaba que North Star no tuviera ni idea de lo que estaba haciendo —digo—. Pensé que eras un cretino.

Esta vez, su «sí» va acompañado de una carcajada.

Le dedico una sonrisa.

—¿Ves? Prejuicios. Ya no lo pienso, si es que eso te sirve de algo.

Connor esboza una sonrisa de complicidad.

—Sí que sirve, gracias.

Decido no verbalizar el resto de mi pensamiento y no decirle que no solo ya no creo que sea un cretino, sino que además me siento profundamente atraída por él y me pregunto si seré capaz de ignorar ese sentimiento por el bien del programa.

Me conozco. Es poco probable.

Recogemos nuestras cosas y uso los baños públicos mientras él me espera cerca. Cuando vuelvo, está terminando una llamada.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Solo estaba deseándole buenas noches a mi hija.

Me hace un gesto para que lidere la marcha de vuelta al coche. Es una de las noches más bonitas que soy capaz de recordar. El aire es cálido, pesado por la condensación; la salobre brisa oceánica me envuelve como un suave manto.

—La temperatura es perfecta —digo, aprovechando ese último momento para disfrutar del instante.

Cuando por fin vuelvo en mí, mi parte salvaje quiere lanzarse a sus brazos solo para darle las gracias, para decirle que no sabe hasta qué punto me ha ayudado simplemente siendo atractivo, tranquilo y bueno escuchando, pero consigo contenerme.

—Me gustaría poder rellenar un pastel con esta felicidad y comérmelo con helado —me limito a decir, fingiendo morder el cielo —. ¡Ñam, ñam!

Me vuelvo para observarlo y me lo encuentro con una expresión indescifrable.

Una descarga eléctrica nos rodea y no sé dónde mirar. Mis ojos se ven atraídos hacia él, hacia su garganta, sus labios, sus hombros o esas enormes manos. Jamás antes me había visto en una zona gris como esta, en la que me siento atraída y puede que él se sienta atraído —aunque no estoy segura de que sea así—, pero, incluso si fuera el caso, se supone que no deberíamos hacer nada al respecto. Me doy cuenta de que, hasta ahora, mi vida amorosa ha sido en blanco y negro. Aceptar o rechazar. Llevármelo a la cama o no. Sin sutilezas, sin matices.

Cuando nos acercamos al coche y justo después de que incline la cabeza, me doy cuenta de que no pretende besarme. Me está abriendo la puerta, pero no se aparta de inmediato. Me mira, algo perdido.

—¿Te llevo a casa? —pregunta.

—Supongo.

Incluso desde San Isidro, el trayecto se me hace corto y miro por la ventanilla mientras el coche se detiene junto a mi acera. Connor me mira por encima del salpicadero y, de repente, todo parece encajar: su contacto visual, la forma en la que se suaviza la mirada y cómo recorre mi rostro. Pero, entonces, contiene la respiración, se vuelve y sale del coche.

Vale.

Lo sigo y hacemos una lenta marcha de la muerte hacia mi puerta.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Genial.

—Hemos pasado una noche estupenda, ¿verdad?

Se ríe, pero no dice nada.

Ya estamos en el porche.

—¿Vamos a fingir que esto no ha sido una cita?

Se vuelve.

—Buena práctica para ti —responde, con poca convicción.

Extiendo una mano, retándolo a evitar el contacto, pero no lo hace. Deja que le aparte el pelo de la frente.

—Deberías dejarte el pelo así con más frecuencia.

—Está despeinado.

—Está genial.

—Se me mete en los ojos —dice, en voz más baja.

—Es sexi.

Cierra los ojos.

—Fizzy.

—Entra.

Vuelve a abrir los ojos, despacio, y su mirada desciende hasta mi boca.

—¿Para qué?

—Ya sabes para qué.

Se echa a reír, pero no parece ni divertirse ni bromear. Es una risa de derrota. Es aceptación. Y, por un instante, estoy eufórica.

—Sabes que no podemos —acaba diciendo.

—Técnicamente, sí podemos. Mi contrato me prohíbe salir con alguien o tener una relación sentimental solo durante la grabación. Lo he mirado.

—Fizzy. No podemos.

Se mete las manos en los bolsillos. Aunque estén ocultas, las recuerdo como si estuvieran grabadas en mi retina y lo único en lo que puedo pensar es en esas enormes manos agarrándome, echándome hacia atrás, autoritario y dirigido, empotrándome contra la pared o tirándome a una cama. Sus fuertes brazos rodeándome y sus largos dedos explorándome. Lo quiero encima, bloqueando cualquier fuente de luz. Lo único que me interesa conocer es el calor y el olor de su piel, los sonidos ásperos de su garganta al llegar al orgasmo.

—¿Por qué no? —dirijo la pregunta a su garganta y reacciona tragando saliva.

—Ya sabes por qué. Nuestro objetivo es encontrar tu alma gemela. Yo ya… —hace una pausa—. No podemos.

—El programa ni siquiera ha empezado. Considéralo más bien deberes para casa. —Poso una mano sobre su costado. Dios mío, está tan firme bajo la ropa—. Tómatelo como una forma de buscar la felicidad. Te prometo que te va a gustar.

—Eso no es lo que me preocupa.

—Hace tanto tiempo que no me siento así —admito—, que me alivia querer esto. Yo…

—Fizzy.

—Confía en mí. Se me da muy bien compartimentar.

—Ese es justo el problema —dice mientras me besa suavemente y de forma definitiva en la mandíbula—, que a mí no.

Capítulo 14
CONNOR

¿Qué puede hacer un hombre después de que una de las mujeres más guapas de San Diego le pida que pase la noche con ella y tenga que rechazarla?

1. Considera la posibilidad de darse cabezazos contra una pared por ser un idiota que ha decidido que el sexo casual no es para él.
2. Se ha masturbado tantas veces imaginándoselo que, al día siguiente, se despierta un poco irritado.
3. Se va al trabajo, donde le han encargado que busque el alma gemela de precisamente la mujer que desea y que, aparentemente, también lo desea a él, porque su sustento y el acceso a su hija dependen de ello.
4. Toma nota mental de que tiene que emborracharse mucho cuando salga.

El plan de emborracharme después me parece una opción bastante inteligente, teniendo en cuenta que la que una vez fue mi oficina, de repente parece una competición de culturismo.

Hay hombres por todas partes: en la recepción, apiñados en la sala de conferencias o simplemente apoyados, con cierta indiferencia, aunque sin perder un ápice de su atractivo, en las particiones de los cubículos. Frente a mí, todos y cada uno de los prototipos de hombre posibles —empresarios trajeados, surfistas en bermudas, tíos tatuados con vaqueros rotos, chicos buenos con jerséis de lana— y todos con el potencial de ser el alma gemela de Fizzy. Maravilloso.

Cuando doblo la esquina que hay junto a mi oficina, oigo mi teléfono sonar. Inspiro para tranquilizarme sin tener muy claro si estoy preparado para apagar incendios tan temprano, pero me relajo cuando veo la foto de Nat y Stevie aparecer en la pantalla.

—Hola…

—Necesito pedirte un favor —me dice Nat al instante.

—Pues dime.

—Le han pedido a Insu que hable en una convención de Las Vegas este fin de semana y me ha invitado a acompañarlo. Tengo que irme el jueves, así que me estaba preguntando si…

—Por supuesto. Ya sabes que no me importa quedarme con ella antes.

—Gracias —dice con un suspiro de alivio—. Stevie me ha dicho que tuviste una cita anoche y no quería dar por sentado nada.

—Ya le dije que no era una cita.

De hecho, se lo repetí varias veces. Seguramente debería preocuparme que mi hija de diez años se involucre tanto en mi vida sentimental, pero ahora mismo estoy metido hasta el cuello en la selección de posibles candidatos entre los veintiséis y los cuarenta y ocho años y no tengo tiempo.

—Fue un asunto de trabajo —digo—. Con Fizzy.

Se hace el silencio al otro lado de la línea; casi puedo oír la sonrisa de Nat. Me arrepiento de la aclaración casi al instante.

—Ah —dice—, así que ahora es Fizzy.

Mi primer instinto es decirle a Nat que no fue nada, pero jamás he sido capaz de ocultarle algo. Hemos crecido juntos. Y estaremos unidos para siempre a través de Stevie. Me ha visto en mis mejores y en mis peores momentos, me conoce mejor que nadie y, a pesar de todo, me quiere. Me voy a una oficina vacía y cierro la puerta al entrar.

—No es tan emocionante como parece. —Entonces, ¿por qué tengo el corazón desbocado como si hubiera subido las ocho plantas por las escaleras en vez de haber cogido el ascensor?—. Bueno, vale, quizá sí lo fue, pero no debería. Pasamos la tarde juntos después de la firma de libros y hablamos del programa mientras cenábamos. Y entonces, eh…, me invitó a pasar la noche con ella.

—¿Me estás diciendo que tú y Felicity Chen…?

—Le dije que no, Nat. —Y esta segunda vez suena igual de estúpido —. Le dije que no podía. Soy el productor de su programa de citas.

—Vale —dice, intentando procesarlo—. Bueno. Eso lo entiendo, pero…

—No hay pero que valga. Aunque quisiera, no puedo.

—¿Pero quieres?

—La respuesta fácil sería sí. La respuesta basada en la realidad y la forma en la que funciona mi vida en estos momentos… es más complicada.

—¿Cómo se lo tomó? ¿Está molesta?

No voy a ir de prepotente y pensar que la propuesta de Fizzy fue algo más que el resultado de un momento de atracción mutua y de la

necesidad de calmar un deseo. Pero está bien saber que no me lo he imaginado.

—No creo que estuviera demasiado molesta.

Fizzy puede tener al hombre que quiera. No voy a autoengañarme —ni a torturarme— pensando que fue algo más de lo que fue.

—En cualquier caso —continuo, intentando cambiar de tema—, puedo recoger a Stevie y quedármela todo el tiempo que necesites. Pasar más tiempo con nuestra hija nunca es una carga para mí. Estoy seguro de que seré yo quien tendrá que pedirte unos cuantos favores cuando empiece el programa. Dicho lo cual —miro el reloj—, tengo que irme.

—Gracias, Conn. Esta ponencia es importante para Insu. ¡Y en Las Vegas! Habrá compradores de todo el país.

—Dale la enhorabuena de mi parte. —Insu y un amigo fundaron una empresa emergente de *software* hace unos años y han estado trabajando en un juego de realidad virtual. Deben de estar encantados con la oportunidad que les ha surgido—. No creo que tenga edad suficiente como para que le dejen jugar, pero seguro que os lo pasaréis bien de todas formas.

—¿No habías dicho que tenías trabajo?

Ponemos fin a la llamada, camino hasta mi oficina y me detengo justo frente a mi puerta.

Mi eficiente ayudante recién salida de Kansas tiene a dos chicos muy en forma moviendo su mesa de un rincón a otro de su espacio de trabajo.

—Buenos días, Brenna —le digo.

Se da la vuelta, con las mejillas encendidas.

—¡Desde luego que lo son!

Trent aparece por la esquina, con su maletín y las llaves del coche en las manos. Parece tan cansado como yo me siento.

Confuso, observa el caos a su alrededor.

—Pero ¿qué diablos está pasando aquí?

—Audición —le digo—. Estamos acotando la lista de candidatos finales para mi programa de citas: *El experimento del amor verdadero*.

Sigue mirando a su alrededor y supongo que su expresión de desconcierto debe asemejarse bastante a la mía propia hace diez minutos escasos.

—¿Y tú qué estás haciendo aquí? —le pregunto—. Creía que ibas a estar metido en un autobús durante seis semanas.

Se pasa la mano por la cara, agotado.

—Tengo que reunirme con los abogados y volar de vuelta esta noche. Apenas he dormido en cuatro días; estos concursantes no se

callan ni debajo de agua y ¡hay tantas normas! ¿Sabías que hay cláusulas en el seguro sobre las diferentes coquillas de protección para este tipo de programas?

Brenna inclina la cabeza, confusa.

—Diferentes… Oh.

—Pues sí. —Asiente—. Jamás le perdonaré a Blaine que haya añadido términos como «desgarro testicular» a mi vocabulario.

Tras ver nuestra expresión de espanto, decide continuar.

—Es tan malo como parece. Aprended de mis errores y no se os ocurra buscarlo en internet.

Brenna redirige con cariño a Trent hacia la cocina.

—¿Por qué no te tomas un café antes de la reunión?

Trent sigue murmurando cosas sobre lesiones en los genitales mientras ponen rumbo al vestíbulo.

—Agradece que te ha tocado un programa de citas, Connor —me dice por encima del hombro.

Más tarde, esa misma mañana, me veo sentado junto a Brenna, la directora de casting, Kathy, y nuestra directora, Rory, en la sala de conferencias más grande de North Star. Hemos conseguido firmar con una sensación viral de YouTube llamada Lanelle Turner para que sea la presentadora del programa —un trabajo intermitente que solo le exigirá aparecer al principio y al final de cada episodio—, pero tenemos toda una jornada laboral por delante con una hoja de rodaje de, por lo menos, setenta tíos cachas.

Fizzy insistió en que no tenía un prototipo físico propiamente dicho, pero después de haberme paseado por los pasillos de North Star Media, puedo decir que aquellos hombres son el tipo de cualquiera.

Nuestro primer posible candidato es Isaac Moore. Es alto y delgado, negro, con el pelo corto y una sonrisa tan impresionante que hace que Brenna se sonroje de la cabeza a los pies cuando le estrecha la mano. Isaac tiene dos hermanas, colecciona juegos de mesa antiguos y trabaja en desarrollo y modelado de inteligencia artificial.

Tomo nota y marco la casilla de Empollón buenorro.

—¿Y qué significa eso exactamente? —me pregunta Kathy, observándolo por encima de sus gafas de carey.

Es una mujer de cincuenta y tantos años, cabello pelirrojo rizado y un diamante en el dedo anular tan grande que imagino que tiene el brazo izquierdo bastante más fuerte que el derecho. La hemos traído como asesora; no suele participar en mis procesos de selección,

seguramente porque suelo centrarme en los mamíferos marinos, así que no hemos trabajado juntos antes.

—¿Desarrollo y modelado de inteligencia artificial?

—Trabajo con sistemas de inteligencia artificial que generan e implementan algoritmos para las redes sociales. Más concretamente, programo la ética y la responsabilidad asociadas a esos sistemas.

—Digamos entonces que… ¿lidias con los troles de Twitter? —pregunta Kathy.

—Exactamente. —Su sonrisa se transforma en una pequeña risa—. Eso es.

Brenna vuelve a reír, nerviosa, y le llamo la atención. «Mantén la compostura». Incluso Rory, que rara vez sonríe, levanta la mirada de sus notas. También es la primera vez que colaboro con ella. Ha trabajado en algunos de los programas sin guion más populares de los últimos años y parece ser una persona agradable, aunque algo intensa. Tiene reputación de hacer que las cosas se pongan algo dramáticas en los rodajes, pero una vez que surgió su nombre, Blaine se comportó como un perro con un hueso hasta que consiguió que firmara en la línea de puntos. Tampoco ha sido barata, pero, gracias al nuevo estilo de North Star y su decisión de inyectar dinero a mansalva, no ha supuesto un problema.

Juntos repasamos el cuestionario de Isaac, le preguntamos por su familia, sus motivos para participar en el programa y sus inclinaciones políticas, por expresa petición de Fizzy. Escucho todo con atención, tomo notas y le hago mis propias preguntas mientras la cámara captura todo en silencio desde un segundo plano.

—Isaac, ¿qué cree que buscan los hombres en una pareja? —le pregunto.

Inclina la cabeza, reflexivo, con las manos posadas en la mesa.

—Creo que la mayoría de los hombres buscan a una persona inteligente, cariñosa y amable. Abierta a la aventura. Yo, lo que busco, es una compañera. Alguien con quien compartir lo bueno y lo malo, con quien reír y salir, a quien respetar y apoyar y con quien vivir todo aquello que nos convierte en quienes somos.

Es perfecto. Encantador, interesante, atento y solidario. Incluso es capaz de tejer un chaleco de punto. A Fizzy le va a encantar.

Es irracional, pero ya lo odio. Está dentro.

El segundo hombre lleva unos vaqueros negros estrechos, una camiseta negra vieja y unas Converse negras desgastadas. ¿Será eso a lo que se refiere Fizzy con Vampiro? Por algún motivo, creo que no. En cuanto se va, escribo «no» junto a su nombre.

Las siguientes horas transcurren más o menos igual: un montón de

caricaturas junto a un par de tipos válidos. Algunos son un «no» inmediato: el potencial Chico malo tatuado que, obviamente, solo ha venido porque quiere salir por la tele; un Darcy que estoy seguro al cien por cien que acude a los mítines nacionalistas blancos. También está el horrible cliché de Ejecutivo millonario que parece haberse puesto polvo blanco en la nariz a propósito para terminar de clavar el tópico.

Me interesa mucho conocer los nombres que Fizzy nos ha dado para El que salió huyendo. Me gustaría poder decir que mis motivos son absolutamente altruistas, pero ni siquiera mi adorada madre me creería. Sin embargo, al final, estas entrevistas son las que resultan ser más decepcionantes. No hay ningún rasgo común o característica que pudiera identificar en ninguno de los hombres de la lista. Algunos son guapos, mientras que otros no. Algunos tienen dinero y otros no. La mayoría de ellos son bastante amables. No se ha despejado ninguno de los grandes misterios de Fizzy y estoy tan desconcertado y fascinado por ella como cuando empecé. Terminamos poniendo a un tal Evan Young en nuestro grupo A y necesito dos minutos para darme cuenta de que se trata del tipo que Fizzy mencionó en nuestra primera reunión. El tío del horrible tatuaje de Bart Simpson.

Al parecer, había recompuesto su vida tras Fizzy: ha vuelto a la universidad para graduarse en ingeniería y, cuando no está en clase, trabaja como camarero a tiempo parcial en una pequeña cafetería. Evan también es atractivo, encantador y, tal como dijo Fizzy, increíblemente amable. Solo tiene buenas palabras sobre su antigua novia.

Estoy deseando que lo vea entrar por la puerta. Me siento tentado a susurrarle «¡Multiplícate por cero!» por el pinganillo.

Al final del día, hemos acotado la lista a siete candidatos con todos los arquetipos favoritos de Fizzy seleccionados, excepto uno: el Rollito de canela.

El último es Nick Wright. Tras una larga jornada de espera, tiene que estar igual de cansado que todos nosotros, pero entra con una gran sonrisa tímida. Sobre el papel, mide un metro noventa, pesa ochenta y dos kilos y medio y tiene una pequeña consulta veterinaria en el condado de Orange. En realidad, parece salido de las páginas de los libros de Fizzy. Hoy hemos visto a un montón de hombres guapos, pero Brenna y Kathy sueltan un grito ahogado en cuanto entra en la habitación. Repasamos las preguntas estándar y todas sus respuestas son correctas. Estuvo prometido, pero rompieron cuando ella quiso mudarse fuera y él pensó que le debía a sus empleados y clientes quedarse. Es el mayor de cinco hermanos, siente que el matrimonio es

lo único que le falta en la vida y teje mientras ve series policiacas en la BBC para relajarse tras un largo día estresante. Houston, Houston, hemos encontrado nuestro Rollito de canela.

—Nick, ¿qué crees que buscan los hombres en una pareja? —le digo como última pregunta.

Sonríe hacia la mesa, pareciendo, de manera paradójica, tanto un chico tímido como un híbrido creado en un laboratorio de Chris Evans y el Pierce Brosnan de la era Bond.

—Creo que la mayoría diría que los hombres buscamos a alguien que nos haga sentir bien con nosotros mismos —responde—. Pero yo busco alguien que suponga un desafío. —Apoya sus muy bronceados y tonificados antebrazos en la mesa—. Mis abuelos llevan casados más de sesenta años y, cuando mi abuela entra en la habitación, mi abuelo la sigue mirando como si tuviera diecinueve años y todavía siguiera preguntándose cómo es que la chica más guapa del instituto se ha dignado a fijarse en él. —Se echa a reír—. Quiero eso. Seguir tan enamorado con ochenta como lo estaba con treinta. Estar juntos y, simplemente, sentir… felicidad.

Me pregunto cómo es posible que este sea el preciso instante en el que todo parece real. El programa va a empezar, Fizzy va a conocer a estos tipos y va a salir con ellos y, si todos nuestros esfuerzos se ven recompensados, será un éxito. Fizzy se enamorará, yo conservaré mi trabajo y podré quedarme en San Diego.

Cuando parpadeo, todo el mundo ya está de pie. Kathy acompaña a Nick hasta la puerta y la cierra en cuanto sale.

—Madre mía —dice, con los ojos bien abiertos, incrédula—. Ha estado muy bien. Este chico es realmente genial, ¿verdad?

—No creo que haya parpadeado ni una vez mientras lo escuchaba hablar. —Brenna se pone de pie y rodea la mesa—. ¿Te lo imaginas en pantalla con Fizzy?

—¿Te la imaginas con Dax? ¿O Evan? ¿O Isaac? Jamás había visto un grupo así en un *reality* —dice Kathy antes de volverse hacia Rory —. ¿Y todos han hecho ya la prueba de ADNDuo?

Rory asiente.

—Todos han pasado. Tenemos una buena selección.

—Todos parecen tan… reales —cavila Kathy—. Auténticos, me refiero.

—Si Fizzy no se casa con ninguno de ellos, lo hago yo. —Brenna se vuelve hacia mí—. Connor, esto puede ser algo grande.

Rory todavía sigue mirando la puerta por la que acaba de salir Nick.

—Tenía mis dudas, pero… quizá podamos sacar esto adelante.

Tienen razón o, al menos, eso creo. Las piezas están empezando a encajar y, si mi intuición no falla, podría salir bien.

Tengo justo lo que quería y todo es culpa mía.

Capítulo 15

FIZZY

Si alguna vez acabo teniendo hijos propios todavía está por ver, pero lo que sí se puede afirmar con rotundidad es que soy la adulta más bochornosa que jamás ha asistido a un partido de fútbol infantil.

Incluso Jess y River no quieren que los vean conmigo. Ambos desfilan por el campo arrastrando sillas, una nevera y una sombrilla hasta un punto que parece el más alejado posible de donde hemos aparcado. Sé que la caminata no puede deberse al hecho de que estén enfadados conmigo por declarar que soy la MAYOR FAN DE JUNO en negrita sobre una camiseta rosa fosforito, porque es objetivamente cierto: solo la mayor fan de Juno puede lucirla en público. Pero mi dulce y pequeña bailarina ha decidido probar algo nuevo y, aunque es demasiado fuerte mentalmente como para temblar de miedo, hay rumores que afirman que no ha dormido bien las noches precedentes a su primer partido. Así que he pensado que, quizá, siendo la mayor idiota del lugar, puede que Juno no se preocupe tanto por si mete la pata. Llevo pompones en el bolso, pero son mi último recurso en caso de emergencia. Con un poco de suerte, no tendré que sacarlos.

Pero una vez instalados en la banda, creo que, quizá, me he pasado. Toda la operación ya no me parece tan intensa. Por supuesto, está la típica niña con equipación puntera, tacos relucientes y lazos en el pelo a juego con el uniforme. Sus padres también son fáciles de reconocer; son los que hacen miles de fotos del calentamiento, la animan y le gritan instrucciones por todo el campo. Pero, al fin y al cabo, se trata de un grupo de niñas de diez años, así que también está la que va vestida con los pantalones de sus hermanos mayores, bien apretados en la cintura y muy anchos por debajo de las rodillas, o la niña a cuyos padres les debe gustar tanto el deporte como a mí porque han enviado a su hija a un partido de fútbol en vaqueros.

Localizo a Juno en un pequeño grupo de niñas arremolinadas alrededor de un hombre alto como una secuoya, agachado y dibujando algo en un portapapeles. Está demasiado lejos como para poder verlo bien, pero tiene el pelo oscuro y unos brazos que parecen

poner a prueba las mangas de su camiseta.

—Hola, señor. —Formo unos prismáticos con las manos y finjo enfocar—. ¡Pero qué tenemos aquí!

Estoy fatal desde mi cena con Connor. Me comporto como una absoluta salida. No se lo he comentado a Jess porque creo que está tan preocupada por mi confesa pérdida de apetito sexual e inspiración que solo empeoraría las cosas. Ya ha sido bastante duro no escribir a Connor todos los días para preguntarle cómo está. Lo último que necesito es oír a Jess gritándome, como si le fuera la vida en ello, que merezco tener relaciones sexuales como la que más.

—Es el entrenador —dice Jess mientras coloca una de las patas de la carpa.

—Pues ya te digo yo que mi hija jamás se perdería ni un solo partido.

Se echa a reír.

—De hecho, es uno de los padres. El de Stevie.

Stevie es una de las nuevas amigas de Juno y, aunque solo la he visto un par de veces, las dos se vuelven locas cuando están juntas. Monas e inteligentes como ellas solas y mucho más divertidas que la mayoría de los adultos que conozco. ¿Quién habría imaginado que se les daría tan bien hacer niños últimamente?

Ajusto mis prismáticos imaginarios.

—Pues el padre de Stevie está bien bueno.

—Sí que lo está, sí.

River entra en la carpa con las tres sillas plegables en una mano.

—¿Quién está bueno?

—Tú. —Jess se estira para besarlo—. Y Connor.

Creo que River le da la razón. Creo que dice algo así como: «¿El padre de Stevie? Estoy de acuerdo». Pero no estoy del todo segura porque todo movimiento en mi cerebro se ha paralizado.

—¿Has dicho Connor? —pregunto, con el estómago en los tobillos.

Jess está distraída con una silla plegable que jamás se va a abrir.

—Sí, Connor Prince. Es el entrenador que tanto te interesa.

—No.

Jess levanta la mirada al percibir el peligro.

—Sí.

—Por Dios, no.

Aparto de inmediato mis prismáticos imaginarios.

—¿Qué te pasa? —me pregunta River, muerto de risa.

—¿Ese… ese es el padre de Stevie? —Señalo en la distancia al gigante cuya sombra, debo admitir, empieza a parecerse sorprendentemente al hombre que quería que me empotrara contra la

encimera de la cocina la otra noche—. ¿La adorable Stevie que me contó una historia tan lacrimógena sobre el calentamiento global y las tortugas marinas que acabé donando un montón de dinero a la Oceanic Society?

Oh, mierda, todo encaja. Gruño y me siento en la silla que Jess por fin ha conseguido abrir.

—Siéntate —me dice con ironía, abriendo otra y sentándose a mi lado.

—Esto es un giro argumental que tendría que haber previsto —mascullo—. ¿Pero qué soy yo, una escritora o un bloque de madera?

—¿Alguien me va a contar qué está pasando? —pregunta River.

Jess levanta las manos.

—A mí no me mires.

—¿Sabéis a qué se dedica Connor? —les pregunto.

—Creo recordar que Juno dijo algo sobre conservación —admite Jess, avergonzada.

Miro a River.

—¿Tú lo sabes?

Se lleva la mano al pecho, sorprendido.

—¿Yo?

—Sí. Tú más que nadie.

—¿Y por qué yo más que nadie?

—Porque Connor Prince III es el creador y productor ejecutivo de mi próximo programa de citas, ese que utiliza el trabajo de tu vida como gancho central.

—Ay, Dios, ¿te has estado tirando a Connor todo este tiempo? —dice Jess desde detrás de sus dedos, apretados contra sus labios.

—He sido muy amable últimamente. Le propuse entrar después de la firma.

Las muecas de dolor de Jess me hacen pensar que lo ha interpretado correctamente, pero me da una salida.

—Por favor, dime que lo que le propusiste fue entrar para tomar un café.

—No, en mi vagina.

River se atraganta con el agua.

—Por desgracia para él, me rechazó.

El silbido bajo y triste de River parece decir: «¡Qué incómodo!».

—No pasa nada —reacciono—. La verdad es que estuvo bien que al menos uno de los dos mantuviera la cabeza fría. Por primera vez en mucho tiempo, me sentía sexi y él estaba allí, eso es todo.

¡Di que sí, Pinocho!

Mi mejor amiga asiente, incrédula.

—Vale, solo pasaba por allí; no era más que un alto Adonis musculado por el que te sentiste atraída simplemente porque llevabas mucho tiempo en dique seco.

—Me alegro de que lo hayas entendido —le digo con exagerada gratitud.

—A ver, espera que lo procese. —Jess se presiona la frente con los dedos—. ¿Has querido acostarte con el tipo que dirige el programa en el que vas a intentar encontrar tu alma gemela?

—Solo fue un calentón —insisto—. Uno y ya está.

—Me he relacionado más con Natalia porque ella es la que tiene a Stevie durante la semana —dice Jess—. Pero Connor parece un tío muy dulce. No creo que sea de los de uno y si te he visto no me acuerdo.

—¿Estás sugiriendo que los hombres dulces no tienen calentones? —Dirijo mi mirada de suficiencia a River—. Sí que pueden, ¿verdad, genio guaperas?

—Espera un segundo —responde distraído mientras intenta abrir la nevera.

—Me refiero a que —continúa Jess— antes creías que era un imbécil. Lo llamaste «guapo millonario» y luego «británico guapo»… —Se detiene de repente mientras entrecierra los ojos en mi dirección —. ¿No fue con él con quien hiciste la lista de prototipos?

—En mi defensa tengo que decir que es muy difícil de clasificar. Al principio tenía una vibración diferente. La primera vez que nos vimos, era un auténtico «ejecutivo millonario guapo».

—¿Connor? En absoluto —protesta.

—Me refiero a que, obviamente, no voy a ganar esta discusión hoy mientras enseña pierna musculada y lleva puesta una camiseta como cuatro tallas más pequeñas, pero tienes que creerme cuando te digo que, cuando lo vi por primera vez, daba la impresión de ser una mezcla de Kendall Roy y una figura de Lego, pelo incluido.

Como de costumbre, hablo demasiado deprisa. Estas últimas palabras salen de mi boca justo cuando me doy cuenta de que la alargada sombra frente a nuestras sillas no es producto de la carpa sobre nuestras cabezas.

—Bueno —dice Connor—, al menos espero ser el Batman de Lego o el apuesto socorrista.

Capítulo 16

CONNOR

Estoy convencido de estar imaginándomelo cuando la veo al otro lado del campo. Pero ahí está, Felicity Chen, a las diez de un sábado por la mañana, manifestándose sobre el tamaño de mi camiseta y sobre si mis muslos están demasiado… ahí. Ignoraré la parte de Kendall Roy y me llevaré el comentario sobre mis piernas musculadas a la tumba.

Hasta hoy, habría jurado que era alguien imposible de alterar. Fizzy dice lo que piensa, coge lo que se merece y no se disculpa por ello. Pero, cuando por fin se da la vuelta, está visiblemente aturullada.

—La masculinidad de Batman es un poco tóxica para mí —dice mientras se aparta el pelo de la cara.

Se supone que es uno de esos gestos casuales y despreocupados, pero ya recuerdo habérselo visto hacer aquella primera noche en el bar y me pregunto si es algo que hace cuando está nerviosa.

—Pero el socorrista de Lego podría funcionar —continúa, repasando mi torso con su mirada—. Ambos trabajáis duro y está claro que tenéis una gran fuerza en el tren superior.

—Gracias… Creo. Y, para que conste, ¡esta camiseta no es demasiado pequeña!

Las comisuras de sus labios esbozan una sonrisa y desaparece todo rastro de vergüenza, ahora sustituida por un destello de desafío.

—No era una queja.

—Técnicamente no hay nada inapropiado en nada de esto —dice alguien—, pero no sé por qué tengo la impresión de que deberíamos taparles los ojos a los niños.

Sigo la voz femenina y solo entonces me doy cuenta de que hay una pareja observándonos desde un lateral: los padres de Juno: Jess y River. Leo lo que Fizzy lleva escrito en la camiseta y, de repente, todo tiene sentido.

—Espera, ¿conoces a Juno?

—Pues sí. —Le lanza una mirada acusatoria a Jess antes de volver a centrarse en mí—. Lo que no sabía es que *tú* la conocieras.

—Tanto ella como Stevie acaban de empezar en el mismo equipo

de fútbol. —Cojo el silbato que llevo colgado en el cuello—. Y yo soy el entrenador.

—Hola, Connor —dice Jess, dejando de fingir que no está escuchando mientras se acerca.

—Hola, Jess. —La realidad se impone—. Ah. River debe ser el amigo que mencionó Fizzy que participó en el desarrollo de la tecnología ADNDuo. Ahora lo entiendo.

—Y tú debes de ser el guapo tipo de la televisión del que Felicity no para de hablar. —Jess se vuelve hacia Fizzy con una sonrisa exagerada en los labios—. Ahora lo entiendo.

Me muerdo una sonrisa al intuir que hay cierto trasfondo aquí y que Jess se está cobrando una venganza largamente esperada.

—Vale, Jessica —dice Fizzy—. Llévate a tu guapo marido e id a sentaros allí.

Jess, todavía sonriente, se despide con la mano y vuelve a meterse bajo la carpa. River y yo nos damos la mano.

—Connor —dice.

—River.

Abre la boca, pero tras una mirada rápida a Fizzy, parece reconsiderarlo.

—Buena suerte en el partido —acaba diciendo antes de unirse a su mujer.

No conozco a ninguno de los dos demasiado bien; Jess siempre ha sido cordial y es la primera en ofrecerse voluntaria para llevar a casa a otras niñas y traerles la merienda. He visto a River una o dos veces, pero nunca hemos hablado demasiado.

Cuando nos quedamos a solas, el silencio se hace pesado.

—Dijiste que se llamaba Stefania —dice Fizzy con tono acusador.

—Stevie es su apodo —le explico—. Gritar «Stefania Elena García Prince» por la casa sería demasiado, ¿no crees?

El silencio se prolonga. No es tanto incomodidad como conciencia de la realidad. Puede que le dijera que no en su puerta, pero sospecho que ambos sabemos que me habría encantado entrar. ¿Cómo pasamos página?

Una racha de aire recorre el campo, mueve los árboles y hace revolotear sombrillas y mantas por la hierba. Cuando levanto la mano para apartarme el pelo de la frente, Fizzy sigue el movimiento con la mirada. Entonces recuerdo que me dijo que debería llevarlo así con mayor frecuencia, que le gustaba.

Me aclaro la garganta, decidido a redirigir la situación a aguas menos peligrosas.

—Se me había olvidado comentártelo: las segundas audiciones han

ido genial. Creo que hemos encontrado a los candidatos perfectos.

Se le ilumina el rostro.

—¡Oh, Dios mío, cuéntamelo todo! Espera, primero dime que son increíblemente guapos.

Tartamudeo ante semejante alarde de entusiasmo y por lo poco que me ha gustado.

—Guapos nivel estratosférico —le digo—. No quiero decir demasiado porque no hay nada cerrado, pero hemos acotado la selección a ocho. Todos arquetipos aprobados.

Está a punto de responder cuando dos pequeños tornados colisionan con nosotros. Stevie me mira desde donde sus brazos rodean mi cadera. Juno está abrazada a Fizzy.

—¿Podemos ir a por un helado después del partido? —pregunta Stevie.

Me inclino para darle un beso en la cabeza.

—Claro. ¿Saludas a Fizzy? Ella va a protagonizar el nuevo programa de papá.

Me doy la vuelta y Stevie levanta la cabeza para mirarme.

—Ya sé quién es Fizzy —responde Stevie—. Nos ha llevado a casa varias veces.

Fizzy hace un bucle con la punta de un mechón del largo pelo de Stevie.

—Algunas veces paramos por el camino para comprar chocolate. Otras, cócteles. Depende de cómo haya ido el día.

Ambas niñas ríen, pero entonces algo atrae la atención de Stevie: una pegatina en la parte trasera del teléfono de Fizzy. Da un paso adelante para examinarla.

—¡Nunca me habías dicho que te gustaba Wonderland!

—¡Le encaaaaaantan! —exclama Juno.

—¿Y cómo es que no hemos hablado del tema? —pregunta Fizzy—. ¡Me hacen muy feliz!

Estudio de cerca el pequeño logotipo holográfico, preguntándome cómo es que no lo había visto antes, teniendo en cuenta que Stevie tiene pegado uno parecido en prácticamente el cincuenta por ciento de sus pertenencias. Es bastante probable que se deba a que, cuando estoy con Fizzy, lo último que miro es su teléfono.

—¿Los has visto en concierto? —pregunta Fizzy.

Stevie agita la cabeza.

—Jamás he ido a un concierto.

—¡Vienen dentro de dos semanas! ¡Deberías ir!

—Las entradas están agotadas —digo.

Fizzy rechaza ese pequeño detalle con la mano.

—Puedo conseguir entradas. Una vez salí con un ejecutivo del estadio y, perdona que te diga, pero… —Se detiene al percibir la expresión de mi cara, preocupado por lo que pudiera salir de su boca —. Vamos, que conozco a alguien.

—El concierto es bastante tarde. —Ya podía imaginarme a Juno y Stevie somnolientas cruzando un aparcamiento kilométrico—. Estarán agotadas al día siguiente.

Fizzy se mofa.

—¡Es verano! Además, terminar agotadas después de una noche gritando como locas es un rito de iniciación para toda fan. —Me dedica una mirada silenciosa antes de continuar con voz suave—. Felicidad, ¿recuerdas?

Exhalo, incapaz de resistirme a estas dos mujeres y su dulce persuasión.

—Si Fizzy conoce a alguien… —dudo el tiempo suficiente como para permitir que mi sentido común acuda al rescate, pero no lo hace —, pues supongo que vamos a ver a Wonderland.

—¡¿De verdad?! —gritan Stevie y Juno al unísono, ya saltando sin parar.

—¡Nos vamos de concierto!

—Eres el mejor, papá —afirma Stevie antes de rodearme con los brazos.

—No me des las gracias a mí, sino a Fizzy, cariño.

Y mientras veo a Stevie abrazar a Fizzy, no puedo evitar pensar que es una muy mala idea por, al menos, cien motivos diferentes. Lo último que necesito es pasar más tiempo con Fizzy. Más tiempo de felicidad, más tiempo con la alegre y entusiasta Fizzy. Se me hace un nudo en el estómago por el miedo y las expectativas.

—Va a ser genial —dice mientras las niñas no dejan de cantar y bailar a nuestro alrededor.

Me dedica su más amplia sonrisa, esa que me hace pensar en palabras como «efervescente», «chispeante» o «burbujeante».

Capítulo 17

FIZZY

Ni siquiera puedo desahogarme con Jess por esta debacle caída del cielo, porque ella estaba presente cuando dije explícitamente que podía llevarme a dos niñas de diez años y a un entrenador sexi de fútbol a un concierto de Wonderland. La cola de gente esperando para entrar en el estadio es tan horrenda que me encantaría tener a alguien a quien culpar que no sea yo misma. Le echo un vistazo a Instagram mientras esperamos. Respondo los mensajes directos de mis lectores y evito convenientemente la bandeja de entrada de mi correo. Pero el número de cuerpos a nuestro alrededor aumenta a medida que pasan los segundos. Solo hay ocho accesos y el treinta por ciento de la gente está intentando meterse por el mismo sitio. Al no haber vallas ni señalización real que indique dónde empieza o termina la cola, cadenas interminables de personas serpentean y se entrelazan, rodeando postes y cruzándose unas con otras hasta que, básicamente, confías en que la persona que tienes delante esté más o menos segura de que la persona que, a su vez, la precede esté en el lugar adecuado.

Y, a juzgar por la tensión en su mandíbula, Connor debe estar pensando exactamente lo mismo. Estoy segura de que él puede ver por encima de la cabeza de la gente, pero no es mi caso, y Stevie y Juno parecen diminutas en mitad de la gigante masa de cuerpos, con los ojos desencajados por la confusión. A medida que va pasando el tiempo, se empieza a notar una corriente de pánico, como si la muchedumbre sintiera que Wonderland está a punto de salir al escenario y todos fuéramos a perdérnoslo.

Tiro de la manga de Connor como forma de pedirle que se agache un poco.

—Súbeme a hombros.

Se acerca un poco más porque, al parecer, no me comprende.

—Perdona, ¿qué?

—Así podré ver hacia dónde nos lleva esta cola. Me preocupa que haya un enorme atasco de gente queriendo entrar y no pienso permitir que las niñas se pierdan el concierto.

No lo duda ni un instante y se agacha, y con ayuda de Juno y Stevie para estabilizarme, me subo a sus anchos y musculados hombros. Connor se pone de pie, sin aparente esfuerzo, lanzándome a unos dos metros de altura.

Dejo escapar un grito de terror mientras me aferro con fuerza a su mandíbula.

—Me arrepiento de haber deseado ser más alta.

Connor se echa a reír.

—Relájate. Yo te sujeto.

Me agarra por las espinillas y me indica con cuidado que eche las piernas hacia atrás y las meta bajo sus brazos. Ahora no solo soy consciente del caos que nos rodea, sino también de la calidez y fortaleza de su cuello entre mis piernas y de la estabilidad irreal de sus hombros bajo mi cuerpo. Me pregunto si él también siente el calor y si estará pensando lo mismo que yo: lo agradable que es tener su cabeza entre mis piernas.

Es obvio que podría pasarme así toda la noche, pero el deber me llama.

—Vale, ya está. Puedes bajarme.

Lo hace y, una vez que los dos volvemos a estar de pie, me lanza una mirada inquisitoria.

—¿Ha servido de algo?

—De mucho. —Pongo la mano sobre la cabeza de Juno y me agacho un poco—. Ahora vuelvo.

Y, con estas palabras, me introduzco en la marabunta.

Veinte minutos más tarde, ya estamos dentro con un par de cervezas, en el pequeño palco que el ejecutivo del estadio que una vez me pidió que lo llamara «doctor» en la cama ha reservado para nosotros y viendo a una Juno y una Stevie encantadas bailando en el balcón acristalado al ritmo de la música que se oye por los altavoces antes de que empiece el espectáculo.

Connor me sonríe como si fuera una superheroína, pero lo único que he hecho ha sido arrastrar al desconcertado equipo de seguridad a la puerta de entrada en la que se había acumulado la gente para que pusiese orden. Una vez organizada la situación, los asistentes al concierto empezaron a entrar, felices y disciplinados.

—Podían haberte arrollado.

—Poco probable. —Bebo un sorbo de cerveza y me limpio la espuma de los labios—. Cuando decido hacer algo, hasta parezco más grande. Apuesto a que, mientras me abría paso entre la muchedumbre, debía parecer alguien de metro ochenta.

—¿A ti no te da miedo nada?

Me echo a reír cuando Juno y Stevie empiezan a fingir hacer *twerking*. Menudo par de pillas.

—No. —Y entonces me lo replanteo, mirándolo—. Bueno, espera, sí. Me temo que una vez, en algún punto de mi pasado, le hice una videollamada por error a alguien mientras me estaba masturbando, y creo que esa persona estará demasiado avergonzada y será demasiado educada como para decírmelo, así que tendré que vivir el resto de mis días sin saber si lo hice, pero sospechando que sí.

Connor me mira, inexpresivo.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Nunca te ha preocupado?

Sonríe mientras niega con la cabeza y se lleva el vaso de plástico a la boca.

Una rara oleada de autoconsciencia se arraiga en mí. Ya sé que hay mucho que asimilar y sospecho que, si Connor me encuentra insufrible, jamás me lo va a decir. No podría. Se limitaría a sonreír, quizá justo como lo está haciendo ahora mismo. Tiene que aguantarme porque quiere que su programa funcione, y quiere que funcione porque, de no ser así, se quedaría sin trabajo y es probable que tuviese que mudarse a dos horas de distancia de su hija, ese pequeño manojo de energía apenas contenida que está aquí, bailando, como una bengala en vísperas de año nuevo.

—Lo siento —mascullo en mi vaso.

—¿Qué sientes?

—Lo de la masturbación —susurro antes de continuar, con una sonrisa—. Y lo de Kendall Roy en el partido de fútbol. Tú no estás tan hecho polvo.

Mi comentario le hace reír.

—No te creas. Y ahora no puedo evitar preguntarme si alguna vez he hecho una videollamada mientras me masturbaba.

Lo miro, agradecida por su intento de rebajar la tensión, pero emocionalmente arrasada por la imagen mental que ahora se está proyectando en HD en mi mente.

Connor se encoge de hombros, bebe otro sorbo de cerveza y el afecto se apodera de mí en cuanto me doy cuenta, una vez más, de que es una persona fácil de tratar y me gusta mucho.

—Perdón por lo de la otra noche también —digo antes de que las palabras tengan tiempo de marinarse.

—La otra… Ah.

Una incomodidad tensa cae como un meteorito del cielo. Connor observa algo en la distancia, con los ojos entrecerrados.

—Sí, no. No te tienes que disculpar por eso.

—Sí, quiero hacerlo.

Hago todo lo posible por no rellenar el silencio posterior con bromas, insinuaciones o, incluso, comentarios sobre el tiempo. Me limito a soportar la incomodidad del momento en un intento de que sepa que soy capaz de ser seria y sincera, aunque se me dé horriblemente mal.

—No quise entrar por varios motivos —dice al fin, y mi vergüenza alcanza cotas insospechadas.

—No te sientas obligado a enumerarlos todos.

Se vuelve para mirarme a la cara, con expresión grave.

—Pero ninguno de ellos estaba relacionado con el hecho de que no estuviera interesado. Lo siento mucho si no quedó claro.

—Oh.

Tengo que romper contacto visual con esos ojos hipnóticos y frescos. De repente, en mi cerebro no queda nada más que el ruido blanco estático de miles de canciones románticas atronando sobre nuestra cabeza. Connor no tiene ni idea de que está jugando con un fuego casi descontrolado, que el coqueteo es mi segundo idioma y que llevo mucho, mucho tiempo sin echar un polvo. Sinceramente, solo me había disculpado por ser amable.

—Háblame de Jess y River —dice, bendiciéndonos a los dos con una ruta de escape—. ¿Cómo los conociste?

—Jess y yo nos conocemos desde siempre. River solía ir a nuestra cafetería favorita todas las mañanas e hicieron todo eso del coqueteo no coqueteo, rollo *Orgullo y prejuicio*. Al principio era entretenido, pero acabó siendo agotador. La obligué a hacerse el ADNDuo. Ya te digo yo que, si no llega a ser por mí, todavía estaría soltera. Me deberían dar algún tipo de comisión o algo.

—No le presté demasiada atención a esa tecnología cuando se creó la empresa —me confiesa—, pero obtuvieron un alto nivel de compatibilidad, ¿verdad?

—Diamante, una compatibilidad del noventa y nueve por ciento. Sigue siendo la puntuación más alta de la historia de la empresa. Los ejecutivos incluso llegaron a pagarle para que lo conociera. Para ser sincera, ni yo habría sido capaz de escribir un final más feliz.

Cometo el error de dejar que mis ojos deambulen por su cuerpo. Parece extrañamente nervioso y, cuando se quita el jersey y lo deja con cuidado sobre el respaldo de su silla, mi cerebro se cortocircuita durante al menos un segundo.

Una nueva emoción invade mi cuerpo: una enorme debilidad. Parpadeo frente a su pecho al ver a cinco chicos sonrientes bajo la palabra WONDERLAND.

—¿Llevas puesta una camiseta de Wonderland?

—Stevie y yo compramos algo de *merch* cuando Juno y tú estuvisteis haciendo cola frente a ese horrible baño portátil.

—*¿Merch?* —murmuro entre carcajadas—. ¿Ahora dominas la jerga?

Sonríe ante mi cara de asombro.

—Estamos en una búsqueda, ¿no? Buscamos la felicidad, ¿no era eso? ¿Acaso eso no significa que tengo que alcanzar cierto nivel de conocimientos?

Por un instante, me quedo sin palabras. Al verlo con la camiseta, siento cierta tensión en el pecho, como si algo me apretara los pulmones. Y no solo porque lleve la camiseta puesta, sino porque lo hace con orgullo. Siempre he estado de acuerdo con Jess en que resulta muy sexi ver lo buen padre que es River con Juno, pero es una realidad a la que me cuesta enfrentarme. Siempre me he alegrado por ella en la distancia, desde el banquillo. Por supuesto que quiero una familia, pero a saber qué podría significar eso para mí. Las matemáticas *conocer a alguien + enamorarse de alguien + pasar el tiempo suficiente juntos como para querer tener hijos* jamás habían funcionado para mí. Tengo claro que mi función es ser la tía a la que todo el mundo recurre cuando quiere aprender a hacerse la raya del ojo perfecta, ocultar una resaca a sus padres o llorar por el primer amor perdido. Creo que todos los niños necesitan a alguien que los adore incondicionalmente, aunque no esté obligado desde un punto de vista biológico. Sentirse atraída por un padre orgulloso es hacerle algo raro y doloroso a mi respiración.

«Solo es atracción —me recuerdo—. No le des demasiada importancia».

—No me había dado cuenta de que había *merch* en tallas grandes —digo, empujando mi voz a través del tapón de emociones de mi garganta. Cometo el error de tocar la camiseta, guiada por la curiosidad, y me doy cuenta de lo firme que tiene el cuerpo—. Al menos esta no parece sacada de la sección infantil.

Menudo bíceps. Aparto los dedos como si estuviera en llamas.

—A veces, las tallas son confusas —admite.

Doy un pequeño paso atrás con la esperanza de bajar la temperatura de mi piel.

—Una vez me compré una camiseta en la talla grande para mujer creyendo que así tendría algo cómodo con lo que dormir. Me queda como un traje de neopreno.

Se echa a reír.

—Supongo que por eso esta todavía estaba disponible. La chica me ha dicho que es la última talla que se agota. La base de seguidores…

—Levanta la mano para impedir que lo corrija—. Creí que la mayoría de los fans serían como Stevie y Juno.

Connor me hace un gesto para que lo siga hasta donde las niñas están de pie, al borde del palco con vistas al público. Vemos un grupo de mujeres totalmente vestidas con *merchandising* de Wonderland debajo de nosotros. En el palco de la izquierda hay tres parejas de treinta y tantos años, también asomados al borde, riendo y bebiendo cócteles. En el palco de la derecha hay un grupo de adolescentes y un padre solitario rebuscando en su teléfono. Y cuando aparto la mirada del padre, veo un enorme grupo de mujeres de todas las edades, un grupo de hombres con collares de luces LED cantando las canciones previas al concierto y a un par de mujeres mayores con canas sacándose fotos frente a las enormes pantallas.

—Parece una de tus firmas de libros —me dice Connor.

—Solo que un poco más multitudinaria —respondo entre risas.

—Por ahora. —Me mira, con los ojos paseándose brevemente por mi boca—. Cuando el mundo te conozca, Fizzy, se va a enamorar de ti.

Capítulo 18

CONNOR

Stevie siempre ha sido una niña llena de vida que se deja llevar por las emociones. Baila por toda la casa, hace piruetas por los pasillos del supermercado y se sintió tan desbordada cuando llevamos a Baxter a casa que se pasó toda una hora llorando abrazado a él. Estoy acostumbrado a sus gritos de alegría cuando conseguimos subirnos al último vagón de la Big Thunder Mountain y las risas infinitas que se oyen en su habitación cuando hace una fiesta de pijamas. Pero jamás la había visto así.

El concierto ni siquiera ha empezado y Stevie y Juno ya están bailando y cantando con el resto del público al ritmo de los vídeos musicales en pantalla. Fizzy no estaba mintiendo cuando les dijo que conseguiría que entráramos. Estamos en un palco lo bastante alto como para poder ver la pista, pero a una distancia razonable del escenario. También hay comida y bebidas —cerveza— de cortesía y nuestro propio baño privado. Quizá me quede aquí a vivir.

Y Fizzy… No puedo dejar de mirarla. Obviamente, sé que es un acto de autosabotaje intentar no pensar en lo guapa que está o lo tentador que resulta su cuello con el pelo recogido, pero a mi cerebro parece darle igual.

Cuando se ha subido a mis hombros fuera del recinto ha sido como quitar la espoleta de una granada. Sentía su calidez a través de sus pantalones cortos; la firmeza de sus muslos rodeando mi cuello envió un rayo de deseo por todo mi cuerpo, cosa que habría preferido no experimentar delante de miles de personas. Quería estar a solas con ella, acariciar el interior de esos muslos con los dedos, sentir ese calor en mi mano. Quería caer de rodillas y demostrarle con la boca lo mucho que había lamentado rechazar su invitación de la otra noche. ¿Trabajo? ¿Quién necesita un trabajo?

Pero, por supuesto, no estábamos solos. Me bastó un vistazo a Stevie —con los ojos fijos en Fizzy y cara de absoluto asombro— para que la realidad acabara imponiéndose.

Por suerte, los gritos me sacan de mis pensamientos cuando las

luces se apagan y el auditorio explota con un clamor atronador. Resulta casi apabullante. Sé que el sonido no tiene color, pero cuando cierro los ojos, aparecen estrellas amarillas y rojas bajo mis párpados. Es ensordecedor, una especie de trueno que me atraviesa el pecho y agita el suelo bajo mis pies. Stevie y Juno están saltando, uniéndose al cántico litúrgico del nombre del grupo.

Fizzy tira de mí, aferrada a mi antebrazo. Veo que sus labios se mueven, pero no alcanzo a descifrar lo que dice por culpa del estruendo mientras señala a las niñas. Cuando agito la cabeza, ella se estira y yo me encojo al percibir que intenta acercar su boca a mi oreja.

—Me alegra mucho que estés aquí para ver esto.

—Me encantaría ponerles un podómetro para ver cuántas calorías queman.

—Pues espérate a que empiece.

Está tan cerca que me pregunto cómo voy a ser capaz de pensar en otra cosa, pero cuando la primera nota resuena en la oscuridad, no tengo problemas para apartar la atención. Jamás he escuchado una canción de Wonderland por voluntad propia, pero es imposible estar en mitad de todo aquello y no verse afectado por la emoción colectiva que te rodea. Esta es la felicidad de la que hablaba Fizzy. La adrenalina compartida, estar todos aquí con el mismo objetivo. Incluso los padres cerca de nosotros han decidido ponerse de pie, algunos con los brazos cruzados en el pecho, observando, mientras otros cambian de un pie a otro para tener mejores vistas, curiosos por ver a qué se debe tanto revuelo.

Del escenario salen fuegos artificiales y el grupo emerge, provocando una reacción atronadora. Cuando empieza la primera canción, Fizzy, Juno y Stevie se conocen la letra a la perfección. Para mi sorpresa, yo también me sé buena parte. Las niñas se dejan llevar por la música y la euforia del espectáculo. Fizzy baila ajena a todo. De alguna forma, Stevie conoce cada detalle del concierto antes de que suceda. Sabe qué canciones van a tocar, cuándo los miembros del grupo van a aventurarse entre el público y en qué punto exacto pasarán justo por delante de nosotros. Estoy tan metido que, cuando intenta hacerme señas, yo ya estoy preparado para cogerla y levantarla.

Durante el intermedio final, sudoroso y sorprendentemente agotado, me alejo del balcón para ir al baño. Cuando salgo, Fizzy se está preparando una bebida. Todavía puedo ver a las niñas, pero las paredes de cristal nos rodean y amortiguan el ruido del espectáculo.

Me uno a Fizzy en el bar, relleno mi botella de agua y cierro los

ojos mientras bebo un largo y frío sorbo.

Cuando los vuelvo a abrir, me está observando.

—Entonces —me dice, apoyándose de forma casual en la barra—, ¿cuál es el veredicto?

—Para serte sincero, esperaba ruido, tráfico y dos niñas de diez años malhumoradas y cansadas, aunque creo que es cuestión de tiempo, y también creía que iba a odiar cada minuto, pero me equivocaba. Ya puedes regodearte.

—Has estado bailando —dice con una sonrisa.

—Me he estado meciendo.

Lo deja pasar.

—Soy bastante quisquillosa con las personas a las que llevo de concierto, pero has sido un buen acompañante, padrazo buenorro. Puede que te vuelva a invitar si necesito pareja para otro concierto. Pero que sepas que habrá menos niñas de diez años, más alcohol y el típico tatuaje malo de después.

—Lo estoy deseando —respondo mientras vuelvo a mirar a las niñas, sorprendentemente afectado por su halago.

El grupo se lanza a otra canción y Stevie me busca con la mirada. Es su favorita, la canción que suena en mi coche cada lunes por la mañana camino del trabajo porque fue la última que Stevie puso el domingo por la noche. Emocionada, señala el escenario antes de volverse para ver el espectáculo.

—Te adora —dice Fizzy.

No sé por qué esas palabras en concreto hacen que me escuezan los ojos. La mayoría de los niños quieren a sus padres. No me gusta mi padre, pero sí que lo quiero a mi manera. Es un amor teñido de dolor y tristeza entremezclado con un montón desordenado de emociones complicadas, pero ahí está. Adorar es querer y apreciar, y ver a Stevie sentirse así visiblemente por mí, con todas mis deficiencias, me llena tanto de orgullo que me cuesta respirar.

Si Fizzy se ha dado cuenta de algo, es lo bastante educada como para no decir nada.

—Gracias por obligarme a traerla —digo—. Jamás la había visto así.

Fizzy mira a ambas niñas, llena de orgullo.

—Es evidente que está en su elemento.

—¿Cómo sabe todo lo que va a pasar? Conoce la lista de canciones que van a tocar e, incluso, lo que llevan puesto. ¿Dónde ha averiguado todo eso?

—Es lo que hacen los fans—dice Fizzy, encogiéndose de hombros —. Es igual que cuando tú sabes cuándo va a salir al mercado un

nuevo cambio de marchas Shimano para tu cara bicicleta de montaña.

Mi atención vuelve a ella y sonrío.

—Mírate, hablando de partes de bicicletas.

Coge una galleta, la parte en dos y me entrega la mitad.

—Cualquiera diría que se me da bien buscar cosas en Google. —Estudia la galleta—. Incluso he buscado fotos tuyas.

—¿Mías?

—Ya sabes, en un rodaje, montando en bici. —Hace una pausa mientras se encoge de hombros de forma inconsciente—. Con novias.

—¿Y? —Me apoyo en la barra a su lado, esbozando una sonrisa. Es tan evidente—. ¿Qué has encontrado?

Una de las comisuras de sus labios se arruga, formando un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Nada. Tu nombre en Instagram es un montón de letras y números aleatorios que solo he podido encontrar porque conozco a Jess que, a su vez, conoce a Natalia, que resulta que una vez te etiquetó en algo hace algo así como cinco años. Tienes cuatro seguidores y dos publicaciones. Me sentí aliviada y decepcionada a partes iguales.

—Se supone que deberíamos centrarnos en tu vida amorosa, Fizzy, no en la mía.

—Pues no me parece justo —dice y su sonrisa se relaja, aunque sus ojos reflejan tensión cuando me mira—, que ahora que somos amigos, solo nos centremos en encontrar a alguien para mí y no para ti.

Miro hacia donde el espectáculo está llegando a su fin mientras Wonderland se despide. No puede salir nada bueno de esto. Ambos lo sabemos y, sin embargo, aquí estamos.

—Bueno, de hecho, me sorprendería que hubiera fotos mías con alguna mujer en alguna parte. No tengo demasiadas citas últimamente.

—¿Alguna vez has probado ADNDuo?

—¿Yo? Por supuesto que no —digo, negando con la cabeza—. No es que no crea en el sistema ni nada de eso, es solo que… si encontrara alguna compatibilidad, me gustaría tomármela en serio y ahora mismo no puedo.

—Jess decía lo mismo. Por Juno —aclara—. No quería salir con nadie hasta que Juno estuviera en la universidad.

—Me suena familiar.

—Te diré lo mismo que le dije a ella: eso no da ni para un libro aburrido.

—Bueno, puede que algún día —respondo—. Intenté salir un par de veces cuando Stevie era más pequeña, pero cualquier mujer que merezca medianamente la pena quiere algo más que algún fin de

semana ocasional. Además, si salgo con alguien, en el lote, además de mí, van Stevie y Nat.

—¿Hace cuánto tiempo que te has divorciado?

—Stevie tenía dos años.

—Oh, guau. Era muy pequeña.

En un determinado momento, un comentario de este tipo, por muy bien intencionado que fuera, me habría despertado un gran sentimiento de culpa. Stevie era pequeña y pasar por un divorcio ha sido lo más difícil que he hecho en la vida, pero eso no significa que no fuera correcto.

—Sí que lo era.

—¿Pero tú y Nat os lleváis bien ahora? Stevie me ha hablado de ella un par de veces y estoy bastante segura de que la he visto a la salida del colegio. Es muy guapa.

Me echo a reír.

—Sí que lo es. Y también tiene un novio muy joven y muy guapo que creo que le pedirá matrimonio cualquier día de estos.

—Me alegro por ella. —El silencio se prolonga, tenso y cómplice. Espero que aparte la mirada, pero no lo hace. En su lugar, emite un sonido con la lengua como forma de demostrar su compasión—. Es una pena que no se te dé bien compartimentar.

Decido dejar de bailotear.

—Lo que se me da especialmente mal es el sexo ocasional.

La palabra «sexo» estalla entre nosotros como un lanzallamas y sonríe.

—Sí, a eso me refiero, que es una pena para mí que no se te dé bien compartimentar.

Suelto una carcajada.

—Eres una auténtica bomba de sinceridad, Felicity.

—Y bien que te gusta.

Finjo pensármelo y se pone de puntillas para gruñir cerca de mi cara.

Al final, cedo.

—Bueno, vale, eres tolerable.

Vuelve a posarse sobre sus pies y se apoya en la barra, junto a mí.

—Encantadora —me corrige.

—Soportable.

—Inteligente y carismática.

—Decidida y testaruda.

—Tu nueva mejor amiga. Reconócelo.

Acerca su mano a la mía. Un espasmo en mi dedo meñique hace que acaricie el suyo. Si me aparto ahora mismo, podría fingir que ha

sido un accidente. Pero no puedo y, en vez de apartarlo, lo dejo apoyado sobre su mano.

Ella rodea mi dedo con el suyo. Una oleada de calor recorre mi cuerpo y siento la necesidad de volverme hacia ella, empotrarla contra la barra, levantarla, meterme entre sus piernas y…

Inspiro lenta y profundamente.

—Mi nueva mejor amiga.

Capítulo 19

FIZZY

Juno ya no es una niña pequeña.

Eso significa que, cuando llegamos a la casa de Jess y River, y ambas niñas se han quedado fritas en el asiento trasero, soy incapaz de llevarla en brazos hasta la puerta.

Para ser sincera, ni siquiera estoy segura de ser capaz de arrastrarme a mí misma hasta la puerta. No es por alardear, pero he escrito escenas de tensión sexual que podrían arrancar el papel de las paredes y ninguna de ellas se ha acercado ni de lejos a los últimos veinte minutos en el coche con Connor.

—Yo la cojo.

Connor me rodea y se agacha para desabrochar el cinturón de Juno.

Sus mulos se flexionan bajo los vaqueros y el suave algodón de su nueva camiseta le marca los hombros mientras levanta a la niña de trapo del asiento.

—No creo que mis ovarios sean capaces de soportarlo mucho más —mascullo.

Se vuelve mientras equilibra el peso sobre su hombro.

—¿Qué?

Toso con delicadeza sobre mi puño.

—Que se ha quedado buena noche, ¿no crees?

Connor me mira, escéptico, pero parece pensar que no es mala idea que me esté conteniendo. Se da la vuelta y se dirige a la entrada cuando le hago gestos para que vaya él primero.

La puerta se abre cuando nos acercamos. Jess nos espera bajo el marco, retroiluminada por una luz cálida y dorada, aparentemente ajena a la pistola de bengalas mental que he disparado varias veces al aire. River aparece detrás, dispuesto a relevar a Connor, que murmura «¿la tienes?» mientras le entrega a Juno.

Mi corazón se lanza desde la ventana de una décima planta.

—Gracias, señor Prince —balbucea la niña, revelando su nivel de consciencia al aferrarse al cuello de su padre.

Consigo reaccionar lo suficiente como para fruncir el ceño en señal

de fingida ofensa.

—¡Eh! ¿Y qué pasa conmigo? Fui yo quien consiguió las entradas, ¿recuerdas?

Su respuesta es un gruñido somnoliento mientras la llevan por el pasillo a su habitación.

Con Juno ya en casa y Stevie dormida en el asiento de atrás, Connor baja unos cuantos escalones y se vuelve para mirarme, expectante.

—¿Nos vamos?

Lo sigo, impulsada como si un hilo de seda nos mantuviera unidos, pero dudo. Pienso en la calidez del coche y en el efecto relajante de la música. Pienso en las enormes manos de Connor aferradas al volante, agarrándolo como si fuera una enredadera que lo conduce a la cima de una montaña. Pienso en sus antebrazos, recorridos por venas y músculos, y en cómo, ahora que está un par de escalones por debajo de mí, por fin queda a la altura de mi mirada. Pienso en cómo se han iluminado sus ojos esta noche al ver a su hija en su elemento y pienso en la sensación que me produjo sentir sus hombros bajo mis piernas cuando me subió por los aires. Pienso en el gruñido de derrota de su «mi nueva mejor amiga» y pienso en tener que volver a sentarme junto a él un solo segundo más y no estoy segura de poder hacerlo. Después de todo, solo soy una mujer mortal que sigue queriendo que Connor Prince III la retenga bajo el peso de su cuerpo como una flor delicada bajo un árbol caído.

Pero más sexi.

—Creo que me voy a quedar aquí esta noche —le digo.

—Me pilla de camino —me tranquiliza—. No me supone un problema.

—No es eso.

Entrecierra los ojos. Entonces parece comprenderlo: no quiero ir con él porque no es eso precisamente lo que me gustaría hacer con él.

Lo que voy a hacer es meterme dentro y contarle a mi mejor amiga todo sobre esta sofocante química entre nosotros.

—Bueno, si eso es lo que quieres… —dice, con una sonrisa de satisfacción.

—Oh —digo—, sí, es lo que quiero.

Con la sonrisa todavía en la mirada, se despide de Jess y su atractivo cuerpo pone rumbo de vuelta al coche.

Lo observamos, cautivadas, como si fueran los últimos momentos de *El juego del calamar* y, entonces, exhalo quince toneladas métricas de aire de mis pulmones.

—Madre mía.

—Estás perdida.

La sigo al interior y me quito los zapatos.

—No estoy perdida. Estoy bien despierta. Me siento revitalizada.

—Sí, claro.

—Jessica, escúchame bien: Connor es un catalizador. Una chispa. Un aperitivo para la libido. ¿No te alegras? He sido un robot emocional. Y eso no me convertía en alguien demasiado interesante para la televisión.

Jess se deja caer en el sofá.

—¿Recuerdas cuando fingía salir con River?

—Claro que lo recuerdo. Cada vez que entraba en Twiggs era evidente que te morías por besarlo.

—Y, de todas formas, seguía jurando que no estaba loca por él.

Veo adónde quiere llegar, pero no estoy de acuerdo con el paralelismo.

—Sí, pero no lo querías ver. Ya estabas medio enamorada de él.

—Como tú ahora mismo con Connor.

—Por supuesto que no —respondo—. Tú te estabas enamorando de River. Yo solo quiero tirarme al productor guapo.

River, que acaba de entrar en la habitación para unirse a nosotras, al instante se da media vuelta y vuelve a desaparecer.

—¡Buenas noches! —grita desde el pasillo.

—¡Vuelve aquí! ¡Valoro tu opinión! —La única respuesta que obtengo es el eco de sus pasos alejándose. Esbozo una sonrisa—. ¡Ups!

Jess agita la cabeza, exasperada.

—¿Por qué siempre te empeñas en convertirlo todo en sexo esporádico?

—Porque mi última relación fue una mierda y, durante los últimos tres años, habría preferido comerme literalmente esa mierda que volver a correr el riesgo de romper el matrimonio de alguien más.

—Lo dices como si fuera una broma, pero lo piensas de verdad. Rob era el saco de mierda. Él era el monstruo. Tú no hiciste nada malo.

Es cierto. Desde un punto de vista intelectual, sé que es así, aunque haya necesitado todo este tiempo para sentirlo así. Por fin he dejado de sentir el picotazo fatal de su duplicidad (aunque siempre habrá un acalorado asterisco junto a su nombre).

Me siento junto a Jess en el sofá.

—Lo sé.

—No todos los tíos son como Rob.

—Bueno, eso espero, porque se supone que tengo que creer que mi alma gemela aparecerá junto mí en cámara pronto.

Se pone de pie, cruza la habitación hasta el ornamentado carrito de

las bebidas y nos sirve a cada una un vasito de whisky.

—¿Así que estás convencida de que el equipo de Connor ha hecho una buena selección?

—Bueno, eso parece. —Cojo el vaso con una sonrisa y bebo un trago dejando que el calor me recorra la garganta y se asiente en el estómago—. Tengo la impresión de que ha sido muy pero que muy puntilloso.

—Eso es bueno. —Gira su bebida—. Parece un chico muy atento. —Una pausa silenciosa y prolongada—. Me pregunto qué debe suponer todo esto para él. Por lo que he visto esta noche, tengo la impresión de que a él también le gustas.

—Bueno, a ver, sí que creo que se siente atraído por mí. —Inclino el vaso, dejando que la luz atraviese el líquido ambarino—. Antes me ha admitido que no me había rechazado porque no estuviera interesado.

—¡Por supuesto que no! ¡Mírate!

—Ahora que Connor no está aquí y que puedo pensar con claridad, casi que habría deseado no saberlo —admito—. Saber que él también se siente atraído por mí me ha convertido en un demonio. Quiero lo que tiene en los pantalones.

Jess niega con la cabeza.

—Céntrate en el programa. ¿Cuándo empieza la grabación?

—Dentro de cinco semanas.

—¿Ya tienes un calendario?

Bebo otro sorbo antes de responder.

—Me lo han enviado esta mañana para ver si tenía algo que decir. La primera semana serán citas para tomar un café. Luego todos tendremos que dar nuestra opinión sobre cómo ha ido, se emitirá el programa y el público votará para eliminar a dos de los candidatos en función de quién crean que me ha gustado más, y así sucesivamente. Los últimos dos concursantes conocerán a mi familia. Prefiero pensar que eso no va a suceder nunca. —Jess me dedica una cara con la que parece desearme buena suerte—. Después de eso, llegará la final, en la que descubriremos si la elección de la audiencia coincide con la predicción de ADNDuo. El ganador del voto del público recibirá cien mil dólares y yo tendré que decidir con quién me voy de viaje a Fiyi. Así que sí.

—Genial, pero no es precisamente emoción lo que percibo en tu voz.

Rebusco una respuesta convincente en mi cabeza y en mis sensaciones.

—Sí que estoy emocionada.

—Fizzy, ¡es genial! ¡Vas a tener ocho protagonistas de literatura romántica compitiendo por tu corazón!

—Lo sé —gimoteo—. Pero los muslos de Connor podrían aplastarme como una uva. Y eso es lo que quiero, al menos una vez antes de conocer a otro tipo de príncipe. —Jess rompe a reír mientras yo echo la cabeza hacia atrás en el sofá, dando un suspiro—. Te juro que necesito quitarme la espinita.

—Ese es, literalmente, el tópico romántico que más odias.

—Ya lo sé, pero ¡quién iba a pensar que era verdad! —me lamento mientras vuelvo a levantar la cabeza.

—¡Nadie! —me responde—. ¡Porque no lo es! —Agita las manos al viento—. Venga, vale, ahora en serio. Nada de más citas como estas con él.

—No son citas —alego—. Son excursiones en busca de la felicidad.

—Fizzy. En serio.

—¿Qué? ¡Lo digo muy en serio! Hace documentales sobre la conservación de los océanos. Solo quería que conociera a esta audiencia.

—¿Y crees que ya la conoce?

Un escalofrío recorre mi cuerpo, cálido, pero no por ello menos perturbador.

—Creo que sí, y verlo no solo abrir los ojos a la realidad del sector, sino además disfrutarlo, ha sido…, bueno, ha sido muy bonito. No solo está bueno. Es que también me gusta tenerlo cerca. Es divertido. Es gracioso. Y quizá lo que más me gusta es que no se siente intimidado por mis cosas. Incluso me atrevería a decir que podrían llegar a gustarle.

Asco de sentimientos.

—Eso también es importante para un productor —dice Jess.

Dando un gruñido, me dejo caer junto a ella en el sofá.

—Si echáramos un polvo, al menos podría pasar página.

Jess me acaricia el pelo, rascándome un poco.

—La verdad es que lo dudo mucho.

Capítulo 20

CONNOR

Tendría que haber predicho que, con Fizzy, los extremos son la norma y que el tiempo que hemos pasado juntos sería el más divertido de mi vida y, a la vez, mi mayor tortura. A lo largo de varias semanas, *El experimento del amor verdadero* ha empezado a ir tomando forma y Fizzy y yo nos escabullimos todos los viernes para continuar nuestra búsqueda de la felicidad. Cogemos el tren al Broad Museum y hablamos sobre la felicidad silenciosa e introspectiva. Visitamos la cercana Last Bookstore, donde me compra la edición para coleccionistas de *El misterio de Salem's Lot* y yo le compro una portada enmarcada de una de sus novelas románticas favoritas. A la semana siguiente, le regala a todo el equipo entradas para ver el espectáculo en directo de *The Rocky Horror Picture Show*. Esa noche, volví a casa y bebí más de lo que debería con la intención de aclararme las ideas sobre cómo todo su ser se ilumina desde dentro cuando lo deja salir, sobre lo mal que canta y lo mucho que me gusta que lo haga con gusto de todas formas, sobre cómo todo el equipo la adora y les devuelve ese cariño multiplicado por dos y sobre cómo estoy empezando a aborrecer la posibilidad de que encuentre el amor verdadero dentro de tan solo unas cuantas semanas.

El rodaje empieza oficialmente mañana, pero incluso sabiendo que mi jornada laboral tiene que empezar a primera hora, hay un lugar más al que quiero llevarla.

Fizzy y yo volamos por la autopista con las ventanas abiertas y el viento azotándonos. El gran globo naranja solar se atisba en el horizonte, pesado y seductor. Es nuestra última salida en busca de la felicidad, al menos la última que hemos planeado, y estoy seguro de que el plan que he trazado es bastante estúpido. Estaremos solos, en la oscuridad, con el sonido de las olas rompiendo en la arena que nos rodea. Ya me puedo imaginar a Fizzy corriendo descalza por la playa, tentándome, poniendo a prueba las patéticas limitaciones a las que me aferro.

Torrey Pines es una franja costera de unos siete kilómetros entre

Del Mar y La Jolla. El tráfico es inusualmente escaso y llegamos al aparcamiento justo cuando el sol está empezando a ponerse sobre el agua del mar. Mientras aparco y me uno a Fizzy delante del coche, no me siento preparado para volver a enfrentarme a su imagen con unos vaqueros, una camiseta, unas zapatillas y un mullido jersey doblado en el brazo.

Hay muchas cosas en juego con el programa, pero en momentos como este, cuando la veo caminando hacia la arena, no recuerdo ninguna de ellas. Cuando habla de algo que la apasiona o estalla en carcajadas, cuando hace que alguien se muera de risa o deja ver sus vulnerabilidades, me sorprendo a mí mismo intentado racionalizar los motivos por los que debería rendirme. Quizá sea inevitable. Quizá nadie se entere. Quizá le esté dando demasiadas vueltas y no voy a estropear nada. Ambos somos adultos; ambos nos hemos acostado con otras personas antes y solo fue sexo. Quizá pueda compartimentar.

Durante el día, planeadores y parapentes se lanzan desde los arrecifes de arenisca roja en la lejanía y los bañistas, surfistas y nadadores se amontonan en la playa. Hoy está todo bastante tranquilo, con solo unos cuantos rezagados en la playa o sentados en su tabla sobre el océano, dejándose mecer por la marea alta. El cielo parece cambiar en solo un instante, convirtiéndose en un lienzo en el que se fusionan azul, morado, rojo y naranja.

—Vale. —Fizzy se estira, mostrando una franja de piel entre la camiseta y la cintura de sus vaqueros—. La playa.

Sonrío ante el tono de desdén de sus palabras.

—No eres muy fan, parece ser.

—Oh, bueno, sí, es bonita. —Se sienta en la arena—. Pero es como el sexo cuando tienes la regla. Supone mucho esfuerzo y no es algo que quieras hacer todos los días, pero una vez que te pones, acabas pensando algo así como: «Eh, pues tampoco está tan mal».

—Madre mía, Fizzy —digo con una pequeña risa.

Me mira.

—¿Qué?

Me siento junto a ella, tragándome la forma en que el deseo aumenta en mi interior como una ola durmiente en mi pecho.

—Creo que voy a abstenerme de comentar eso.

Se echa a reír mientras se quita los zapatos para clavar los dedos en la fresca y húmeda arena.

—Ahora que ya sabemos lo que pienso de la playa, ¿me vas a decir qué hacemos aquí?

—Bueno, yo he crecido junto al mar, así que te he traído aquí porque la costa me calma, pero esta noche no va sobre la playa en sí

misma. Es el momento.

Se acerca las rodillas al mentón, se rodea las piernas con los brazos mientras escucha. A nuestro alrededor, el sol ya se ha ocultado en el horizonte y el cielo se está oscureciendo como un moretón.

—Mis fines de semana con Stevie pueden llegar a ser bastante rutinarios —le explico—. Salimos en bicicleta, llevamos a Baxter al parque o a alguna parte donde pueda correr y jugar, vemos alguna peli y hacemos los deberes y cocinamos juntos. Todo bastante básico. Cuando tenía unos seis años, tuvimos que operar a Baxter de una pata, así que no pudo venir con nosotros ese fin de semana. Decidimos probar algo nuevo. Preparamos un pícnic, vinimos aquí a ver a los surfistas y acabamos quedándonos prácticamente todo el día. Tendríamos que haber vuelto a casa en cuanto oscureció porque empezaba a hacer frío y sabía que estaría de muy mal humor al día siguiente, pero se lo estaba pasando tan bien correteando por aquí y haciendo piruetas en la orilla que decidí quedarme un poco más. Anocheció y, cuando nos estábamos preparando para volver, vi una chispa azul sobre el agua y luego otra. Cuando las olas rompían en la costa, era como si hubiera cientos de luciérnagas en el agua.

—Oh, esa me la sé. —Chasquea los dedos, como si estuviera intentando recordar la palabra—. Bioluminiscencia. Es un alga, ¿no?

—Así es. Algunos tipos de algas son bioluminiscentes para evitar a los depredadores, así que cuando algo las molesta en el agua o, incluso, algo pasa demasiado cerca, producen luz azul para asustarlo. —Señalo—. Mira allí.

Se inclina y sigue mi mirada hasta donde un surfista, despreocupado, está cortando la superficie del agua camino a la costa, dejando un remolino de luz azul a su paso.

—No parece real —dice.

—Recuerdo el asombro en la cara de Stevie y lo mucho que me habría gustado poder embotellar ese momento para poder revivirlo una y otra vez.

Fizzy me mira.

—Esa es la respuesta que deberías haberme dado en tu oficina.

—¿La respuesta a qué?

—Cuando te pregunté qué te hacía feliz.

Mis ojos se mueven como imanes hacia su boca.

—Pero, entonces, ¿cómo habría podido monopolizar tu tiempo todas estas semanas?

Se echa a reír.

—Además —añado—, nunca te he preguntado qué te hace feliz a ti.

Fizzy se me acerca y me da un golpecito en el hombro.

—Esto. Pasar el rato contigo.

—¿Y antes de que me convirtiera en lo mejor que te ha pasado en la vida?

—Jess y Juno. Mi familia. Viajar. —Inspira profundamente—. El sexo. Escribir.

—¿Todavía estás bloqueada?

Asiente.

—Ya se me ha olvidado cuándo fue la última vez que abrí un documento Word.

—En tu defensa, hay que decir que has estado bastante ocupada. Ya sabes, con todo esto del *reality show* que estamos planeando.

—Pero quizá solo sea una excusa conveniente. —Coge un pequeño trozo de alga y la arrastra por la arena—. Todo lo que se me ocurre decae incluso antes de empezar.

—No voy a fingir que comprendo cómo te sientes, pero ¿es algo de lo que has podido hablar en terapia?

—Oh, claro, por supuesto. Pero estoy ya cansada de hablar de lo mismo una y otra vez para no llegar a ninguna parte. Haría algunos ejercicios de escritura, pero no sirven para nada. —Aparta la mirada del agua durante un largo instante—. Sé que no pasaría nada si no volviera a escribir nunca más. Sé que la muerte de mi escritura no supondría mi muerte, pero echo de menos esa parte de mí. Me gustaba esa versión de mí misma y no estoy segura de poder recuperarla. Y no sé si tendrá sentido, pero centrarme en eso en terapia solo sirvió para que las cosas empeoraran.

—Tiene sentido.

—Por lo general, suelo ser bastante consciente de mí misma y puedo trabajar la mayoría de los temas, pero este… —Niega con la cabeza—. No entiendo nada. Había perdido cualquier interés por los hombres hasta que te co…

Hace una pausa y mira al océano.

—Bueno, ya sabes, que te seguí el rollo con el programa.

«Hasta conocerte», iba a decir. El corazón me da un vuelco, incómodo.

Se aclara la garganta.

—Pero sí, historias de amor. Mi bloqueo cerebral actual.

—Quizá tu cerebro necesite vivir una, para variar.

—Mírate, productor. —Me sonríe—. Cerrando el círculo.

La observo mientras ladea la cabeza hacia el cielo, con los ojos cerrados mientras inspira profundamente. Por fin, esta noche, nuestra última noche juntos antes de que tenga que centrar las energías en ayudarla a encontrar el amor con otra persona, puedo admitirlo.

Me estoy enamorando de ella.
—¡Qué puedo decir! —murmuro—. Lo intento.

Capítulo 21

FIZZY

Soy la primera en reconocer que me gusta hablar, pero también soy buena en los silencios. Jess y yo nos hemos pasado días enteros sentadas la una frente a la otra en un productivo silencio. Me encantan esos tiernos momentos con Juno en el sofá, con su cabecita apoyada en mi regazo mientras lee. Me encanta la enorme serenidad de un paseo por el campo con mi hermano Peter o la relajada paz de un *mahjong* con mi madre. La verdad es que jamás encontrarás a un amante de los libros que no soporte el silencio.

Pero después de la fluidez y facilidad con la que ha transcurrido nuestra conversación de esta noche, el silencio de Connor se me está haciendo pesado. Sentados en la arena, uno junto al otro, con las piernas estiradas y los dedos apuntando al cielo. Se ha remangado los pantalones y se le ven los pies, los tobillos y la mitad inferior de las pantorrillas. Tiene las piernas bronceadas, con un poco de vello y musculadas. La forma en la que está inclinado hacia atrás, apoyado en sus manos, con el rostro frente a la brisa nocturna… Es como si estuviera ofreciendo su cuerpo para que lo adoren. Ese pecho geométrico de superhéroe. Ese largo cuello fibroso, la gran extensión de sus hombros. Siento que mi cerebro grita todo tipo de pensamientos jadeantes y desesperados, como «tienes un cuerpo que es pura fantasía».

Y «quiero sentir tus manos sobre mí».

Y «fóllame sobre la arena».

Pero lo que más me sorprende es que el silencio también despierta pensamientos más calmados. Cosas como «me gustas mucho».

Y «últimamente te has convertido en mi persona favorita».

Y «me gustaría estar emocionada por lo de mañana, pero lo único en lo que puedo pensar es que no quiero que esta noche se acabe».

Por supuesto, este último pensamiento llega justo cuando Connor tose en su puño, poniendo fin a tanta quietud.

—Entonces —dice y me sonríe con timidez de una forma que deja claro que las cosas se han puesto serias, que hay algo cálido y tangible

en el aire que nos separa que podría desaparecer si habláramos de ello —, ¿estás preparada para lo de mañana?

Inhalo con fuerza y me incorporo un poco. Vale. «Recomponte, Fizzy».

—Sí, lo estoy. Espero poder dormir algo esta noche. No quiero salir toda hinchada y ojerosa.

—Yo iba a decir que, para alguien que está a punto de salir por la tele, pareces bastante tranquila —me dice, con una sonrisa.

—No voy a negar que me he sometido a tratamientos faciales con regularidad desde que acepté hacer esto y que he invertido en nuevos sujetadores que desafían la fuerza de la gravedad. —Se echa a reír—. Pero he hecho muchas firmas de libros en las que han sacado y publicado fotos mías desde ángulos horribles, así que ahora no voy a fingir que soy una supermodelo.

—No tienes que fingir nada —dice—. A mí siempre me dejas sin aliento.

Ambos nos quedamos inmóviles, observando la marea mientras el eco de sus palabras resuena a nuestro alrededor. Mi pulso se ralentiza un instante antes de volver a la vida, provocando un fuerte latido en mi cuello. Y casi puedo sentir en él lo mucho que desearía que las olas llegaran hasta aquí y borraran el momento.

—Bueno, entonces… En cualquier caso… —Se le rompe la voz y le tiemblan las manos—. Al menos, pareces emocionada por el primer día de grabación. Eso es bueno.

Todavía estoy algo afectada por su declaración. Connor es un roble y, cuanto más tiempo paso con él, más me doy cuenta de lo mucho que me siento una hoja perdida arrastrada al capricho de mis decisiones impulsivas, mi montaña rusa vital e, incluso, mi propio estado de ánimo. «Siempre me dejas sin aliento», ha dicho. Nunca hace nada de manera improvisada; no se le da bien. Por supuesto que no. Por desgracia, eso es, en parte, por lo que me gusta. Se mueve sin parar, con un propósito, por todo el mundo. Me siento tan atraída por él que es casi magnético.

—Estoy emocionada —admito con cautela—. Y sé que has hecho un trabajo impresionante con las audiciones. Dicho esto, solo espero que haya algún participante en el grupo que me haga sentir aunque sea una pequeña fracción de lo que estoy sintiendo esta noche.

No aparto la mirada del agua, pero noto que se vuelve y me mira.

—¿A qué te refieres? —pregunta.

En vez de responder, me muevo lo suficientemente despacio como para que pueda detenerme si quiere y me subo sobre él, sentándome sobre sus muslos.

—Me refiero a que me siento locamente atraída por ti.

Siento algo con Connor que todavía no quiero etiquetar, pero me asusta pensar que, algún día, tuviera que renunciar a ello.

—Fizzy.

—¿Sí?

Me mira con ojos sombríos y ajusta la postura para poder ponerme una mano ardiente en la cadera.

—¿No habíamos decidido ya que esto era una mala idea?

Su tono de voz no es acusador. Es dulce y curioso y quizá un poco hambriento.

—Sí. —Trago saliva en un intento de controlar mi anhelo—. Pero estaba aquí, pensando en lo mucho que deseaba tocarte y lo mucho que me asusta la idea de volver a casa esta noche y no volver a sentir lo que siento estando contigo.

Connor me aparta unos cuantos mechones de pelo de la cara.

—¿De verdad crees que eso es posible?

—No lo sé —admito—. Antes me solía atraer gente continuamente. Me encantaba el sexo. Me gustaba mucho mi parte divertida y atrevida. Estar cerca de ti… me vuelve a hacer sentir yo misma, pero una versión mucho más sensata.

—Eso es algo bueno, cielo —dice con cuidado—. Y me gustaría añadir que, quizá, lo que estás sintiendo últimamente sea madurez. —El viento lleva otro mechón de pelo a mis ojos y él lo aparta con delicadeza detrás de mi oreja—. Eres mucho más que tu imagen de escritora divertida, sexi y atrevida. Por supuesto que eres eso, pero también una mujer de gran profundidad y sensibilidad, y me pregunto si la forma en la que te has sentido últimamente tiene menos que ver conmigo y más con tu necesidad de conectar con una nueva faceta de ti misma.

No puedo apartar la mirada de sus ojos firmes. Mi sangre parece vibrar con lo que acaba de decir.

—Eso es lo más profundo que me han dicho en la vida.

Se echa a reír.

—En cualquier caso, me alegro de que hayas recordado antes del programa que eres una persona sexual. Que puedes conectar con otra persona a ese nivel.

—Y aquí estoy —digo, con una sonrisa en los labios—, conectando contigo.

Su mirada busca la mía durante un segundo y su expresión se suaviza.

—Mmm.

—No te estoy pidiendo que me beses ni nada más que esto. Solo

quería estar cerca de ti un último instante. —Acaricio la parte exterior de su oreja—. Voy a echarte de menos desde mañana mismo.

Eso lo hace sonreír, pero se centra en mis labios.

—¡Pero si a partir de mañana me vas a ver más que nunca!

—Sabes a qué me refiero.

—Lo sé.

—Tendré que compartirte —le digo—. Y será raro.

Quizá solo sea por la forma en la que inclina el mentón. Lo levanta un poco, como si dijera «pues entonces, venga».

Me acerco, despacio, para que tenga tiempo de apartarse si quiere. Pero no lo hace y, en cuanto mis labios rozan los suyos, tengo la sensación infinita de que jamás me habían besado antes. Connor es como una montaña, cálido y macizo, sólido como un lecho de roca bajo mi cuerpo. Su boca es suave y fuerte, imponente y flexible. El placer me clava una dulce flecha en el centro del pecho y, en un abrir y cerrar de ojos, el beso, aunque simple, estalla, dejando salir todos esos sentimientos reprimidos mientras nuestras bocas se mueven al unísono.

Dios mío.

Es el mejor beso de mi vida.

Inclina la cabeza y, de alguna forma, hace que el beso sea todavía más profundo, con sus labios rellenando el espacio que separa los míos, con una mano aferrada a mi cadera para acercarme más a él y la otra recorriendo mi cuello hasta rodearme la cara.

Conozco la pasión —en el calor del momento, he llegado a chocar con las paredes y a romper muebles—, pero esto es algo diferente. Esto es algo más que deseo e instinto; es conexión y anhelo en estado puro. El cuerpo de Connor debajo deja claro que podríamos romper cualquier cosa en mi casa, pero este deseo también es íntimo, sagrado; me quema desde el interior. Me pierde la forma en que su respiración se agita en mis labios y los gemidos silenciosos que ahoga en su garganta cuando acaricio su lengua con la mía, cuando me aferro a su cuello y le paso las manos por el pelo. Siento un fuerte dolor de desesperación en el pecho cuando su mano abandona mi cadera y se desliza por debajo de mi jersey, recorriendo mis costillas, cubriendo mi pecho, bajándome el sujetador mientras me besa con ardor y provocación. Creo que, si vamos a hacer esto una sola vez, quiere sentir cada centímetro de mi cuerpo. Y yo le demuestro que también lo quiero, apretándole con fuerza la mano, animándolo con diferentes sonidos, mordisqueando su labio inferior, su barbilla, la línea de su cuello.

El océano ruge a nuestras espaldas y las olas se enrollan hasta

romper en la arena. Mis manos se pasean por el ancho de sus hombros y bajan por su pecho hasta llegar a su estómago plano. Sus mejillas se sonrojan bajo la luz de la luna. Sus labios son carnosos y ardientes y sus ojos están llenos de deseo. Una marca brota en la piel de su garganta, tan clara como si yo misma hubiera grabado mi nombre en ella. «Este punto pertenece a Felicity Chen». Quiero dejar mi marca por todo su cuerpo para reclamarlo. Me aferro con más fuerza a él, presionando una mano contra su fornido cuerpo y mi mente toca fondo cuando me doy cuenta de lo que estoy sintiendo. Es un hombre grande y mi cuerpo se tensa de repente, dolorosamente vacío.

Aprieto mis caderas contra él, pero en vez de aportarme alivio, hace que me vuelva todavía más loca. Su boca persigue mis besos, amortiguando el sonido que emito cuando se mueve y siento su polla presionando justo donde lo necesito. Sus manos rodean mi trasero, acercándome y alejándome, hacia delante y hacia atrás, una y otra vez. Sé que podría llegar al orgasmo solo con esto. Está ahí, a la vuelta de la esquina, y me debato entre dejar ir a mi codicioso cuerpo o arrastrarlo al coche para tomarme mi tiempo.

Pero antes de que pueda desabrocharle los pantalones, aparta mi mano y vuelve a acercarme a él, arqueándose hacia mí.

—Llévame a casa —le digo—. Te deseo tanto, Connor. Solo una vez.

Respira contra mi garganta, con la boca abierta y mi nombre escrito en su piel. Parece necesitar un esfuerzo monumental para apartarse de mí lo suficiente para poder mirarme, con solo unos centímetros separándonos, pero basta para dejar pasar la fría y húmeda brisa oceánica. Su mirada se aclara e inspira profundamente. Se inclina hasta apoyar la frente en mi hombro, exhalando largo y tendido.

—No —se limita a decir.

En mi interior, soy una bestia que rechina sus dientes afilados. Mis garras se aferran a los barrotes, agitando mi jaula.

—¿Por qué?

—Fizzy. No podemos. —Pero tampoco me suelta. Me acerca a su cuerpo, sujetándome. Inspira profundamente y su pecho se expande sobre mí y, luego, parece desinflarse—. Simplemente, no podemos.

Entre sus brazos, con su respiración sincronizándose con la mía, se asienta el polvo del torbellino descontrolado.

—Solo seríamos dos amigos quitándose una espinita, nada más —susurro.

—Por desgracia, sospecho que sería mucho más que eso.

Me quedo inmóvil, alterada por sus palabras.

—Fizzy, necesito que este programa funcione —me dice en voz baja —. No me arrepiento de nada, pero no puede volver a suceder.

Me inclino hacia atrás y frunzo el ceño, dibujando una línea entre su frente, bajando por el ángulo recto de su nariz, pasando por sus labios, y suelto un suave gruñido.

—Vale. Llévame a casa y buscaré en mi mesita de noche el vibrador más grande que pueda encontrar.

Se echa a reír y lo vuelvo a abrazar, expresando toda mi gratitud. Connor es increíble. Pienso en el amigo que ahora tengo, en ese hombre abierto, curioso y formal. Quizá no pueda tenerlo, pero al menos intentaré conservarlo.

—Me he divertido mucho con nuestra búsqueda de la felicidad —le digo contra su cuello.

—Sí —dice—. Yo también.

—Pero eres tú el que ha puesto fin a un manoseo increíblemente bueno, así que estás obligado a llevarme a casa.

—¿En serio?

—Yo no hago las normas; solo las aplico.

Siento el alivio en la risa que libera, cálida, contra mi pelo.

—Entonces, vale.

Tras algunos movimientos extraños, con algunas partes duras deslizándose por espacios blandos y su cara contra mis pechos, al final consigue ponerse de pie, con mis piernas rodeándole la cintura y mis brazos aferrados a su cuello. Con un besito final en la mejilla, Connor lleva nuestros recalentados cuerpos de vuelta al aparcamiento.

Capítulo 22

CONNOR

No he pegado ojo en toda la noche. Y no me refiero a que no haya parado de dar vueltas en la cama para luego terminar dando alguna cabezada que otra, no. Me refiero a que dejé a Fizzy en su casa, tuve una crisis interna mientras entraba y cerraba la puerta a su paso, conduje de vuelta, intenté leer unas cuantas cosas para el trabajo, pero no pude, me fui a dormir, reproduje cada detalle del momento en el que se sentó sobre mí, me masturbé —y me di otra ducha— y no he disfrutado ni de un solo momento de feliz inconsciencia desde que volví a la cama hasta que he encendido la tetera esta mañana.

Solo son las seis, pero ya me parece que este día tiene cien horas.

Gracias a nuestro ridículamente abultado presupuesto, nuestro plató para los próximos días es una bonita cafetería en el Gaslamp Quarter. Tenemos todo el local para nosotros, pero hemos pagado al personal para que preste servicios de comida y hemos contratado a actores para que conversen discretamente en segundo plano. Es un lugar muy bonito con un toldo verde fuera, arte local en las paredes y estrafalarias mesas y sillas desparejadas dispersas por toda la estancia. La barra está fabricada en una madera bellamente desgastada y hay un expositor de pasteles lleno de apetitosos dulces. A los camareros se les va a pagar generosamente por mantener a todos bien servidos de cafeína, y el olor del café y el azúcar, junto con los tres expresos que ya me he tomado desde que he llegado, casi bastan para hacerme olvidar que me podría haber tirado a Fizzy en una playa de California la noche anterior.

Pero venga, vamos allá, a buscar su alma gemela, ¿no?

Por supuesto, hoy está increíblemente impresionante. Cuando entra, el alma se me cae a los pies y atraviesa el suelo. Me alivia comprobar que ha seguido las instrucciones —con Fizzy nunca se sabe— y ha venido con ropa cómoda y sin maquillaje. De alguna forma, verla dulcemente despeinada, con la cara lavada, tranquila y cálida hace que sea mil veces más difícil.

El equipo la saluda y la acompaña al lugar en el que peluquería y

maquillaje ha instalado un pequeño puesto fuera de cámara. Tres mujeres la rodean, una centrada en el maquillaje, otra pasándole un cepillo por el pelo y otra mostrándole las diferentes opciones de vestuario. A mi alrededor se percibe una animada y bulliciosa energía, pero yo me siento una roca en mitad de la corriente de un río, estancado.

Porque, en medio del caos, queda otra observación por hacer: todavía no me ha mirado. Aparte de un saludo informal con la mano al entrar, no ha habido nada. Obviamente, necesito que las cosas se calmen entre nosotros durante el rodaje. Lo último que nos interesa es que alguien perciba tensión después de habernos pasado semanas siendo muy amigos. Pero, lo que todavía es más importante, me gusta. De hecho, va más allá de gustar. No quiero que las cosas se estropeen entre nosotros.

Me acerco a la barra, pido dos cafés y me abro paso hasta donde está, trasteando en su teléfono.

—¿Estás bien? —pregunto.

Cierra la aplicación de correo electrónico y mete el teléfono en el bolso.

—¿Por casualidad no tendrías por ahí un manuscrito excitante terminado y a mano? Solo necesitaría cogerlo prestado, digamos, para siempre, y permiso para publicarlo con mi nombre.

Rebajar con humor, muy Fizzy.

—No, lo siento. —Le paso un café—. Pero tengo esto.

Inclina el vaso y lee «Vanilla Latte» escrito con una bonita caligrafía en un lateral. Estos camareros lo están dando todo.

—¿Cómo sabes lo que suelo tomar? —me pregunta.

—Es lo que pediste después del Broad.

Al decir esto, el pequeño equipo de esteticistas se aleja —me pregunto si hay algún tipo de vibración que grita «se necesita privacidad»— y bebo un sorbo de mi capuchino antes de volver a dejarlo. Más cafeína es lo último que necesito en estos momentos.

Uno de los chicos de sonido se acerca con el pequeño micrófono de Fizzy en la mano.

—¿Preparada? —pregunta.

Cuando ella asiente, él se dispone a colocarlo en la parte delantera de su camisa de seda.

—Ya me encargo yo —sale de mi garganta.

Me lo entrega sin la más mínima señal de haber percibido hostilidad en mi tono de voz. Pero Fizzy sí que lo ha notado. Su risita de satisfacción es más fuerte de lo que jamás ha sido una carcajada.

—Cállate —susurro con una sonrisa en los labios.

Le entrego el cable. Le hago señas para que se lo pase por el dobladillo de la camisa y se lo saque por el cuello. La sensación recorre mi brazo enviando pulsos eléctricos a los dedos. Recuerdo la forma en que sus pechos llenaban mis manos, el jadeo que salió de su boca cuando mis dedos apretaron con fuerza su pezón.

Pasa el extremo del cable por debajo de su ropa y lo sube hasta su cuello, dejándolo suelto para que yo lo coja.

Me inclino y fijo la pinza a su camisa con la mayor discreción posible.

—¿Cómo estás, Fizzy? —le pregunto cerca de su pecho.

—Estoy bien, Connor —me responde como un robot y, cuando levanto la cabeza, me está sonriendo.

—Sigo siendo una amenaza, por lo que veo. —El reverso de mi mano roza sin querer su cuello y clavícula e inspira suavemente—. Lo siento mucho.

—No pasa nada —me susurra y, entonces, conecto el cable al micrófono.

La tensión se masca en el ambiente. Su piel es tan cálida y delicada, tan suave y besable. A esta distancia, huelo el sutil perfume de su champú y su loción corporal. Me mareo un poco. Me incorporo y le ajusto el cuello para ocultar el micrófono.

—¿Deberíamos hablar de lo de anoche? —me suelta.

A mis espaldas se oye una tos, un grito ahogado, una risa apagada y un carraspeo. Una mirada por encima del hombro me permite confirmar que todos los miembros del equipo que llevan los cascos puestos ahora nos prestan toda su atención.

—¿Te refieres a nuestra conversación sobre la grabación de hoy? —pregunto.

En ese momento, Fizzy se da cuenta de la situación y asiente, despacio.

—¡Sí! —grita, ahora con más convicción—. ¡Por supuesto! ¡Esa conversación! ¿Qué otra cosa podría ser?

La miro, intentando no reírme mientras me agacho para apagar el micrófono.

—Supongo que no necesitamos hacer ninguna prueba de sonido más.

Parpadea.

—Deberíamos acordar una señal o algo así para cuando tenga que ser más discreta. Ya sabes que la sutileza no es uno de mis puntos fuertes.

—Creo que una buena forma de saber si tienes que serlo o no es simplemente cuando estemos solos en el plató.

Chasquea un dedo en mi dirección.
—Bien visto. Por algo eres el jefe.
Prendida en la parte delantera de la blusa de Fizzy hay una etiqueta personalizada con el logotipo de *El experimento del amor verdadero* y su nombre grabado sobre la palabra PROTAGONISTA. Todos los concursantes tendrán su nombre en una etiqueta junto con su arquetipo. Es solo un guiño divertido para que el programa llame la atención, pero también es un recordatorio de quién debería ser *yo*. De hecho, también debería ponerme una etiqueta, aunque no estoy muy seguro de que hubiera suficiente espacio para recordarme todo lo que se supone que soy: Connor Prince III, padrazo buenorro solo como broma privada, productor ejecutivo, novio de nadie, ni siquiera amante, ni se te ocurra liarte con la protagonista.
—Pero sí. En cuanto a anoche… —empiezo y su expresión se vuelve más seria, dibujando una suave arruga en su frente. Las palabras se evaporan de mi mente—. Lo que quiero decir es que fue bonito y, seguramente ya lo sepas, pero solo me gustaría confirmarlo… —Me mira, esperando, con expresión suave mientras yo me esfuerzo—. No deberíamos volver a hacerlo.
Fizzy asiente.
—Estoy totalmente de acuerdo. De hecho, de nuevo en casa, no volví a pensar en ello ni siquiera una vez. Al menos, desde luego, no dos veces seguidas.
La miro.
—¿Al menos podríamos intentar llevar esto con la mayor sinceridad posible?
Rory nos recuerda que faltan dos minutos para empezar a grabar y Fizzy hace una especie de gesto de *scout*.
—Lo estoy intentando, te lo juro. Solo buenos amigos. ¿Pero puedo añadir algo?
—Por supuesto.
Señala su micrófono.
—¿Seguro que esta cosa está apagada?
La observo con cautela, cojo el cable que le cuelga del cuello y se lo enseño.
—Está desconectado.
—Te prometo que lo haré lo mejor posible hoy. No tienes que preocuparte por mi compromiso con el proyecto. —Una pequeña sonrisa seductora curva sus labios—. Pero permíteme que te diga… —Su mirada baja, indolente, por mi cuerpo, insistiendo en mi cremallera antes de volver a subir, despacio—. Bien hecho.
Me da un golpecito amistoso en el pecho, sonríe y camina hacia su

sitio dejándome atrás, siguiéndola con la mirada.

«¿Me lo ha parecido a mí o acaba de alabar mi polla?».

Es increíble que, de repente, sienta calor en el rostro, a pesar de que sé que la mayoría de mi sangre ha ido en dirección contraria. Desconcertado, me tomo un instante para depositar mi taza en la papelera, donde un camarero la recupera con una gran sonrisa. Por muy impactante que pueda ser Fizzy, es refrescante tener a alguien que siempre diga lo que piensa. ¿Que las cosas son un poco raras? Pues lo hablamos. ¿Que nos gustaría follar, pero no podemos? Pues admitámoslo y pasemos página. Jamás he conocido a alguien como ella.

Mientras Rory grita órdenes, le da a Fizzy una charla motivacional y le muestra dónde están sus marcas, se produce un repunte de la actividad. Maquillaje y peluquería corren para hacer los retoques finales, el micrófono de Fizzy se prueba una vez más y los actores en segundo plano ya están en sus posiciones. La sala parece vibrar, como si la emoción provocara una especie de zumbido. Todo va a salir bien. El programa va a ser un éxito; tengo ese pálpito. Me va a costar mucho olvidar a Fizzy, pero me las arreglaré.

Me siento dueño de mí mismo, bajo control y creativamente vivo. Inspiro profundamente y dedico un instante a apreciar el duro trabajo que tenemos por delante y a sentirme orgulloso por haber sido capaz de estar a la altura del reto. Todo parece estar en orden.

Y, entonces, se abre la puerta de la cafetería y entra el primer candidato de Fizzy.

Capítulo 23

FIZZY

Soy realmente buena en el arte de la negación. Por ejemplo, no dejo de sorprenderme cuando me toca pagar los impuestos trimestrales. Cuando canto en el karaoke con Jess y Juno, estoy totalmente convencida de que lo hago exactamente igual que Adele. Estoy segura de que, si camino cuatro manzanas para comprarme el café matutino, me he ganado una galleta.

Y hoy también. Hace mucho tiempo que sé que este día tendría que llegar, pero hasta que Liz, la maquilladora, se acerca para los últimos retoques, los focos me calientan la piel y el ruido a mi alrededor se va reduciendo a un leve murmullo no me doy cuenta. «Oh, mierda, quizá no quede bien en pantalla. Puede que no haya vuelto mi magia. Es posible que sea demasiado rara, aburrida o vieja para esto».

Liz da un paso atrás para examinar el maquillaje que había aplicado antes con tal cuidado y en tal cantidad que me había empezado a sentir como si fuera una pared que estuvieran reparando con masilla. Justo detrás de ella, veo a Connor, con la atención fija en una de las cámaras mientras habla en voz baja con la directora. Parece tranquilo, preparado. Seguramente llevaba mucho tiempo pensando en este momento, planificando esta grabación durante semanas y aquí estoy, consciente por primera vez de que estoy a punto de salir por la tele.

—¿De verdad que estamos haciendo esto? —le pregunto a Liz, plantada frente a mí con un juego de brochas entre los dedos—. ¿En este programa? ¿Hoy?

—¿S… sí?

—Vale —digo atontada—. Bien, bien, bien.

Creo que me estudia mientras observo el muy interesante patrón de grano del suelo de madera.

—¿Estás bien, Fizzy?

—No. —La miro y, al ver su expresión de terror, me doy cuenta de lo que acabo de decir—. ¡Sí! Es decir, ¡sí! ¡Estoy genial!

Desaparece, nada convencida. Oh, Dios mío, voy a salir por la tele.

¿Por qué no me puse una mascarilla facial anoche? ¿Por qué les he permitido que me pongan estos pantalones tan ajustados? ¿Por qué besé a Connor? ¿Por qué lo estoy mirando en estos momentos? Las cámaras apuntan hacia mí, preparadas para mi reacción al primer candidato que entre por la puerta. Debería estar sin aliento por la emoción, pero mis ojos siguen fijos en el perfil de Connor, fascinada por lo guapo que se pone cuando se concentra.

Oh, Dios mío, esto va a acabar en absoluto desastre.

«Céntrate, Fizzy».

La directora me llama desde su silla, junto a una de las cámaras más grandes. Ya me he cruzado con Rory varias veces, pero aquí, rodeada de cámaras y focos, me vuelvo a sorprender por lo joven que parece. No debe de tener más de treinta años y, con esos vaqueros rasgados, una camiseta de los Black Keys y un pelo moreno largo y rizado cubierto por una gorra de béisbol desgastada, es la viva imagen del prototipo despreocupado de Hollywood. Pero lo que más me gusta de ella —y lo que más parece irritar a Connor— es la forma en la que no para de llamarlo «tío» sin la menor intención de bromear.

—Vale, Fizzy —me dice—. Haz lo que sueles hacer en una primera cita y todo saldrá bien.

Ni un millón de caballos salvajes podrían impedir que comprobara la reacción de Connor a este posiblemente escandaloso consejo y, tal como esperaba, se está aguantando la risa.

—Mejor coge este consejo con pinzas —me dice al micrófono.

Mi carcajada resuena justo antes de que la quietud se apodere del plató y se prolongue unos cuantos segundos antes de que se haga el silencio. Estoy sentada en una mesa para dos en el centro del local, engalanada y preparada para la primera de mis tres citas de hoy. Han instalado focos portátiles fuera de cámara y el calor ya es sofocante, aumentado por la presión de las expectativas de todo el mundo. A ver, no es la primera vez que soy el centro de atención. Por lo general, me encanta serlo. He dado muchas ponencias, participado en mesas redondas de infinitas convenciones, intervenido en pequeños programas matinales y hablado delante de lectores de todo el mundo. Pero esto es diferente. Es una fantasía televisiva a gran escala y con una gran inversión. Es el tipo de programa que los más mezquinos de nosotros vemos, criticamos, juzgamos y del que pensamos: «¿Por qué ella?». He asumido una enorme responsabilidad y, sentada aquí, me doy cuenta de que ya es demasiado tarde para echarme atrás… De repente, no me siento preparada.

Con gran esfuerzo, me doy la vuelta para observar la puerta de entrada justo cuando un guapo asiático la abre y entra con una sonrisa

de infarto. Su mirada se cruza con la mía y esa sonrisa se acentúa aún más, haciéndola real en las comisuras.

Lleva puestos unos vaqueros y una camiseta negros, tiene los brazos completamente tatuados y varios más asomando por el cuello. Cuando se acerca, puedo ver lo que lleva escrito en la etiqueta con su nombre:

DAX: CHICO MALO TATUADO

Contengo la risa, pero se propaga por mi cara. Necesito toda mi concentración para no mirar a Connor y que vea lo mucho que me gusta lo que estoy viendo y comprobar si se siente orgulloso ante mi aprobación. Connor ha trabajado tanto. Me ha escuchado de verdad.

Y, hablando de escuchar, Dax está aquí, así que me pongo de pie, lo recibo con un medio abrazo y él me besa en la mejilla.

Con un comprensible toque de inseguridad, nos sentamos en la mesa y ambos nos apresuramos a coger el agua al mismo tiempo. El hielo retintinea contra el cristal del vaso mientras bebemos. Extremadamente conscientes de las cámaras, el equipo y el espectáculo tan poco natural de todo aquello, Dax y yo nos reímos desde detrás el vaso.

No quería trabajar con guion, pero ahora me habría gustado haber practicado algo —literalmente cualquier cosa— para romper el hielo en la primera cita. El próximo sábado, millones de personas se sentarán en sus salones y me verán titubear.

Pero si hay alguien experta en citas en cualquier contexto, esa es Fizzy Chen. Devuelvo este pequeño y aterrorizado instinto a su esquina polvorienta y miro a Dax directamente a los ojos.

—Estamos dejando el nivel muy alto, ¿no crees?

Se echa a reír y me dedica una mirada traviesa.

—Eso parece, sí.

Le ofrezco una mano.

—Encantada de conocerte, Dax.

—Encantado de conocerte, Felicity.

Me estrecha la mano durante un periodo prolongado de tiempo, coqueteando. Su tono de voz es bajo y ronco de forma natural, sus dedos ásperos y secos, y tiene la palma llena de callosidades. Todo en él rezuma dureza y eso me gusta. Es el perfecto equilibrio entre belleza y pecado. Bien hecho, Connor.

¿Pero debería pedirle a Dax que me llame Fizzy? Me gusta cómo suena Felicity en sus labios. Suena obsceno y juguetón y ese es el papel que se le había asignado, el que está llamado a abrazar. Y entonces pienso en el público que me estará viendo, en cómo no sabrán qué estoy pensando si no lo digo en voz alta y hasta qué punto

creerán que el hecho de que mantenga una interacción formal pueda interpretarse como una señal de mi interés.

—Todo el mundo me llama Fizzy —le digo, soltándole la mano—, pero me gusta cómo dices Felicity.

—Entonces, Felicity.

Sonrío para indicar que estoy de acuerdo con su decisión.

—Así que eres el chico malo tatuado.

Asiente.

—La parte de los tatuajes se explica por sí sola. ¿Pero por qué lo de chico malo?

—A ver si eres capaz de adivinarlo.

Me inclino para estudiarlo. Detecto cierta mordacidad en su mirada, una confianza manifiesta. Pienso en sus manos callosas.

—Eres un temerario. Apuesto a que te van los deportes extremos.

Dax se echa a reír.

—Paracaidismo, escalada, lo que sea, sí.

—Joder —doy un golpe en la mesa—, mira que soy buena.

Una ayudante de producción saca una tarjeta roja a las espaldas de Dax, una técnica que Connor ha desarrollado para recordarme que tengo que cuidar mi lenguaje. Tiene el efecto colateral de recordarme que Connor me está observando, que sus manos son enormes y cálidas y que una de ellas subió por debajo de mi sudadera la noche anterior, se aferró a uno de mis pechos y jugueteó con mi pezón con el pulgar mientras me besaba, impaciente y ansioso.

«Céntrate, Fizzy».

—Me gustaría saber algo —le digo mientras me inclino hacia delante para no ver los anchos hombros de Connor en segundo plano.

Dax también se inclina, esbozando una sonrisa de falsa modestia.

—Lo que quieras.

—¿Cuál es tu tatuaje más feo?

Cuando echa la cabeza hacia atrás para soltar una sonrisa de sorpresa, la vieja Fizzy se habría fijado en su largo cuello, en la pronunciada masculinidad de su nuez y en cientos de cosas más, porque es un chico muy guapo. La vieja Fizzy ya estaría rompiendo las normas a diestro y siniestro, planificando encuentros con los concursantes fuera del horario de grabación. Mi tráiler, aparcado en el callejón trasero, sería el lugar perfecto.

Pero ahora, por muy carismático que sea, por mucho que valore su atractivo sexual, la idea de quedar con Dax después no me provoca ninguna emoción. Lo único que puedo hacer es centrarme para no mirar a Connor e intentar juzgar su expresión al vernos coquetear.

Al final, la cita con Dax ha ido, objetivamente, muy bien. La alegría que exhibe cuando me enseña el tatuaje realmente horrible de una sirena que lleva en el hombro dice mucho de su sentido del humor y de su predisposición a hacer el ridículo frente a la cámara y eso hace que disfrute de verdad hablando con él. Es coreano estadounidense de tercera generación, ha ganado todo tipo de competiciones de BMX (algo que estoy segura que impresionará mucho a todo aquel que sepa algo de BMX) y resulta ser un gran aficionado a la gastronomía, con amigos en el negocio de la restauración por toda la ciudad.

El siguiente posible candidato es, si es que es posible, incluso mejor.

ISAAC: EMPOLLÓN BUENORRO

Entra en la cafetería un impresionante afroamericano de metro noventa, con gafas, y todo se paraliza a nuestro alrededor.

Se sienta frente a mí con su nombre escrito sobre un pectoral que veo marcado bajo su camiseta blanca y consigue hacer que la inteligencia artificial suene un poco menos aterradora antes de centrar cada gramo de su atención en mí. Cuando, por fin, consigo recuperar el habla, conversamos sobre libros, los problemas de los hermanos mayores, nuestros memes favoritos y nuestro desprecio compartido por tener que ir en persona al banco o a correos. Por primera vez en una hora, me olvido de que hay cámaras capturando cada expresión que pasa por mi cara. Me gusta y, al final de nuestro tiempo juntos, me siento realmente decepcionada por tener que dejarlo ir.

La tercera cita es el primer fracaso real.

BENJI: VAQUERO

A nivel físico, Benji, al que le va el rollo tejano, es genial, pero su energía no es la adecuada. Veo a Connor deambulando de un lado para otro tras una pared de pantallas mientras nos esforzamos por no interrumpirnos y por llenar los silencios a la vez. Cuando me pregunta qué opina mi padre sobre el hecho de que me dedique a escribir literatura romántica, yo le pregunto a él qué opina su madre sobre el hecho de que se dedique a montar a caballo y veo cómo pone cara de confundido.

Cuando, por fin, nuestra cita termina y se marcha, entro en piloto automático. Sin ni siquiera pensarlo, voy directa hacia el lugar en el que Connor está junto a un monitor, revisando la grabación. Se vuelve al sentir mi mano sobre su hombro y me sigue hasta un rincón oscuro.

—¿Qué pasa? —me pregunta, preocupado. Se agacha un poco, colocándose a la altura de mis ojos—. ¿Estás bien?

Me doy cuenta de que no necesito nada. Solo seguía mi instinto de estar cerca de él, de alimentar al espíritu maligno que llevo dentro que solo se recarga en su presencia. Quiero que se calme.

Y esta vez soy lo bastante inteligente como para apagar el micrófono.

—Solo quería decirte hola.

Sonríe.

—Hola.

—¿Y tú? ¿Estás bien?

—Sí —responde con una sonrisa—. ¿Por qué?

Percibo la mentira en la tensión de su frente, pero quizá lo esté malinterpretando y no se deba a que tiene que verme en una cita después de habernos enrollado, sino a la presión de, ya sabes, que su sustento dependa del resultado de este proyecto.

—Por nada. Estoy bien. —Miro por la ventana de la cafetería, hacia la calle, donde unas cuantas personas merodean por la zona, claramente interesadas en intentar averiguar qué está pasando dentro, qué hacen todas esas cámaras allí—. Parecías algo estresado cuando las cosas con el tejano empezaron a descarrilar.

La profunda carcajada de Connor envía una vibración por todo mi brazo.

—Estaba siendo un poco incómodo y eso no es lo ideal para la televisión. Pero después tú le has dado un discurso sobre de qué va realmente el BDSM y el programa ha mejorado notablemente.

Me pavoneo como si me hubiera hecho el mayor de los halagos.

—Entonces, supongo que no está mal tener algún que otro fracaso, ¿no?

—Por supuesto. No habría candidatos claros si tuvieras química con todos. —Se rasca el mentón—. Parece que has hecho buenas migas con Isaac.

—Por supuesto que sí. Tus dotes de selección son impresionantes.

Esboza una sonrisa tensa.

—Gracias.

—Pero —añado—, ¿sabes lo se me ha ocurrido hoy?

—¿Qué?

—Que seguramente tú sepas con quién tengo más compatibilidad en ADNDuo.

Niega con la cabeza.

—No.

—¿En serio?

Me siento aliviada. Habría sido cruel tener que acosarlo todo el tiempo.

Connor se echa a reír.

—En serio. Conozco la selección, sé que hay algunos buenos candidatos en el grupo, pero solo Rory sabe qué puntuación es la más alta. —Ambos miramos a la directora, que parece estar utilizando el descanso para hablar sin parar con Brenna. Connor vuelve a centrarse en mí—. Pero eres libre de especular y verbalizarlo en el confesionario.

—¿Cuándo toca hacer eso?

—Grabaremos el primero mañana por la noche, después de la última cita. ¿A que suena genial?

—¿Serás tú el que me entreviste?

—¿Yo? —Se señala el pecho en un gesto adorable—. ¿Por qué?

—Porque eres guapo y tienes un acento muy sexi. Quizá te sorprenda, pero a las chicas nos encantan ambas cosas.

—Pero yo soy el productor.

—Espera, ¿en serio? —pregunto, con fingido sobresalto.

Se echa a reír.

—Estarás en el confesionario tú sola. Solo tienes que hacer un resumen de cada cita. Te haremos unas cuantas preguntas por el pinganillo y…

—¿De verdad piensas meterme sola en una habitación llena de cámaras y esperas que todo salga bien?

Connor se queda inmóvil y exhala profundamente por la nariz. Levanta una mano para hacerle señas a Brenna, que viene corriendo de inmediato.

—¿Qué opinas de que nuestra presentadora, Lanelle, entreviste a Fizz…?

—Te quiero, Connor. —Miro a Brenna y continúo al instante—. Vale, eso ha sonado raro, pero me refiero a que quiero que seas tú, en un sentido puramente profesional.

—No tengo ni idea de qué estáis hablando —dice—, pero habéis impedido que oiga la historia de la vez en la que Rory perdió una lentilla en la pista de baile en un programa de distorsión social y todo el mundo se paró para ayudarla a buscarla. Os debo una.

Connor y yo le concedemos el momento de silencio empático que se merece y, entonces, se vuelve y me dedica una sonrisa de disculpa.

—Fizzy, no puedo salir en pantalla. ¿Has conocido ya a Lanelle?

—Sí, y es genial, pero te conozco mejor a ti. Eso se verá en pantalla.

—No soy actor —añade.

—Ni yo tampoco. —Lo señalo, desde la parte superior de su atractiva cabeza hasta el final de su cuerpo macizo—. Estás

completamente equivocado si crees que todo esto no ha sido creado para ponerse frente a las cámaras. —Me vuelvo hacia Brenna—. ¿Qué opinas? Imagina la reacción de la audiencia femenina.

Brenna, sin ser consciente de que se le había convocado para ejercer de árbitro, parece ahora preferir volver a escuchar las aventuras de Rory.

—Bueno, a ver —responde con una mueca de dolor—, Fizzy no se equivoca. Estás igual de bueno que cualquiera de los candidatos, dicho con total objetividad y con todo el respeto que merece quien todavía es mi jefe, por supuesto. Y los dos tenéis química.

La señalo.

—Esta chica se merece un ascenso.

—Yo… —dice Connor, pero vuelvo a intervenir, lista para rematar.

—Tú mismo dijiste que no querías que el programa quedara demasiado producido. ¿No incluiría eso editar las entrevistas para que parezca que estoy hablando con alguien cuando no es así? ¡Hablemos directamente de verdad! Los espectadores deberían verme escuchando las preguntas y reaccionando en directo.

Connor se pasa la mano por la cara, desesperado, y clava sus ojos verdes en mí.

—Venga, vale. Pero tengo mi propia petición.

—Un *quid pro quo*. Me parece justo.

—Estaba pensando que estaría muy bien que convencieras a River para que apareciera en el primer episodio. Que les explicara todo a los espectadores desde el punto de vista de la ciencia.

Suelto una carcajada. Pobre hombre inocente.

—No conoces a River Peña. Antes muerto.

—Ya me lo imagino —me dice—, pero también sé lo persuasiva que puedes llegar a ser.

Se produce un momento de silencio extraño.

—Bueno, voy a… —Brenna señala detrás de ella antes de irse en dirección contraria.

Vuelvo a mirar a Connor.

—River finge que nada de esto está sucediendo. Nadie es tan persuasivo.

—Por experiencia personal, no puedo estar más en desacuerdo.

Connor esboza una sonrisa de complicidad y, aunque lo único que me apetece es quedarme allí y coquetear con él todo el día, tiene razón.

—No estoy segura de poder convencer a River para que haga algo, pero una buena idea es una buena idea. No te prometo nada, pero lo intentaré.

—Lo mismo te digo en cuanto al confesionario. No te puedo prometer nada —me dice mientras me ofrece su mano—, pero lo intentaré.

Estrechamos la mano una…, dos… veces y, a regañadientes, lo suelto. Mira deprisa por encima de su hombro y a continuación vuelve a centrarse en mí.

—¿Estás bien?

Asiento y veo como se aleja en dirección a Rory para hablar de algo. Liz viene a preguntarme si necesito algo antes de que se vaya. Le digo que no, que nada, pero, en realidad, no es así. Necesito que el señor Connor Prince III haga algo que impida que desee estar con él cada segundo de mi vida y necesito que sea ya.

Capítulo 24

CONNOR

El martes me despierto antes de que amanezca y siento un breve momento de orgullo profesional antes de que el pavor se apodere de mí como un cazador de sombras. La grabación de ayer fue bastante bien —genial, en realidad—, pero si creía que ver coquetear a Fizzy con un montón de tipos guapos e interesantes justo delante de mis narices iba a ser duro, solo era cierto en parte. Fue insoportable. Y esto no ha hecho más que empezar.

Lo cierto es que, si creíamos haber acertado con aquellos tipos durante la selección, esa sensación se ha multiplicado por diez al verlos en cámara con Fizzy. Hubo unos cuantos momentos incómodos y no todo el mundo encajó, pero su química con un par de ellos ha sido fuera de lo normal, palpable incluso en la sala de producción, donde algunos de los peces gordos se habían congregado para mirar por los monitores. Me dieron la enhorabuena al final de la jornada con signos del dólar en los ojos, sintiendo ya los tentáculos de algo grande. Debería estar eufórico, embriagado por su entusiasmo y reflexionando sobre cómo podría capitalizarlo. Y lo estoy.

Pero también tengo un poco de mal de amores.

No se me ocurre ninguna forma mejor de dejar de pensar que hacer ejercicio, pero, incluso después de salir a correr, me queda tiempo libre antes de ir a trabajar. Llamo a Stevie y repaso un poco la lección con ella antes de desearle buena suerte en su examen de las capitales estatales. Acabo de colgar y me estoy dirigiendo a la puerta cuando suena el teléfono. Creyendo que sería Stevie otra vez, respondo sin pensar.

No es Stevie.

—Eh, papá. —Bajo corriendo las escaleras—. Voy camino del trabajo. ¿Te puedo llamar más tarde?

—Solo es un minuto.

Hago una pausa en el camino de entrada e inspiro para tranquilizarme. Siempre es lo mismo: mi tiempo no es importante y su llamada es urgente. Ya sé lo que viene después. Entro en el coche, el

teléfono se conecta al Bluetooth y la voz de mi padre inunda el vehículo.

—La semana pasada hablé con Stefania y me dijo que ahora estás haciendo un programa de telerrealidad. ¿Eso es verdad?

Juro que no tengo que contarle nunca nada a nadie porque mi hija ya se encarga de hacerlo por mí. Tampoco tengo claro qué me molesta más, que haya estado cocinándolo durante toda una semana para preguntármelo ahora o que la última vez que hablé con él fuera hace más de cuatro meses. Me alegra que tenga una relación mejor con Stevie que la que tuvo conmigo —marginalmente—, pero todo lo que viene de él tiene un coste.

—Cuando hablamos la última vez, me dijiste que ibas a trabajar en otro proyecto de conservación.

Una de estas llamadas con mi padre no es lo que más me apetece por la mañana, y mucho menos *esta* mañana.

—La empresa quiere probar cosas nuevas este año. A mí también me ha tocado.

—En Los Ángeles hay mejores opciones, Connor.

Miro por el parabrisas.

—Papá, déjalo ya. No quiero vivir en Los Ángeles. Solo vería a Stevie una vez al mes si me mudara.

—Los niños se adaptan —me dice y, cuando no respondo, decide continuar—. Bueno, ya sabes lo que pienso. Podrías haberte venido a trabajar conmigo cuando hubieras querido, directivo desde el minuto uno y un sueldo de siete cifras, pero bueno, vale, estabas haciendo cosas importantes. —Oigo sus comillas ficticias y tengo que soportar sus improperios. Discutir con él es una pérdida de tiempo—. ¿Acaso tengo que soportar que mi hijo, en cuyos estudios me gasté varios miles de dólares, ahora se dedique a hacer programas para un montón de amas de casa?

Tengo que morderme la lengua, consciente de que decir lo que pienso no va a suponer ninguna diferencia.

—No es un programa para amas de casa, papá. De todas formas, solo va a ser esta vez. La empresa necesitaba oportunidades de posicionamiento de producto y me han pedido que yo me encargue. El presupuesto es bastante grande y ya me han dado luz verde para mi siguiente documental cuando termine el programa.

Hago una mueca de dolor ante el orgullo que se puede percibir en mi propia voz, un intento patético de conseguir su aprobación.

—¿Y luego, qué? ¿Vas a seguir siendo su putita la próxima vez que decidan…?

—¡Papá! Ya basta.

Guarda silencio de inmediato. Rara vez le levanto la voz.

Poco después del romance de verano con mi madre, se casó con una mujer con la que había mantenido una relación intermitente en la universidad y tuvieron un par de hijos. Cuando me mudé a Estados Unidos, viví con ellos dos años. Mi padre es multimillonario, propietario de una de las empresas de desarrollo inmobiliario más grandes del país. Para mí, un adolescente con una madre pobre, el dinero era poder. Era intimidante y estricto. Mi padre y yo jamás chocábamos porque, al igual que mis dos hermanastros, jamás osaba plantarle cara. Solía sermonearnos mientras permanecíamos sentados a la mesa, con la mirada fija en nuestra pasta recocida. Me fui de casa en cuanto pude, conseguí una beca parcial para la UCLA y trabajé como camarero para pagar el resto de la matrícula y mis estudios de cine en la USC.

Cuando nació Stevie, creí que, al ver a aquella niñita perfecta, por arte de magia, se convertiría en un ser humano decente, pero, por supuesto, no fue así. Quiere a su nieta todo lo que es capaz de querer a alguien. La única vez que me ha dicho que he hecho algo bien fue cuando Nat y yo nos separamos, pero, según parece, lo volví a estropear todo cuando la seguí hasta San Diego. Según sus propias palabras: «¿Qué clase de hombre hace eso?».

—Vale —dice—. Entonces, ¿de qué va el programa? *¿The Bachelor* versión diez punto cero?

¿Esto es lo que tiene que soportar Fizzy cuando la gente descubre que es escritora de literatura romántica? ¿Una comparación inmediata con un nombre que a todo el mundo le suena?

—Sí, papá. Algo así. Perdona, pero tengo que colgar. Voy a entrar en el punto ciego de Mission Hi…

Pongo fin a la llamada y le dejo que crea que me he quedado sin cobertura.

Cuando llego al set, mi presión arterial es lo más próxima a la normal que puede ser hoy. Y me sorprende comprobar que mi pulso se acelera por asociación: Fizzy está aquí.

Sería quedarse corto decir que el plató es bastante parecido al de ayer porque, en realidad, es exactamente igual. Queremos que parezca que las citas se producen el mismo día, así que los dulces del expositor se han replicado, la montaña de tazas se ha ordenado de la misma forma y los actores están en los mismos asientos que cuando se detuvo la grabación el día anterior. Incluso Fizzy lleva la misma ropa, esa

blusa de seda con los pantalones ajustados negros, y está más guapa, si cabe.

A pesar de la forma en la que ha empezado mi jornada, no he bebido demasiada cafeína cuando entra el primer candidato del día.

EVAN: EL QUE SALIÓ HUYENDO

Si hay algo que se pueda decir de Felicity Chen es que jamás decepciona. Cuando Evan cruza la puerta, su mirada va directa a su entrepierna antes de pasar a mí. Me las arreglo para contener la risa, pero Fizzy no tiene la misma suerte. Deja salir lo que solo podría describirse como una carcajada que, literalmente, detiene en seco a Evan. Se oye una oleada de risitas entre el equipo cuando Fizzy se tapa la boca con la mano. Rory me mira. Sin mediar palabra, me está preguntando si debería repetir la entrada de Evan, así que niego con la cabeza, seguro de que Fizzy puede salvar la situación con alguna broma y un momento de frivolidad. Pero es Evan quien me sorprende cuando sigue caminando y se detiene frente a su mesa con una sonrisa en los labios.

—No te preocupes —dice con una risa autocrítica y señalándose la cadera—. Ya no está. Bart Simpson se ha ido.

Fizzy se echa a reír.

—Ha sido por tu bien, créeme. —Fizzy se pone de pie, rodea la mesa y le da un beso—. Probablemente haya mucha gente confusa viendo esto ahora mismo —añade una vez que ambos se han sentado a la mesa.

Evan sonríe y se sonroja. Unos cuantos metros a mis espaldas, una de las mujeres del equipo suelta un suspiro entrecortado.

El chico levanta la cabeza y le dedica una sonrisa a Fizzy.

—Entonces la gente debería saber que tenía un tatuaje bastante desafortunado en un lugar aún más desafortunado y Fizzy fue la única persona que fue sincera conmigo. De hecho, debería darle las gracias por el noventa por ciento del sexo que he tenido después de nuestra ruptura.

Fizzy se ríe detrás de sus manos.

—Me alegro mucho por todas las premiadas.

—Y hablando de alegrarse por todos… —Señala los focos y las cámaras que los enfocan—. ¿Qué tal te está tratando la fama?

—Ya sabes —responde—, tengo que quedarme aquí sentada, perfectamente maquillada y arreglada, mientras un montón de pretendientes pasan por esa silla, uno tras otro. He estado peor.

Sonríe, ahora más cómoda. No tengo la impresión de que haya chispa romántica entre ellos, pero sí que parecen sentirse bien juntos,

algo que le encantará a la audiencia.

—¿Qué has estado haciendo últimamente?

—Después de que rompiéramos y tras recoger todos los pedacitos de mi vida —dice Evan con una sonrisa socarrona—, intenté probar suerte como camarero a tiempo parcial mientras seguía superándome como estudiante en la UCSD. He pasado allí los últimos ocho años.

—Ocho años es mucho superarse.

—Mucha gente pasa ocho años en la universidad —responde.

—Y tiene su propia plaza de aparcamiento en los hospitales y la palabra «doctor» delante de su nombre.

Evan se inclina.

—¿Has estado hablando con mi madre?

El equipo tiene que contener la risa y yo dejo salir una exhalación larga y constante. Fizzy es la caña.

ARJUN: MR. DARCY

La segunda cita del día aparece con un traje Gucci a medida y unos zapatos Oxford de piel de cocodrilo que cuestan más que el primer coche de la mayoría de la gente. Está claro que Fizzy no está impresionada. Al finalizar la cita, me lanza una mirada inexpresiva que ahora sé que puedo interpretar como: «Mr. Darcy era un poco gruñón pero amable. Ese tío es un egocéntrico».

La tercera cita es prometedora.

COLBY: SOLDADO DE ÉLITE

Colby mide más de dos metros y es un armario empotrado. Lleva el pelo corto y su bronceado es el resultado de mezclar una piel aceitunada y muchas mañanas pasadas luchando contra la corriente en Breakers Beach. Cuando se sienta frente a Fizzy, tengo que aplacar una oleada de puros celos al ver la buena pareja que hacen. Pero su conversación es…, bueno, francamente aburrida. En favor de Fizzy tengo que decir que ella de verdad intenta reconducir el intercambio poco entusiasta, pero deja escapar un grito ahogado audible cuando él admite que no ha leído ningún libro desde que se publicó *El código Da Vinci* en 2003.

El productor que llevo dentro necesita que el siguiente sea un éxito absoluto.

Pero el tipo que besó a Fizzy hace dos noches alberga la esperanza secreta de que todos sean rotundos fracasos. Por desgracia para él, no es el caso. Entra:

NICK: ROLLITO DE CANELA

Nick es todo lo que demostró ser en la audición y, cuando entra, lo envuelve un aura de afabilidad y un halo de sexualidad que parece inundar la sala. Fizzy empieza a levantarse, aparentemente sin ser consciente, en cuanto lo ve. Se saludan con un prolongado abrazo y, de repente, tengo la sensación de estar presenciando algo instintivo e íntimo. Es el tipo de conexión que hace que quiera verlos teniendo relaciones sexuales y, entonces, mis reflejos me dan una patada en las pelotas mentales por pensarlo.

El equipo está hipnotizado. En un determinado momento, Nick le habla de la camada de cachorros que espera en la clínica y Fizzy le hace prometer que la mantendrá informada de todo.

En un acto de supervivencia, desconecto del resto de la cita.

A continuación, tenemos a:

JUDE: VAMPIRO

No estoy muy seguro de lo que Fizzy esperaba cuando puso «vampiro» en la lista de arquetipos, pero espero que Jude se ajuste a los criterios. Creo que incluso podría sorprenderla. Entra por la puerta y llega hasta Fizzy dando unas cuantas zancadas. Sonriente, se pone de pie y lo saluda con un abrazo. Sus orejas brillan por los *piercings* plateados, lleva también en el labio y la nariz y viste de un inexpresivo negro monocromático de pies a cabeza. Tiene el mismo rollo atractivo que Fizzy.

Jude aparta la silla de Fizzy antes de sentarse y ardo en deseos de que se produzca la revelación.

—Así que eres mi vampiro.

Fizzy le dedica una mirada de admiración. Una de las cámaras se acerca lo suficiente como para ver cómo cruza las piernas por debajo de la mesa y apoya uno de sus tacones en una de sus piernas con aire despreocupado. Genial para los índices de audiencia, pero horrible para mi salud mental.

—Eso parece —responde, con una sonrisa de satisfacción—. Es un placer conocerte por fin, Fizzy. Me estaba poniendo muy nervioso. No creía que fuese posible, pero eres incluso más guapa en persona.

No hay el más mínimo indicio de falsedad detectable en sus palabras. Junto a mí, Brenna suelta un pequeño suspiro de enamoramiento antes de taparse la boca deprisa con la mano. Por fuera, parezco imperturbable. Por dentro, le estoy haciendo una peineta mental a Jude el vampiro.

Levanta su taza de café para brindar.

—Porque esta sea la primera de muchas citas.

Fizzy, visiblemente encantada, choca la taza con la de él y ambos beben.

—Háblame un poco de ti, Jude. ¿Cómo se gana la vida un vampiro en estos tiempos?

—Pues, de hecho, soy flebotomista —responde con una sonrisa de complicidad.

Y ahí está. ¡Madre mía, estaba deseando que llegara este momento!

Fizzy da un golpe en la mesa con una sonora carcajada de sorpresa, desviando la mirada hacia la izquierda de Jude, al fondo de la cafetería, donde estoy yo.

Esa risa es solo para mí.



Episodio 1: Transcripción del confesionario

Connor Prince: Fizzy, ¿cómo estás?

Fizzy Chen: Bien, ahora que estás aquí.

Connor: [Risas] Dado que este es nuestro primer episodio, quizá deberíamos explicarles a los espectadores qué estamos haciendo aquí. Me llamo Connor Prince y soy uno de los productores de *El experimento del amor verdadero*. Mis disculpas porque estoy un poco nervioso. Normalmente, estoy al otro lado de la cámara.

Fizzy: Un descuido que ya me he encargado de corregir.

Connor: Como muchos de los que me estáis viendo seguramente ya sabréis, Fizzy es bastante persuasiva.

Fizzy: No eres el primero que me lo dice.

Connor: Te creo. Ya has conocido a nuestros ocho candidatos. ¿Cómo te sientes?

Fizzy: A ver, cómo me siento… Veamos. En mi primer libro, *Sueños del paraíso*, la protagonista, Jacqueline, naufraga. Es una mujer dura, así que consigue sobrevivir, pero cuando es rescatada tres años después, en la seguridad del camarote del capitán, está tan hambrienta y superada por todas las exquisiteces que hay en la mesa que se atiborra hasta casi ser incapaz de recordar su propio nombre. Me siento un poco así.

Connor: ¿Demasiadas cosas buenas?

Fizzy: Quizá.

Connor: ¿No era el protagonista de ese libro el médico del barco?

Fizzy: ¡Sí! Y se queda con ella toda la noche y la cuida-barra-tira hasta sanarla.

Connor: [Risas] Una historia muy Fizzy.

Fizzy: Me lo tomaré como un cumplido.

Connor: Bien, porque lo es. No quiero influir en nuestros espectadores, que empezarán a votar en cuanto se emita el episodio. Pero, bueno, cuéntame cuáles son tus primeras impresiones sobre los candidatos. Empecemos con Dax, nuestro

chico malo tatuado.

Fizzy: Oh, pobre Dax. Nada más entrar, se topó con la Fizzy nerviosa.

Connor: Pues no lo parecías. Incluso diría que teníais química.

Fizzy: Yo también lo creo. Eso sí, no pienso hacer paracaidismo ni escalada, ni voy a pelearme con un oso, pero no estuvo mal.

Connor: Luego tuvimos a Isaac, el empollón buenorro.

Fizzy: También muy bien. ¿Viste sus brazos?

Connor: Creo que toda América los ha visto.

Fizzy: América tiene suerte. ¿Sería demasiado atrevido por mi parte pedirle que se quite la camiseta la próxima vez?

Connor: Un poco, sí. Los dos parecíais llevaros bien, ¿no?

Fizzy: Eso parece.

Connor: Candidato número tres, Benji, alias Tex, nuestro vaquero.

Fizzy: Sé que se supone que no debo influir en la audiencia, así que puedes cortar esta parte si quieres, pero me preguntó qué pensaba mi padre de que me dedicara a la literatura romántica. Inapropiado y raro.

Connor: ¡Siguiente! Después tuvimos a Evan, el que salió huyendo y el único que ya conocías.

Fizzy: Eso es. Salimos unos cuantos meses cuando teníamos veintimuchos años. Es un buen chico.

Connor: Y, según parece, tenía un tatuaje algo desafortunado.

Fizzy: ¡Multiplícate por cero!

Connor: Exactamente, Bart Simpson. Pero parecía agradecido por tu recomendación.

Fizzy: [Risas] Por eso Evan es una persona de trato fácil. Su vaso siempre está medio lleno.

Connor: Me atrevería a decir que el tuyo también.

Fizzy: Eso depende de lo que haya en el vaso…

Connor: Descarada. Pasemos ahora a Arjun, nuestro Mr. Darcy. ¿Impresiones?

Fizzy: Que estoy segura de que ordena sus calcetines por colores.

Connor: [Risas] ¿Y qué tal Nick, el rollito de canela?

Fizzy: Este arquetipo es algo así como una broma privada, así que es posible que los espectadores no sepan a qué me refiero. Un rollito de canela es un chico dulce y solidario. Su máxima preocupación es la protagonista de la historia.

Connor: Vale.

Fizzy: ¿Sabes? Debajo de ese traje, tienes ciertas tendencias de rollito de canela. Tienes muchas capas, Connor Prince III. Incluso se podría decir que me cuesta calarte.

Connor: Ya sabes cómo soy, una auténtica cebolla.

Fizzy: O una tarta. Pero volvamos a Nick. Me gustó.

Connor: Eso está bien. Estoy seguro de que la audiencia lo percibirá. Háblame de Colby, el soldado de élite.

Fizzy: Me gustaría que ampliara sus opciones de lectura.

Connor: [Risas] Estoy seguro de que lo disfrutaría. Luego tuvimos a Jude.

Fizzy: El vampiro. Era muy divertido.

Connor: ¿El sentido del humor es importante para ti?

Fizzy: Oh, sí, claro, por supuesto. Necesito a alguien que no se tome demasiado en serio, alguien que sepa soltarse y divertirse incluso cuando está fuera de su zona de confort.

Connor: ¿Bailar como si nadie te estuviera viendo?

Fizzy: O cantar en un concierto de una *boy band* como si nadie te estuviera oyendo.

[Ambos ríen]

Capítulo 26

FIZZY

Durante los primeros veinte minutos tras mi llegada a la casa de Jess el viernes por la noche, repasé con ansiedad cada uno de los detalles que fui capaz de recordar de las ocho citas. La cara, la ropa, las voces, los trabajos de cada uno, si me habían gustado, de qué habían hablado, qué clase de bromas habían hecho.

Cuando le describo el divertidísimo momento en el que mi ex entró en la cafetería, con una sonrisa de complicidad dibujada en la cara —y una sonrisa incluso mayor en el rostro de Connor—, Jess asiente, consciente de la situación.

—¿No es Evan el que tiene el tatuaje que no te gusta? —me pregunta—. ¿Ese que te daba risa?

—Actualización: era el tipo que *tenía* el tatuaje. Se lo ha quitado. Y sí, es el chino americano, ese que jugaba al sóftbol con mi hermano. Puse su nombre en la lista porque mi pasado amoroso está plagado de minas y Evan es un buen chico, aunque no sea el salvador sexual que necesito. Pero ahora agradezco haberlo incluido —le digo—. Es un tipo genial y, si el resto de los candidatos resulta ser un desastre, al menos Evan y yo podremos divertirnos unos días en Fiyi.

—O puede que esta vez sea diferente ahora que Bart Simpson no se interpone entre vosotros.

—Quizá.

—Vale, pues dame una clasificación. ¿Quién es tu favorito por ahora?

—Probablemente Isaac. Era… —Hago una pausa melodramática y agito un poco la cabeza para aclararme—. Estaba tan bueno, Jess. Y es tan interesante.

—Valeee, ya veo. —Se inclina hacia delante para mostrar interés—. ¿Pero hubo chispas? ¿Fuegos artificiales? ¿Campanas sonando de fondo?

—Quién sabe. Supongo que ahora le toca a la audiencia decidir.

Si Jess es capaz de leer entre líneas —que incluso después de la primera ronda de citas ya estoy considerando la posibilidad de que no

me enamore de ninguno de aquellos candidatos objetivamente fantásticos porque no puedo dejar de mirar por encima de sus cabezas al productor ejecutivo que se encuentra al fondo—, desde luego no lo demuestra. Está demasiado ocupada viviendo indirectamente mis locas aventuras amorosas. Igual que en los viejos tiempos.

—Entonces, ¿vamos a ver el primer episodio juntas mañana?

—Tengo que hablar con Connor, por si tiene previsto que lo veamos juntos, pero si no, pues claro.

Jess entrecierra los ojos.

—Pero ¿cómo? ¿Vosotros dos solos?

—No —respondo, pero no parezco nada convencida, como si más bien fuera un «quizá».

—Fizz —me dice con un tono bajo de advertencia.

—¡Yo qué sé! ¡Lo mismo tiene algo planeado!

—¿Por qué crees que podría querer verlo solo contigo?

—No, bueno, no... —Exhalo con un gesto de dolor—. Vale, tengo algo que contarte, pero tienes que prometerme que no te vas a enfadar conmigo.

—Con semejante introducción, no pienso prometerte nada.

—Pues entonces no te lo cuento.

—Vale.

—Vale.

Nos observamos mutuamente en una especie de pulso silencioso hasta que aparto la mirada para inspeccionar mi esmalte de uñas. Por lo general, las posibilidades de que una de las dos se dé por vencida suelen estar igualadas, pero dado que esta vez soy yo la que tiene la información jugosa —y que sé que se ha pasado las últimas ocho horas generando estadísticas sobre una enorme cantidad de cosas—, estoy segura de que voy a ganar.

El silencio de la habitación parece vibrar con un sonido fantasma. Esa hoja de cálculo debe de haber sido impresionante, porque sucumbe mucho antes de lo que esperaba.

—¡Ay, Dios, vale, cuéntamelo!

—El domingo por la noche —le digo, inclinándome—, la noche antes de que empezáramos a grabar, Connor y yo tuvimos nuestra última excursión para buscar la felicidad.

—Cita.

—Excursión. Fuimos a Torrey Pines para ver las olas bioluminiscentes.

Su «mmm» suena a sospecha. Sabe exactamente dónde va a acabar esto.

—Bueno, vale, alerta *spoiler:* nos besamos.

Jess se lleva las manos a la cara.

—Fizzy…

La señalo con un dedo acusador.

—¡Los términos acordados estipulaban que no podías enfadarte conmigo! —Se aparta las manos de la cara, revelando una sonrisa falsa—. Como iba diciendo, el beso se convirtió en manoseo y terminé sobre su regazo… —Abro aún más los ojos y bajo la voz—. Jessica Marie, no lo puedo afirmar a ciencia cierta porque no lo he visto, pero creo que Connor tiene el pene más grande que jamás he tocado.

Silencio. Su expresión se vuelve neutra.

—Espera. Necesito un vino para esto. —Desaparece un instante y, cuando vuelve, deja dos copas de vino tinto en la mesa baja y se sienta frente a mí—. No quiero incentivar esto ni que pienses que lo estoy aprobando de alguna forma, pero ¿de qué tamaño estamos hablando?

Miro a mis espaldas para asegurarme de que no hay ninguna oreja impresionable de diez años escuchando.

Jess bebe un trago y agita la cabeza.

—Juno está en casa de Nana y Pop.

Ahora, segura de que estamos solas, coloco mis dedos índices a una distancia impresionante —aunque precisa— y luego formo un círculo con los dedos de ambas manos para indicar el grosor aproximado.

—Algo así.

Jess silba.

—Fizz, ese es el diámetro de mi muñeca.

—¡Lo sé! —Doy un manotazo en la mesa—. ¡Sería como hacer *fisting!*

Jess apoya la cabeza en su mano, suspirando, y solo entonces me doy cuenta de que River acaba de entrar en la habitación con una bandeja de aperitivos. Da media vuelta directamente y sale en silencio.

—Espera, tengo que hablar contigo —le grito a su figura en retirada—. Es, desde luego, de lo más oportuno.

—Buena suerte para conseguir que vuelva ahora.

—¡Oh, de verdad, pero cómo es que todavía consigo escandalizarlo! ¿Recuerdas aquella vez que tuvo que desnudarme?

En nuestro viaje a Escocia, Jess estaba a punto de meterse en la ducha y, como respuesta a mi mensaje de pánico «ayúdame», me envió a River sin ser consciente de que mi petición de auxilio se debía a que me había quedado atascada en el vestido. En su favor hay que decir que River tiró de la prenda transgresora sin dudarlo, me la quitó y se fue. Ese hombre es imperturbable.

—En cualquier caso —continúo—, como te puedes imaginar, no

seré capaz de pensar en otra cosa hasta que lo vuelva a palpar.

Jess ya está empezando a refunfuñar.

—¡Pero ahora ya estás activamente en el programa!

—Sí, ¡pero eso no tiene por qué afectar al programa! Esto no va de sentimientos; es solo una distracción. Es solo un capricho. —Suspiro—. Soy una cazadora.

Asiente como para demostrar que comprende.

—Como James en *Crepúsculo*.

—Exactamente, como James en *Crepúsculo* —confirmo.

—Excepto por el hecho de que Alice le arrancara la cabeza.

Doy un golpe en la mesa.

—¿Por qué siempre finges no entenderme?

—Fizzy, esto va a acabar en absoluto desastre.

—Yo no lo creo. Es solo sexo. No se trata de que nos vayamos a enamorar. Soy una mujer fuerte y testaruda que escribe literatura romántica y busca la aventura. Y él es un hombre alto y deportista llamado Connor Prince III. Creo que todos estamos de acuerdo en que es solo cuestión de tiempo que yo acabe haciendo algo escandaloso o que él haga algo que acabe molestándome o aburriéndome.

Mi teléfono vibra en la mesa. La cara de Connor se ilumina en la pantalla y Jess lo ve antes de que pueda cogerlo y fingir que es mi hermano quien me llama.

—¿Incluso has puesto una foto en su información de contacto?

Su rechazo es claramente fingido. Bajo esa sudadera holgada y esas zapatillas cómodas, Jess es una auténtica reina del drama. Vive para este tipo de emoción.

—¡Hola, jefe! —respondo con una enorme sonrisa.

—¡Hola! ¿Tendrías tiempo para un análisis *post mortem?*

—Eso depende. ¿Me tocará a mí ofrecer mi cuerpo?

Jess frunce el ceño en señal de desaprobación. Me doy un golpecito en la frente para recordarle que ese gesto le creará arrugas. Soy una excelente amiga y ella jamás me da las gracias por este tipo de cosas.

La risa de Connor provoca un cosquilleo de baja vibración en mis partes íntimas.

—Es solo una forma de hablar, Fizzy. Me refiero a un análisis posterior a la grabación del programa.

Pulso el botón para silenciar el micrófono.

—Tiene una voz muy profunda —le susurro a Jess—. ¿Siempre ha tenido esa voz? —Vuelvo a la llamada—. Lo sé, estaba bromeando. Sí, tengo tiempo para analizar lo que sea necesario.

Se vuelve a reír.

—Bien. ¿En tu casa? Puedo pasarme.

—Puedo estar allí dentro de diez minutos.

—Genial —responde en voz baja antes de colgar.

Mierda. Si eliminamos la posibilidad de que esté emocionada por ver a Connor, no queda nada que explique por qué doy un salto para recoger todas mis cosas.

Jess me acompaña hasta la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—Se va a reunir conmigo en mi casa para hacer un informe.

Meto el móvil en el bolso.

—¿Y crees que es buena idea?

—¿Que si es buena idea hablar sobre el trabajo que estamos haciendo juntos? —Finjo pensármelo—. Eso creo.

—Me refiero a hablarlo en tu casa —me dice.

Abro la puerta y me pongo los zapatos.

—Pues ahora lo averiguaremos. —Cuando frunce el ceño con todavía más fuerza, decido continuar—. Vale. Te prometo que no entraremos en el dormitorio.

—Como si necesitaras un dormitorio —responde.

Me detengo con la mano en el pomo de la puerta.

—En eso tienes razón. Vale. ¡Tengo que irme!

—¡El diámetro de una muñeca! —me grita mientras bajo corriendo las escaleras.

—¡Mañana no tengo que andar!

—¿Cómo llevas el libro, Felicity?

—¡Esto es investigación! —le respondo.

Casi puedo oír su gruñido ofendido mientras se despide de mí con la mano desde la puerta.

Capítulo 27

FIZZY

Connor llega antes que yo a mi casa y me está esperando en el porche, con su ancha espalda apoyada en la columna que hay al final de las escaleras. Ya no lleva los bonitos pantalones de vestir y la camisa de la mañana, ahora es mi versión favorita de Connor: camiseta desgastada, vaqueros desgastados y zapatillas desgastadas. Bajo la luna y con el cono difuso de la luz de la lámpara del porche sobre la cabeza, parece un peluche hecho carne.

—¿Cómo estás? —me pregunta cuando me acerco.

—Muy bien.

Me estiro para besarlo en la mejilla antes de darme cuenta de que no es algo que debería hacer con mi productor y amigo platónico. Su expresión cuando me aparto es una mezcla de risa y preocupación.

—Lo siento —digo y decido ser totalmente honesta—. Estaba tan contenta de verte que, por desgracia, no he sido capaz de pisar mis frenos mentales a tiempo.

Su rostro hace un gesto raro entre carcajada y mueca de dolor para terminar en un vacío.

—No hay problema. —El Connor blandito ahora se ha convertido en un tablón rígido—. Solo quería pasarme y ver cómo te ha ido la semana de grabación, por si necesitabas algo.

—¿Yo? —le pregunto, abriendo la puerta. Me sigue al interior—. Estoy bien.

—Por nuestra parte, las cosas están saliendo muy bien —dice, quitándose las Vans—. Eres muy natural en pantalla, Fizz. Hoy hemos cortado todas las secciones que queremos de las citas y esta noche hemos terminado de editar los repasos introductorios y los testimonios.

—Entonces, ¿el episodio ya está acabado?

—Sí. Va a ser genial y todo gracias a ti.

Me vuelvo para mirarlo tras soltar el bolso y me doy cuenta de que su mirada se ha vuelto más cálida.

—De hecho, es gracias a ti —insisto—. Tú eres quien asumió el reto

de los arquetipos. La selección ha sido perfecta. Son perfectos. —Le doy una palmadita en el hombro—. Y son muy guapos. Bien hecho. Un auténtico bufé de cuerpazos.

Lo digo para alabarlo a él y a sus esfuerzos, por supuesto, pero mis palabras parecen eliminar todo rastro de calidez en su mirada.

—Bien —dice inexpresivo—. Bueno, ¿te gustaría que viéramos el estreno juntos en mi casa? Con todo el equipo, no solo conmigo.

—¡Claro! Estoy deseando ver cómo queda en pantalla. No creo tener mucha conexión con Arjun ni con Tex…

—Creo que la audiencia también se dará cuenta.

—… Pero creo que los demás pueden estar bien. Cualquiera de ellos podría subirse al Fizzy Express. —Le sonrío mientras finjo hacer sonar el silbato de un tren—. Será divertido.

Connor aparta la mirada para estudiar sus zapatillas junto a la puerta, lo que me obliga a mirarlo. Me siento bien, eufórica por el éxito de la primera semana de grabación y entusiasmada por estar sola en una habitación con él. El más escurridizo de los pensamientos se me escapa, espontáneo: «Por muy geniales que sean los candidatos, ninguno eres tú».

—¿Quieres una cerveza o algo? —pregunto en un intento de distraer la voz realmente horrible que resuena en mi cabeza.

Un breve asentimiento.

—Sí, claro.

Me sigue hasta la cocina, donde nos sirvo un botellín a cada uno y me apoyo en la encimera.

—¿Quién es tu favorito? —le pregunto.

—¿Mi candidato favorito? —Bebe un sorbo mientras yo asiento con la cabeza—. No tengo ninguno.

—Venga ya. —Emito una especie de zumbido—. ¿En serio? Te veo siendo fan de Isaac.

—Todos parecen buenos tíos. Por eso los escogí.

—Bueno, por el momento, me gustan Nick, Dax e Isaac. Jude es genial, pero no estoy muy segura de que congeniemos.

—¿No te gusta Evan?

—No funcionó la primera vez, pero quién sabe…

—Vale. Mantén la mente abierta.

—Oh, por eso no te preocupes —digo, agitando la mano—. Pero si me preguntas cuál me atrae más en estos momentos, esa es mi respuesta.

Connor parece debatirse con algo hasta que, al fin, decide abrir la boca.

—Y esto me lleva a lo que me gustaría comentarte… Quizá deberías

rebajar un poco la tensión sexual.

Siento que se me borra la sonrisa de los labios.

—¿La qué?

—Los espectadores quieren verte forjar una relación real.

—¿Y eso no pasa por el coqueteo? ¿Llevo todo este tiempo haciéndolo mal en mis citas?

—No, es solo la forma en que coqueteas —responde sin que, al parecer, mis bromas le hayan hecho el más mínimo efecto.

—La forma en que coqueteo —repito, inexpresiva, y dejo mi botellín a una distancia segura. Quizá necesite ambas manos para estrangularlo.

—Solo el treinta y tres por ciento de los espectadores de *The Bachelor* vieron *The Bachelorette*. ¿Sabes por qué?

Oh, esta me la sé.

—El patriarcado.

—Sí. Los espectadores están más dispuestos a aceptar que un hombre salga con varias mujeres que a ver a una mujer saliendo con varios hombres. No está bien, pero es lo que hay.

—Mira quién se ha convertido ahora en experto en televisión de la cultura popular.

—Ya te he dicho que me tomo esto muy en serio.

—¿Me estás pidiendo que me esfuerce más? La literatura romántica lleva mucho tiempo luchando por alejarse del ideal de mujer ingenua y virginal. Si crees que voy a interpretar ese papel, creo que vas a terminar muy decepcionado.

—No he dicho eso.

—¿Entonces qué has dicho?

Cambia de pie con el cuello rojo.

—No me refiero a que no puedas… Mira, da igual —dice, intentándolo otra vez—. Está bien tal como eres.

—Oh, bueno. Gracias.

Se hace el silencio y es como si todo hubiera saltado por los aires y la energía se hubiera evaporado de la habitación.

—¿Por qué, de repente, estás tan enfadado conmigo? —le pregunto —. ¿Qué he hecho?

—No estoy enfadado contigo. —Agita la cabeza, sintiéndose fatal—. Lo siento mucho.

—Acepté hacer este programa porque no quería dejar a la audiencia en tus torpes manos…

Se ríe con sequedad.

—Ya te encargaste de dejármelo bien claro.

—… Pero es divertido porque lo estoy haciendo contigo —termino,

cogiéndolo de la mano.

Por fin me mira. Y creo que comprendo qué está pasando. ¡Dios, a veces soy tan tonta!

—Me divierto contigo —le digo, acercándome a él—. La primera semana en el plató ha sido genial porque me siento muy cómoda contigo. Insistí en que te encargaras del confesionario porque me gusta estar contigo. He puesto mi vida en peligro hablando con River porque creo en tus asombrosas ideas. Lo estás haciendo muy bien y siento mucho si…

No puedo acabar la frase cuando Connor da un paso adelante y rodea mi rostro con sus manos. Su boca encaja en la mía y, en un instante, todos mis pensamientos se desvanecen.

Es un beso sencillo, de labios suaves y presión firme, y entonces me da otro desde un ángulo diferente antes de apartarse. Sus ojos verdes buscan los míos, parpadeando a modo de pregunta. Mi cabeza me grita que no vuelva a permitir que se aleje, pero antes de que pueda tirar de él hacia mí, vuelve, decidido, invadiendo todo mi espacio. Me pongo de puntillas mientras él se agacha para llegar mejor con su boca, incluso más suave y hambrienta que antes, persiguiendo esos ángulos ya visitados, pero ahora con mayor profundidad, provocando con su cálida lengua. Gime y el sonido me sumerge en una piscina de deseo. Lo único en lo que puedo pensar es en zambullirme, buscar más de ese ronco anhelo que oculta. Sigo esperando que le ponga fin, que se vuelva a apartar con una disculpa, que me recuerde que no debíamos volver a hacerlo nunca más, pero cuanto más nos besamos, más aumenta la intensidad.

Me levanta y me coloca frente a él sobre la encimera, apartando mis piernas para poder meterse entre ellas. Sube la mano por mi espalda, rodea mis costillas y cubre mi pecho, mientras la otra inclina mi cadera hacia delante y me clava contra su cuerpo. Como premio, recibo otro gemido y otro más cuando me froto contra él. No me detiene cuando desabrocho los botones de su camisa, la abro y poso mis manos sobre su cálido torso, ancho y firme.

Su boca está en mi cuello y sus dedos rodean el tirante de mi camiseta para bajarlo, tensando la tela, arrastrando mi sujetador con él hasta dejarme expuesta a su boca y sus dientes. La sensación que generan sus mordiscos y besos en mi pezón es un placer concentrado que me provoca una ceguera absoluta a medida que mi cuerpo va robando con voracidad cada molécula de oxígeno disponible.

Tiene el pelo muy suave y parece gustarle que tire de él, resoplando sobre mi piel, mordiéndome como represalia cuando soy demasiado brusca. Cuando tiro con bastante fuerza como para moverlo, se yergue

y reclama mi boca. Quiero que el beso dure horas. Nunca me habían besado así antes, con tanto dominio y confianza, con una energía que casi parece furia. No da señales de querer parar esta noche y la adrenalina bombea calor a mis venas.

Me clava los dientes en la mandíbula mientras introduce las manos bajo mi falda para deslizar la ropa interior por mis piernas.

—¿Así bien, cielo? —pregunta contra mi cuello.

Yo asiento y sigo asintiendo porque, sinceramente, tiene permiso para hacer lo que quiera conmigo. Me gustaría poder hilar un pensamiento coherente sobre lo que está pasando, sobre cómo sus manos rodean mis muslos con fuerza, sobre el calor y la sensación de sus dientes sobre mi piel, pero solo después seré capaz de procesar semejante oleada de sensaciones, cuando todo tu ser está totalmente consumido por el deseo. Somos cables cargados de electricidad, un manojo de nervios, y nos movemos por puro instinto.

Vuelve a deslizar la mano por mi muslo, provocador, y su beso se vuelve todavía más intenso y juguetón, con sus dientes tirando de mi labio inferior. Y, entonces, sus dedos se pasean por mi cuerpo, resbaladizo y encendido por él. Su boca, suave y blanda, se separa un instante de la mía, buscando el equilibrio entre la ternura y el dominio, observando mi cara mientras me penetra con un dedo y luego con dos a una velocidad exasperantemente lenta. Observo su boca, la forma en que intenta vocalizar palabras, la forma en que se muerde el labio inferior mientras aprieta su pulgar contra mí, trazando círculos, con esa sonrisa arrogante que aparece cuando dejo escapar un grito involuntario.

Bajo mis dedos inquietos, sus pantalones no tardan en caer al suelo, exponiendo al fin ante mí su maravillosa polla. Lo acerco a mi cuerpo, rozándonos hasta convertirnos en un gran desorden febril entre besos y mordiscos húmedos, con la punta presionando mi…

Nos detenemos, arrastrados más por la sensación que por el sentido común, y buscamos en el cajón de los trastos un condón entre risas y besos, conscientes de lo práctico que resulta aquello, pensando que, en ocasiones, ser desordenada tiene su utilidad. Se encarga él porque mis manos tiemblan y las suyas son firmes, pero lo observo atentamente porque soy una chica lista y no hay nada más sexi que ese hombre desnudo.

Y cuando se vuelve a acercar, pronuncio su nombre con cierto tono de pregunta, pero me besa.

—No —dice contra mi boca—, no soy capaz de volver a negarme.

Y sigue adelante.

Es una tortura lenta y perfecta. Creo que la cordura es algo muy

frágil y estoy perdiendo la mía centímetro a centímetro mientras se abre paso en mí, con cuidado, centrado en mis expresiones y sonidos. Pero, entonces, pasa de la prudencia al hambre en cuanto llega hasta el fondo, como piedra sobre seda, y me convierto en un túnel de viento de pensamientos, pequeñas partículas y fragmentos que vuelan a demasiada velocidad como para poder procesarlos. Soy un monstruo egoísta que quiere más. Soy una hechicera que juega con el tiempo para que este polvo dure una eternidad. Soy la primera mujer que alguna vez ha estado con un hombre, estoy segura de ello.

Sigo sentada en la encimera, pero eso solo es una formalidad. Tengo sus manos en mi trasero y sus brazos me mantienen elevada en un ángulo que le permite moverme de una forma que nos hace jadear. Hay tanta potencia tras cada arremetida, tanto deseo contenido. A pesar de lo mucho que suelo hablar de sexo, jamás había sido una amante ruidosa, pero con Connor son tantas las sensaciones que no me queda más remedio que dejarlas salir de alguna forma. Jadeos nítidos y rítmicos. Gritos de sorpresa. El sonido de nuestra piel sudorosa rozándose. Me oigo a mí misma y me asombro, con la sensación de que ya no controlo por completo mi cuerpo y mi mente. Quizá sea así. Me da igual. No me preocupa nada, no dudo ni un segundo en si esto es bueno para él o no porque la respuesta está escrita en las arrugas de su frente, en el suave arco de su labio mientras me mira, reduciendo el ritmo para observarme, moviéndose para tocarme, y en su pulgar acariciándome.

—¿Te gusta? —me pregunta en voz baja.

Asiento.

—Ven aquí —le susurro mientras acerco su cara a la mía.

Deberíamos tomarnos nuestro tiempo, pero cuesta mucho cuando todo se tensa dentro, listo para estallar. Levanta el brazo y apoya la mano en uno de los muebles que hay junto a mi cabeza, rodeándome mientras observa cómo asumo el control bajo su abrazo. Casi de inmediato no puedo más.

Debería refrenarme, pero es demasiado tarde. El placer se apodera de mí con eufórica destrucción. Creía que solo sería una vez, que con una vez bastaría. Que con eso desaparecería de mi mente.

Pero eso era antes. He tenido todo tipo de relaciones sexuales y esto no se parece a nada que haya vivido. Ojalá supiera qué es.

Capítulo 28

CONNOR

Si echáramos un vistazo a mi historial de búsquedas de Google desde el sábado por la mañana, aparecerían los siguientes resultados:

- Por qué es mala idea tener sexo con un compañero de trabajo.
- Qué hacer si te acuestas con alguien con quien no deberías y ha sido genial.
- Cómo evitar acostarte con alguien por quien te sientes atraído.
- Cómo evitar acostarte con alguien dos veces.
- ¿Puede mi jefe despedirme en California?
- Trabajos de producción en San Diego.
- Trabajos de producción cerca de San Diego.
- Trabajos en San Diego.
- Efectos de un padre ausente en las hijas.
- Máquinas del tiempo.

Como cabía esperar, ninguna me ha servido de ayuda.

No fui a ver a Fizzy con la intención de acostarme con ella. Solo quería celebrar una primera semana de grabación fantástica, ver qué se podía mejorar y qué podíamos hacer para que se sintiera más cómoda. Pero también fui a su casa sabiendo que, si la besaba, ella me devolvería el beso. Fui allí sabiendo que la deseaba con todo mi ser, que me había enamorado un poco de ella y que no se me da bien gestionar los celos. Quería que fuera mía. Tenía razón con lo que me dijo en la playa; no me había dado cuenta de lo duro que me iba a ser compartirla una vez que empezara el programa.

Visto en retrospectiva, era inevitable que acabáramos acostándonos. Y que el sexo fuera inevitablemente desordenado, duro, tierno y espectacular. Y ahora estoy bien jodido porque lo único en lo que pienso es en volver a hacerlo.

Unas cuantas horas antes del estreno, me encuentro a Nat en la cocina, abriendo una botella de vino. Ninguno de los candidatos se va a unir a nosotros esta noche —no pueden pasar tiempo con Fizzy sin que haya una cámara delante—, pero la mayoría del equipo sí ha venido. Algunos ya están atacando el enorme catering (otro beneficio presupuestario) y el resto está charlando, esperando, inquietos, para ver si nuestro pequeño programa será un éxito o si tendremos que ponernos a buscar trabajo mañana a primera hora. Hay tanto dinero invertido que, tanto si triunfa como si fracasa, lo hará a lo grande.

Fizzy debería llegar en cualquier momento y por eso estoy rondando la puerta de la cocina como un acosador.

Nat debe de haber percibido mi presencia porque mira por encima de su hombro.

—Hola —exclama mientras saca el corcho de la botella.

Me acerco a la zona de los fogones, sin tener claro si quiero mantener esta conversación, pero seguro de que me voy a volver loco si no hablo con alguien.

—Hola.

Coge una copa del mueble.

—¿Dónde está la niña?

—En su habitación.

Stevie quería esperar a Fizzy en el jardín delantero, pero la he convencido de que el tráfico en Ocean Beach siempre es muy malo a estas horas de la noche, sobre todo en fin de semana. Al final, transigió, pero solo con la condición de que la avisara en cuanto llegara.

—Quién se iba a imaginar que solo hacía falta una visita de Felicity Chen para que nuestra hija por fin limpiara su habitación.

Nat resopla mientras llena la copa.

—Fizzy es buena gente. El fenómeno fan es intenso en nuestro retoño.

Al recordarlo, se me hace un nudo en el estómago porque no solo será mi vida la que se verá afectada si esto sale mal, sino también la de Stevie e incluso la de Nat. Nunca nos habíamos visto en esta situación, más que nada porque, en realidad, no había salido con nadie. Y tampoco es que estemos saliendo saliendo, debo recordar. Solo ha sido sexo. La gente tiene relaciones sexuales todos los días.

Pero… la gente no tiene relaciones sexuales como esa todos los días.

Mi silencio me granjea otra mirada en mi dirección.

—¿Todo bien?

—Sí, sí. —Pasan unos segundos y cambio de opinión al menos cinco

veces sobre si debería darme la vuelta y soltarlo todo o no—. Me acosté con Fizzy anoche.

Nat se queda con la boca abierta. Parpadea.

—Perdona, ¿qué?

—¿De verdad necesitas que te lo repita?

—Es solo que… —dice antes de quedarse sin palabras, con razón—. Lo último que me contaste es que la habías rechazado porque no funcionaría. Eso fue hace semanas. —Hago una mueca porque no le he contado a Nat lo de la playa—. Me dijiste que solo era una relación profesional.

—Y así era. —Pero no era del todo verdad. Nuestra relación fue profesional aproximadamente un milisegundo; los límites se fueron al garete y ahora no son más que una montaña de escombros en el espejo retrovisor—. Pero ya no lo es.

Levanto la mirada cuando oigo la voz de mi mejor amigo, Ash, retumbar al final del pasillo.

—¡Calma todo el mundo! ¡Ya llegan los nachos!

Gruño cuando entra con Ella en la cocina con, al menos, una docena de bolsas de nachos entre los dos. Lleva el jersey del revés, pero en estos momentos estoy demasiado nervioso como para reírme.

—Sabes que solo vamos a ser quince personas, ¿verdad? —le pregunto—. Y que vosotros ya sois dos.

—¡Estaba tan emocionada que ni siquiera recuerdo haber ido a la tienda! —dice Ella—. Se podría decir que ha sido una compra compulsiva… —Finge coger todo lo que hay en una estantería—. ¡Todo al carro!

Ajena a lo que estaba pasando, suelta su colección de bolsas en la encimera.

Pero, si bien Ash sería incapaz de fijarse en los detalles físicos aunque le fuera la vida en ello, es muy observador con las personas. Sigue junto a Ella, mirándonos a Nat y a mí.

—¿Qué pasa? ¿Hemos interrumpido algo?

Nat me lanza una mirada como diciendo que es cosa mía si quiero contarlo. No es así como quería hacerlo, pero sé que, de todas formas, acabarían enterándose.

—Le estaba contando a Nat que anoche me acosté con Fizzy —susurro tras mirar a mi alrededor para asegurarme de que no hay nadie más que pueda oírme.

El silencio que sigue a mis palabras se prolonga durante tanto tiempo y su profundidad es tan oscura que tengo que ponerle fin.

—¿Nadie piensa decir nada?

—¿Fizzy? —pregunta Ella—. ¿La protagonista del programa de

citas que vamos a ver aquí todos juntos?

Ash continúa con una gran primicia.

—No parece buena idea, Connor.

—No era mi intención —explico.

Ash frunce el ceño.

—Estoy intentando imaginarme cómo puede ser el sexo accidental y me confunde lo que veo.

—Vale, retrocedamos —dice Nat—. Eres la persona menos impulsiva que conozco. Estabas totalmente en contra. ¿Qué ha pasado?

—No estoy seguro —respondo.

Ha sido como si alguien hubiera quitado el tapón y cada gramo de mi objetividad y raciocinio se hubiera ido por el desagüe. No tenía derecho a criticar su comportamiento; ella ha sido fantástica. No tenía derecho a ponerme celoso y sigo sin tenerlo.

—Nos pusimos a hablar de los otros tíos, me molestó y…

—¿Con los «otros tíos» te refieres a los protagonistas del programa? —pregunta Ash con un tono como diciendo «eres un imbécil».

—Vete a la mierda. De verdad creo que ella me entendió —digo—. Sinceramente, creo que me tiene muy calado.

Nat suelta un ruidito de felicidad y la señalo.

—Eso no me ayuda.

—Lo siento, es que me gusta la idea de que ella te tenga calado.

—Bueno, pues ahora estamos en un puto lío, ¿verdad?

—¿No estarás sugiriendo que te la tiraste porque es muy intuitiva? —dice Ash, y Ella le da un golpe en el hombro.

—No, es solo que… —busco una respuesta— Fizzy es tan… —termino con un gruñido— Fizzy.

—Connor —dice Natalia con voz suave—, te gusta. Y mucho.

—Sí. —Dejo caer los hombros como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago porque la verdad ha salido a la luz. Mis sentimientos son un manojo de complicaciones enmarañadas que no hay forma de desenredar—. Y encima se supone que tengo que buscar a su alma gemela.

—¿Qué piensas hacer? —me pregunta Ella.

—Mi trabajo —respondo, encogiéndome de hombros—. ¿Qué otra opción tengo? No voy a volver a acostarme con ella.

—A menos que se produzca otro accidente, claro —reacciona Ash.

—Que te den.

Se echa a reír.

—Bueno, puede que el programa sea un absoluto fracaso.

Ella le vuelve a dar un golpe en el hombro.

—No va a ser un fracaso —insiste—. ¿Por qué has dicho eso?

—Porque, quizá, ¡sería su billete de salida! Él no quería hacer el programa. Fue idea de ellos. Si fracasa, quedará claro que no era una buena idea y eso no sería culpa de Connor, sino de Blaine.

—Blaine fue muy claro en cuanto a lo que se supone que debía hacer. Y han invertido una fortuna en esto, así que no tendría excusa. Tiene que funcionar.

Cuando suena el timbre de la puerta, todo el mundo se queda inmóvil.

—Vamos allá —digo, apartándome de la encimera. Me detengo en el umbral de la puerta y me vuelvo—. Y, por favor, no os paséis toda la noche mirándonos. Ya es bastante raro todo de por sí.

—Por supuesto que no —dice Nat.

—Tampoco le hagáis una tonelada de preguntas —añado—. Además, con todo esto, es bastante probable que esté muy nerviosa.

—Tú sí que pareces nervioso —dice Ash.

—Vete a la mierda —respondo en voz baja.

Mientras recorro la casa, me doy una pequeña charla motivacional. Tengo treinta y tres años. Soy productor de un programa con un enorme presupuesto que está a punto de estrenarse en la televisión nacional. He supervisado producciones enteras en las peores condiciones posibles en los lugares más inhóspitos del mundo. He ayudado a mantener viva a una niña humana de verdad durante más de diez años y no la he perdido ni mutilado de gravedad ni una sola vez. Puedo hacerlo. Puedo controlar mis sentimientos por Felicity Chen.

Abro la puerta y, al instante, sé que me estoy engañando. Está guapa —siempre lo está—, pero me doy cuenta de que el mundo está dividido entre aquellos que saben lo que es hacer el amor con Fizzy Chen y los que no. Ahora formo parte de ese grupo de hombres afortunados pero rotos. Conozco el sabor de su piel y cómo es besarla hasta caer rendido. Conozco los sonidos que emite y la forma en la que cierra los ojos antes del orgasmo. No sé cómo voy a poder fingir el resto de mi vida que no la deseo con una fuerza que rivalizaría con la de las mareas.

La noche anterior nos vestimos y me acompañó a su puerta. Nos quedamos de pie, uno frente al otro, como ahora mismo. Tenía los labios hinchados y las mejillas sonrojadas por el esfuerzo. Me incliné y lo que se suponía que solo iba a ser un casto beso de despedida se convirtió en algo tórrido e intenso. El tiempo se detuvo. La volví a desear otra vez, allí mismo, contra la pared, o quizá arrodillado sobre ella en el sofá, con sus piernas rodeando mi cintura. Todavía no me

había ido y ya habíamos complicado bastante las cosas, así que, ¿qué más daba?

Pero sí importa. No hay espacio en mi vida, personal o profesional, para una aventura. Y Fizzy jamás había dicho que quisiera que esto fuera algo más. Mierda, ni siquiera estaría haciendo este programa si Blaine no me hubiera obligado y no me habría podido obligar si no necesitara tanto este empleo. Mis sentimientos por Fizzy no cambian nada de eso.

Con mi mano sosteniendo su mandíbula, recorrí su cuello con mis labios y le di un beso en la mejilla. Me incorporé para mirarla y vi el mismo deseo y la misma confusión reflejados en sus ojos. Ninguno de los dos sabíamos qué decir, así que no dijimos nada. Me limité a poner rumbo a mi coche consciente de que, si no me iba en ese momento, no me iría nunca.

—Hola —le digo, dando un paso atrás para dejarla entrar.

—Hola.

Lleva el pelo recogido en una elegante coleta, unos pantalones cortos y una sudadera negros, pero con unos zapatos de tacón naranjas que la acercan un poco más a la altura de mi mirada. Va maquillada con un delineador negro y un pintalabios rojo intenso. Me encantaría mancharme la piel de ese color.

Me alegra que estemos solos porque el ambiente está cargado de un profundo deseo.

—¿Deberíamos dejar a un lado la incomodidad o la alargamos un poco más hasta que alcance cotas máximas más tarde?

Se ríe un poco, aliviada.

—Apiadémonos de los demás y saquemos al elefante de la habitación ahora mismo. —Inspira profundamente—. He estado practicando.

—Pues adelante, no te cortes.

—Anoche fue una forma brutal de acabar con la sequía. —Está lo bastante cerca como para que nadie en la habitación de al lado pueda oírla, y sus ojos son brillantes y profundos—. Pero también es complicado. Los dos lo sabemos.

Asiento. Me lo está poniendo en bandeja y voy a aprovecharlo. Voy a aferrarme a esta oportunidad, hacer todo lo posible por ignorar lo sumamente ingenuos que estamos siendo y esconder la cabeza bajo tierra.

—Está claro.

—Así que solo nos queda volver loco a todo el mundo con esta tensión sexual no resuelta. —Sonríe—. He escrito mucho sobre el tema. Soy una experta, ya sabes.

—Estoy bastante seguro de que sabes cómo acaban esos libros.

—Pues acordemos que esto es una comedia de amigos, no una romántica.

Con un guiño y un pequeño pellizco en el antebrazo, pasa junto a mí. Veo cómo su mirada recorre todo y me pregunto qué ve. Es una casa bonita, con los techos altos, vigas de madera desgastadas, un jardín de un buen tamaño y una estupenda cocina. La compré hace tres años y, aunque nunca he sentido la necesidad ni el deseo de decorarla de verdad, sí he intentado convertirla en un hogar para Stevie.

Fizzy se detiene delante de una fotografía de cuando tenía veintitrés años, con Stevie recién nacida en los brazos.

—Oye, esto es injusto —dice, cogiendo el marco.

Parezco agotado, joven y estúpida e ingenuamente feliz. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo ni de qué significaba ser padre, pero quise al instante a aquella niñita de una manera que jamás creí que sería posible. Ya había fisuras entre Nat y yo, pero quería pensar que podríamos arreglarlo. Encontraría la manera.

—¡Nadie me ha avisado de que Fizzy ha llegado!

Stevie dobla la esquina corriendo en calcetines y se abraza a ella.

—¡Acabo de llegar! —dice Fizzy—. Y tengo algo para ti.

Stevie se aparta el tiempo suficiente como para que Fizzy rebusque en su bolso y saque un pequeño paquete con el logotipo de Wonderland con letras iridiscentes. Stevie lo abre sin miramientos y me doy cuenta de que se trata del único concierto en DVD que no tenía.

—¡Gracias!

Aprieta los ojos con fuerza y vuelve a abrazar a Fizzy.

—Asegúrate de verlo con tu padre. Tiene que aprenderse algunas coreografías antes de la siguiente gira.

Fizzy me mira por encima de la cabeza de Stevie y me guiña un ojo.

—Bueno, vale, ya es suficiente. Hasta aquí.

Cojo a Stevie y me la subo a los hombros, intentando aplastar la confusa mezcla de expectativas y pavor que siento ante la perspectiva de las próximas horas. Stevie da un grito y me vuelvo para observar a Fizzy, que se ríe y nos sigue.

—Vamos a empezar pronto y hay unas cuantas personas a las que me gustaría que conocieras.

En cuanto Fizzy entra en la cocina, queda claro que Nat y Ella no son

capaces de contenerse. Nat no deja de parlotear sobre los libros de Fizzy, sobre el hecho de que se los ha leído todos y que está deseando leerse el siguiente. Le pregunta, sin ser consciente de nada, cuándo espera que se publique, y Fizzy le responde con una frase que, seguramente, habrá utilizado miles de veces antes y que equilibra muy bien un «tardará algún tiempo» con «tengo ya muchas ganas». Nat le cuenta todo sobre el día que me sorprendió buscándola en internet antes de que Ella la interrumpa para explicarle a toda velocidad que no es una gran lectora, pero que sabe todo sobre los programas de citas que han existido y está deseando que emitan el nuestro esta noche. Ash básicamente se mantiene apartado, sonriendo, apoyado en la encimera e intentando no establecer contacto visual directo con ella.

He estado tan ensimismado en la «Fizzydad» de la situación que apenas he tenido tiempo de pensar en el programa, pero cuando llega la hora y todo el mundo se congrega en el salón, los nervios hacen acto de presencia. Al igual que yo, Fizzy rechaza una copa de vino y algo de comida alegando que quizá no sea capaz de digerirla. Todo el mundo intenta que se siente en el sofá que hay en el centro de la habitación —después de todo, es la estrella del programa—, pero insiste en que eso solo la pondría todavía más nerviosa. Necesita espacio para moverse y, si fuese necesario, escapar. Todo el mundo rompe a reír y así es como Fizzy acaba justo detrás de mí.

Se hace el silencio en la sala en cuanto resuenan las primeras notas de la sintonía. El brillante logotipo de *El experimento del amor verdadero* aparece en la pantalla, seguido de nuestra presentadora. Como esperábamos, Lanelle Turner combina a la perfección el sentido del humor con la cercanía mientras se presenta y explica la dinámica del programa. Vamos a conocer a nuestra protagonista y a sus ocho candidatos. Además de Fizzy, los concursantes se han sometido a la popular prueba ADNDuo y se han sellado los resultados. Ni siquiera los productores los conocen. Serán los espectadores los que deberán valorar cada cita y votar por quien crean que es el alma gemela de Fizzy. Se hará un recuento de votos cada semana y dos candidatos serán eliminados. En el episodio final, se revelarán las puntuaciones de ADNDuo y veremos quién ha predicho mejor el alma gemela de Fizzy: la audiencia o la ciencia. El candidato escogido por el público ganará un premio de cien mil dólares en efectivo y, una vez hechos públicos los resultados, Fizzy tendrá la posibilidad de escoger con quién quiere irse de viaje a las Fiyi con todos los gastos pagados. Con un poco de suerte, el público habrá escogido bien su amor verdadero y serán felices para siempre.

Pero antes, conocerán a River. Cuando Lanelle pronuncia su nombre, la habitación se llena de aplausos, los más fuertes —incluidos algunos abucheos y silbidos—, procedentes de Nat y Fizzy. Cuando le pregunté a Fizzy cómo había conseguido convencerlo, al principio me dijo que había usado la baza de la naturaleza. Cuando le dije que no sabía a qué se refería…

«Al sexo, Connor. ¡Por el amor de Dios! ¡Los chistes verdes, si hay que explicarlos, pierden la gracia!».

Entonces me confesó que le había dicho que, al explicar la ciencia detrás del producto, podría controlar la narrativa y, a su vez, la percepción de la gente. No sería un respaldo al programa, sino a su tecnología.

Ahora, salen imágenes de River caminando por los pasillos de Salk y trabajando en un laboratorio lleno de pantallas, seguidas de su voz en *off* detallando la idea inicial y los muchos años de investigación que había necesitado para desarrollarla. Se esfuerza mucho en explicar que no se trata de buscar gente con un ADN parecido. Es más bien justo lo contrario, una cuestión de compatibilidad en función de las predicciones de cientos de evaluaciones científicas y psicológicas validadas. A pesar de las reticencias, resulta amable y encantador, manteniéndose totalmente imparcial en cuanto a la idea del programa. Está perfecto.

Cuando ha quedado claro el formato, se presenta a Fizzy y, una vez más, la habitación se llena de ruido, mucho más escandaloso que antes. Hay un montaje de vídeo que incluye imágenes de su discurso en la UCSD, un breve resumen de su impresionante carrera literaria y, por último, una entrevista con ella en el sofá de su casa.

—Tengo éxito y soy feliz sola —le dice Fizzy a la cámara—. Supongo que lo que estoy buscando es a alguien que sea mi mejor amigo y mi amante. Alguien con quien incluso las cosas más pequeñas sean divertidas porque las estamos haciendo juntos.

Junto a mí, Fizzy gruñe y se tapa la cara con las manos. Cuando se inclina hacia delante, veo un pequeño chupetón tras su oreja. Al verlo, me sube la temperatura.

—¿Estás de broma? —Le doy un empujoncito y vuelvo a centrarme en la televisión—. ¡Pero mírate! Estás perfecta.

En la pantalla se está presentando a los candidatos. Como Fizzy no tuvo demasiada química con Arjun o Tex, hemos editado el programa para reducir un poco sus historias y citas. No siempre tendremos tanta mano dura, pero con ocho tíos que repasar y tiempo limitado, hemos tenido en cuenta las preferencias de Fizzy y hemos tomado esa decisión. Hay algunos pasajes de los chicos en sus casas y algunas

imágenes de su vida. Vemos a Isaac con su madre y su abuela y presidiendo una reunión en una sala de conferencias con las paredes de cristal. Stevie anuncia al instante que quiere que Isaac gane. La mayor parte de la introducción de Nick tiene lugar en su clínica veterinaria. Hay imágenes de él con cachorros y gatitos y cosecha la predecible reacción de un «oooh» de casi todo el mundo en la sala. Dax aparece saltando de un avión, colgado de un risco en alguna parte de Arizona y, luego, en una mesa de la casa de sus padres, hablando de lo que espera encontrar en el programa. Vemos a Evan en el campus de la UCSD, subiendo las escaleras del edificio de ingeniería. Lo seguimos a la cafetería en la que trabaja a tiempo parcial y lo vemos riendo con sus compañeros de trabajo mientras se meten con él por ir a un programa de citas. Solo ha salido unos minutos en pantalla y ya todo el mundo lo adora.

Junto a mí, durante la primera media hora de programa, Fizzy parece estar físicamente enferma, pero, después de la tercera pausa para publicidad, se ha relajado lo suficiente como para querer algo de vino. Una buena señal.

Durante los anuncios, me sigue a la cocina. El salón, a nuestras espaldas, es una mezcla bulliciosa de voces, todos gritando su opinión, y de entusiasmo compartido por el programa. Todas las dudas que pudiera haber tenido sobre su viabilidad y éxito se disiparon a medida que fueron pasando los minutos y queda claro que es un programa entretenido. Brenna está controlando las redes sociales y dice que a la gente le está encantando. Los *hashtags* del programa son *trending topic*. Por primera vez en una eternidad puedo respirar.

Fizzy se apoya en la encimera mientras abro una botella de vino.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Mejor de lo que esperaba. Es muy bueno, Connor.

—Tú eres muy buena.

—Lo digo en serio. Has cogido mis sugerencias, que, seré sincera, no fueron más que una forma de empezar un juego de demostración de fuerza por mi parte, y las has convertido en algo absolutamente único. Va a tener un gran éxito de audiencia y les va a encantar cada minuto. Vamos, yo lo vería. Con otra persona como protagonista, claro está.

—No sabes lo mucho que me alegra escucharlo, de verdad te lo digo.

Al recordar que tengo una botella de vino en la mano, busco una copa en el armario y me quedo paralizado. Aquel momento me recuerda tanto a la noche anterior: nuestros cuerpos tan cerca, compartiendo la misma respiración, la mano en la puerta del armario

para no perder el equilibrio mientras la penetro con fuerza una y otra vez.

Fizzy aguanta la respiración y veo cómo se le pone la piel de gallina en el cuello. Podría besarla ahora mismo y creo que ella me devolvería el beso. Si le pido que se quede cuando todo el mundo se vaya, lo hará.

En la otra habitación, la música resuena, anunciando que ya ha terminado la publicidad. La sigo de vuelta al salón justo cuando empieza el confesionario. Cada candidato tiene su propio momento en solitario y todos están encantadores y, obviamente, interesados en Fizzy. Francamente, no me cabría en la cabeza que alguno de ellos no estuviera deseando estar con ella, pero nuestro equipo de edición —yo incluido— hemos hecho un buen trabajo moderando, de forma creativa, el entusiasmo de Tex y Arjun para que así nadie se sienta demasiado mal cuando, como cabe esperar, los eliminen en las próximas veinticuatro horas.

Y entonces empieza mi confesionario con Fizzy.

He preferido no contarle esta parte a nadie de mi familia, así que cuando mi cara aparece en pantalla, la habitación explota con un enorme estruendo por la sorpresa. Nat está encantada, Stevie está bailando subida al sofá y gritando que ese es su padre y Ash se encarga de dejarle claro a todo el mundo que, a partir de ahora, tiene vía libre para meterse conmigo durante un tiempo.

Junto a mí, Fizzy está más petulante que nunca.

—¿Veis ese carisma? —le grita a toda la sala con la copa en la mano—. Hollywood, contratadme como directora de casting.

Cuando se vuelve a calmar el ambiente durante otra pausa publicitaria, me da un golpecito y señala la televisión.

—¿Es ahora cuando me dices que tenía razón?

—Tampoco nos emocionemos tanto. —La mayoría han salido de la habitación durante los anuncios, unos para ir al baño y otros para ir a la cocina a por más bebida—. Veremos las cifras mañana. Tu teléfono tiene que estar a punto de estallar con tanto mensaje. ¿Qué te dicen?

Fizzy se acaba la copa de vino y se apoya en el sofá.

—Todavía no estoy preparada para ese nivel de realidad. Déjame que me quede en la comodidad de esta burbuja de entusiasmo por el estreno hasta, por lo menos, las nueve de la mañana. Entonces, pasaré de puntillas por las opiniones. Pero, por ahora… —señala la televisión— te toca a ti. Reconócelo.

—De vez en cuando, tienes buenas ideas.

—Siempre.

—Estás en la media.

—Dime que soy la mejor.

Sonrío.

—Tú, Fizzy, eres la mejor.

—Gracias. Guau. Jamás habría esperado un cumplido como ese, pero significa mucho para mí. —Me entrega su copa vacía—. Ahora, por favor, quiero más vino.

Capítulo 29

FIZZY

Entro en el coche, lo arranco y, entonces, sentada allí, aparcada junto a la acera y en punto muerto, miro la oscuridad de la calle. Lo que siento ahora mismo —el nerviosismo, los niveles altos de adrenalina y la agitación— es lo que la mayoría de la gente sentiría al verse en un programa de citas, al presenciar cómo una edición magistral ha hecho que el episodio quede perfecto y, luego, al final de la noche, recibir una llamada para contarte que el programa está en vías de convertirse en el mejor estreno en una década.

Pero me conozco y sé que el motivo por el que me palpita el corazón es el mismo por el que me hice escritora: me encanta el romanticismo. Me encanta esa sensación en el pecho cuando leo un buen beso, esa falta de aire en los pulmones cuando la angustia se apodera de mí, ese estallido de alegría al leer un final feliz. Acabo de ver a ocho hombres perfectos compitiendo por mi corazón y ni siquiera son la razón de mis palpitaciones. Las tengo porque esta noche he estado con mi nueva persona favorita.

Me estiro, veo mi reflejo en el espejo retrovisor y le hablo a la mujer promiscua que hay en mí.

—Mira —le digo con determinación—, me alegro de que las cosas no se hayan estropeado demasiado por haberte acostado con tu productor. Agradece que, por fin, te hayas sentido atraída por alguien. Lo has hecho para sacarte la espinita. Ahora ponte las pilas y deja de pensar en sus ojos, su sonrisa y su polla.

Satisfecha con la charla, meto primera y conduzco de vuelta a casa.

Da igual lo segura que te sientas de ti misma, nadie quiere que te vean sin sujetador, en pijama y comprando vino en lata en el supermercado. Pero cuando salgo del pasillo de las bebidas y el alcohol a la muy respetable hora de las doce del mediodía del domingo, me topo de bruces con el centro de un pecho muy, muy

sólido.

—Perdón —me disculpo, agachándome para recoger el montón de latas de vino rosado esparcidas por el suelo.

—¿Fizzy?

Levanto la cabeza y mi mirada recorre kilómetros de piernas tonificadas —algo triste por el hecho de que estuvieran ocultas tras unos pantalones cortos de correr— hasta que mis ojos se encuentran con una de las mejores sonrisas que he visto en mi vida.

—¿Isaac?

Se arrodilla para ayudarme a recuperar mis tesoros desparramados y siento algo de vergüenza por los muchos que son. De hecho, no estoy segura de cómo me las había arreglado para cargar con tantas latas.

—Haciendo acopio para la hibernación —bromeo mientras nos ponemos en pie.

Incluso yo puedo apreciar la lástima que es malgastar semejante espécimen de hombre con alguien tamaño bolsillo como yo, pero ¿quién soy yo para cuestionar al universo?

La sonrisa de Isaac es adorable.

—Rosado, el vino perfecto para el invierno. —Coloca con cuidado la última lata en la cúspide de la inestable pirámide—. ¿Qué probabilidades habría de que nos encontráramos aquí?

—Estoy segura de que serías capaz de calcularlo, empollón buenorro.

—*Touché*. —Se echa a reír y mira mi alijo—. ¿Comprando un tentempié de calidad para lo que parece que es un poco de diversión diurna con alcohol?

Miro la botella de Gatorade que lleva en la mano izquierda.

—Bueno, cada uno se hidrata como puede. —Vuelve a reírse y decido continuar—. Y parece que tú, desde luego, no estás sufriendo tanto como yo después de la emisión del primer episodio. Llevo agotada mentalmente todo el día.

Isaac asiente.

—Sí, yo me siento igual. He salido a correr solo para huir de todos mis familiares en ochenta kilómetros a la redonda, que se han presentado en mi casa esta mañana para hablar del programa.

Gruño.

—Mi madre lleva llamándome sin parar desde anoche. Olvidar convenientemente mi móvil en casa mientras venía a comprar algo de vino me ha parecido una buena forma de matar dos pájaros de un tiro.

Vuelve a soltar una carcajada, pero esta vez percibo cierta ronquera, el típico tono de una broma privada. El sonido envía una

oleada de calor hasta mi estómago y… ¿qué es eso? ¿El cosquilleo en las bragas ha vuelto? ¿Por alguien que no es Connor? ¿Aquí, en mitad del supermercado? ¡Madre mía! ¡He vuelto!

—Aunque este es el punto culminante de un día muy raro —dice, con una mueca de dolor—, estoy seguro de que hemos infringido, al menos, media docena de normas al vernos fuera del programa.

—Oh, mierda, tienes razón.

Echo un vistazo rápido a los pasillos cercanos. Como concursantes, todos hemos firmado un contrato que, entre otras cosas, prohíbe expresamente toda confraternización fuera del programa. Nos podrían multar, despedir o incluso demandar. Y, sin embargo, me quedo allí, sin ir a ninguna parte.

—Casi me resulta raro no ver salir a Connor con uno de sus carteles.

—Yo podría escapar —dice Isaac con una sonrisa, dando un único paso atrás—. Tengo mejores zapatillas para correr.

—No me subestimes —le respondo—. Soy sorprendentemente ágil.

—Ya me lo imagino. —Me revisa de arriba abajo—. ¿Me da alguna ventaja que frecuentemos el mismo supermercado?

—No soy yo quien decide, ¿recuerdas?

Chasquea los dedos.

—Cierto. Vale, pues entonces será mejor que me vaya. —Me guiña un ojo, se vuelve y se despide con la mano por encima del hombro—. Nos vemos mañana.

Observo a Isaac hasta que sale de mi campo de visión, sintiendo todavía el cosquilleo.

—Tengo que reconocer que no me importaría en absoluto tirármelo —murmuro a su tremendamente sexi espalda en la lejanía.

—¿Eres Felicity Chen?

Todo mi cuerpo entra en tensión al oír una voz a mi izquierda, donde dos adolescentes me miran con unos cuantos aperitivos y latas de Red Bull en las manos. Pego mi colección de vino al pecho en un intento de ralentizar el latido de mi corazón. Ya me habían reconocido antes, pero solía ser en un contexto relacionado con los libros, como al pasear por los pasillos de mi librería favorita, no cuando voy vestida como una escritora que llega tarde a la entrega y llevando suficiente vino como para «hidratar» a todo un equipo de fútbol.

Y entonces caigo. ¿Me habrán visto hablando sola? ¿Habré quedado como una salida?

Y en ese momento, me invade otro pensamiento aún más alarmante. ¿Me habrán visto hablando con Isaac? Mierda.

—¡Sí, soy yo! —por fin consigo articular.

Se miran mutuamente, emocionadas, y luego vuelven a centrarse en mí, con los ojos brillantes por una alegría apenas contenida.

—¡Oh, Dios mío! —dicen al unísono. —¡Estuviste tan bien anoche! —añade ahora solo una de ellas, una chica alta con un hiyab verde esmeralda y un maquillaje tan inmaculados que hacen que su chándal blanco y negro y sus zapatillas parezcan alta costura.

—¿Sabes si van a subir toda la temporada? He visto el primer episodio ya dos veces y creo que me moriré si tengo que esperar una semana para ver el siguiente.

—Solo un episodio a la semana —respondo, disfrutando de ser la persona causante de tanta alegría—. Los estamos grabando en tiempo real.

Gruñe un poco antes de que su amiga, vestida con una sudadera de la UCSD, tome el relevo.

—Me encantan tus libros y me volví loca cuando me enteré de que ibas a hacer este programa. Me he leído *A base de match* como cuatro veces. —Antes de que pueda decir nada, continúa—: ¿Puedo preguntarte algo? Sé que estás muy ocupada.

—¿Ha sido el pijama o el puñado de latas de vino lo que te ha dado la pista? No pasa nada, adelante.

Se echa a reír y, tras darle la vuelta a su teléfono para que lo vea, señala la pantalla.

—¿Sabes si este es el Instagram de Connor Prince?

Connor surge en la conversación varias veces ese día: por la tarde, cuando mi madre me arrastra al supermercado coreano y una mujer me reconoce en el pasillo de los congelados y me alaba un rato antes de preguntarme si Connor ha salido en algún otro programa; y luego por la tarde, cuando una madre pierde por completo la cabeza delante de mí y Jess en el recital de ballet de Juno. En ambas ocasiones, me entran ganas de enviarle un mensaje para restregarle lo lista que soy.

Consigo contenerme. Sin embargo, le echo un vistazo a su Instagram. El lunes por la mañana, sus seguidores se reducían a su madre, Nat, Ash y algunas personas aleatorias, mientras que ahora ya son unos veintidós mil. Me apuesto toda mi colección de vino rosado en lata que ni siquiera se le ha ocurrido mirar.

El lunes, tras pasar por peluquería y maquillaje, me llevan a una cocina industrial en el hotel Hilton Bayfront. Las malas noticias primero: como cabía esperar, la audiencia ha eliminado a Arjun y Tex. Pero entonces llaman a los seis restantes —Dax, Isaac, Evan, Jude,

Colby y Nick— de uno en uno, vestidos de manera informal y con una enorme sonrisa a juego.

Isaac me dedica un pequeño guiño y me tengo que morder las mejillas para no sonreír.

Lanelle presenta el plan de la semana: tengo que escoger con quién quiero hacer las actividades planificadas, que incluyen: preparar una comida *gourmet* para mi hermana convaleciente, plantar árboles en el parque Balboa, asistir a una clase de cócteles, practicar pesca de altura, mimarnos con una manicura y una pedicura y un paseo en bicicleta por la playa de Coronado. Por supuesto, los espectadores verán las citas por orden, pero las seis citas tendrán lugar a lo largo de los próximos tres días, con confesionario y entrevistas con familiares y amigos programadas para el miércoles.

Obviamente, la primera cita es la de la comida *gourmet*. Me dan unos diez minutos para trazar un plan antes de que las cámaras empiecen a grabarme «reflexionando» antes de proponerme, de forma espontánea, las diferentes opciones. Por supuesto, aquello recuerda a cuando tienes que escoger equipo en el patio del colegio —los espectadores asumirán que mi primera elección será aquel con el que quiera pasar más tiempo—, pero también tengo que pensar en la mejor estrategia para conocerlos fuera de su elemento natural.

Escojo a Colby, el soldado de élite. En parte, porque me gusta la idea de ver sus antebrazos flexionados mientras corta las verduras para el almuerzo que vamos a preparar para Alice, pero también porque en nuestra cita de la semana pasada me dijo que su madre es la propietaria de Querida, una de mis taquerías favoritas del condado de San Diego. Apuesto a que este tipo sabe moverse en una cocina.

Y así es, pero su experiencia más bien se reduce a darme un discurso lleno de testosterona sobre el manejo de cuchillos —supongo que tiene sentido, teniendo en cuenta su profesión— y cómo limpiar el pescado. Coqueteo, bromeo y le lanzo alguna que otra indirecta en un intento de ayudarlo a salir del paso porque estoy segura de que buena parte de aquellas fanfarronerías se deben a los nervios, pero, por desgracia, no para de interrumpirme. No veo forma de que el equipo pueda editar aquello para que quede bien.

Esa misma tarde, Jude y yo plantamos tres árboles en Balboa y bromeo diciéndole que me siento muy decepcionada al comprobar que no brilla a la luz del sol. Su sentido del humor parece haberse tomado el día libre, porque me suelta un monólogo no solicitado sobre el hecho de que *Crepúsculo* no puede considerarse «literatura vampírica legítima». Me pregunto si, cuando Connor monte el episodio, mantendrá mi mirada directa a la cámara que indica que no estoy

nada impresionada.

Y hablando de Connor, ahí está. Dios mío, está tan increíble ahí. Tan alto, en segundo plano, cargando el equipo en sus absurdamente musculados brazos. Riéndose con voz ronca cuando sujeto un calabacín y guiño a cámara. Negando con la cabeza, exasperado, cuando le digo a Jude que la siguiente cita debería ser en Volterra y él asiente, claramente sin tener ni idea de a qué me refiero.

Al menos, Connor sí que sabe que Volterra es donde viven los vampiros que brillan.

Durante el taller de cócteles con Nick —lleno de intentos desastrosos de lanzar la botella y un montón de muecas cuando pongo demasiada lima—, Connor, Rory y uno de los cámaras son los únicos miembros del equipo que están cerca. El encantador bar con vidrieras de colores queda a la altura de un armario de productos de la limpieza. Cuando Nick me mete una cereza en la boca, en vez de mirarlo directamente a los ojos, de forma instintiva, llevo mis ojos a donde Connor se oculta tras la cámara. Nos hacen repetir la escena. Si es que eso es posible, el tema de la proximidad es todavía peor en la cita de la pesca de altura con Evan. Connor está sentado directamente a mis pies, sujetando el micrófono, mientras Rory vomita por la borda y los dos cámaras intentan no tirar el equipo durante un paseo en barco con unas aguas sorprendentemente turbulentas. En un determinado momento, Connor tiene que agarrarme de los muslos hasta que por fin consigo subir un enorme atún.

Evan se da cuenta, estoy segura, pero no tiene tiempo de cuestionarlo, porque en cuanto el olor salobre del pescado aterriza en sus pies, él también acaba echando el almuerzo por la borda, algo que tengo el placer de decir que quedó grabado en vídeo.

Cuando Evan consigue reponerse, nos sentamos juntos, ahora mecidos por una suave marea, mientras el equipo cambia las baterías. La cuestión es que, cuanto más tiempo paso con Evan, más me acuerdo de lo bien que nos lo pasábamos juntos, de lo fácil que resultaba estar con él, de lo mucho que bromeábamos y nos metíamos el uno con el otro. Pero también recuerdo, Bart Simpson aparte, que, aunque había chispa, jamás hubo fuegos artificiales.

Solo estuvimos saliendo unos cuantos meses, pero Evan estaba en el equipo de sóftbol de mi hermano e incluso llegó a conocer a mi familia. Es sorprendente que, en mis muchos años de citas alocadas, solo un puñado de tíos llegaran a ese punto.

—Me han invitado a la boda de Peter. Espero que sepa que no he confirmado mi asistencia porque no tenía más remedio —me dice, señalando todo lo que nos rodea, indicando que es por el programa—,

no porque no quiera asistir.

—No te preocupes, lo sabe.

—¿Te cae bien Kailey?

—Sospecho que tuvo que haber alguna poción de amor porque ella es increíble.

Evan suelta una carcajada.

—He oído que la lista de invitados supera las setecientas personas.

Asiento.

—No creo haber conocido a setecientas personas en toda mi vida.

Deja su lata en el soporte e inclina la cabeza hacia atrás para mirar al cielo.

—Estoy seguro de que el banquete va a ser impresionante.

—Justo por eso he preguntado si podría ponerme unos pantalones con cintura elástica en vez de mi vestido de dama de honor.

Baja la voz.

—¿Puedo decir que salir a la calle es de lo más raro desde que se ha estrenado el programa? Que me reconozcan me parece surrealista.

—Pues a mí me aterran los millones de preguntas de mis familiares sobre por qué necesito ir a un programa de la tele para encontrar marido.

—¿Y piensas llevar acompañante? Imagino que no puedes llevarte a una de tus citas, pero es la boda de tu hermano pequeño. —Parpadea—. Vas a recibir mucha atención por múltiples motivos.

Me encojo de hombros. Normalmente me llevaría a Jess, pero estará en Costa Rica con River para unas bien merecidas vacaciones. No tengo ningún problema con ir sola a los eventos familiares, pero Evan tiene razón: su boda es algo distinto. Muchos familiares y amigos van a volar desde Hong Kong para la ocasión. Alice se sentará en una cómoda silla, muy embarazada y muy casada. La prometida de Peter es una reputada dermatóloga que también resulta ser la hermana del cirujano plástico con más éxito de San Diego. Por muy cómodo que pudiera ser ir sola, las bodas son para la familia y a mi madre le encantaría que fuera con alguien.

—Supongo que tendré que echarle valor e ir sin cita —digo.

—¿Una cita para qué?

Evan y yo nos volvemos ante el sonido de la voz de Connor y, por supuesto, esta es la única vez que no lo tengo en el radar.

—La boda de mi hermano Peter.

—Es esta semana, ¿no? —pregunta Connor.

—Sí —responde Evan—. Conocí a Fizzy por él. Pero no te preocupes, no voy a ir.

Connor mira por encima de su hombro y luego se agacha, bajando

la voz.

—Le he dicho a Rory que bajo ningún concepto vamos a grabar en la boda, así que mejor no le recordéis que es este fin de semana.

Le hago un saludo militar.

—Sí, señor.

—¿Por qué no te llevas a Jess? —me pregunta.

—Está de vacaciones. —Hago un gesto para dejarlo correr—. No te preocupes por mí. Puedo ir sola. Puede que me pase el fin de semana nadando entre tiburones, pero yo también soy un tiburón.

Con la popularidad del primer episodio, sé que no voy a poder pasar desapercibida. En los dos últimos días me han estado parando una media de cuatro veces al día. En la mayoría de los casos, las interacciones son geniales. A veces son lectoras, pero la mayoría no lo son. Algunas me preguntan por los chicos, o por ADNDuo, o simplemente quieren algún cotilleo jugoso, pero en todas las ocasiones me preguntan por Connor.

De hecho, según Jess, a quien se lo ha dicho Juno, a quien a su vez se lo ha dicho Stevie, están bombardeando a Connor. Los niños de diez años tienen tendencia a exagerar, pero si a mí ya me ha pasado en los aseos del Barnes & Noble, a él le tiene que estar ocurriendo igual. El tema común: a todas las espectadoras les encantaría tirárselo en masa.

La atención de Connor me provoca el mismo efecto que una lámpara de infrarrojos, así que me siento aliviada cuando avisan de que hay que volver a grabar. Preferiría volver a ver a Evan vomitando por la borda antes que seguir hablando de la boda de Peter.

Casi que estoy deseando que Dax se quite los calcetines en el *spa* y revele que le falta un dedo o que lleva tatuada una mujer desnuda en el empeine —ambas cosas serían fascinantes, pero por motivos diferentes—, pero, por desgracia, sus pies están tristemente intactos y sin marcas. A pesar de mi preocupación porque se aburriera o porque no parara de moverse, se porta como un campeón. Decide que quiere las uñas amarillas, la piedra pómez le hace cosquillas, pero la pedicurista consigue acabar con las durezas e incluso coquetea descaradamente con la mujer que le está haciendo las uñas, pero con cariño, porque podría ser su abuela.

Cuando Connor me dijo la noche anterior en el puerto que pasaría toda la mañana en la sala de montaje y que sería el director de fotografía el que se haría cargo durante unas cuantas horas, sentí un gran alivio porque, al fin, podría respirar.

Pero estaba totalmente equivocada. Mi cerebro sabe que no está aquí, pero mis reflejos no. Sigo mirando el espacio vacío en el que suele estar y me sorprendo a mí misma buscándolo por la zona. Me

cuesta reconocer lo mucho que busco su reacción ante las cosas.

—¿Estás bien? —me pregunta Dax mientras estamos sentados con los pies y las manos inmóviles, esperando a que se seque el esmalte.

El equipo está recogiendo después de haber grabado todo lo que necesitaban, supongo. Pero Connor sigue sin aparecer.

¿Se unirá a nosotros en Coronado cuando vayamos allí para dar el paseo en bicicleta con Isaac? ¿O piensa pasarse todo el día editando?

—¿Perdona? —pregunto, distraída.

—Que si estás bien —repite con una adorable sonrisa—. ¿Tantas ganas tienes de irte?

—No, no.

Supongo que he vuelto a buscarlo por el *spa* sin darme cuenta. ¿Por qué no puedo mantenerme centrada? Ya he hecho esto antes: ¡acostarme con alguien y salir con otra persona esa misma semana sin pestañear! El sexo solo es sexo. ¡No tiene que ser nada más!

Pero tampoco tiene que ser nada menos.

Mierda.

—Lo siento mucho —respondo—. Es que tengo sed.

Dax levanta una mano y le hace señas a su nueva mejor amiga-abuela.

—¿Le podría dar un vaso de agua, por favor?

La adorable mujer me trae un pequeño vaso de plástico y Dax me observa, preocupado.

—¿Mejor?

Asiento.

—Gracias.

—Demasiada presión, ¿verdad?

—Pues sí.

—Tengo como un millón de preguntas que hacerte sobre tu trabajo, tu vida.

—¿Sí?

Sonrío. Mira ese hombre ante mí, atento y divertido. Un pensamiento me golpea como una puerta abierta por el viento.

Dax podría ser mi alma gemela.

Las cámaras no están grabando y me dedica una sonrisa de lo más encantadora.

—Espero que tengamos una tercera cita.

Connor no está en Coronado esperándonos. Pero sí están la bicicleta tándem e Isaac, con una sonrisa de complicidad de esas que arrugan

los ojos y una carcajada adictiva. Nos damos una vuelta por la isla con la cámara montada en el marco de la bicicleta y un operario de cámara delante de nosotros, montado de espaldas en una Vespa. Por supuesto, Isaac es un genio y me hace reír durante todo el recorrido, con ese tipo de humor improvisado y perspicaz que tan sexi me parece. Es imposible ignorar que hay algo entre nosotros y, cuando sugiere que paremos para tomarnos un batido, acepto de inmediato. Quiero pasar más tiempo con él, cara a cara, cerca. Uno al lado del otro, en una mesa de pícnic con vistas al océano, compartimos historias de cuando éramos pequeños y, por primera vez en una de estas citas, olvido que hay cámaras delante.

Cuando llego al final de mi batido y Connor hace acto de presencia, sudoroso y jadeante, casi como si hubiera venido corriendo, también me doy cuenta de que no había pensado en él desde que había empezado mi cita con Isaac.

Isaac podría ser mi alma gemela.

Y, sin embargo, sigo deseando a Connor.

«Céntrate, Fizzy», pienso mientras devuelvo la atención a Isaac, su batido de caramelo y la cereza que me está ofreciendo.

No me cabe la menor duda de que los espectadores compararán este momento con el de Nick de ayer. Cierro los ojos y me la como con una sonrisa. Hago un nudo en el tallo solo con la lengua y abro la boca para mostrarlo con coquetería. Obtengo la reacción de impresión esperada —Isaac aplaude y me dedica un seductor «¡Impresionante!»—, pero necesito hacer un esfuerzo sobrehumano para no mirar a Connor y ver qué piensa al respecto e intentar adivinar si está pensando en lo que mi lengua puede hacer en su cuello, su labio inferior y su mandíbula.

Luego tendremos confesionario, pero mi plan es escapar en cuanto Rory grite «¡Corten!». Tengo la cabeza hecha un lío y necesito examinar meticulosamente mis sentimientos por ambos hombres: mi atracción por Isaac y cómo eso me hace sentir que estoy traicionando a Connor, aunque, literalmente, conectar con otros hombres es el objetivo del programa. Pero cuando finalizan todos los confesionarios e Isaac, que se ha quedado esperando a que yo termine, me da un reconfortante abrazo de despedida y un suave beso en la mejilla (cosquilleo, un placer volver a verte), siento la mano de Connor en mi brazo.

Creo que va a preguntarme por Isaac o a contarme por qué ha llegado tarde, o una de los miles de opciones posibles.

Lo que jamás habría pensado es que se inclinaría para susurrarme algo al oído.

—Déjame que te acompañe a la boda de Peter. No será difícil explicar mi presencia. No quiero que vayas sola.

Capítulo 30

Episodio 2: Transcripción del confesionario

Connor Prince: Bueno, aquí estamos otra vez.

Fizzy Chen: Hola, Connor Prince. Te has ausentado en algunas de las grabaciones de la semana. Ha sido raro.

Connor: Lo sé y me disculpo por ello. Por desgracia para mí, he tenido algunas obligaciones relacionadas con el programa de las que he tenido que ocuparme. Por suerte para ti y nuestros espectadores, tenías seis guapos hombres para acompañarte.

Fizzy: ¿Se me permite decir que te he echado de menos? Porque te he echado de menos.

Connor: Muy amable por tu parte.

Fizzy: Eres un hombre muy alto e hizo mucho calor. Podríamos haber aprovechado tu sombra.

Connor: Ahí está. Brenna, por favor, toma nota de que debemos insertar un redoble de tambor.

Fizzy: Vale, a ver, para. Nada me gustaría más que un sonido de burbujas para anunciar mi entrada en una habitación. Si llego a saber que se podían añadir efectos de sonido, me habría vuelto loca en la sala de montaje.

Connor: Justo por eso no puedes entrar en la sala de montaje. ¿Podríamos volver a tus citas? Has tenido una semana bastante movidita.

Fizzy: Ha sido una semana intensa, pero los candidatos han estado geniales. Espero que hayas cortado mi traspié en las escaleras del parque Balboa, cuando terminé con el vestido a la altura del cuello y le enseñé el culo a todo el mundo, pero sospecho que ya has planeado incluirlo.

Connor: Sospechas bien, pero no te preocupes, Felicity, podemos pixelar para proteger tu virtud. ¿Prefieres un emoticono de un melocotón o un emoticono saludando con la mano sobre tu trasero?

Fizzy: [Se pone de pie y mira directamente a la cámara] América, ¿estáis viendo esto?

Connor: [Con una carcajada, vuelve a sentarla en su silla] ¿Qué tal si volvemos a las citas?

Capítulo 32

CONNOR

Sube. Habitación 1402.

Tengo el cerebro hecho un lío.

Cuando le envié un mensaje a Fizzy para decirle que había llegado, esperaba que se reuniera conmigo en el vestíbulo del hotel o que me dirigiera al salón del banquete. Pero reunirme con ella en una habitación de hotel es justo el problema que había previsto cuando me solté una reprimenda delante del espejo de mi casa esta mañana.

«Solo acompáñala», me dije. «Eres su responsable, el ejecutivo a cargo de ella. No eres su cita. No eres su amante. Es solo trabajo».

«Mejor si nos reunimos abajo», escribo, pero si está arriba y me está pidiendo que vaya a buscarla, es posible que necesite ayuda con algo.

Lo borro y escribo: «¿Hay alguien ahí contigo?», cosa que suena posesiva y rara. También lo borro.

Te veo escribiendo.

Deja de hacer cosas raras. Necesito que me ayudes.

Muerto de risa, lo vuelvo a borrar todo y me limito a escribir:

Voy.

Pulso el botón del ascensor e inspiro profundamente; se me acelera el pulso hasta el punto de sentirlo en la garganta. Lo ideal sería que el recorrido en ascensor durara, como poco, media hora. Por desgracia, me temo que este día va a ser un constante recordatorio de que no debería haberme ofrecido para acompañarla en este evento porque no estoy preparado para quedarme a solas con ella.

Cuando me acerco, la puerta de su habitación está abierta, pero llamo de todas formas. Un alegre «¡entra!» se oye en el interior.

Abro la puerta lo justo para asomar la cabeza.

—¡Podría ser cualquiera y me acabas de invitar a entrar sin ni siquiera verme! —le grito.

—Estadísticamente, es poco probable que seas un asesino —resuena su voz en el cuarto de baño—. Me acabas de enviar un mensaje y la mitad de las personas hospedadas en esta planta son familiares o amigos.

—Vale, genial. Me alegra saber que las posibilidades de que alguien conocido me vea entrar en tu habitación son relativamente altas.

Su voz se oye más fuerte cuando entra en el dormitorio.

—Podría decirles que eres del servicio de habi…

Se detiene un instante mientras me observa, pero el resto de sus palabras se pierden en el espacio vacío de mi cráneo en cuanto veo el vestido de lentejuelas sin tirantes que lleva puesto. Es dorado, cubierto de un complejo bordado y le llega hasta la mitad de los muslos, donde se abre en un volante de tela brillante hasta los pies. Lleva el pelo recogido en un complicado peinado con algunos mechones morenos sueltos sobre sus hombros desnudos.

—¿Connor?

Me sobresalto porque no sé cuánto tiempo llevo callado.

—Eh… Sí, aquí estoy.

Cuando llevo la mirada a su rostro, está intentando contener la risa.

—Te he preguntado si podrías ayudarme.

—Ah, sí, claro. ¿Con qué exactamente?

—Mi vestido.

Se vuelve para que vea a qué se refiere. La realidad se impone y esta vista es infinitamente peor. Una enorme V de piel color miel perfecta está expuesta en el espacio que deberían ocupar los botones cerrados. Ahogo un gemido, pero no lo consigo del todo, así que suena como una especie de gimoteo que tengo que reconvertir al instante en una frustración de origen no sexual.

—Un recuento aproximado me dice que hay, al menos, ochenta mil botones ahí.

—Son cuarenta —me responde—. Tendría que haberle pedido a una de mis tías que lo hiciera antes de que llegaras, pero, por desgracia, todas están ocupadas, así que aquí estamos. Por razones obvias, sobre todo porque apenas puedo tocarme la espalda, así que mucho menos retorcerme para abrochármelos yo misma, necesito otro par de manos.

La palabra «tocarme» es como un choque de trenes en mi cabeza.

—Sí, claro —respondo con voz temblorosa por culpa de la imagen que evoca.

Pero entonces hago algo sin ni siquiera ser consciente hasta que un escalofrío recorre su espalda: acaricio su columna con uno de mis nudillos.

—Si haces eso, dudo que acabe vestida. —Se vuelve y me mira por encima del hombro—. Y ya sé lo mucho que te preocupan los límites.

—Resulta agotador ser el único firme y duro en sus convicciones —murmullo.

Fizzy suelta una carcajada, encantada, y vuelve a apartar la mirada.

—¡Eres tan predecible!

—Bueno, eres tú quien acaba de acariciarme y ha dicho «duro».

Suelto un profundo suspiro de agotamiento.

—Ha sido algo completamente accidental e inintencionado.

—Estoy empezando a pensar que mi problema con los botones, lejos de ser un descuido desafortunado, es una feliz casualidad.

El primer botón es una lata. Los agujeros son estrechos y los minúsculos botones están cubiertos de satén, lo que hace que sean increíblemente difíciles de coger. Pero más o menos a la altura del tercero, ya lo tengo controlado. Guardamos silencio mientras me abro camino desde la curva de la parte baja de su espalda hasta la suave extensión entre sus omóplatos. Y justo antes de terminar de abrochar todos los botones, tengo que contener el impulso de inclinarme y besar la piel que queda justo bajo mis dedos.

Tras abrochar el último botón de arriba, me permito un pequeño lujo y pongo la mano en su cuello mientras me inclino para mirarla. Tiene las mejillas sonrosadas y las pupilas dilatadas.

Madre mía, está tan excitada como yo.

—Tu castidad está garantizada —le digo—, porque no voy a repetirlo.

Fizzy sonríe y se aclara la garganta antes de volverse para mirarme de arriba abajo.

—Estás muy guapo.

—Gracias. Estás… —Trago saliva cuando se me ahoga la voz—. Estás impresionante.

Me recoloca la pajarita.

—Esperaba que llegaras nervioso por no saber cómo hacerte el nudo y así poder hacértelo yo.

Tiro del extremo y lo deshago.

La sonrisa que Fizzy esboza como respuesta es como un rayo de sol.

—Supongo que es justo que tú hagas algo por mí después de haber tenido que abrochar siete mil botones pequeñitos.

La sugerencia inesperada impregna el aire que nos separa. Se acerca a mí, todavía sonriente, agarra la pajarita y tira de ella para

igualar los extremos alrededor de mi cuello.

—No me ha dado la impresión de que estuvieras bajo presión.

—Ya te mandaré la factura de mi medicación para la artritis.

Titubea y su sonrisa se prolonga un instante antes de suavizarse.

—¿Listo para lo de hoy? Quizá resulte todo un poco abrumador.

—Espero estarlo. Hace bastante tiempo que no asisto a una boda elegante.

—¿La tuya?

Me echo a reír.

—No, fui de acompañante.

—¿Y esa noche acabó con tu castidad intacta?

Suelto una carcajada sincera.

—Oh, sí. Fui con la amiga de un compañero de trabajo que acababa de mudarse desde Arizona. En cuanto la recogí, supe que algo no iba bien, pero ella insistió en que no le pasaba nada.

—Ay, Dios mío.

—Pues sí. Se pasó llorando toda la ceremonia…

—Comprensible.

—Desde luego, pero luego siguió llorando durante el banquete y el baile. Cuando por fin le pregunté si estaba segura de que todo iba bien, admitió que su marido la había dejado por su asistente y por eso se había mudado, para estar más cerca de sus padres. —La mueca de Fizzy se hace más profunda mientras se centra en la pajarita—. Cuando se les pidió a los invitados que hicieran un brindis, se levantó y le dijo a la feliz pareja que disfrutaran de aquella noche porque el amor es una ilusión y los hombres son incapaces de mantener la bragueta cerrada.

—¿Eres consciente de que pienso robarte esta historia?

Asiento.

—Así que el listón está tan bajo que, pase lo que pase esta noche, no puede ser peor que aquella.

Fizzy se echa a reír.

—Vaso medio lleno. Me gusta. Pero no tienes ni idea de lo grande que es mi familia. Desde el punto de vista estadístico, eso es mucha locura junta.

Aprovecho que está ocupada con la pajarita para mirarla con detenimiento.

—Evan ha compartido conmigo información privilegiada.

Las manos de Fizzy se quedan inmóviles.

—¿En serio?

—Qué regalar, algunas de las cosas que seguramente hagamos esta mañana, como la ceremonia del té…

Su carcajada me interrumpe.

—¿Te ha contado que Peter quiere hacer una búsqueda del tesoro?

Niego con la cabeza, hipnotizado por la forma en que sus labios se convierten en un dulce mohín cuando piensa su explicación.

—En nuestra comunidad, la ceremonia del té es muy importante. Suele hacerse por la mañana y el novio y la novia suelen mantenerse separados. Al novio se le entrega una lista de tareas para demostrar su amor por la novia antes de que la familia decida si es suficientemente digno. Todo es un juego, pero las tres hermanas de Kailey son quienes lo han organizado todo y le han obligado a hacer *beer pong* a las siete de la mañana…

—¿Con cerveza de verdad?

Asiente, muerta de risa.

—Después, ha tenido que beber un brebaje de la nevera. Nos provocó náuseas. Luego tuvo que responder preguntas sobre Kailey y bailar y cantar delante de todo el mundo.

—Lo de cantar y bailar delante de todo el mundo…

—¿Estoy describiendo tu peor pesadilla?

Empiezo a decir sí, pero, durante un segundo de locura, me imagino en un universo alternativo donde soy yo el que tiene que pasar por esa ceremonia para demostrar que merezco a la mujer que tengo justo delante. Mis dudas se disipan.

—No —sale de mi boca—. Si estuviera enamorado, haría todo eso.

—¿Cargar cuarenta litros de agua media manzana utilizando únicamente cubos agujereados?

Aparto un mechón de pelo de su labio inferior.

—Por supuesto.

—¿Beber un brebaje desconocido?

—Sin problema.

—¿Sin problema? —Entrecierra los ojos—. Salsa hoisin, mayonesa, vinagre de arroz, leche de almendras, pasta de ajo y zumo de mango.

—Ni que fuera cianuro. —Me echo a reír—. ¿Acaso crees que un hombre que estuviera enamorado de una mujer no sería capaz de beberse algo asqueroso si con eso pudiera verla caminar hacia el altar mientras él la espera?

Eleva la mirada y se encuentra con la mía. Hay una mota dorada en su ojo derecho, como si una vez hubiera mirado al sol y un trozo se hubiera quedado atrapado allí. Puedo ver que se encoje cuando sus pupilas se dilatan.

Mierda.

Fizzy pestañea.

—¿Después de haber corrido cinco kilómetros en mitad de la noche

por esa hipotética mujer?

—¿Solo cinco? —Su sonrisa se difumina y miro sus manos. No parece haber progresado demasiado—. ¿Tienes idea de cómo se hace el nudo?

—Es un ángulo extraño porque eres un vikingo gigante.

—Creo que, en realidad, no has hecho ninguno nunca.

—Quizá tengas razón —dice con el ceño fruncido—, pero no soy de las que se dan por vencidas.

Levanto el mentón para facilitarle la tarea. No me importaría pasarme aquí toda la noche.

—Vale, pues parece que vamos a estar aquí un buen rato. Cuéntame más cosas sobre esa ceremonia del té.

—Bueno —dice mientras deshace lo que pudiera haber hecho hasta entonces para empezar de nuevo—, una vez que el novio demuestra que es digno, se le permite ver a la novia. Ambos se ponen la misma ropa tradicional y los novios presentan sus respetos a los familiares, de los más jóvenes a los más mayores, y le ofrecen una taza de té a cada uno de ellos. La familia les da los *lai see,* unos sobres rojos que contienen dinero, y los más mayores les dan consejos sobre… —No puede continuar. Inclina la cabeza e inspira profundamente—. La verdad es que me encanta la ceremonia del té.

El dolor recorre mi cuerpo al percibir melancolía en su voz. Rara vez se muestra vulnerable, así que resulta maravilloso y devastador al mismo tiempo ver esa pequeña grieta en su armadura.

—Ya lo veo, ya.

—En cualquier caso —dice, recomponiéndose con una rápida inhalación—, la hemos celebrado esta mañana en la casa de los padres de Kailey y hemos vuelto con tiempo suficiente para cambiarnos y ha sido entonces cuando he recordado que tengo ochenta mil botones en el vestido. —Da un paso atrás para supervisar su trabajo y frunce el ceño—. Voy a ser sincera contigo: el nudo no me ha quedado demasiado bien.

Miro hacia abajo, deshago el desastre de nudo y Fizzy me fulmina con la mirada mientras lo arreglo sin demasiados problemas.

—Tampoco te regodees tanto, gigante con cara de idiota.

—He intentado que te sintieras útil, pero acabas de decirme que tenemos prisa.

Baja su mano por mi pecho, provocando una subida de temperatura en mi piel. La mano se detiene en mi bolsillo y le da unos golpecitos.

—¿Es esto lo que creo que es?

Rebusco en mi chaqueta y saco el sobre rojo con el dinero dentro.

—Como ya te he dicho, Evan me ha ayudado a escoger el regalo.

Me mira.
—Qué encanto.
—Me cae bien —admito a regañadientes—. Es un buen tío.
—Lo es, pero me refiero a ti. Tú eres un encanto.
Frunzo el ceño.
—No soy en absoluto un encanto.
Fizzy me pellizca el mentón con delicadeza.
—Tú, de hecho, eres el más encantador de todos.

Capítulo 32

CONNOR

Mientras le abrochaba los botones del vestido y ella fingía saber qué hacer con mi pajarita, el vestíbulo del hotel se ha convertido en una locura. Hay invitados con pajarita negra por todas partes abrazándose, presentándose e incluso llorando al verse. Ante el alarde de opulencia a mi alrededor, desde la sala del banquete a la entrada del hotel, tengo la sensación de que la familia de la novia debe de tener esa clase de riqueza que a la mayoría de los mortales les cuesta comprender.

—Setecientos invitados —me dice Fizzy *sotto voce* mientras me acompaña entre la multitud—. Peter me ha dicho que han reservado varias plantas para la familia de ambas partes que ha volado desde todos los rincones del mundo.

Suelto un suave silbido intentando asimilar la decoración del pasillo que conduce al salón principal del banquete —pequeñas mesas de cóctel con bonitos ramos de flores, cuencos de cristal con bombones de chocolate y programas de la boda— y, una vez dentro, casi tropiezo conmigo mismo porque la escala de la decoración no se parece a nada que haya visto antes: las paredes están recubiertas de seda color crema y hay al menos setenta mesas decoradas con jarrones altos salpicados de flores rojas y naranjas. Nuestro destino está fuera, donde tendrá lugar la ceremonia que precederá a lo que, según ha prometido Fizzy, será una noche de comida, baile y fiesta. Pero cada pocos metros nos detiene alguien que conoce a Fizzy y ella los saluda con su habitual entusiasmo sin filtro. Las mujeres reciben un gran abrazo acompañado de un grito de alegría; los hombres tienen derecho a un beso y una broma. Me presenta, por lo menos, a cincuenta personas cuyos nombres olvido de inmediato, asombrado al ver a Fizzy en un entorno familiar: amable, cariñosa, rápida con una historia o anécdota.

Algunas personas comentan haberme visto en el programa, pero, de inmediato, desvío la atención hacia Fizzy. Que la gente me pare y me felicite por salir en televisión es algo a lo que todavía estoy intentando

acostumbrarme. No es que no me guste hacer las entrevistas, no es eso. Enfrentarme verbalmente a Fizzy no ha tardado en convertirse en una de mis actividades favoritas e, incluso, soy consciente de que funcionamos bien juntos. Pero no estoy mentalmente preparado para el reconocimiento público.

Mientras avanzamos entre la multitud, la impresión que me queda es que, para Fizzy, todas las personas que me presenta son las más impresionantes, interesantes, intrépidas o creativas que han existido. Y, entonces, cuando llegamos al enorme césped resplandeciente plagado de flores y lazos de satén, vemos a los padres de Fizzy saludando a los invitados a medida que van saliendo.

Me agarra del codo para guiarme.

—Connor, esta es mi madre, Lánying Chen.

Si tuviera que apostar, diría que tiene sesenta y pocos años, pero tiene la piel luminosa, con tan solo unas tenues arrugas alrededor de los ojos.

El cambio es sutil, pero evidente para alguien que apenas puede apartar los ojos de ella: con sus padres es más dulce, se comporta más como una hija que como la reina de la pista, más como una cuidadora que como una fiestera, llegando incluso a enderezar el colgante del collar de su madre.

Espero que me estreche la mano, pero, en su lugar, tira de mí y me abraza; es más bajita que su hija. Cuando me aparto y me encuentro con los sonrientes ojos de la señora Chen, pienso en mi madre, en lo cansada que parecía día y noche, en el pánico y la incomodidad que le habría provocado un evento como este.

Junto a la señora Chen está su marido, Ming, el hombre larguirucho que conocí en la firma de libros de Fizzy, con una sonrisa pícara que habría heredado, al menos, uno de sus tres hijos.

—¡Aquí está mi nuevo mejor amigo, que va a convertir a mi hija en una gran estrella!

Nos estrechamos la mano y Fizzy se inclina, fingiendo estar ofendida.

—Hola, padre. Perdona, pero yo ya soy una gran estrella.

—¿Entonces cuándo voy a tener mi alfombra roja?

Los dos siguen con su discusión mientras la señora Chen pasa una mano con elegancia por mi brazo.

—Me gusta tu programa —me dice—. Sales muy guapo por la tele.

—Gracias —respondo, sonriente—. Me sorprende que Fizzy le haya dejado verlo.

Por suerte, se echa a reír.

—Está claro que la conoces y eso me gusta.

Me quedo paralizado momentáneamente.

—Creo que la mayor parte del mérito es de su hija. Es raro encontrar a alguien tan auténtico y natural delante de las cámaras. Estoy empezando a pensar que no hay nada que no pueda hacer.

—Cuando escriba su novela de verdad, tú la llevarás al cine, ¿vale?

Ahora estoy confuso, pero por un motivo diferente.

—¿Su…?

Fizzy interviene.

—Mamá, cuando no está buscando mi alma gemela, está salvando el mundo. ¡No tiene tiempo para adaptaciones de literatura romántica!

Una mujer que parece ser la organizadora de la boda atrae la atención de Fizzy y se señala el reloj.

—Según parece, ya es la hora —me dice Fizzy.

Caminamos por el infinito pasillo de sillas blancas con lazo rojo. Cuando un mechón de pelo de Fizzy cruza volando su frente, lo aparto sin pensar.

Nuestras miradas se cruzan y mi corazón se sumerge aún más en ese lugar cálido y seductor.

—¿A qué se refería tu madre con eso de escribir una novela «de verdad»?

Se encoge de hombros mientras se vuelve para ver a los invitados, ahora en cantidad, dirigiéndose a sus asientos.

—Se refiere a un libro con sesudo sufrimiento.

—Suena apasionante.

—Hay mucha gente en el mundo que piensa que escribir literatura romántica no es más que un pasatiempo —dice y me vuelve a mirar. No hay tensión ni dolor en su cara—. Estoy bastante segura de que cree que solo estoy calentando antes de escribir mi obra maestra.

Quizá sea el momento de admitir que yo he sido una de esas personas o de contemplar en silencio la conexión que compartimos entre nuestras respectivas carreras profesionales frente a lo que nuestros padres piensan que deberíamos hacer. Sin embargo, digo lo primero que me viene a la mente.

—Creo que tú eres la obra maestra.

Abre la boca como si tuviera una respuesta inteligente a mi comentario, pero no pasa nada. Con una mueca torcida en los labios, niega con la cabeza.

—Tú eres…

—Algo bueno, espero.

Señala los asientos.

—El lado del novio es a la izquierda. Ahí es donde te tienes que sentar. Ve a hacer amigos.

—Vale.

—Te veré después de la ceremonia. —Se recoge el vestido y vuelve a girar la cabeza para ver el cortejo nupcial—. ¡Espero que me eches de menos! —me grita por encima del hombro.

—Ya lo hago —admito en voz baja mientras la veo alejarse.

Capítulo 33

FIZZY

He estado en una enorme cantidad de bodas en mi vida. He sido dama de honor principal dos veces (Alice y Jess) y dama de honor catorce veces, he oficiado tres bodas y he leído en dos ocasiones durante la ceremonia (una vez fue un pasaje de uno de mis libros y me sentí rara). Estoy segura de que mucha gente va a las bodas y toma nota de lo que les gusta y de lo que harían de otra forma. Piensan en la decoración, la comida y la cantidad de invitados. Se acercan y murmuran que jamás habrían puesto tal cosa ni a tal persona en la misma mesa que esa otra. Incluso puede que les pidan la tarjeta a los diferentes proveedores.

Pero jamás ha sido mi caso. Es posible que el brillo se haya perdido tras todas mis experiencias en ellas, pero creo que la boda es la parte menos romántica del romance. Claro que hay esplendor y mucha comida y la oportunidad de ponerte una ropa absolutamente extravagante. Pero también hay política familiar y estrés y la realidad es que muchas personas se gastan el equivalente a la entrada para comprar una casa en una celebración de un solo día. El amor no está en un centro floral de un metro ni en una tarta de chocolate de siete pisos. El auténtico romance está en los detalles menos bulliciosos. Quién le pide matrimonio a quién y cómo. La forma en la que se miran desde el otro lado de la habitación. La emoción que supone casarse, las noches pasadas el uno junto al otro, dando forma a su futuro. El primer momento a solas después de anunciarse el compromiso. El día después, cuando al fin se lanzan a la aventura. Y, por supuesto, el sexo.

Pero eso es algo que mejor no imaginarse sobre un hermano. Puaj.

Aparto la mirada de Peter y de su nueva mujer, Kailey, justo cuando la besa una versión más adulta de la persona que solía sujetarme para tirarse pedos en mi cara.

Se aleja con una sonrisa en los labios y allí, justo allí, está lo que he venido a ver: una auténtica mirada de asombro. El primer instante de contacto visual, ese grito silencioso de «¿de verdad estamos casados?».

Peter puede ser un estúpido egoísta y jamás le perdonaré que me cortara la coleta cuando tenía trece años, pero está enamorado de Kailey. Será bueno con ella.

Y, con un poco de suerte, la dejará embarazada pronto y dejarán de centrarse en mi condición de perpetua soltería.

«A menos que termine casándome con alguno de los candidatos», me recuerdo.

Ese pensamiento resuena en mi cabeza, pero sigue pareciendo una pelota de tenis rebotando contra paredes vacías. Observo a la feliz muchedumbre y mis ojos se dirigen directamente a Connor, en mitad del grupo, de pie, como un rascacielos en un barrio residencial. Y mira por dónde, él también me está mirando a mí.

Necesito diez minutos para abrirme paso entre la gente y llegar hasta él y, tras ponerme al día con la familia, detenerme para hacerme fotos e incluso indicar a una persona dónde se encuentran los aseos, por fin consigo atisbarlo charlando, con gente a su alrededor. Madre mía, me encanta que sea tan fácil de encontrar, que le quede tan bien el esmoquin negro de corte ajustado y que se haya dejado el pelo más alborotado y suave, no tan meticulosamente peinado como antes. Pero su imagen ya no es, ni mucho menos, lo más interesante de él. Como persona, es alguien realmente cariñoso, alguien que te ofrece un contacto visual sincero. Me encanta la forma que tiene de interactuar con mi madre, la forma en la que parecía emocionarse al conocer a todos los que nos paraban camino del jardín. La forma en la que pone todo su ser en todo lo que hace y se permite ser emotivo cuando habla de su hija. A Connor Prince III deberían concederle la medalla de oro a la escucha activa en las olimpiadas del romance. Cuesta creer que hace tan solo unos meses solo viera en él el arquetipo del protagonista de plástico. Ya no es un ejecutivo millonario guapo ni el británico guapo ni un leñador sensible, ni tan siquiera un padrazo buenorro… Es solo Connor.

¿Cómo pude pensar que era alguien aburrido y desagradable, un cliché? Ahora me cuesta mucho no verlo como mi alma gemela.

Por suerte, ya he conseguido llegar hasta él, justo cuando está con una de las amigas del instituto de Peter, una rubia llamada —juro que es verdad— Ashley Simpson. Cuando digo que Ashley está literalmente colgada del brazo de Connor, lo digo muy en serio: imaginemos una roca gigante y, luego, un percebe. Ashley me cae bien —aunque jugueteó con el corazón de Peter durante años cuando él

todavía creía que el físico era más importante que el cerebro y, luego, fue ella la que lo persiguió sin descanso cuando él se dio cuenta de que el cerebro era más importante que el físico—, pero estoy justo detrás de ellos a tiempo para oírla preguntar a Connor si podría concederle el primer baile, y mi estómago se llena con un calor intenso y violento.

Me paro en seco. Todavía no me ha visto. Debería aceptar. No me gustaría, pero sería la forma perfecta de poner fin a esta cosa extraña, inapropiada e insostenible que tenemos. Se supone que debería gustarme Isaac, Dax o Nick. (Quizá Jude. Creo que podríamos estar todos de acuerdo en que Evan no. Pero Connor *seguro* que no).

—Lo siento, pero mis pasos de baile pertenecen a Fizzy —responde Connor con gran educación.

Mi corazón vuela en caída libre hasta mi estómago.

En la despedida de soltera de Jess, estábamos divagando borrachas, como cabía esperar, sobre las pequeñas y grandes virtudes de River que hacían que fuese perfecto para ella. Dado que todas las demás ya estaban casadas, el tema desembocó inevitablemente en mí y mi fracaso amoroso con Rob. El grupo era pequeño —solo seis—, pero todas se esmeraron mucho en intentar tranquilizarme porque soy estupenda, me merezco el mejor hombre del planeta y, fuera quien fuese ese ser humano mágico, estaba ahí fuera esperándome.

En su momento no me lo creí y, a pesar de estar haciendo el programa, no estoy segura de creérmelo del todo todavía. Durante las dos últimas décadas, he tenido muchas citas. Siempre había dado por hecho que no era demasiado exigente; me gustaba jactarme de que no tenía un tipo concreto. Tuve unos cuantos miles de primeras citas formidables y un puñado de segundas citas divertidas. Y luego, eso era todo. Me he sentido atraída por mucha gente, pero rara vez las emociones entraban en juego. Visto en retrospectiva, mis sentimientos por Rob se beneficiaron del brillo residual de Jess y River. Pero, para ser sincera, la relación era bastante superficial. No sabía nada de su vida (obviamente) y, desde luego, jamás me había hecho sentir como me siento ahora.

Oh, mierda, eso no suena mal. Abro el bolso para buscar mi libreta, pero no hay nada dentro. Aunque hubiera vuelto a llevarla conmigo, este bolso tiene el tamaño de una galleta.

De pie, detrás de Connor, viendo cómo rechaza con amabilidad y firmeza a una mujer objetivamente guapa, sabiendo que no le gustan las relaciones casuales y que me comprende y admira lo suficiente como para poner toda su carrera profesional en mis manos, que si siente por mí al menos una mínima fracción de lo que yo siento por él,

y que está poniendo su corazón al límite por hacer este programa conmigo, me doy cuenta de que lo que le dije hace unas semanas es verdad: no tengo un tipo.

Aunque puede que tenga uno.

¿Alguna vez te han abofeteado? ¿Y te has abofeteado a ti misma? Pues esto es un poco así. Cierro los ojos con fuerza, con la esperanza de que el pánico desaparezca. Si estuviera escribiendo este momento, describiría la taladrante certeza de que los sentimientos que tanto había estado ignorando llevaban tiempo conmigo. Quizá haría que la protagonista se tambaleara o que se bebiera de un solo trago una copa medio vacía de champán para atemperar la aparición repentina de la vertiginosa ansiedad. Pero, en realidad, las epifanías se parecen más a tu alma abriendo una enorme boca y lamentándose: «Oh, soy tan estúpida».

Me acerco a la pareja, tragándome la enorme bola que tengo en la garganta.

—Eh, hola, ¿qué tal?

Connor se da la vuelta, se libera del agarre de Ashley y pone su mano en la parte baja de mi espalda. Su «ey» de respuesta es bajo y cálido, impregnado de miles de sentidos. Miro a sus ojos y sé que no me lo estoy imaginando. Esa única palabra dice «Ey, estás ahí» y «Ey, ¿has escuchado la conversación que acabamos de tener?» y «Ey, te he echado de menos» y «Ey, ¿recuerdas esa vez que echamos un polvo rápido e intenso y fue alucinante?».

Ashley se da la vuelta a su lado, sonriente.

—Hola, Fizzy.

Aparto la mirada de la de Connor.

—Hola, Ashley. Gracias por venir.

—¡Faltaría más! Acabo de conocer a tu productor. ¿Podría tener mi propio programa de citas después del tuyo y que él sea uno de los candidatos?

Le dedico una sonrisa tensa y miro a Connor como diciéndole: «¿Mejor te encargas tú de esto?».

Él me devuelve la mirada, al parecer divirtiéndose con la situación.

—Ya le he dicho que estoy mucho más cómodo tras la cámara y que has sido tú la que me ha obligado a hacer las entrevistas.

—Me parece increíble que lo estés haciendo, Fizzy —continúa Ashley—. Me lo habían comentado, pero no tenía ni idea de que fuera tan popular. Connor me ha dicho que esta noche se emite el segundo episodio.

—Está siendo popular porque Connor está haciendo un gran trabajo.

—Con todo, no deja de resultar curioso. —Su risa resuena como pequeñas campanillas puntiagudas—. Unos cuantos estábamos comentando antes que, dado que eres escritora de literatura romántica, deberías saberte todas las formas y lugares para conocer gente, ¿no? Si no puedes conocer a alguien de la manera habitual, está claro que no hay esperanza para los demás.

Siento que la sonrisa se borra de mi cara y no hay nada que pueda hacer para evitarlo. Se me escapa una carcajada incómoda. Por lo general, detecto este tipo de indirectas malintencionadas a kilómetros de distancia. Suelo tener preparada una respuesta inteligente para contratacar.

¿Que cómo es que una experta en romance sigue soltera?

«Tengo que seguir investigando el mercado, ya sabes».

«Cuesta mucho encontrar al hombre adecuado después de haber descrito al protagonista perfecto».

Incluso un simple «No tengo tiempo para una relación» ni se me ocurre. Me siento como un cervatillo asustado en mitad del bullicio del cóctel de la boda de mi hermano pequeño. En este vestido que Connor me ha abotonado con tanto cuidado y con mi familia a mi alrededor, invadida por estos nuevos y enormes sentimientos, debería sentirme invencible, pero no. Soy la típica solterona. ¡Qué fácil resulta destrozar y luego remodelar a alguien con tan solo unas cuantas palabras!

—Creo que, cuando se está en el ojo público, resulta muy difícil encontrar a la persona adecuada —interviene Connor—. Es lógico que Fizzy sea cautelosa.

Ashley resopla.

—¡Ay, pero qué encantador eres! Me refiero a que Fizzy solía salir con, literalmente, cualquiera.

—Sí —responde Connor con una sonora carcajada—. Porque todo el mundo quiere salir con ella.

Ashley hace una especie de mueca. Es un «Ah, vale, tío» apenas contenido. Es una risa reprimida.

La sonrisa de Connor no desaparece, pero tampoco es natural ya.

—¿Has leído alguno de sus libros?

Ashley niega con la cabeza.

—Oh, no, no leo libros que solo contienen romance. Necesito algo de trama también.

Connor se queda paralizado y en silencio.

—Hay mucha trama. Y las de Fizzy son especialmente buenas.

Lo miro con cariño. ¡Pero qué mentiroso, sigue fingiendo que se ha leído mis libros!

—Oh, no me cabe la menor duda…

—La gente cree que la literatura romántica solo va de sexo y, en algunos casos, así es y no tiene nada de malo, pero también va de cambio social y de retar el *statu quo,* como quién cree el mundo que merece un final feliz —continúa Connor, consiguiendo, de alguna forma, interrumpirla sin llegar al insulto.

—Y sobre piratas —digo, con el corazón iluminado como un cartel luminoso de Las Vegas en mi caja torácica—. No te olvides de los piratas.

—Y, a veces, hay piratas. —Me sonríe antes de volverse hacia Ashley—. Fizzy es una de las mejores escritoras que he leído y tiene millones de lectores.

Dibuja un círculo, despacio, en mi espalda. ¿Acaso será consciente de que lo está haciendo? Me está embriagando de deseo.

—Le ha hecho un favor a la cadena aceptando y las audiencias se deben totalmente al carisma en pantalla que tiene con todos los candidatos. —Suelta una carcajada espontánea y contundente—. Dios, parezco un productor, ¿no crees? —Le resta importancia con un gesto de la mano y una sonrisa autocrítica—. Bueno, en cualquier caso, será mejor que deje de presumir de ella. Ha sido un placer conocerte, Amy.

Con mano firme, me aleja de ella.

Dejo que me arrastre de vuelta al sendero de hierba y luego al interior, donde una orquesta está tocando durante el cóctel. Connor coge dos copas de champán de una bandeja que pasa y me entrega una.

—Ha sido impresionante —le digo.

—Literalmente, me lo ha puesto en bandeja. Vas a tener que subir el nivel un poco más.

Le doy un golpecito con la mano libre en su fornido hombro, muerta de risa.

—Eso no. La forma en la que le has parado los pies con delicadeza.

Connor bebe un sorbo, con los ojos fijos en mí.

—Comprendo muy bien sus ideas preconcebidas porque yo solía compartirlas. No estaba basado en datos objetivos porque, de hecho, jamás había leído una novela romántica. Supongo que también es su caso.

—¿Y qué ha pasado?

—Nat me puso firme y me leí tus libros.

—Sí, claro, pero supongo que, como mucho, te habrás leído uno.

—Me los he leído casi todos. —Me sonríe—. Es que son muchos.

Me quedo paralizada con la copa en los labios. Las burbujas del champán saltan y me hacen cosquillas en la piel.

—¿Qué?
—Te dije que lo haría.
—Sí, pero eso solo es algo que se dice.
Niega con la cabeza.
—No en mi caso.
—¿Y tus ideas preconcebidas?
Bebe champán, inclinando la cabeza hacia atrás y flexionando el cuello. Una vez que ha bajado el líquido, busca mi mirada.
—Cuando me equivoco, no tengo problemas en reconocerlo.
Puedo oír el latido de mi corazón. ¿Acaso estoy ante la fantasía de la Fizzy de treinta y siete años? ¿Honestidad, responsabilidad y comunicación abierta?
—Por cierto, se llama Ashley, no Amy.
Esboza una sonrisa malvada.
—Lo sé.
Ni siquiera sé qué hacer con las mariposas que revolotean en mi pecho. Esta burbuja de alegría que crece en mí va a hacer que salga volando y aterrice de espaldas si no consigo aferrarme a él de alguna forma. Peter y Kailey siguen fuera, en la típica sesión de fotos de recién casados. Tenemos una larga noche ante nosotros, con cena, brindis, baile y tarta, así que voy a intentar aprovechar este momento de tranquilidad. Le quito la copa a Connor, la dejo sobre una de las mesas altas y me lo llevo a la pequeña sala de baile, donde unas cuantas parejas se mecen despacio al ritmo de la música.
Me mira con curiosidad, pero me rodea la cintura con los brazos mientras yo deslizo los míos por su pecho hasta llegar al cuello.
—Esta postura es muy sexi —me susurra al oído.
—Bueno, es que siento cosas muy sexis por ti.
—¿Pero públicamente? —me pregunta.
—Tú solo concédeme este baile, padrazo superbuenorro.
Se relaja contra mí, con las manos apoyadas en la parte baja de mi espalda, y yo apoyo la mejilla en su pecho.
—Tienes unos músculos estupendos.
—Gracias.
—Eres un tío cachas muy elegante.
Una risa silenciosa me acaricia la sien.
Cierro los ojos.
—Me pones muy difícil enamorarme de otra persona.
La verdad de mis palabras me abruma, como un ancla que tira de mí hacia abajo.
Guarda silencio durante cinco, diez o treinta segundos. Sigo esperando a que el remordimiento se apodere de mí o a encajar ese

silencio como un rechazo, pero más bien parece aceptación. Me está abrazando con mucha fuerza.

—Quizá podamos escaparnos de aquí más tarde y ver el episodio —le propongo.

—Estaría bien.

—Nada de trucos —añado—, a pesar de lo que acabo de decir. Sé que podemos comportarnos como dos compañeros de trabajo que están viendo un programa juntos.

Me doy cuenta de que tampoco dice nada al respecto. Y entonces caigo.

—Espera. ¿Tienes que volver a la oficina esta noche o, no sé, estar disponible de alguna forma?

—No —responde—. Blaine se encarga. Él sabe que era un trabajo importante acompañarte esta noche.

—Ah, vale, un trabajo.

—Finjo que me das mucho trabajo. Así gano puntos con el jefe.

—Doy mucho trabajo, sí.

Mi comentario le hace reír.

—Felicity, eres lo más fácil de mi vida.

Lo miro y observo cómo se da cuenta de sus propias palabras. Su cuello adquiere un tono rojizo y hace que las puntas de sus orejas se sonrosen.

—Sabes a qué me refiero.

—Sé a qué te refieres, pero no estás siendo sincero. Objetivamente hablando, soy una persona difícil.

Apoya el mentón sobre mi cabeza.

—Bájate de la nube.

Me río sobre su camisa y cierro los ojos.

Mierda, es perfecto. Esto es horrible.

Capítulo 34

CONNOR

El baile lento con Fizzy es el último momento de paz que tenemos durante más de cuatro horas porque lo que viene después es el acontecimiento más lujoso e impecablemente planificado al que he asistido en mi vida. Hay un opulento banquete de ocho platos, discursos sorprendentemente tiernos, baile desenfrenado, tarta y, entremezclado con todo eso, una cantidad infinita de personas queriendo ver a Fizzy, abrazarla y hacerse fotos con ella. Suele describirse a sí misma entre bromas como la gran decepción de la familia, pero siempre había tenido la sensación de que había algo de verdad en ello y, esta noche, la desconexión interiorizada me asombra. Al verla, queda claro que todo el mundo en aquella sala la adora y, aunque no es el día de su boda, la atención que recibe hace que parezca que un haz de luz la sigue a todas partes.

O quizá solo sea como yo lo veo.

A decir verdad, soy incapaz de apartar los ojos de ella. Y cuando se acerca a mí con una botella de champán sin abrir en la mano y me hace señas con la cabeza para indicarme que quiere escaparse, mi corazón se hunde dolorosamente en el pecho. No me había dado cuenta, hasta que la oportunidad se ha presentado ante mí, de lo mucho que me apetecía volver a estar a solas con ella antes de que acabara la noche.

—¿Te tienes que ir o prefieres venirte arriba conmigo para ver el episodio de esta noche juntos?

Sé que la respuesta correcta es que debería irme a casa. También sé que, en lo que respecta a esta mujer, siempre me toca a mí establecer los límites y que mis sentimientos por ella están contenidos tras un pared muy fina y frágil. Debería esforzarme más por proteger mi corazón.

Pero con dos copas de vino en la sangre y embriagado por su proximidad durante toda la noche, la respuesta incorrecta es inevitable.

—Nadie me espera esta noche. Stevie está con Nat.

El bullicio sigue siendo intenso a nuestro paso y el silencio de la noche nos envuelve en una burbuja de ecos lejanos cuando llegamos al vestíbulo. Fizzy pulsa el botón del ascensor y ambos miramos hacia arriba, esperando que la flecha se ilumine.

—Tu familia es increíble.

Se echa a reír.

—Lo gracioso es que creo que lo dices en serio.

—Así es.

—Bueno, si estás buscando esposa, mi tía Cindy estaría más que dispuesta, por si las trescientas veces que te lo ha dicho no te lo hubieran dejado claro.

Entonces recuerdo que llevo en el bolsillo una servilleta de cóctel con un número de teléfono escrito con lápiz de labios. La saco y la tiro a la papelera.

—No, gracias.

—¿Ese era el número de Ashley?

—Sí.

Fizzy me sonríe justo cuando llega el ascensor y entramos.

—Tú eres mi favorita.

—Más te vale.

—¿Ya has visto el episodio de hoy? —me pregunta.

La miro con curiosidad.

—Lo he editado en su mayor parte, sí.

—¿Es bueno?

—La duda ofende.

—Voy a necesitar que me desabroches los botones —me dice, señalando con naturalidad su vestido, como si me estuviera pidiendo que le quitara una pelusa o que recogiera la ropa del tinte.

Se me reseca la boca.

—Ya me lo imaginaba.

—Me comportaré.

—No, no lo harás —respondo con una risa.

—Prometo que, al menos, lo intentaré. ¿Qué te parece?

—Vano e ingenuo, pero valoro el esfuerzo.

Se abren las puertas del ascensor y me lleva por el pasillo hasta su habitación. Cuando desliza la tarjeta y entramos, el silencio se apodera de nosotros mientras suelta el bolso y las llaves en la mesa, y un ataque de pánico me consume. No soy idiota; sé exactamente cómo empieza el sexo. Ya me he acostado con ella antes, estoy medio enamorado y ambos estamos algo borrachos por la fiesta y el champán. Acompañarla aquí ha sido una idea horrible.

Fizzy se acerca y me da la espalda.

—Te toca.

Por suerte —o por desgracia, según se mire—, desabrocharle el vestido me lleva mucho menos tiempo que abrocharlo. Pero, para mi alivio, cumple su palabra y no lo deja caer al suelo al instante, dejándome frente a la complicada lencería de encaje que pudiera llevar debajo. Se aleja con una mano sujetándolo por delante y me sonríe por encima del hombro.

—Voy a cambiarme en el baño. Mientras, ve poniendo el programa.

Encuentro el mando a distancia, conecto la aplicación adecuada y lo dejo listo para reproducirlo. Aprovecho que Fizzy sigue cambiándose para salir al balcón y llamar a Stevie. La fría brisa marina refresca mi piel sonrojada e inspiro profundamente antes de sacar el móvil del bolsillo.

Cuando Nat responde, de fondo oigo otra voz entrecortada cargada de adrenalina, parloteando con entusiasmo.

—Saludos del club de fans de Wonderland —dice Nat.

—¿Otra vez? —pregunto entre risas.

No estaba muy seguro de que Stevie estuviera todavía despierta, pero debería habérmelo imaginado. Desde que Fizzy se lo dio, ha debido de ver el DVD del concierto, al menos, diez veces.

—Lo está viendo con Insu y le está contando con pelos y señales todo el concierto contigo y Fizzy. Que sepas que estás nominado a padre del año. ¿Qué tal la boda?

—Muy bien.

—¿Qué tal está Fizzy?

Ah, ahí está la pregunta.

—También muy bien —digo con una exhalación de dolor.

—Ya veo, ya.

—Hemos subido a su habitación para ver el programa. Se está cambiando.

Casi puedo oír cómo Nat arquea la ceja al otro lado de la línea.

—Vaaale.

Aparto de mi mente la imagen de la espalda desnuda de Fizzy antes de darse la vuelta para coger el pijama del cajón y meterse en el baño.

—No pasa nada —le digo.

Pero lo que no le digo es que esta mañana metí un par de condones en la cartera. No voy a acostarme con Fizzy. No voy a hacerlo. Pero la consecuencia de no estar preparado para este tipo de situaciones va a cumplir once años en enero. No me lo tienen que repetir dos veces.

Me acerco a la barandilla del balcón. Durante el día, es bastante probable que la habitación de Fizzy tuviera unas vistas impresionantes del océano. Ahora, lo único que puedo ver es una gran masa oscura de

movimiento agitado en la distancia. La proximidad se hace más evidente por el fuerte sonido de las olas al romper. La incesante turbulencia es fiel reflejo de lo que está sucediendo en mi pecho.

—En cualquier caso, he llamado para desearle buenas noches a Stevie, pero, si está ocupada, ya hablaré con ella por la mañana.

—¿Estás seguro? Puedo ir a buscarla.

—No, deja que instruya a Insu. Tiene que saber a qué se enfrenta exactamente. —Me vuelvo cuando oigo a Fizzy moviéndose por la habitación—. De todas formas, tengo que irme. No olvides ver el programa esta noche. Necesito saber tu opinión.

—¿Acaso no te la doy siempre?

Sonrío porque sí, lo hace siempre.

—Dile a la enana que la quiero y que tengas una buena noche, Nat.

—Lo haré. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Cuando voy a entrar en la habitación, me quedo con un pie dentro y otro fuera. Fizzy había dicho que se iba a poner algo cómodo. Estúpido de mí, había pensado que se refería a un pijama de franela y manga larga, no a unos pantalones cortos y una sudadera corta. Ahí, frente a mí, tanta carne.

—Pero ¿qué diablos te has puesto? —le pregunto con cierta rudeza.

—Esto es lo que me pongo para dormir. ¿Esperabas que me pusiera un mono de esquí?

—Sí.

Señala el balcón con la barbilla.

—¿Todo bien?

Vuelvo en mí al instante.

—Sí. Solo le estaba deseando buenas noches a Stevie.

—Apuesto a que siente mucho no haber pasado el sábado contigo.

—En realidad, no. —Dejo el teléfono en el tocador, me deshago el nudo de la pajarita y me desabrocho el cuello de la camisa, ahora consciente de cómo había sonado aquello—. No me malinterpretes. Nos lo pasamos muy bien juntos, pero tampoco sufre estando sola. Esta noche está viendo Wonderland con Insu.

—El sueño de toda chica.

—Pues sí. Todos hemos tenido que aprender a seguir adelante cuando mi agenda se complica —admito mientras tiro la pajarita a la silla—. Tengo mucha suerte de que Nat sea tan flexible, sobre todo últimamente.

Fizzy coge la botella de champán, la abre, se sube en la cama y se sienta en ella con las piernas cruzadas.

—Sois la pareja de divorciados mejor avenidos que conozco. —

Bebe un sorbo—. Tengo una amiga que solo habla con su ex a través de su abogado.

—Ha sido algo a lo que nos hemos tenido que acostumbrar.

Miro a mi alrededor. Aparte de una cama y un tocador, solo hay una silla muy moderna y con pinta de poco cómoda en un rincón. Voy a tener que sentarme con ella en la cama. Mierda.

Fizzy debe percibir mi duda, porque da unos golpecitos en el colchón.

—Ven aquí —me dice—. Vamos a ver esto.

Me siento y dejo el mayor espacio posible entre los dos, que no es mucho, teniendo en cuenta que se ha colocado justo en el centro. Con un brillo juguetón en la mirada, me entrega el champán. Tengo la sensación de ser la presa en una cacería. Bebo un gran sorbo.

Las burbujas me calman el estómago cuando Fizzy pulsa el botón para reproducir el programa. La sintonía es una canción pegadiza horrible, para ser sincero, pero que juega a nuestro favor. Se ha usado en infinitos vídeos y memes en las redes sociales o, al menos, eso me ha dicho Brenna. Fizzy se remueve un poco cuando aparece Lanelle.

—Adoro a esta tía.

—Está genial.

Me encanta esta energía. Solo los dos, viendo algo que hemos creado juntos.

Lanelle hace un breve resumen sobre en qué punto estamos en el programa y luego vemos una serie de cortes rápidos de los concursantes previos, ahora eliminados. Hay una transición suave a la reunión de Fizzy con el resto de los candidatos en la cocina industrial. Lanelle explica cuáles serán las actividades de la semana y la cámara se acerca a Fizzy cuando elige quién la acompañará en cada cita. Se muestra divertida y sexi y rezuma carisma.

—Has nacido para la televisión.

—Cuesta mucho no caer en la autocrítica —dice.

—Ya lo veo, ya.

Antes de que pueda reconfortarla un poco, aparece Colby atándose el delantal para la actividad de cocina. En su momento, quedó bastante claro desde el principio que la posible química que hubiera podido tener con Fizzy durante la primera cita no se ha trasladado a la segunda, pero hemos hecho un buen trabajo haciendo que parezca menos evidente de lo que lo fue en directo.

Cortamos para la publicidad y Fizzy me quita la botella para beber.

—¿Cuál crees que habría sido la reacción si le hubiera dado un puñetazo a Colby en esa cara de machito sabelotodo?

—Como productor tuyo que soy, no te lo recomendaría.

—¿Y como amigo?

Recupero la botella y sonrío mientras me la acerco a los labios.

—Te diría que le pegaras otra vez.

Se echa a reír y se tumba bocabajo con los pies hacia el cabecero de la cama. Disfruto de la vista de sus piernas, completamente desnudas. Estoy bien jodido si tengo que pasarme toda la noche viéndola en citas con otros hombres en la televisión con la perfecta curva de su trasero justo delante de mí, sobresaliendo por debajo de sus minúsculos pantalones.

Me tumbo junto a ella, copiando su postura.

—Apuesto a que Colby no supera la semana.

—O Jude. —Levanta el mentón cuando aparece en pantalla, caminando hacia ella, en el parque donde van a plantar árboles—. Sinceramente, me impresiona mucho lo bueno que eres en tu trabajo.

—¿Por qué lo dices?

—Esta cita —dice, señalando la televisión con la cabeza— parece muy íntima, como si estuviéramos en ese parque tan bonito completamente solos. Has capturado mis expresiones de una forma que parece que estoy extasiada con él. Y Jude… ¡Míralo! ¿Qué filtro has usado? Lo necesito para mi cara todo el tiempo. Parece que está bueno, en vez de con cara de tonto. —Se echa a reír—. En realidad, hacía más de treinta grados, había humedad y el parque estaba lleno de gente. —Se señala—. ¿Ahí estaba mirándolo a él o a ti? Te juro que me pasé todo ese día mirándote.

—Pues quizá deberías trabajar un poco eso —le digo, dándole un empujoncito en el hombro—. Aprecio mucho que alimentes mi ego, pero la audiencia tiene que imaginarte enamorándote de alguno de ellos.

Fizzy pone los ojos en blanco.

—Nadie se va a creer que me voy a enamorar de un tío que ha utilizado la expresión «literatura vampírica legítima» en serio.

—Un auténtico experto en vampiros habría pillado tu broma sobre Volterra.

Fizzy se incorpora y me mira.

—¡Sabía que la habías entendido!

—Solo las películas recaudaron más de tres mil millones de dólares en todo el mundo. Y Nat arrastró a toda nuestra pandilla de la universidad a ver *Luna nueva*.

Fizzy se vuelve a acomodar para seguir viendo el programa y no puedo evitar preguntarme qué pensará la audiencia después de haber visto a Jude fracasar tanto como Colby. Pero entonces aparece Isaac en pantalla.

Me perdí la mayor parte de esa cita en directo, así que me sorprendió mucho cuando me senté en la sala de edición a verla. Incluso sin editar, la grabación de ambos juntos rebosa tensión sexual. Cuando Fizzy pierde la zapatilla en alguna parte del recorrido, se convierte en una comedia muy divertida mientras intentan recuperarla sin bajarse de la bicicleta, muertos de risa. En cada imagen de Isaac escuchándola mientras habla, parece embelesado. Fizzy también parece estar disfrutando y no ha sido necesaria ninguna edición creativa. Se está divirtiendo y parece que está intentando impresionarlo de verdad. Jamás había visto a Fizzy intentando impresionar a alguien.

—Hacéis buena pareja —le digo.

—Me gusta.

Me molesta la devoción que percibo en sus palabras. Por supuesto que le gusta. Objetivamente, es un tío estupendo, se interesa por ella y está disponible. Debería estar animándolo, pero solo quiero gritar «¡corten!» cada vez que la hace sonreír.

Me asusto cuando me pincha el costado con el dedo índice.

—Pareces un poco pensativo. ¿Te pasa algo?

—No, nada. Solo estoy viendo este muy bien editado episodio tranquilamente.

—Ya, ya.

Mi mirada captura cómo sus labios se humedecen con un sorbo de champán para luego secárselos con el reverso de la mano. Me obsesiona su carcajada cuando hace algo vergonzoso en pantalla. Su absoluta falta de timidez o pretensión me tiene embelesado. Igual que su forma casual de agitar los pies a nuestras espaldas, con sus piernas desnudas rozándose entre sí, tan visiblemente suaves y flexibles.

Fizzy me observa.

—Me estás mirando.

—Porque estás monopolizando el champán. —Sé que debería tomármelo con calma, pero la verdad es que ese barco ya ha zarpado—. Dámelo.

Me lo pasa con una sonrisa de satisfacción y cambia de postura para apoyar la barbilla en sus manos dobladas mientras ve el confesionario de Isaac conmigo, como al final del programa, donde admite que Fizzy lo intimida, pero que cree que es bueno que un hombre se sienta así cuando de verdad le gusta una mujer.

—Es un buen tío.

El fuego se reaviva en mi pecho.

—Sí que lo es, sí.

Me mira por encima del hombro.

—Guau, está claro que se te ha atragantado mi declaración, ¿no?
Me señalo la garganta.
—Champán. Me he atragantado con el último sorbo.
—Me pregunto por qué me resultas tan sexi cuando mientes.
La ignoro y se vuelve para mirarme, con la luz de la televisión iluminando su rostro.
—¿Quién crees que va a ganar?
—Ni idea.
—Seguro que tienes alguna idea. Ya solo quedarán cuatro la semana que viene.
—Creo que Isaac tiene bastantes posibilidades. Brenna me ha dicho que en internet lo adoran.
—¿Brenna te ha dicho eso? ¿Es que tú no entras en internet para nada?
—Me conecto a internet con frecuencia, pero no entro en las redes sociales si puedo evitarlo.
—No hace falta que lo jures. —Vuelve a coger la botella—. He cotilleado tu Insta. Tienes una foto de los piececitos de Stevie sobre los pedales de una bicicleta y luego la foto de un perro de hará, por lo menos, cuatro años. Y eso es todo.
Me echo a reír.
—No necesito que el mundo sepa qué estoy haciendo a cada segundo.
—Sexi. —Me estudia—. Pero como productor, ¿no necesitarías saber qué es tendencia?
—Hace falta que algunos de nosotros veamos el programa como unidad independiente, aislados, para que el arco argumental de encontrar tu auténtica alma gemela sea coherente y real. —Arquea las cejas como si le acabara de confesar que soy vegano convencido—. Fizzy, no soy altruista. Otros miembros del equipo se encargan de hacer un seguimiento de las votaciones. A mí solo me llega la cantidad final. Todo es un auténtico lío hasta que se cierra la ventana y no me gusta verlo en directo.
Se vuelve sobre un costado para poder mirarme a la cara.
—¿Así que quieres que gane Isaac?
No hay forma humana de responder a esa pregunta con sinceridad sin sonar posesivo, celoso o iluso.
—Creo que es el mejor concursante de los que quedan.
—Eso no responde a mi pregunta.
—Pues mala suerte, porque esa es la única respuesta que tengo.
—¿Y hay alguno que te hubiera gustado que no hubieran eliminado?

—Jude, si es que lo eliminan esta semana, y solo por el factor cómico. —Le doy un golpecito en la nariz—. Colby, porque me gusta cuando te pones combativa.

—Jude no sabría qué hacer conmigo.

—Cariño, ninguno de estos pobres incautos tienen la más mínima idea de qué hacer contigo y eso incluye al tipo que ya tuvo una oportunidad en su momento.

Se echa a reír.

—¿Y tú sí?

—¡Por supuesto que sí! —Vuelvo a coger la botella de champán y doy un largo trago—. Aceptarte como eres y follarte hasta dejarte sin aliento por la noche.

Me paso el reverso de la mano por la boca y me estiro para dejar la botella vacía en la mesita.

Junto a mí, Fizzy guarda silencio. Ahora soy yo quien la observa. Su mirada es dulce y sus labios, relajados.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso me equivoco?

—No.

Me mira como si quisiera matarme y eso hace que me ría.

—Seguro que no soy la primera persona capaz de ver a través de todas esas risas y esos discursos apasionados, Fizzy. Disfrutarías teniendo a un hombre que comprendiera que solo quieres un buen amigo sexi que te haga reír y correrte a partes iguales. Honestamente, tampoco es tan difícil.

Vuelve a tumbarse bocarriba, mirando al techo.

—¿Qué? —Me acerco a ella—. ¿Te ha parecido ofensivo? ¿Le he faltado al respeto a tus deseos más ocultos?

—Disfrutar —me dice.

—¿Qué pasa?

Me mira.

—Has utilizado el verbo «disfrutar». Has dicho que disfrutaría teniendo un hombre. No que quiero o que necesito, ni siquiera que merezco. —Vuelve a centrar su atención en el techo y sonríe—. Tienes razón. Disfrutaría muchísimo teniendo un hombre así. Me encanta esa forma se expresarlo.

—¿Por qué crees que eres complicada?

—Porque todo el mundo lo piensa.

Agito la cabeza y me vuelvo para mirarla, apoyando la cabeza en mi mano.

—Pues yo no. Eres un cubo de Rubik de cuatro bloques.

Se echa a reír y me da un puñetazo en el pecho.

—Eh.

—Un laberinto con una línea recta en el centro. Solo que la mayoría de los tíos son bastante estúpidos.

Le encantaría poder enfadarse conmigo, pero el brillo en sus ojos indica justo lo contrario. Me aparta el pelo de la frente.

—Cuidado —me dice.

—¿Cuidado por qué? —Sus suaves labios están húmedos, y su desnudo cuello infinito me resulta cada vez más apetecible. Puedo verle el pulso justo debajo de la mandíbula y me encantaría poder meter la cara en ese hueco y absorber el fuego de su piel bajo mi tacto —. ¿Me vas a castigar por haber sido sincero contigo y decirte que, en realidad, no eres más que una blandengue?

Recorre mi sien y mi mandíbula con sus dedos.

—¿Estás intentando que te desee?

—Creo que ese es justo el problema —respondo, ajustando mi cabeza en la mano—. Que no tengo que intentarlo.

Fizzy sonríe de forma distraída.

—¿Porque eres demasiado sexi?

—Obviamente.

Se gira sobre su costado y acaricia mi labio inferior. Ni siquiera un tren a toda velocidad sería capaz de convencerme para que evitara su tacto. También puedo ver en sus ojos que ha comprendido a qué me refería. No tengo que intentar nada con ella porque todo entre nosotros es realmente fácil. Obvio. Bueno. La idea de que termine con un Jude o incluso un Nick me parece irrisoria en estos momentos.

Pero también me lo parece la idea de que termine conmigo.

En un intento de disipar la niebla del alcohol y el deseo, me aparto de ella. Intenta reubicarse y aparta la mirada de mis labios.

—Oh, oh —susurra—, se ha roto el hechizo.

—No, pero ya es tarde. Seguro que mañana por la mañana tendrás más celebraciones de boda. Debería irme a casa.

Fizzy frunce el ceño.

—Pongámonos una peli o algo. Has estado bebiendo.

—Cogeré un taxi.

Me muevo con la intención de bajarme de la cama, pero ella me agarra del brazo y me detiene.

—Connor. Deberías quedarte. Sé comportarme. Lo prometo.

Me echo a reír.

—Tú no eres la única que necesita comportarse, cariño. Por lo general, suelo tener más autocontrol. Pero no creo que sea capaz esta noche.

Inspira profundamente y deja salir el aire.

—Entonces, lo tendré yo por los dos. Ya sé que no podemos tontear.

—Por un millón de motivos —digo—. El más obvio, el programa. En segundo lugar, pero no menos importante, que para ti es solo sexo, mientras que para mí es algo más sincero. No quiero una cosa sin la otra y, por desgracia, la sinceridad parece estar descartada.

—¿Eso crees? —me pregunta en voz baja.

La miro, con su gesto pensativo y sus pestañas sobre las mejillas al cerrar los ojos. Vuelve a exhalar.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—No creo que esto sea un simple despertar sexual.

—¿No?

Niega con la cabeza.

—Creo que tengo sentimientos con S mayúscula por ti.

La bruma del vino y el champán vuelve a invadir mi cráneo, haciendo que mis pensamientos se vuelvan borrosos y mi sangre sea cada vez más densa. Mierda. Mierda, mierda, mierda.

—¿Lo dices en serio? —le pregunto.

Fizzy asiente.

—En la playa, cuando te conté cómo me sentía reconectada con esa parte de mí que tanto echaba de menos…

—¿Sí?

—Eras tú. La persona que las protagonistas de mis libros siempre escogen es la persona que les hace sentir que son la mejor versión de sí mismas. Tú me haces sentir así.

—Pero no tiene que ser algo romántico, Fizzy —le digo con un nudo en la garganta—. Podemos ser amigos cuando todo esto haya acabado.

—¿Y qué pasa si quiero que seas mi mejor amigo? ¿De ese tipo de los que también te besan? —me responde con voz suave.

Si no fuera porque el champán parece haberme dejado sin filtro, jamás me había sentido tan sobrio. De repente, todo parece inevitable. Ni siquiera recuerdo querer resistirme.

—Solo tendrías que pedírmelo.

Su mirada cae hasta mis labios y su boca se vuelve cálida y hambrienta.

—Bésame.

Rodea mi rostro con las manos y me guía para que presione mi boca contra la suya, sedienta de contacto. Me aparto.

—Más —gime con dulzura y su sonrisa se vuelve pícara—. Con lengua.

Suelto una carcajada.

—¿Y crees que es buena idea?

—En absoluto. Es una idea horrible, pero así soy yo. —Fizzy se

estira para acercar sus labios a mi cuello—. ¡Madre mía, qué bien sabes! —Sus dientes rozan mi musculatura y se acerca todavía más, presionando con fuerza—. Me paso todo el día muerta de deseo por ti, Connor.

El fuego abrasa mi torrente sanguíneo y un dolor atraviesa mi ingle. Me rindo y permito a mi mano que haga lo que quiera y se deslice por ese muslo cálido y terso, por la curva de su cadera, bajo el dobladillo de esos pantalones cortos increíblemente suaves para encontrar una piel aún más suave justo debajo. El tipo de sexo que podríamos practicar hace que mi imaginación se disuelva en el ruido blanco.

—Te propongo un plan —me susurra mientras me mordisquea el cuello—. ¿Qué te parece si lo que pase en esta habitación se queda en esta habitación?

—Tengo la sensación de haber oído eso antes.

Mi voz se impregna de deseo. Mis dedos encuentran la exuberante curva de su trasero.

—Empezamos besándonos —continúa, utilizando una pierna para empujar la mía. Se balancea sobre mí para atrapar mis muslos entre los suyos—. Si te parece bien, también podríamos quitarnos algo de ropa. Si no quieres follar conmigo, no pasa nada. —Fizzy me sonríe echándose hacia atrás—. Si quieres, me puedes comer el coño y luego irte a casa, y todos contentos.

Suelto una carcajada y me siento incapaz de resistirme a esa mujer, aunque me encadenaran a una pared por las muñecas y los tobillos. Estoy loco por ella. Así que hago lo único que se me ocurre: me rindo, la miro y dejo que la noche se disuelva entre nosotros.

Capítulo 35

FIZZY

Antes creía que los primeros besos eran los más poderosos. Ese primer contacto hipersensible con una piel excepcionalmente suave y receptiva. El descubrimiento de los sonidos, sabores y deseos de otra persona. La revelación definitiva: ¿de verdad hay pasión ahí?

Pero estaba totalmente equivocada. Los primeros besos son geniales, pero el beso centésimo y el milésimo son todavía mejores. Hay familiaridad y comodidad, una necesidad saciada con el suficiente conocimiento mutuo como para saber cómo provocar y juguetear. La persona que inventó el beso es mi personaje favorito de la historia.

—Me gustaría poder besarte el resto del fin de semana —murmuro en su boca.

Con una carcajada, se coloca sobre mí, con sus manos recorriendo mi muslo, agarrando y acariciando hasta que termino arqueándome bajo su tacto, apretando sus dedos contra mis caderas, paseándose por mis costillas hasta llegar a mi pecho.

Podría bastarme con sus besos, pero quiero todo lo demás. Estar con Connor es como una inevitabilidad devastadora. No me basta con algo rápido y satisfactorio, sino que necesito algo lento y pleno. Percibo el mismo sometimiento en él. Lo veo en su forma de besarme, lenta y profunda, el paciente cartografiado de sus manos por mi cuerpo, en mi ropa, antes de quitarme una prenda por encima de la cabeza para luego deslizar la otra por mis piernas con deliberada paciencia e intención.

—Eres preciosa —dice sobre la sensible piel bajo mi oreja y luego lo repite en mi cuello, mi hombro y mis pechos.

En este juego no hay prisas. Es como si alguien hubiera puesto el mundo entero en pausa. Es firme y fuerte sobre mí, y ante su atención me convierto en una maraña flexible y lánguida de extremidades y piel. Sus labios se recrean en mis pechos. Su lengua y sus dientes me provocan con destreza antes de succionar. Un rayo atraviesa mi cuerpo: solo alguien que me conoce de arriba abajo puede satisfacerme y torturarme a partes iguales de esa forma.

Jamás había deseado tanto ser de alguien como deseo ser de Connor. Quiero poder comer sus posesivos y anhelantes besos para el desayuno, el almuerzo y la cena. Quiero que recuerde sus besos en cada centímetro de mi piel. Quiero que mis manos se amolden por instinto a las curvas de su cuerpo. Quiero que sepa lo cerca que estoy de él por mi forma de reaccionar y los sonidos que salen de mi boca.

Me dice que no puede dejar de pensar en mí, que lo único que quiere es acariciarme. Entre besos, baja por mi cuerpo hasta llegar a mis piernas abiertas a la vez que recorre mis labios con su pulgar, sintiendo la forma de mis sonidos mientras se afana en mi sexo, dándome algo que chupar y morder cuando el placer se apodera de mí. Cuando aspira con firmeza y determinación, me gustaría echar la cabeza hacia atrás y dejarme ir entre los remolinos de su lengua, pero me da miedo perderme algo. Cuando miro hacia abajo, veo la parte superior de su cabeza y sus ojos cerrados, feliz. Jugueteo con su suave cabello, y cuando se me escapa su nombre en una exhalación, mira hacia arriba, con la boca todavía en mí y sus dedos dentro, y sus propios sonidos recorren mi columna. Digo su nombre en un intento de grabar en mi memoria que es él, Connor, el único capaz de hacerme sentir así, de llevarme al límite, cada vez más cerca del precipicio, para luego dejarme caer. Tras dejarme sin aliento y desencajada, me da la vuelta, hundiendo los dedos en todas mis curvas, mordisqueando suavemente mis piernas y dibujando el contorno de mi trasero con sus dientes antes de subir por mi espalda, provocando una oleada de escalofríos a su paso. Tras un lento empujón contra mi muslo, siento lo duro que está, jadeante contra mi piel.

Lo miro por encima del hombro, arropada por sus besos y sintiendo que mis extremidades me lastran.

—¿No tendrás protección por casualidad?

—Pues resulta que sí. —Vuelve a bajar, cubriendo de besos mi espalda, y se pone de pie—. En la cartera.

—Por favor, dime que no lleva ahí desde el divorcio.

Se echa a reír.

—Solo desde esta mañana.

—¡Menuda confianza!

—Norma básica —me dice, abriéndolo—. Siempre hay que estar preparado.

—Hombre prevenido vale por dos.

Connor suelta una carcajada distraída.

—Ahora mismo no tengo demasiada sangre en el cerebro —añade, ausente, y ambos observamos cómo lo va desenrollando en su

miembro, centímetro a centímetro.

—Ya lo veo, ya.

Tira de mí para ponerme de pie y se inclina para besarme. Percibo urgencia en su forma de aferrarse a mis caderas para luego recuperar el control cuando me da la vuelta antes de sentarse con un movimiento suave y animarme a que me siente en su regazo.

—Quiero que tú mandes. —Connor me guía para que me acerque —. Despacio.

Pero «despacio» es una palabra que suena horrible en estos momentos. Me gustaría sentirlo dentro y morir de felicidad.

De alguna manera, consigue calmarme, no sé muy bien cómo, teniendo en cuenta que parece tan impaciente como yo misma, sonrojado y tenso por todas partes. Quiero magullarle los muslos, comérmelo entero. La galaxia que reside en mi interior se expande demasiado deprisa, como si se acabara el mundo. Sentirlo, sentir sus temblorosas manos pacientes en mi cintura y su boca en todo su esplendor en mis pechos y su cuerpo llenándome, me hace entrar en un trance de euforia. Empiezo despacio, pero el instinto animal acaba apoderándose de mí, resbaladizo y salvaje. Es sexo tan bueno que te deja sin aliento y sin palabras. Es sexo que ocupa toda la cama, que hace que te cuelgue la cabeza fuera y que las sábanas salgan disparadas por los rincones. Es sexo que te hace gritarle al oído, reírte entre besos mientras reduces la velocidad y compruebas cómo está el otro. Es sexo de respiración lenta y compartida, pequeños movimientos rápidos y golpecitos del cabecero de la cama. Cuando por fin se corre, detrás de mí, acurrucado sobre mi espalda, atrapándome en una jaula tierna y salvaje, la habitación se queda en silencio por primera vez en una eternidad. Su enorme cuerpo se mueve con su respiración mientras sus puños tiemblan, clavados en el colchón, junto a los míos.

—Madre mía —respira sobre mi espalda. El sudor le cae por la frente cuando la presiona entre mis omóplatos—. Madre mía.

Me retumban los oídos y mi piel se vuelve muy sensible, consciente de haber adquirido una nueva forma. Siento el latido de mi corazón en la tráquea; la emoción y el placer deforman mis pensamientos, igual que la tensa comprensión, cada vez más certera, de que lo quiero cerca de mí el resto de mis días. Quiero tatuarme su nombre en la piel y gritarlo a los cuatro vientos para que todo el mundo lo oiga.

Se baja y se incorpora a los pies de la cama. Jamás me había sentido tan físicamente agotada y, al mismo tiempo, espiritualmente llena. Me dejo caer sobre el cálido colchón y me tumbo sobre la espalda para mirar al techo.

Connor observa el caos que me rodea.
—La cama es un desastre.
—Espera, que la arreglo para que podamos deshacerla otra vez.
Se echa a reír.
—Dame un minuto.
—Vale. —Me paso el brazo por la cara—. Pero solo uno.
Se marcha al cuarto de baño descalzo, dejando sus huellas en las baldosas. Pasos silenciosos. Agua corriendo.
Tengo la sensación de flotar en el aire.
Vuelve y acaricia con suavidad la parte interior de mis muslos con los dedos antes de presionar la zona con un paño cálido y húmedo, llevándolo hasta donde palpitaba un dolor agradable, limpiándome con manos lentas y cuidadosas.
—¿Preparada? —me pregunta.
Me apoyo en un codo.
—Por supuesto. ¿Y tú?
Niega con la cabeza, pero me besa, distrayéndome con el familiar roce de sus dientes por mi labio inferior y, a continuación, presiona un paño limpio y más fresco entre mis piernas. La impresión me provoca de inmediato una dicha relajante.
—Nos hemos pasado bastante tiempo ahí. Me preocupa que te acabe doliendo.
—Dolor del bueno —canturreo en sus labios.
La luz del baño crea un halo dorado en sus brazos y dedos y siento como si me estuviera pintando con polvo de estrellas. Puede parecer una locura, pero lo necesito otra vez. Me provoca una sensación de asfixia y pánico. Lo adoro. Todo lo que hace me hipnotiza. Cuando se levanta para devolver la toalla al cuarto de baño, lo agarro por el brazo, le quito el paño húmedo y lo tiro a alguna parte de la habitación donde no pueda verlo.
—No te vayas.
—Solo iba a…
—Da igual. No quiero perderte de vista.
Con una sonrisa, se vuelve a subir sobre mí.
—Mírate —me susurra en el cuello—. ¿Necesitas mimos? ¡Quién lo iba a imaginar!
—No suelo ser así.
—¿No?
—¿Qué me has hecho, Connor Prince III?
Alinea su cuerpo junto al mío, tira de mí contra él y coloca mi pierna sobre su cadera.
—Una mínima parte de lo que me he imaginado haciéndote.

—¿Piensas en mí cuando estás solo? —pregunto.

—Todo el tiempo —me susurra Connor con voz ronca y profunda.

—Yo también.

Se echa hacia atrás, con una sonrisa en los labios.

—¿En serio?

—Por supuesto que sí —admito mientras me recoloca un mechón de pelo tras la oreja—. A veces nos imagino en situaciones sexis, pero otras simplemente estamos por ahí, dando una vuelta. Me gustas.

—A mí también me gustas. —Su mano acaricia mi costado, por encima del muslo—. Madre mía, tienes la piel tan suave.

Puede parecer absurdo, pero jamás había experimentado un elemento tan básico de la intimidad: languidecer después del sexo, besos perezosos y caricias que, por alguna razón extraña, resultan más conscientes y confusas, y entonces me doy cuenta de que jamás se me ha dado bien permitir cualquier tipo de conexión poscoital. Esos pequeños besos que no llevan a ninguna parte, esas palabras susurradas sobre la piel para hablar sobre el sexo que acabamos de tener, mezcladas con vulnerabilidad, honestidad y vértigo. Algo se abre dentro de mí, una especie de puerta a una habitación secreta.

—Ha sido el mejor polvo de mi vida —digo.

Connor no parece ni sorprendido ni escéptico.

—Para mí también —se limita a decir mientras sus labios recorren mi cuello aportándole calidez.

—Quiero hacerlo otra vez.

Se echa a reír.

—¿Pero es que no ves lo sudoroso que estoy?

—Mmm, sí. —Pongo mis manos en sus hombros—. Yo te quitaré ese sudor.

Nos ponemos de pie y me doy cuenta de que tenía razón: la cama es un auténtico desastre. Me coge de la mano durante el corto trayecto hasta el baño y me alegro de que lo haga, porque me tiemblan las piernas. Apoya la frente en mi espalda mientras esperamos a que el agua salga caliente, con los brazos rodeando mi cintura. Es como un planeta entero detrás de mí, un sol.

Bajo el agua, compartimos besos húmedos y manos jabonosas y no tarda mucho en volver a impacientarse. Deja sus huellas en el suelo de baldosas mientras gatea para buscar el segundo condón. Menuda confianza la de este hombre, que había metido dos condones en su cartera esa misma mañana.

Esta vez, tengo la espalda apoyada contra la fría pared de la ducha y su piel, caliente, presiona la parte delantera de mi cuerpo. Primero es lento y cuidadoso, pero luego duro y frenético. Sus dedos me

provocan moretones en los muslos mientras me empuja con tal fuerza que hace desaparecer cualquier otra sensación. No sé cómo voy a poder salir de la habitación y comportarme como una persona normal después de esto. No sé cómo voy a poder fingir que no lo deseo con todo mi ser cada vez que lo vea.

En la cama, uso mis manos y mi boca mientras él enmaraña sus dedos en mi pelo mojado y grita palabras groseras y sucias al correrse. Se produce un largo silencio, con mi cara pegada a su estómago, oyendo el latido de su corazón.

—Estoy loca por ti—respondo.

Su voz es una vibración baja que reverbera por su cuerpo.

—Yo he perdido la cabeza.

—Quiero volver a estar contigo mañana, y pasado mañana y, literalmente, el resto de mis días.

Connor guarda silencio durante tanto tiempo que creo que se ha quedado dormido, pero entonces su voz surge de la oscuridad.

—¿Y si fingimos? —me pregunta al fin—. Estoy preguntándome si podríamos hacer ambas cosas. Esto y eso.

—Te prometo que me esforzaré por hacer la mejor actuación de mi vida. Cuando estaba en quinto, interpreté a un sol en la obra del colegio, así que te juro que puedo hacerlo muy bien.

Muerto de risa, se apoya en el codo, mirándome con la típica mirada borrosa de alguien borracho de placer.

—¿Un sol?

—Solo tenía que estarme quieta. —Lo beso en el ombligo—. Ya me conoces. Créeme, me costó mucho no unirme al círculo de baile.

Sonríe, pero no se refleja en su rostro de la forma que yo esperaba.

—Tendré que ocultar mis celos.

«Oh».

—No voy a enamorarme de ninguno de ellos, Connor.

Me desliza por su cuerpo hasta colocarme a su altura. Nuestros corazones laten al unísono, recargándose.

—¿Y qué pasa si tienes que hacerlo para que el programa funcione? Eso es algo en lo que no dejo de pensar. Tienes química con Isaac. Debería permitir que lo intentaras. Esto, vamos, tú y yo, es muy mala idea, pero te deseo tanto. No puedo decirte que no.

—Vamos a ir poco a poco, ¿te parece?

«Jamás me había sentido así». No es algo tan difícil de decir, pero, por ahora, solo soy capaz de reconocerlo ante mí misma. Cualquier mentira que haya podido decir sobre tomarnos las cosas con calma, seguir adelante como si nada hubiera pasado y centrarnos en el programa ya no es más que polvo. Hay todo un universo

expandiéndose en mi caja torácica, con estrellas, planetas y todo tipo de peligrosos escombros chispeantes que podrían destruirme. Me consume un dolor molesto, un deseo agudo, una desesperación por todo lo que ya tengo entre mis brazos. Soy capaz de reconocer de qué se trata, a pesar de no haberlo sentido nunca antes. Me estoy enamorando.

Capítulo 36

FIZZY

Me estoy enamorando, pero también me estoy quedando dormida en el cálido círculo de sus brazos, con los fornidos planos de su cuerpo creando, en cierta forma, el colchón perfecto. Ambos nos despertamos sobresaltados cuando algún borracho aporrea una puerta al otro lado del pasillo.

Muerta de calor, me libero del agarre de Connor deslizándome sobre las sábanas frías y retorcidas. Gruñe mientras se da la vuelta para coger una botella de agua y ofrecérmela antes de beber un sorbo bien largo.

—¿Qué hora es? —pregunto.

—Sobre las tres.

Apenas han pasado veinte minutos, pero he dormido con tal profundidad que me han parecido horas.

—Me pregunto si alguien se habrá dado cuenta de que hemos desaparecido —digo.

—Seguro que sí.

—Me van a bombardear a preguntas mañana durante el desayuno.

—Sobre todo tu hermana —afirma, provocando mi risa.

Connor deja el agua en la mesita de noche y yo aprovecho la oportunidad para acariciarle la espalda y dibujar en el amplio lienzo. Se vuelve hacia mí y me siento igual de feliz pasando las manos por su frente.

—Fácil de responder, ¿no? —añade—. Hemos estado viendo juntos el programa de esta noche.

—Mmm, vale, lo que tú digas —digo, trazando la línea de sus costillas—, pero lo único que soy capaz de ver es tu cuerpo desnudo.

Con un dedo en mi mentón, inclina mi cara para que pueda disfrutar del brillo de sus ojos.

—Tenía la intención de preguntarte qué tal te ha ido en la boda, pero nos hemos distraído un poco.

Mi primer instinto es apartar la mirada y hacer algún chiste sobre encontrar la felicidad frustrando las expectativas familiares, pero el

nuevo instinto, el más grande, me obliga a ser sincera con él.

—No ha sido tan dura como la de Alice —admito—. En su boda, todo el mundo sentía lástima por mí y me pilló con la guardia baja porque estaba allí para celebrar y, sin embargo, recibí toda esa pena y preocupación por el hecho de que mi hermana menor fuera a casarse antes que yo. Al menos ayer me sentí más un meme por estar soltera que la protagonista de un cotilleo.

—Mmm —se limita a decir tras estudiar mi expresión unos segundos.

—Puede que me case o puede que no —añado—, pero eso no debería afectar a lo que hagan los demás. Sé que no es así de fácil. Mis padres se preocupan porque me quieren. Quieren que me case porque ellos son felices en su matrimonio; quieren que tenga hijos porque a ellos les ha encantado tenernos a nosotros. Aunque duela, sé en el fondo de mi corazón que la razón por la que mi madre siempre habla de mi «novela de verdad» es porque cree que soy la mejor escritora del mundo, pero sabe que se suele menospreciar el género romántico. No quiere que me coloque en una posición en la que no se me valore por lo que hago. No es porque no valore mis habilidades; es solo que piensa que escribir ficción literaria es la forma más ambiciosa de hacerlo.

—No lo sé —afirma Connor con voz suave—. Me parece que es bastante difícil escribir un libro absorbente cuando el lector ya sabe cómo va a acabar.

«Perfecto —pienso—. Es el hombre perfecto».

Necesito cambiar de tema o voy a acabar encima de él otra vez y no creo que tuviera espacio en la cartera para más de dos condones.

—¿Y qué pasa con tu padre? —le pregunto—. Imagino que ya sabe lo del programa, ¿no?

—Estuvo hablando con Stevie y ella se lo dijo, sí.

—¿Y? ¿Le impresiona que acosen a su hijo en las redes sociales?

—Pues no exactamente. —Me coge un mechón de pelo y lo retuerce, ausente—. Puede que tu madre no entienda la literatura romántica, pero está orgullosa de ti. Su preocupación procede de un lugar lleno de amor y buenas intenciones. En mi caso, el problema es que no soy la persona que mi padre querría que fuera.

—Estoy segura de que eso no es así.

—Solía pensar que era algo más profundo, producto de alguna frustración, pero más bien creo que simplemente no es buena persona.

Frunce el ceño e inclino su rostro hacia abajo para besarlo hasta que se rebaja un poco la tensión. La simple idea de que alguien pudiera mirarlo y no ver todas las cosas maravillosas que hay en él me

enciende por dentro.

—Pero tengo a Natalia y a Stevie —dice con una sonrisa—. Por suerte, eso compensa.

—¿Cómo fue tu boda?

—¿Con Natalia?

—¡Con quién si no! —respondo, sonriendo—. A no ser que tengas otra mujer escondida en alguna parte.

Se echa a reír.

—Fue en los juzgados. Y bastante sencilla.

—¿Cuántos años teníais?

—¿Cuando nos casamos? Veintidós.

—Oh. Dos críos.

—Sí. Y una cría en camino. —Me sonríe—. Estaba embarazada.

—Oh.

Connor asiente, se da la vuelta y apoya la cabeza en su brazo. Su bíceps se marca y tengo que fingir que no estoy loca por tocarlo porque estamos manteniendo una conversación seria.

—Hacía varios años que éramos buenos amigos, pero solo llevábamos uno seis meses saliendo por aquella época. Supongo que ya sabía que no encajábamos demasiado como pareja, pero nos lo pasábamos bien y teníamos conexión. Supe que yo le gustaba casi desde el principio. Visto en perspectiva, creo que me preocupaba estropear la dinámica de grupo si la dejaba.

—Debió de ser duro.

—Y entonces descubre que está embarazada y decide que quiere quedarse el bebé. Yo nunca me opuse a que tomara la decisión que considerara más oportuna, pero dado que mi propio padre fue un padre ausente —suspira— y un imbécil, pues quise hacer las cosas bien y le propuse matrimonio de inmediato.

—Ah —reacciono.

Se vuelve sobre su costado y vuelve a juguetear con un mechón de mi pelo.

—Pues sí. —Tengo la impresión que es una historia que no cuenta con demasiada frecuencia, porque le está costando más que de costumbre encontrar las palabras adecuadas—. Al principio nos fue bien. Stevie era una bebé muy fácil. Me encantaba la familia que Nat y yo habíamos creado. Sabía que seríamos buenos padres.

Emito un sonido de comprensión.

—Pero yo nunca estuve enamorado de ella y cada vez me costaba más fingir. Estaba harto de debatirme entre quedarme o irme y acabar cometiendo los mismos errores que mi padre. No quería que Stevie se sintiera como yo.

—Comprendo.

—Me gustaría poder decir que hablé del tema con ella —continúa —, pero no fue así. La quería, pero no estaba enamorado de ella y, visto desde la distancia, era evidente que estaba buscando la forma de hacer que ella dejara de quererme. Fue algo inmaduro y poco meditado.

Cuando lo dice, creo entenderlo. Pero el calor de su cuerpo y la dulzura de sus dedos dibujando delicadas enredaderas en mis clavículas hacen que sienta que sus siguientes palabras se escriben con tinta invisible.

—La engañé.

Deja que la frase se asiente y esta cala en mí como puro veneno, primero como un escozor en la superficie y, luego, como una quemadura fulgurante que se va arraigando en mi interior, provocando una úlcera.

—No tengo defensa —añade.

Siento que me observa, pero no soy capaz de apartar la mirada de una pequeña cicatriz en su hombro. Se me hace tal nudo en el estómago que apenas puedo tragar. Me quedo bloqueada por dentro.

—Nos peleamos mientras estaba en el trabajo y, bueno, no volví a casa. Salí por ahí, conocí a una mujer en un bar… —continúa—. Bueno, es una historia aburrida. Sabía que, si me quedaba por ahí toda la noche, no podría mentir al día siguiente. Me quedé sentado en el coche hasta que salió el sol. Nat lo supo en cuanto me vio. Y sí, eso puso fin definitivamente a nuestro matrimonio.

Sigo sin saber cómo emitir algún sonido. Asiento, aturdida.

—Quizá habría pasado de todas formas. Nunca lo sabremos. Ha sido lo peor que he hecho en mi vida. He trabajado mucho en mí. He hecho terapia. Nat me ha perdonado, pero nos llevó mucho tiempo. —El hombro que estaba mirando se mueve al encogerse—. Por eso creo que ya no soporto las relaciones esporádicas. Ni siquiera recuerdo el nombre ni la cara de la mujer. ¡Fue ruin por mi parte! —Exhala despacio—. Es una sensación que nunca me ha abandonado.

Escucho lo que me dice, incluso percibo el peso emocional de sus palabras, el arrepentimiento, la sinceridad y su forma de autoflagelarse. Pero la contradicción que supone casarse con Nat para hacer las cosas bien y terminar de la forma más cruel posible es como un cable frío y caliente alrededor de mi cuello.

De repente, me incorporo.

Me levanto.

Busco algo de ropa en mi maleta abierta.

Ropa interior, pantalones y camiseta. Mis articulaciones se mueven

como si estuvieran programadas, por memoria muscular mientras localizo todo y me visto, presa del pánico, en la oscuridad.

Connor se levanta.

—Fizzy.

—Acabo de darme cuenta de que, posiblemente, la gente todavía esté en el bar.

Me rio en plan «¡vaya, qué despiste!».

Su silencio parece tan profundo como un cañón montañoso.

—Son las tres de la mañana.

—Lo sé, pero soy la hermana mayor y me he ido de la boda sin despedirme de la familia.

—Sí que te despediste.

—¡Pero no de todos!

Guarda silencio y soy incapaz de mirarlo a la cara. Mis pensamientos son un frenesí de confianza rota, miedo, rabia y tristeza. Siento náuseas y estoy frenética, pero también soy capaz de ver lo que está sucediendo con cierta distancia. Debo de parecer una auténtica loca ahora mismo.

—Esto es por lo que te acabo de contar, ¿verdad? —dice con voz firme—. Comprendo perfectamente que esto te afecte, pero necesito que vuelvas aquí y lo hablemos.

Tropiezo mientras intento ponerme los zapatos.

—Te juro que no tiene nada que ver con lo que me has dicho. Y estoy segura de que es algo que te ha costado mucho compartir. Siento mucho tener que hacer esto precisamente ahora, pero de verdad que tengo que ir a ver si debería pasar tiempo con algunos de los que queden despiertos.

La tarjeta que abre la puerta está encima del tocador, así que la cojo y me la meto en el bolsillo de la sudadera.

—Fizzy. Por favor, para.

Inspiro profundamente y lo miro. Está sentado en la cama, con las sábanas tapando su regazo. Su pelo es un desastre y sus ojos brillan incluso en la penumbra de la habitación. Está devastadoramente guapo.

Y creo que estoy enamorada de él.

Pero también me pregunto si alguien que justifica una infidelidad una vez puede volver a justificarla. O eres infiel o no lo eres.

—Fizzy. Vuelve.

—No puedo.

—Cuéntame qué está pasando. Solo era un niñato imbécil. Ya no soy esa persona.

—Lo entiendo, de verdad. Esto no tiene nada que ver con eso.

—Sí que es por eso. Y es normal. Te aseguro que me disgusta tanto haberlo hecho como a ti, pero quiero que seamos capaces de vivir con nuestras meteduras de pata. Quiero que podamos hablar de ellas.

Aparto la mirada hacia el horrible papel pintado de bambú, pero mi mente ya no está en la habitación. Estoy en un restaurante lleno de gente y la mujer de Rob me mira con el ceño fruncido. Soy consciente de que mi cita, confuso, está juntando las piezas desde el otro lado de la mesa. Estoy luego sola en casa, devastada al descubrir que soy lo peor que se puede ser: una destrozahogares.

Antes de lo de Rob, me creía a prueba de balas. Llegué a pensar que me bastaba sola, que no necesitaba a nadie, que ningún hombre podría hundir mis sentimientos o mi autoestima. Y entonces, Rob y toda esa situación me hicieron cuestionármelo todo. Me prometí a mí misma que jamás me volvería a sentir así.

Ahora veo que Rob no fue más que un cortecito en un dedo. Connor podría destruirme y ni siquiera haría falta algo tan grande como una infidelidad.

Lo miro.

—¿Quieres que sea sincera contigo?

Asiente al instante, convincente.

—Siempre.

—Vale, bien —respondo, apretando la mandíbula y me aferro a la primera mentira que me viene a la mente—. Creo que los dos estábamos borrachos, que nos acostamos y que se nos ha ido de las manos. No sé en qué estaba pensando. Apenas nos conocemos.

Connor suelta un suspiro de incredulidad.

—Sí que nos conocemos. Conocernos mutuamente ha sido nuestro particular objetivo durante meses.

Las palabras brotan de mi boca.

—Entonces, estaba completamente equivocada sobre ti. No eres el hombre que creía que eras.

Cuando veo que es incapaz de reaccionar, me doy la vuelta y me voy.

Capítulo 37

CONNOR

Me quedo mirando la puerta, esperando oír el sonido de la tarjeta, Fizzy volviendo a la habitación después de haber puesto orden en su cabeza para que hablemos del tema. Pero el hotel está en absoluto silencio y el único sonido que percibo es el timbre del ascensor en el vestíbulo y el ruido mecánico de la cabina bajando.

¿Qué diablos ha pasado?

Vuelvo a tumbarme en la cama, mirando al techo. Sé que Fizzy es muchas cosas —salvaje, valiente, segura de sí misma, asertiva e intensa—, pero jamás me habría imaginado que acabaría huyendo así. Es el tipo de persona que se vuelve para enfrentarse a los peligros que la acechan. No es de las que suelta excusas estúpidas mientras sale por la puerta. Ahora estoy aquí solo, completamente desnudo en esta cama revuelta por el sexo, con el eco de nuestros gritos aún resonando en estas cuatro paredes.

Me incorporo y aparto las sábanas. Me viene a la mente lo que me solía decir mi antiguo terapeuta: «No tienes que lidiar con esto ahora mismo, pero tarde o temprano tendrás que hacerlo». Le voy a conceder la misma cortesía a Felicity Chen. No tiene que lidiar con esto ahora mismo, pero tarde o temprano tendrá que hacerlo.

Con deliberada paciencia, me vuelvo a duchar y me visto. Dentro de mis posibilidades, intento ordenar la habitación, ignorando la forma en que se suceden las imágenes en mi cabeza al estirar las sábanas —el largo plano de su cuello cuando echa la cabeza hacia atrás y grita—, al colgar las toallas —el agua goteando de sus labios cuando mira el espacio que nos separa y me observa mientras follamos—, al tirar la botella de champán a la papelera —la imagen de sus labios cubriendo de besos mi cuerpo—.

Y entonces me siento en la silla que hay junto a la ventana, cuento despacio hasta cien y luego hacia atrás hasta uno. No paro de repetirme que ya debe de estar volviendo.

Debe de estar ya aquí.

Quizá ahora. Entrará y yo intentaré dejar a un lado mi enfado y

hablaremos del tema, con tranquilidad.

Pero cuando me voy, pasadas las cuatro de la mañana, los pasillos están vacíos y el bar está a oscuras y en silencio al final de las escaleras. No tengo ni idea de adónde ha ido, pero no pienso perseguirla con un mensaje de texto o una llamada. Vaya mierda. El aparcacoches, somnoliento, coge mi resguardo y hace su trabajo. Menudo desastre.

Capítulo 38

FIZZY

—¿Me lo puedes repetir? —me dice Jess, aferrada a su taza de té caliente mientras se tapa los pies con la manta—. Quiero que tú misma te des cuenta de lo loco que suena todo.

—Admito que siento algo por él —repito como un robot mientras no dejo de dar vueltas por el salón de mi casa—. Tuvimos el mejor sexo de mi vida. Durante horas. Dos veces. Y entonces me dice que su matrimonio acabó porque él la engañó. Así que me fui corriendo.

—Pero, específicamente, la siguiente parte.

—¿La parte en la que me voy y me paso una hora sentada en el suelo del salón vacío del hotel?

Asiente y, entonces, se lleva la taza a la boca y le da un sorbo, dejando que mis palabras reboten en las paredes de la habitación. Eso fue justo lo que hice. Dejé a Connor desnudo en la cama de mi habitación de hotel mientras yo huía corriendo escaleras abajo y me escondía en un salón de baile oscuro durante una hora, con la cabeza dándome vueltas, fuera de control.

Envié la «batseñal» como a las cinco de la mañana y le dije a Jess que tenía que venir a verme en cuanto aterrizara de Costa Rica y yo volviera a casa el domingo por la mañana después del *brunch* familiar. Pero teniendo en cuenta todas las cosas que había que meter en los coches, a cuántas personas había que pagar y cuántos familiares necesitaban que los llevara al aeropuerto, ahora son casi las diez de la noche. Siento pánico y náuseas, pero no estoy segura de si se trata de arrepentimiento, resignación o puro agotamiento por la falta de sueño.

—Estaba intentando hablar contigo —dice por encima del humo de su taza.

No hace falta que me lo recuerde. Cada lamentable momento de hiperreacción durante mi colapso está grabado a fuego en mi cerebro como un tatuaje malo de una noche de borrachera.

Llego al final del salón y me doy la vuelta, por enésima vez.

—Ya lo sé. Ya sé que todo eso pasó hace como ocho años, que está muy arrepentido y que ahora es más viejo y más sabio, pero el hecho

de que en vez de poner fin a su matrimonio decidiera hacerlo estallar por los aires…

—Fizzy, todos hacemos tonterías cuando somos jóvenes. Imagino que puedes ver los paralelismos: me quedé embarazada porque Alec y yo hicimos el amor sin protección en el baño durante una fiesta. Connor se equivocó, pero luego se esforzó por arreglarlo. Fue a terapia; se mudó aquí para estar más presente. Juno apenas ve a Alec una vez al año.

La congoja se apodera de mí y dejo de caminar para hacer un gesto de dolor.

—Mierda. Lo sé. Soy una imbécil por desahogarme contigo.

—No, venga, precisamente soy la persona adecuada con la que desahogarse. ¿Que te hagan daño, que te traicionen? Son cosas que nos provocan sensaciones extrañas. Sé que es tu detonante y nadie puede culparte por cómo reaccionaste.

Me doy la vuelta para volver a caminar hacia el otro rincón de la habitación, sintiendo sus ojos fijos en mí.

—Pero tenemos que creer que la gente que nos importa son personas conscientes y responsables —continúa—. El hecho de que te lo contara demuestra que ha madurado… La mayoría de los tíos no están así de evolucionados a los treinta y tres años, seamos sinceras.

Gruño, me doy la vuelta y camino en sentido contrario.

—Lo sé.

—Si fueras la misma persona que cuanto tenías veinticuatro, tendrías un novio diferente cada semana y ni siquiera estarías considerando encontrar a tu alma gemela, ni en un programa de la televisión ni en ninguna otra parte.

—Cada semana no.

—Deja de dar vueltas y cuéntame qué pasó después.

Me paro en seco y me dejo caer en el otro extremo del sofá.

—Una vez que me recompuse, me dije a mí misma que si todavía estaba en la habitación cuando volviera, me disculparía y lo hablaríamos.

Se tensa.

—¿Y?

—No estaba. —Jess se desinfla—. Se había ido mientras estuve fuera. Y quizás fue para bien, porque la otra mitad del acuerdo al que llegué conmigo misma era que, si no estaba esperándome, sería señal de que mi historia con Connor se había acabado y pasaría página.

—Tú no crees en las señales.

—Sí que creo.

—¿Recuerdas la vez que había un gato negro sentado en el capó de

tu coche cuando saliste del Twiggs y apenas dos segundos después de que lo cogieses recibiste esa horrible reseña del *The New York Times?*

—No me gusta hacia dónde está derivando esta conversación.

—Después de llevártelo a casa, me llamaste para quejarte, conmocionada e indignada porque el minino salvaje y presagio del desastre había destrozado tus cortinas en… ¿cuánto? ¿Treinta minutos?

—Eso creo —respondo, levantando un dedo, como si intentara averiguar la dirección del viento—. Vale, creo que ha llegado el momento de buscarme una nueva mejor amiga.

Se echa a reír.

—¿Debería preguntarte por Isaac? Si mal no recuerdo, me dijiste que veías un posible futuro con él.

—¡Ya sabes que no me gustan los triángulos amorosos! —Miro al techo—. Tantos años y esta mujer aún no me conoce…

Se estira en el sofá, tira de mí hacia ella y me abraza.

—Connor hizo algo estúpido cuando era joven. Tú mejor que nadie deberías ser capaz de entenderlo.

No lo dice con mala intención. Está rindiendo homenaje a mis cicatrices de guerra, a mis medallas de honor a la aventura, a mi catálogo de exploración sexual. Y pasé por exactamente ese proceso allí tirada, sentada en el suelo, en la oscuridad. Primero fue indignación y absoluto pánico porque la persona por la que sentía algo y me provocaba un cosquilleo en las bragas fuera infiel. Pero luego me calmé y el resto de las cosas que había dicho resonaron con más fuerza: que era lo peor que había hecho en su vida. Que había tenido que trabajarlo mucho y que había ido a terapia. Que Nat lo había perdonado.

Pero, aunque pudiera ver su pasado con cierta perspectiva, mi momento de lucha o huida me había hecho sentir inestable, arrepentida y ansiosa. ¿Cómo es que las protagonistas de mis libros están tan seguras de sí mismas y de la persona de la que se han enamorado? ¿Cómo alguien puede saber de verdad qué y a quién quieren? ¡Supone un riesgo tan grande! ¿Quién elige arrojar su corazón a la oscuridad de la incertidumbre esperando ciegamente que alguien lo atrape?

—El problema es que —digo en su hombro— he firmado un contrato que dice que no puedo salir con nadie durante la grabación del programa. Me están pagando un montón de pasta por hacerlo. Y esto no es una simple mentirijilla. Podría ser un incumplimiento de contrato si me pillan con él. Vamos, una movida legal muy tocha. Podría perder su trabajo. No he escrito un solo libro en más de un año,

evito las llamadas de mi agente como si estuviera huyendo de la mafia y estoy empezando a sentir que ni siquiera soy capaz de tener una cita. Pero anoche, en la habitación del hotel, no me importaba nada de eso, porque solo quería estar con él.

Asiente mientras escucha.

—Jamás me había sentido así. Ya sabes, esa cosa insaciable. Quiero tenerlo cerca cada minuto de mi vida. Si me como algo delicioso, quiero que esté ahí para probarlo también. Si veo algo bonito, me gustaría poder señalárselo. Si oigo algo gracioso, quiero llamarlo de inmediato para contárselo todo.

—Ay, cariño.

—Pero si se acaba sabiendo o no soy capaz de fingir bien, su vida se complicaría mucho y la mía también. —Trago con fuerza cuando la más dura realidad sale a la superficie—. Ya sabía todo eso y, sin embargo, me dio igual.

—Se hacen muchas locuras cuando te enamoras de alguien, Fizz.

—Sí, pero ¿sabes qué fue lo único que me dio tanto miedo como para salir huyendo de la habitación?

—¿Qué?

—Que incluso si se produjera un milagro y todo saliese bien, todavía podría hacerme daño.

Suspira en mi pelo.

—Y si Connor me hace daño, no estoy segura de poder volver a escribir ni una sola historia de amor más.

Espero una broma. Alguna de las dos tiene que decir algo gracioso; el momento es demasiado intenso.

«Está claro que no mentías cuando dijiste que tenía una “varita mágica”».

Lo tiene en bandeja

Pero Jess dice lo último que me esperaba.

—Así es como se sabe que es el adecuado, Fizz.

Me quedo dormida y Jess tiene que haberse ido con mucho cuidado, porque no es ella moviéndose bajo mi cabeza la que me despierta, sino el golpe que me doy al caerme del sofá y aterrizar en el suelo.

No me muevo al instante porque me gustaría retomar el sueño que estaba teniendo, aferrándome a él, aunque solo fuera unos minutos más. Connor estaba ahí, abrazándome en el sofá. Estaba tan calentita, tan feliz. Estábamos respirando al unísono, sin hacer nada, simplemente hablando, riéndonos y disfrutando de un silencio

cómodo. Mientras mi cuerpo se va despertando poco a poco, los restos de una profunda sensación de conexión e intimidad persisten hasta que la niebla del sueño se despeja y asimilo lo que acabo de soñar: Connor y yo vivíamos juntos.

«Así es como se sabe que es el adecuado».

Jamás había querido vivir con alguien antes. ¿Acaso Jess tiene razón? ¿Es eso lo que está pasando? ¿Esa sensación de que te conocen, de que te quieren, de que estás segura junto a él en esos momentos de tranquilidad? Pero ¿por qué ese sentimiento de seguridad y conexión tiene que venir con el absoluto terror de ceder ante la impotencia, de poner mi corazón y bienestar en las manos de Connor?

Pienso en lo que supondría no volver a tocarlo nunca más y una punzada de dolor recorre mi cuerpo. Sus manos, sus labios, su risa, su peso, su profunda voz melancólica, su mirada firme y sí, vale, su enorme… presencia. Prefiero clavarme astillas bajo las uñas antes que renunciar a él.

Es medianoche, pero la urgencia inunda mis venas, así que cojo el móvil de la mesita de café. No tengo llamadas perdidas ni mensajes suyos. Me levanto, sin darme tiempo para pensar que significa eso.

¿Estás despierto?

Espero que sea así porque voy de camino.

No espero a que responda. No me paro a pensar. Meto el móvil en el bolso, me pongo los zapatos mientras salgo y ni siquiera me molesto en cerrar la puerta con llave.

Ya delante de su casa, bajo del coche y veo que están todas las luces apagadas.

Estoy aquí.

Nada.

Lo llamo y suena, una y otra vez, pero me acaba saltando el contestador.

Y aquí es cuando tengo un breve bajón. Es domingo por la noche. Creo que Stevie está con Nat porque Connor tenía que acompañarme a la boda, pero ¿qué pasa si la ha recogido durante el día? No quiero despertarla con un movimiento de protagonista de novela romántica llamando a la puerta, pero si tiene el móvil en silencio, podría pasarme dando vueltas por la acera hasta el amanecer y jamás sabría que he estado allí. ¿¡Cómo puede la gente de las películas y los libros

confesar sus sentimientos cuando puede haber niños dormidos en la casa!?

Levanto la mirada hacia el cielo y gruño. ¡La vida real es mucho más difícil!

No me queda otra opción que volver a enviarle un mensaje.

> Hola. Sí, he conducido hasta aquí en plena noche. Por favor, dime que estás despierto.

Al fin, tras observar de manera amenazante el teléfono durante más de treinta segundos, aparecen tres puntos. Se me hace un nudo en la garganta.

> Acabo de ver tus mensajes. Sí, estoy despierto

Se ilumina la luz del porche mientras corro por el camino de entrada. Connor abre la puerta, con un hombro apoyado en el marco. ¿Acaso es consciente de lo bien que se le da? Nadie se inclina así: con paciente confianza, una mano en el bolsillo y los pies cruzados.

Tiene el pelo rebelde sobre la frente, como a mí me gusta, lleva una sudadera gris de cuello redondo, unos vaqueros desgastados y va descalzo. Pero, ante todo, es él, el paquete completo: su cuerpo firme, sus ojos amables, su boca y la afilada línea de su nariz. Nuestras miradas se encuentran e, incluso con la debida cautela que se impone aquí, creo que haría falta que me arrollara un camión para que mirara a otra parte.

Connor me saluda con un suave «ey» antes de dar un paso atrás y dejarme entrar.

—Ey —respondo cuando se vuelve para mirarme tras cerrar la puerta.

El aire que nos separa se deforma por el calor. Quiero ponerme de rodillas y adorarlo. Jamás en mi vida había sentido una atracción ni una devoción tan grande.

—Me alegro de que estés despierto —le digo sin aliento, espero que por la emoción, no por haber subido ocho escalones hasta el porche.

—Lo siento, es que tenía el móvil en silencio.

—No pasa nada. —Sigo sin poder recuperar el aire. Me inclino y apoyo las manos en mis rodillas para intentar respirar—. Perdón, estoy algo nerviosa.

Me incorporo, por fin volviendo a mi ser. He escrito esta escena miles de veces, pero, guau, da mucho más miedo vivirla.

—Hay dos cosas que te quiero decir.

—Vale. —Traga saliva y levanta el mentón—. Vamos a sentarnos.

Un plan excelente: primero las disculpas, después las confesiones y, por último, sexo.

Abro la marcha hasta el salón, me siento en mitad del sofá y le doy unos golpecitos al espacio junto a mí para que se siente. Lo mira durante un instante antes de sentarse, pero no es difícil ver que está intentando mantener toda la distancia posible entre nosotros.

—Siento mucho haberme ido —le digo de inmediato.

Ahora que veo su tenso lenguaje corporal, estoy incluso más desesperada por dejar esto claro. Connor es alto y musculoso, por supuesto, pero siempre se comporta como alguien con una complexión más pequeña. Nunca antes había sido tan consciente de su tamaño.

Bueno, ahora y cuando estaba encima de mí con su enorme…

«Céntrate, Fizzy».

—Me asusté —digo, recomponiéndome—. Lo viste, lo definiste. La infidelidad es un límite muy claro para mí.

Solo hay una lámpara encendida a sus espaldas y no ilumina su expresión.

—Lo sé.

—Pero no debería haberme ido. Debería haberme quedado y haberme tomado un minuto para pensar qué quería decir, pero ya sí lo sé: me siento muy mal por Natalia. Pero también por la mujer anónima, que ni siquiera sabía que formaba parte de la misión kamikaze de un chico joven. Que probablemente pensó que simplemente estaba teniendo la suerte de su vida esa noche.

—Pienso mucho en ella.

Mi corazón se derrite un poco.

—Esa mujer fui yo una vez y no solo rompió una parte de mi corazón, sino que además tuve que lidiar con el hecho de ser la causante del corazón roto de otra mujer.

Me podría haber dicho algo como «por si te sirve de algo, tengo que decir que ella no sabía que yo estaba casado», pero no lo hace. Y aunque fue así, aprecio que no haya intentado justificarse. Se limita a escuchar y asimilarlo.

—Siento mucho haber reaccionado así —me disculpo.

Connor asiente.

—Ya no soy esa persona. Soy casi una década más mayor, Fizzy. La infidelidad es un límite muy claro para mí también.

—Lo sé. Me habría gustado no haber salido corriendo. Siento mucho haberme ido después de lo que acabábamos de hacer. Después de lo que acabábamos de decir. —Inspiro profundamente otra vez—. Me pasé mucho tiempo sola abajo, pensando.

Connor emite una especie de «continúa» silencioso.

—Al principio, era pánico —le digo, con mis niveles de ansiedad más altos por su silencio. En cualquier otra situación, incluso un Connor paciente y comedido habría dicho algo para relajar el ambiente, para hacer que fuera más fácil para mí, pero está muy quieto, como si se estuviera preparando para algo—. Pero luego procesé todo lo que habías dicho y me di cuenta de algo. De mis sentimientos por ti.

Tiene la mirada fija en el suelo y observo su maravilloso rostro, concediéndome unos segundos para tranquilizarme. Pronunciar estas palabras está siendo como pasar todo mi cuerpo por una pajita. Jamás he dicho lo que estoy a punto de decir.

—He sido voluble toda mi vida —admito—. Nunca he sido alguien que pudiera cerrar los ojos y visualizar cómo sería estar con alguien el resto de mi vida. Creía que estaba haciendo más de lo mismo cuando salí corriendo, pero…

—Fizzy…

—No, déjame terminar.

—No creo…

—Prometo que no me voy a comportar como una imbécil nunca más.

—No, no, no es…

—Me he dado cuenta de algo importante esta noche.

—Fizzy, escucha…

Ya sé cómo se escribiría esta conversación en una transcripción. «Ambos dicen a la vez», pondría. El *staccato* de palabras que brotan, una tras otra, llenando el espacio, ahogándonos en ráfagas de ruido. Me rio, pasando por alto la forma en la que intenta evitar escuchar lo que tengo que decir.

Así que lo suelto, con suficiente fuerza como para acallar su protesta.

—Estoy enamorada de ti.

Y necesito unos segundos para darme cuenta de que mis palabras habían solapado las suyas:

—No puedo hacer esto.

Se produce un silencio invernal nuclear. La quietud en la habitación es absoluta. Y, entonces, el sonido que produce al aclararse la garganta parece ensordecedor.

—¡Ay, Dios mío! —exclamo, riéndome torpemente, pero por dentro me estoy muriendo por la humillación—. ¿Acabas de decir lo que creo que acabas de decir?

Su mirada es suave, pero firme.

—Lo siento mucho.

—Si es por el programa —me apresuro a responder—, podemos volver al plan original. Podemos mantenerlo en secreto si quieres. —Mi nivel de desesperación aumenta en cuanto veo la versión más fría y rígida de Connor—. No voy a permitir que nadie se interponga entre nosotros si estás dispuesto a intentarlo. ¿Recuerdas que te dije en el hotel que estaba loca por ti? Pues lo decía en serio. Estoy decidida. Podemos escabullirnos de vez en cuando. Soy muy pequeña y puedo ser muy sigilosa. De hecho, en secundaria, mi asesor escolar me dio dos opciones laborales: escritora de literatura romántica o agente secreto.

Espero una sonrisa, pero apenas consigo una leve reacción. Por el contrario, aparta la mirada y se vuelve hacia la chimenea apagada. Con su perfil iluminado, ahora puedo ver lo cansado que parece. Sus pómulos cincelados parecen demacrados y me doy cuenta de que es porque no hay sonrisa en sus ojos.

El pavor se apodera de mi estómago. Por supuesto. He metido bien la pata. La forma en la que me fui de la habitación, la manera en la que dejé ver mi lado voluble e impulsivo… era justo la forma incorrecta de tratar con Connor. Sabía que estaba en guardia, que solo hacía las cosas después de una cautelosa deliberación. Sabía que me estaba confiando algo que, seguramente, no les habría contado a demasiadas personas y me había cargado esa confianza laboriosamente construida con el poderoso martillo Fizzy.

—La he cagado, ¿verdad? —digo en voz baja—. Al irme anoche lo arruiné todo.

Inspira profunda y lentamente.

—Te lo dije desde el principio —susurra a su regazo—, que no me interesaba si solo iba a ser sexo.

—Lo sé.

Me mira y la distancia en sus ojos hace que un escalofrío recorra mis brazos.

—Lo que hemos compartido es mucho más profundo que el sexo, Felicity, pero a la primera señal de problemas, sales huyendo. Me he pasado las últimas veinticuatro horas enfadado y sintiéndome increíblemente estúpido por haber confiado en ti. Ahora me cuesta mucho creerte.

La mortificación no es un golpe rápido al estómago, sino una lenta filtración de agua helada por las venas. No puedo ni imaginarme lo que Connor debe de estar pensando de mí en estos momentos. Me pregunto si siente haber puesto el corazón de los concursantes en mis manos, no digamos su propio y preciado corazón. Acepté hacer el programa en mitad de mi peor y más profundo bloqueo como escritora

y lo justificaba diciendo que lo hacía todo por la audiencia. Y ahora le estoy pidiendo que salga conmigo en secreto, que ponga su trabajo en peligro, después de haber salido corriendo de la habitación del hotel, presa del pánico, la primera vez que me confiesa que, quizá, no sea un ser humano perfecto. Se suponía que íbamos a ser los dos contra el mundo y la he cagado.

Jamás en mi vida me había sentido un fracaso tan absoluto.

Capítulo 39

CONNOR

Cuando Fizzy se va, siento un gran vacío dentro. Quería aferrarme a la ira —me había pasado todo el día pasando de la indignación al dolor y, por último, a la decepción, para luego volver a empezar—, pero en cuanto vi cómo desaparecía el rubor emocionado de su rostro y cómo la esperanza sin aliento era reemplazada por una comprensión sombría, mi ira se desvaneció y simplemente me sentí… cansado. Ahora solo queda el silencio de mis pensamientos y la agotadora desolación de una puerta bien cerrada, tanto física como metafóricamente.

Debería sentirme aliviado porque, por fin, se ha acabado y puedo volver a centrarme en lo que me trajo aquí en un primer momento, es decir, mi trabajo y mi familia, pero no es así. Me siento como una mierda.

Y ella me ha confesado que está enamorada de mí.

Blaine es la última persona a la que me gustaría ver el lunes por la mañana, pero irrumpe en mi oficina justo cuando me estaba preparando para irme al set.

—Ya veo que te vas, pero necesito hablar contigo —me dice, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Han llegado los números finales?

El mensaje de Brenna de las seis de la mañana indica un aumento respecto a la primera semana, en vías de romper otro récord.

—Me importan una mierda los números ahora mismo —reacciona—. Solo quiero que me digas que no voy a tener que lidiar con un puñetero drama en tu equipo.

Me quedo inmóvil y dejo las llaves del coche en la mesa. La posibilidad de que haya fotos de Fizzy y yo juntos…

—¿De qué me hablas?

—Las redes sociales están poniendo al equipo de Trent y *Smash*

Course a caer de un burro por esa mierda del dopaje.

Mi primera reacción es de alivio. Y entonces frunzo el ceño y me inclino, como si necesitara estar más cerca de sus palabras para procesarlas. Estoy tan absorto en mi drama personal con Fizzy de este fin de semana que ni siquiera me siento capaz de conectar con otra cosa que no sea ella, nosotros y *El experimento del amor verdadero*.

—¿De qué mierda de dopaje me hablas? Trent jamás haría algo así.

El chico solía hacer documentales sobre bibliotecas y comedias de bajo presupuesto, ¡por el amor de Dios!

—¿Que qué dop…? —me pregunta Blaine, sin acabar la frase, de repente incrédulo—. Connor, lleva semanas lidiando con los abogados. Y esta mañana todo ha saltado a internet.

Miro por encima de Blaine al recordar. Trent volvió a San Diego para reunirse con los abogados. Ni siquiera se me ocurrió preguntarle por qué.

—Todavía no me he conectado hoy —le digo—. He venido aquí directamente antes de salir para el set.

Me hace un breve resumen: un director de instalaciones de una de las sedes utilizadas para el programa de Trent ha aportado pruebas en vídeo de que dos de los otros productores le daban fármacos para mejorar el rendimiento a una de las concursantes.

—Vale, es algo bastante turbio y una mierda —respondo—. Pero esto es televisión, no las olimpiadas.

—¿Sí? ¿Que no son las olimpiadas? Bien, pues díselo a los ejecutivos de SuperHuman y Rocket Fuel. ¿Debería llamar a nuestros mayores patrocinadores y explicarles por qué les estamos cobrando una cantidad obscena de dinero para promocionar sus fórmulas de entrenamiento durante las pausas publicitarias mientras permitimos que los concursantes se dopen fuera de cámara? ¿Eso es suficientemente serio para ti? —No me deja responder su pregunta retórica, pero tampoco es que me moleste—. Vale, pues a ver qué te parece esto: uno de los productores también se estaba follando a esa misma concursante en el baño del autobús. ¿Eso tampoco importa?

Se me cae el estómago a los pies.

—Madre mía.

—El tuyo es el gran fenómeno, Conn, pero el programa de Trent también tiene las mejores audiencias de su franja horaria. Ya sabes que el público trata estas cosas como si les fuera la vida en ello. Se involucran mucho y ¿qué pasa cuando además les das el poder de votar? Sienten que el programa es suyo. Si les permites tener ese tipo de poder, estarás acabado en cuanto te salgas de la línea. Hemos puesto todo lo que teníamos en este puto programa y no podemos

perder espectadores porque el equipo de Trent sea incapaz de cumplir las normas y se tiren a los concursantes.

—Vale. —Me apoyo en el escritorio y me rodeo el cuello con las manos—. ¿Qué quieres que haga?

—Necesito que me garantices que tu casa está limpia. Quiero que me digas que los candidatos que has escogido son perfectos caballeros. Que Fizzy podría presentarse a la presidencia del gobierno si quisiera. Quiero que me digas que nadie de tu equipo tiene las manos largas ni tendencia a masturbarse en público. —El terror se apodera de mis entrañas, haciendo que pesen como el plomo—. ¡Quiero que me digas que la única que va a follar aquí es la puñetera Felicity Chen con el ganador del puto viaje a las Fiyi en el que nos vamos a gastar una pequeña fortuna!

Con irónica derrota, exhalo una carcajada. Me alegro de que hayamos roto porque, de no ser así, tendría que haberlo hecho de todas formas. Odio todo esto.

Blaine se acerca todavía más, frunciendo el ceño.

—¿Connor? Necesito que me lo digas.

Me paso la mano por la cara.

—Sí. Estamos limpios.

—No quiero tonterías, Connor —dice, irguiéndose—. Eres lo único que nos queda ahora mismo, y si tu programa se hunde, nosotros nos hundimos con él. Y ya sabes qué significaría eso: que tú también te hundes.

Capítulo 40

CONNOR

Ash se estira desde el otro lado de la mesa y me tira del cuello del jersey.

—Te pareces a mí hoy.

Miro hacia abajo para averiguar a qué se refiere. Llevo el jersey que me he puesto al salir de la oficina al revés, con la etiqueta rozándome la garganta. Todo un detalle que las dos mujeres que me han parado en la calle para hacerse una foto conmigo antes de que Ash llegara no se molestaran en decírmelo. Me lo quito para darle la vuelta y ponérmelo bien esta vez.

—Estoy un poco distraído.

—Ya me lo imagino. —Me estudia un instante—. ¿Hoy no vas al set?

Me encojo de hombros mientras hurgo en mi plato.

—Iba a ir cuando Blaine vino a verme. Necesitaba aclararme las ideas. Pero iré dentro de un rato. La grabación empieza a las tres. Rory y Brenna se han estado encargando.

—Ah. Vale. La estás evitando.

Cojo un trozo de melón en vez de responder.

—Lo que deberías hacer es irte a casa y dormir un rato. Tienes un aspecto horrible.

Respondo con un gruñido, aunque sé que podría hacerlo mejor. Ash tiene el día libre por no sé qué rollo de desarrollo docente que no comienza hasta esta tarde, pero en vez de quedarse en la cama con su mujer, está aquí, conmigo, tomándose un *brunch* y aguantándome mientras le cuento cómo mi vida se está yendo al garete.

Ya sé que es bueno que haya terminado mi relación con Fizzy, pero una parte de mí esperaba que Ash me dijera lo que, en el fondo, ya sé: que tenía que darle tiempo para que pudiera procesar lo que seguramente sea lo más duro que tuviera que oír nunca de mi boca. Por desgracia, después de escuchar toda la historia —el drama del hotel, la confesión de Fizzy y la situación con el programa de Trent—, Ash está de acuerdo en que he hecho lo que tenía que hacer.

Pero nunca, jamás en la vida, me había sentido así; jamás había estado tan colado por alguien como para incluso considerar la posibilidad de poner en riesgo mi forma de ganarme la vida por ella. Y odio lo que pasó la noche anterior, odio que ahora piense que no puede ser sincera conmigo si está asustada, que no tiene derecho a equivocarse. Pero lo que más odio de todo es que dé igual después del ultimátum de Blaine de esta mañana.

Ash se agacha un poco para intentar llamar mi atención.

—Conn.

—¿Sí? —respondo, mirándolo a los ojos.

—¿Sabes lo que diría Fizzy ahora mismo?

—Ardo en deseos de saberlo.

—No es sexi que el protagonista esté en modo melancólico más de tres cuartas partes del libro.

Suelto una carcajada sincera.

—Eso es exactamente lo que diría.

Sonríe ante el cumplido.

—Y estás ignorando la parte positiva más evidente —me dice con gran alegría.

—¿Que es?

—Que ahora ya sabes que estás preparado para tener una relación.

Me rio, pero vuelve a ser una risa sarcástica. No puedo culparlo por intentarlo. Encontrar a Ella ha sido lo mejor que le ha pasado a Ash.

—No hay pruebas sólidas al respecto, Ash. Fizzy y yo hemos tenido una relación intermitente durante unas cuantas semanas y ha terminado antes incluso de que empezara.

—Pero estás abierto a tener una.

—Me colé por ella en contra de mi voluntad —murmuro mientras me llevo la cuchara a la boca—. Pero sí. Supongo que sí.

—Quizá esta vez podrías probar con ADNDuo —añade, troceando cuidadosamente su tortilla—. Ahora hay tantos usuarios en el sistema que parece ser que la gente está obteniendo muy buenos resultados. Ya no es tan raro conseguir un *match* de oro. ¡Incluso uno de los profesores de mi centro ha conseguido dos! Ahora puede quedar con las dos y encontrar la pareja perfecta. ¿Te puedes imaginar que te den una lista y ya está? —Se come un trozo y me mira sin ocultar demasiado su curiosidad—. Me encantaría ver cuál es tu pareja perfecta.

Aparto la imagen de Fizzy de mi mente y respondo con un sonido evasivo. Hace unos meses, la habría descrito como alguien ruidosa e implacable. Ahora no me puedo imaginar utilizando esas cualidades como insultos.

—Además, ahora eres un producto muy codiciado, Connor.

Se mete otro trozo en la boca y lo mastica.

Todavía estoy soñando con la boca de Fizzy y lo que hizo con ella, así que necesito como un segundo para procesarlo.

—¿Te refieres al confesionario? Ah, tampoco es para tanto.

—Pues ese tanto es justo el motivo principal por el que Blaine está intentando meterte el miedo en el cuerpo.

Me quedo paralizado mientras lo miro.

—¿A qué te refieres?

Ash parece correr una carrera de obstáculos mental antes de soltar con cuidado el tenedor y el cuchillo. Se lleva la servilleta a la boca y, con cautela, se limpia con unos golpecitos.

—¿Acaso no te has enterado de lo que está pasando en internet?

—¿Te refieres a nuestras audiencias? —Asiento mientras lo digo porque Brenna me las envía todas las mañanas—. Son geniales.

—No, me refiero a los fans.

—Bueno, me han parado unas cuantas personas por la calle, pero eso es solo porque me reconocen como alguien que sale por la tele.

—¿Unas cuantas? —me dice sin rodeos y sigo su mirada hasta un grupo de mujeres en un reservado al otro lado del restaurante. En cuanto me ven, todas bajan la mirada—. Hablo de las acosadoras de Connor Prince.

Niego con la cabeza.

—Tampoco es así.

—Ya le he dicho que el móvil sirve para algo más que para enviar mensajes y leer las noticias, ¿pero me ha hecho caso? Pues no —murmura para sí mismo con una risa condescendiente tras sacar su teléfono. Ash pulsa en la pantalla unas cuantas veces con una floritura y luego se vuelve hacia mí—. Para empezar, tu Instagram. Tienes casi trescientos mil seguidores.

Parpadeo. No he publicado nada en años.

—¿Qué?

Suelta un suspiro de exasperación y vuelve a pasar el dedo por el teléfono antes de dejarlo en la mesa, justo delante de mí.

—Aquí.

Echo un vistazo, intentando orientarme.

—¿Qué se supone que estoy viendo?

—Es Twitter —responde, señalando un conjunto de letras—. ¿Qué dice este *hashtag?*

—Dice… —Necesito un minuto para leerlo porque las palabras están pegadas, sin espacios—. ¿«Sexi Prince El Experimento del Amor Verdadero»? —Lo miro—. ¿Quién es Sexi Prince?

—Tú. Así es como te llama el club de fans de *El experimento*.

—¿El club de fans? —Hago una pausa, profundamente confuso—. ¿Sexi Prince?

—Twitter echa humo cuando empieza el confesionario.

—¡Pero si salgo muy poco en pantalla! Hay tíos con más éxito, más guapos y, sinceramente, más agradables que yo por los que emocionarse.

—No seré yo quien te lo discuta —me responde con una sonrisa—, pero el caso es que te votan a ti. Según parece, Sexi Prince, adoran tu voz profunda, tu acento británico y la forma en la que Fizzy y tú interactuáis. —Levanta la vista ante el sonido que emito al reprimir mi evidente vergüenza—. ¡Oh, venga ya, deja de poner esa cara de espanto! «Sexi Prince» no está tan mal en comparación con algunas de las cosas que se leen aquí. —Avanza más pantallas y su sonrisa se convierte en un ceño fruncido—. No tenía ni idea de que «písame la cara» fuese una expresión tan habitual.

Prefiero hacer caso omiso.

—¿Cómo que me votan? Solo pueden votar por los concursantes.

—No lo sabes porque eres un troglodita de las redes sociales, pero no. Tu equipo lo ha configurado de tal forma que, si etiquetan el programa, un *software* de seguimiento considera que es un voto y lo incluye en el recuento. Podría ser algo como #PollaGiganteElExperimentoDelAmorVerdadero, y entonces Polla Gigante obtiene un voto.

Miro a Ash.

—¿Qué?

—No te preocupes. La mayoría de la gente lo usa como es debido. Etiquetan a Colby, a Isaac o a quien estimen oportuno. En realidad, es bastante inteligente; la mayoría de las entregas de premios de música lo hacen así. Creo que incluso en los Óscar están empezando a hacerlo para los favoritos de los fans o la película favorita. Es una forma estupenda de que la gente participe porque todo el mundo puede ver las etiquetas, también conocidas como votos, tantas veces como quieran, lo que significa que cuando las tuitean y retuitean, aparecen en el *feed* de todos ellos. Una exposición como esa no tiene precio. Está todo ahí, en tu ordenador de bolsillo, siempre que te dignes a mirarlo, claro.

Toda esta conversación me está dejando completamente descolocado ahora que empiezo a entender lo que Ash me está contando. ¿Los espectadores están votando por mí? Blaine no sabe tanto como le gustaría que los demás creyeran y tengo que pensar que, de saber algo sobre esto —o lo que es peor, sobre Fizzy y yo—, lo

habría mencionado, ¿no? En cualquier caso, tengo que tener mucho, mucho cuidado durante las próximas semanas.

—Por supuesto, hay mucha gente escribiendo todo tipo de nombres —continúa Ash—. Hay muchos «Tu madre» y cosas así. Creo que el Capitán América obtuvo bastantes votos una semana.

—Genial —respondo con cierta sequedad—. Un sistema sin fisuras.

—Siempre hay idiotas —dice Ash, con un gesto de desdén mientras aparta el plato y se inclina—. Por el momento, Isaac es el que consigue más votos cada semana. Pero, en general, te están votando bastante.

Me inclino hacia atrás con una suave exhalación, bajo la atenta mirada de Ash mientras lo proceso.

—Seguro que Brenna lo ha visto. ¿Por qué nadie me lo ha dicho?

—Quizá están intentando ignorarlo. —Coge su vaso de agua y bebe un sorbo—. A ver, no es que vayas a ganar tú.

Esas palabras resuenan en mi cabeza.

«No es que vayas a ganar *tú*».

Tiene razón, por supuesto. Ni siquiera soy concursante. Con todo, no puedo evitar autocompadecerme un rato. No puedo ganar.

Estoy sometido a una enorme presión mental que hace que tenga demasiadas cosas en la cabeza y poco tiempo para dedicarles. Podría pasarme toda una semana pensando en cómo me sentí teniendo a Fizzy en mis brazos tras la boda de su hermano y no digamos con lo que pasó después. Si a eso le añades su confesión posterior, la visita de Blaine a mi oficina y todo lo que Ash me ha contado sobre las votaciones, me va a estallar la cabeza.

Sin embargo, no me queda otra que dejar todo eso a un lado, porque tengo trabajo que hacer. Y, de alguna forma, Fizzy y yo nos las arreglamos para tratarlo como tal. Después de las votaciones del fin de semana, ya solo quedan cuatro candidatos: Isaac, Nick, Dax y Evan. No estoy seguro de si es un alivio o una tortura que el equipo esté grabando sin problemas y que no me necesiten durante las cenas íntimas de Fizzy con los concursantes, mientras los persiguen en sus largos paseos por la playa, sus citas en la bolera, recogiendo manzanas y en sus clases para aprender a surfear, pero, en cualquier caso, aprovecho la ocasión para darnos espacio, algo que probablemente ambos necesitamos. La única vez que la veo en toda la semana es para grabar un extraño y forzado confesionario. El resto del tiempo me lo paso en la sala de edición, intentando montar una narrativa para cada

posible pareja, escuchando música a todo volumen con los cascos puestos cada vez que tengo un bajón para no tener que escuchar el eco de sus palabras cuando me confesó que estaba enamorada de mí. Eso sí, consigo crear el episodio más convincente hasta el momento, lo que hace que consigamos las mejores audiencias de la cadena esa semana. Pero es una victoria triste para mí.

Después de un muy necesario fin de semana con Stevie, vuelvo al plató a la semana siguiente. Esperaba que ver a Fizzy de nuevo me resultara fácil, pero no es así. El lunes nos trae la eliminación de Dax y Nick y la reaparición de una Fizzy que ha pasado el fin de semana haciendo vete tú a saber qué con vete tú a saber quién. No me la imagino acostándose con unos y con otros —sobre todo porque sé que sus sentimientos por mí son sinceros y también porque lo tiene prohibido por contrato—, pero la parte racional de mi cerebro no se manifiesta cuando la veo entrar en el restaurante para grabar el lunes por la tarde. El sentido de la posesión se desata en mí al verla con unos diminutos pantalones vaqueros y una fina camiseta de tirantes blanca. Quiero tocar su cuerpo, acariciar su piel con mi boca y empotrarla contra una pared para convencerla de que vuelva a confesar que me quiere.

Pero me ajusto bien la máscara. Estas dos últimas citas son en las que los espectadores se basarán para elegir al ganador, y esta noche Isaac está cenando en cámara con Fizzy y sus padres. Hace tan solo una semana, era yo quien estaba con ella, hablando con sus padres, henchido de orgullo. Pero ahora estoy detrás de las cámaras, viendo cómo Liz le empolva la cara a la señora Chen, viendo cómo el señor Chen bromea con Rory sobre cuál es su mejor perfil, sabiendo que los padres de Fizzy van a conocer a un chico guapo, digno y de éxito que, probablemente, acabará ganando. Si conozco bien a Fizzy —y creo que es así—, aceptará mi rechazo sin rechistar y hará todo lo posible por pasar página. Se irá de viaje con Isaac y hará todo lo posible por disfrutar al máximo. Una vez en Fiyi, ¿olvidará lo que siente en mis brazos? ¿Se acostará con él simplemente porque está allí? ¿O su conexión se hará más profunda y fuerte que la que nosotros hemos tenido?

En cualquier caso, no soporto la situación, pero soy incapaz de creer que pueda haber algo más fuerte que lo que nosotros hemos tenido. Veo a Fizzy con esos hombres y tengo que contenerme para no reclamarla como propia a todos los niveles. Y ese instinto ha vuelto,

con una forma diferente pero innegable, mientras observo a las dos personas que me gustaría que se convirtieran en mis suegros preparándose para conocer a otro hombre.

—¿Estás bien? —me pregunta Rory, que ha vuelto a ocupar su lugar tras las cámaras.

Estoy a punto de contestar que no cuando recupero la consciencia parpadeando con fuerza.

—Sí. Estoy genial.

Me levanto de la mesa justo cuando Fizzy sale del vestidor improvisado de la parte de atrás y entra en el comedor. Lleva el pelo recogido en dos moños de los que se escapan dos mechones que enmarcan su rostro. Se ha puesto un lápiz de ojos oscuro, una camiseta rasgada y unos vaqueros rotos rematados con unas botas militares. Esta noche, Fizzy está preparada para la guerra. Durante una fracción de segundo, un latido febril, jamás he deseado algo tanto como la deseo a ella. Y ese sentimiento no desaparece ni siquiera cuando salgo a tomar una bocanada larga y profunda de aire fresco.

Capítulo 41

FIZZY

Como el universo es un gato aburrido y yo soy un ratoncito impotente, Connor ha venido sin su habitual traje almidonado y hoy ha decidido ponerse una camiseta negra ajustada y unos vaqueros. A pesar de haberme puesto mi mejor armadura en un intento por apuntalar mi frágil fuero interior, me tengo que contener para no cruzar la sala y tirarme encima de él. Apenas lo he visto esta semana y lo he echado tanto de menos que me he pasado todo el fin de semana en pijama, viendo los primeros tres episodios de *El experimento del amor verdadero* en bucle solo para verlo en el confesionario. Ahora su pelo revuelto, sus bíceps y sus pectorales marcados por una suave camiseta de algodón están justo frente a mí. Rezuma esa paciencia tranquila, marca de la casa, mientras comenta algo con Rory y… ¡oh, Dios mío, míralo! Estoy loca por él y duele mucho mucho.

Ergo, he decidido que odio amar.

Anoche empecé a esbozar un nuevo libro. Básicamente trata de una mujer que se enamora de un hombre, pero ella mete la pata y él la rechaza, por lo que decide tirarse desde un acantilado. Pero debajo del acantilado hay una enorme cama cubierta de almohadas —porque no me gusta demasiado la ficción ni el terror— y, entonces, intenta asfixiarse con las almohadas. Pero tampoco lo consigue, así que se da la vuelta y se autocompadece hasta que Uber Eats le trae su pedido de Dunkin' Donuts.

También tiré el resumen a la basura.

Y entonces intenté dormir porque esta es, seguramente, la semana de grabación más importante, pero mi intento se redujo más bien a tumbarme bocabajo en la cama llorando sobre la almohada.

Solo quiero acercarme a él, llevármelo a un lado y decirle que jamás volveré a hacerlo, que jamás volveré a huir de esa forma. ¿Acaso sabrá lo mucho que admiro su lado cauteloso? Es la calma tras mi tormenta, la sombra bajo la brillante luz de mi sol, el Styles de mi Harry.

La cita con Isaac es increíble. Al menos en apariencia, por supuesto.

Por dentro, soy puras cuerdas de marioneta y charlas automotivacionales. Papá cuenta sus habituales chistes tontos; Isaac habla de su trabajo de investigación en inteligencia artificial y veo que a mi madre se le empieza a ir la cabeza al imaginarse un trío de nietos inteligentes. Yo bebo de mi botella de agua mineral con limón Perrier. Han empezado a surgir contratos de emplazamiento de todo tipo de productos, desde agua con gas a protectores solares, pasando por marcas de ropa, así que intento que la etiqueta se vea bien. ¿Ves, Connor? Sé jugar en equipo.

Mis padres hablan de lo que les supuso mudarse a Estados Unidos desde Hong Kong cuando tenían veinte años y lo mucho que les costó criar a tres niños con personalidades tan diferentes. Contribuirá a una televisión creíble y auténtica. En mis momentos tranquilos de disociación, puedo verlo todo desde arriba y me doy cuenta de que todos estamos haciendo un gran trabajo.

Supongo que hay algo satisfactorio en hacer las cosas bien: estoy fingiendo como una profesional mientras ignoro al gigante sexi que hay detrás de la cámara. Isaac es guapo e inteligente. Mi madre ya está medio enamorada de él incluso antes de llegar a los entrantes y mi padre no para de lanzarme esa mirada de «eh, es un tío genial, ¿eh?» que me dice que no va a dejar de preguntarme por Isaac durante unos cuantos meses. Precisamente por eso nunca antes les había presentado a nadie a mis padres. Sería una cita y luego seis meses de preguntas sobre cuánto tiempo tengo que esperar para que me proponga matrimonio. Me preocupa que no entiendan demasiado bien la mecánica del programa, que solo estamos aquí probando esto de las citas y que esto no es un almuerzo convencional para conocer a la familia, pero ni siquiera soy capaz de preocuparme demasiado, porque estoy tan horriblemente triste que tengo que destinar cada gramo de mi atención a salir airosa de todo esto.

—Me gusta —afirma mi madre al micrófono, todavía abierto, en cuanto terminamos y nos ponemos de pie—. Deberías escogerlo a él. Piensa en lo guapos e inteligentes que serían tus hijos.

Lo ha dicho en voz alta.

Al fondo, el equipo se muere de risa, así que me apresuro a quitarle el micro del cuello con cuidado.

—Es la audiencia la que decide el ganador, mamá.

—Pero debería ser tu novio —continúa, ajena a todo mientras yo intento apagarlo—. Hacéis tan buena pareja.

Por instinto, mi mirada se dirige hacia la fila de cámaras. Connor se estira, se quita los auriculares y los deja en la silla junto a él antes de coger un portapapeles y escribir algo como si no pasara nada. Ninguna

reacción, desde luego, nada de consternación. Ni siquiera levanta la mirada, como solía hacer, ese destello reactivo de celos que solía encenderle la mirada. Veo al Connor relajado al que ni le importa la posibilidad de que otro acabe siendo mi novio.

Está bien. No pasa nada.

Me tiraré por un acantilado sobre una cama cubierta de almohadas.

Les doy un abrazo a mis padres y los acompaño hasta la zona del confesionario para que se unan al hombre que tanto me tortura y yo me siento para esperar mi turno.

Tras media hora, mis padres se reúnen conmigo para despedirse.

—¡Le hemos dicho a Connor que creemos que deberías casarte con Isaac! —me susurra mi padre al oído mientras me besa la mejilla.

Les dedico la mejor sonrisa que soy capaz de esbozar.

—Genial, estoy segura de que le habrá encantado oírlo.

Isaac entra en el confesionario y, sinceramente, pagaría lo que me pidieran para saber lo que pasa dentro. Apuesto a que la habitación parece del tamaño de una taza de té por la combinación de sus dos enormes cuerpos, la tranquila intensidad de Connor y el deslumbrante encanto de Isaac.

O quizá todo va bien. Puede que no haya la más mínima frialdad en la habitación y Connor no esté nada raro con Isaac, aunque una de mis partes favoritas del cuerpo de Connor estaba dentro de mi cuerpo hace una semana y cuarenta y ocho horas, y un observador ocasional diría que hemos estado siendo demasiado melodramáticos en cuanto a nuestras emociones. Pero nunca antes había estado enamorada, así que nunca antes he tenido que superar algo así. Quizá sea de esta forma para algunas personas: pulsar un botón o apagar una cerilla y ya está.

Oigo cierto revuelo detrás de mí y me doy cuenta de que el equipo está empezando a guardarlo todo. Mi corazón parece un mazo golpeando mi esternón. De un momento a otro, uno de los amables ayudantes vendrá a decirme que es mi turno. Haré un resumen de la cita, contaré lo que me ha gustado, lo que no ha ido tan bien, aunque a duras penas soy capaz de recordarla, por lo que estoy segura de que me comportaré como un desastre monótono lleno de añoranza, pero no me importa porque, al menos, estaré cerca de él. Ha sido lo único que ha hecho que la última semana me resulte medianamente llevadera, aunque hayamos hecho contacto visual durante unos cincuenta milisegundos durante los diez minutos que nos hemos visto. Tengo el síndrome de abstinencia. Deseo tanto pasar tiempo a solas con Connor que tengo la sensación de que una enredadera de pinchos me rodea el corazón.

Es Brenna la que se acerca, con la mirada fija en su teléfono.
—¡Parece que ya te puedes ir a casa!
Niego con la cabeza.
—Todavía no he pasado por el confesionario.
Recita el texto que está leyendo.
—Connor dice que lo dejamos por esta noche y así hacemos ambas citas mañana.
—Espera. ¿Por qué? Según mi hoja de rodaje, tengo un confesionario todas las noches esta semana.
Brenna se limita a encogerse de hombros.
—Es lo que me ha dicho. —Repasa sus mensajes—. De hecho, según parece, ya se ha ido.

El sueño es un amante voluble. Supongo que no ayuda el hecho de que me he pasado la mayor parte del lunes engañándolo con una neurosis llamada «Mil cosas que he hecho para joderlo todo». Se me ha olvidado programar la alarma, así que me viene bien haberme quedado dormida con el teléfono debajo de la almohada (por si Connor me llama en mitad de la noche porque ha cambiado de opinión y también me quiere), porque ha empezado a vibrar.
Es Jess. Respondo con lo que sea que sale de mi boca pegada al auricular.
—Vale, pues buenos días —me responde.
—¿Qué hora es?
—Las ocho pasadas.
Me incorporo de inmediato en mi habitación excesivamente iluminada. La noche anterior ni siquiera me molesté en cerrar las cortinas, así que ahora la luz del sol entra como si hubiera algo que celebrar.
—Mierda.
—¿A qué hora tienes que estar en el estudio hoy?
Miro la pared con los ojos entrecerrados, pensando.
—A las diez, creo.
—Todavía tienes tiempo de sobra.
—Lo sé. —Me levanto, frotándome la cara—. Es decir, mierda, otra vez me toca fingir que estoy bien hoy.
—Te olvidas de algo importante.
—¿De qué?
—¿Quién va a estar contigo en la cita de hoy con Evan? —susurra Jess al teléfono.

Con un gemido de alivio, me vuelvo a dejar caer en la cama.

—¡Oh, Dios mío, es cierto!

A pesar de la nubecita negra que me persigue a todas partes, me rio con nerviosismo. Se suponía que mi hermano y su nueva mujer iban a estar hoy en mi cita con Evan, pero luego nos dimos cuenta durante la planificación de que no podía ser porque estaban de viaje de novios. Mi hermana era la segunda opción obvia, pero ha pasado de «tomarse las cosas con calma» al reposo absoluto. Tengo como un trillón de tías entre las que podría escoger, pero, para ser sincera, sería un auténtico circo y, a pesar de todo el desprecio que siento por mí misma en estos momentos, tampoco me odio tanto como para eso.

—¿Qué tal lleva River lo de tener que volver a la televisión?

—Está algo gruñón, pero estoicamente resignado.

—Mi versión favorita de él.

Se echa a reír.

—Nos vemos pronto. A por ellos, tigresa.

Emito mi rugido más patético.

Por supuesto, lo que sucede cuando paso de la luminosidad exterior a la tenue elegancia del restaurante es que choco directamente con una pared llamada Connor. No se diferencia mucho de darse de bruces contra un ladrillo, tanto física como emocional y espiritualmente.

Protagonizamos uno de esos penosos bailes de disculpa antes de darnos la vuelta abruptamente y marcharnos cada uno por su lado: yo a peluquería y maquillaje, en la parte de atrás, y él a la fila de cámaras que se están preparando para el día de rodaje.

El restaurante está en silencio; soy la primera en llegar. En la parte delantera, solo están Connor y Rory, apiñados alrededor de las cámaras. De verdad os juro que soy capaz de oír el murmullo retumbante de su voz, que lo siento como una vibración en mi columna. Liz tiene que recordarme que ponga recta la barbilla y la mire porque no paro de volver la cabeza hacia la parte delantera del restaurante, incapaz de controlar esa dolorosa e inconsciente atracción que todavía siendo por él.

Siempre he creído saber quién soy y qué quiero, pero últimamente… Últimamente siento que he perdido mi identidad. Ya no soy escritora, ya no tengo citas salvajes y ni siquiera soy la típica mejor amiga molesta o una tita algo obscena. Con tanto silencio mental, la duda sobre quién soy resuena con más fuerza. Una de las cosas que más me gustaban de Connor era que él no necesitaba que

fuera nada. Podía ser absurda y ruidosa o reflexiva y contemplativa y seguía siendo… yo. Me dijo que era algo más que mi personaje de escritora traviesa, sexi y atrevida. Me dijo que tenía gran profundidad y sensibilidad. Era como si tuviera un decodificador de Fizzy de bolsillo (y no me refiero solo a su enorme pene).

(Aunque hay que reconocer que ayudaba).

Evan llega vestido de traje y, siendo objetiva, está muy bueno. Estoy tan confusa. Por una parte, podría escogerlo para el viaje. No estamos hechos el uno para el otro —creo que eso es algo que ambos sabemos— y quizá un viaje relajante con un ex convertido en amigo a las Fiyi es justo lo que necesito. Pero, por otra parte, teniendo en cuenta la popularidad del programa, no quiero tener que romper en público ni fingir que he estado enamorada de él.

Pero si escojo a Isaac, nos estaría haciendo un flaco favor a ambos. Isaac es justo el tipo de persona del que habría esperado enamorarme, pero ahora mismo solo soy capaz de verlo como algo platónico. ¿De verdad alberga sentimientos románticos por mí? ¿Acaso un viaje con él serían los diez días más insoportables e incómodos de mi vida? ¿Quizá podría aprender a quererlo?

Gruño y Liz me da un pequeño golpecito en la barbilla para recordarme que tengo que estarme quieta mientras me aplica el delineador.

—¿Qué te pasa? —me pregunta con su aliento dulce y mentolado cerca de mi mejilla—. Pareces estresada.

—Porque lo estoy.

—¿Te preocupa que la audiencia no escoja al chico que te gusta?

Liz jamás me había preguntado algo sobre el programa. Siempre había pensado que era algo del tipo «no preguntes», pero quizá sea que nadie es tan cotilla como yo. Una mujer inteligente respondería que sí. Una tonta como yo opta por…

—No creo que me guste ninguno de ellos.

Liz se incorpora.

—¿Cuál te gusta más? —me susurra.

De perdidos al río.

—El que mide más de dos metros y tiene la estructura ósea de un dios.

Se echa a reír, pero no parece sorprendida en absoluto.

—Sí, lo vuestro es alucinante.

No lo entiendo de inmediato, pero entonces un rubor tímido recorre mi cuerpo. Porque entonces lo entiendo. Se refiere a lo que siento, a que la historia real ha sido la amistad que ha surgido entre su jefe, Connor Prince, y yo. Las cámaras no han capturado la parte más

bonita de todo el arco narrativo: cómo ese altísimo hombre decidido y esta pequeña mujer caótica empezaron chocando, pero poco a poco fueron surgiendo primero la admiración mutua y luego algo que se parece bastante al amor. He tenido una historia real delante de mí todo el tiempo y, sin embargo, la he echado a perder.

—Está tan ausente —dice Liz, poniendo fin a mis pensamientos—. Todo el mundo se ha dado cuenta.

Estas últimas palabras me devuelven a la superficie, a la realidad.

—¿A qué te refieres?

Se encoge de hombros mientras añade un poco de colorete a mis mejillas.

—Oh, ya sabes.

No puedo presionar más sin que parezca raro.

Liz da un paso atrás, supervisa su trabajo y me quita la capa protectora del cuello.

—Ya estás —me dice.

Levanta el mentón y, cuando me doy la vuelta, veo a uno de los ayudantes detrás de mí.

—¿Lista? —me pregunta mientras me señala el tráiler que hay fuera. El pánico se apodera de mí—. Rory quiere que pases primero por el confesionario. Puedes ir directamente fuera. Connor te está esperando.

Capítulo 42

FIZZY

He estado en el tráiler cientos de veces durante las últimas semanas y, hasta hoy, había sido mi coto de caza favorito. Es un sitio pequeño, pero bien amueblado, con cámaras fijadas en lugares estratégicos para facilitar la grabación de las entrevistas sin importar dónde nos llevara el rodaje cada día. Hay dos sofás: uno para Connor y otro para el entrevistado. Las persianas están corridas y la iluminación es tenue, diseñada para crear un ambiente privado e íntimo. Resulta útil que el agua embotellada (¡con las etiquetas para que se vean bien!) y una caja de pañuelos estén al alcance de la mano. Aquí es donde comparto mis pensamientos sobre cómo están yendo las cosas, sobre cómo me siento y sobre lo que opino de los candidatos. Es también el único momento de cada episodio en el que los espectadores pueden ver a Connor mientras repasamos todas las citas. No sigo los *hashtags* del programa porque no soy masoquista (y también porque el código deontológico me impide hacer un seguimiento de las votaciones), pero Jess me volvió a comentar el otro día que Juno le ha dicho que Stevie dice que la gente lo adora. Nuestra pequeña pandilla es como el Pony Express, pero con cotilleos.

No culpo a estas mujeres de internet. ¿Quién podría ver a este hombre en televisión y no caer rendida? Con un poco de suerte, eso le demostrará a Blaine que Connor es un activo valioso y eso dejará el balón en el tejado de Connor si quiere un cambio.

Estoy cómodamente instalada en el sofá cuando se abre la pequeña puerta del tráiler y Connor entra. Su presencia encoge el espacio y absorbe el oxígeno de la estancia.

Ni siquiera un «hola». Tan solo un «prueba tu micro, por favor».

Parece que hoy no vamos a ser demasiado amigos. Tomo nota.

Se dirige a su asiento y desliza una mano por la pernera de sus pantalones de vestir. Necesito hacer un esfuerzo hercúleo para no lanzarme de boca a su regazo.

—Uno, dos. Uno, dos. Abajo el patriarcado, arriba el romance, dejad que las mujeres amen lo que quieran y a quien quieran.

Una pausa mientras espera confirmación a través del pinganillo.
—Está bien.
Necesita unos minutos para ser capaz de establecer contacto visual conmigo y adoptar una expresión facial agradable, aunque no demasiado.
—¿Cómo te sientes hoy de cara a tu última cita?
—¿No me vas a preguntar por ayer?
Hace una pausa y se aclara la garganta.
—Sí. Vale. Empecemos por eso. ¿Qué tal la cita de anoche?
—Fue duro —le respondo.
Espera, incómodo, a que continúe, como si supiera que soy una bomba con patas. Sé que debería hablar con entusiasmo de mi cita de ayer porque, al fin y al cabo, ese es mi trabajo: hablar. Pero me quedo en blanco.
Por fin pregunta:
—¿Duro? ¿Por qué?
Me gustaría poder reírme y decirle: «Hola, Connor, anoche fue duro porque apenas me miraste y quiero que este programa sea increíble para que tu carrera despegue y te vuelvas a enamorar de mí». Pero siento que la tristeza es un dolor que no paro de tragar y resulta que también hace que te cueste reírte.
Cojo la botella de agua, desenrosco el tapón y bebo un poco.
«Cuenta hasta diez, un sorbo más y haz tu puto trabajo, Fizzy».
—Anoche fue duro porque me di cuenta de que podría ser la última cita con Isaac de mi vida.
«Ahí está». Justo ahí. Un pequeño tic en la mandíbula.
—A menos que gane, lo que, según parece, es algo que les gustaría mucho a tus padres.
Se esfuerza por que su voz suene cálida y amable, apoyándose en su acento y ese encanto meloso, pero lo conozco. Veo la tensión en su expresión.
«Sí que nos conocemos —me dijo—. Conocernos mutuamente ha sido nuestro particular objetivo durante meses».
Intento esbozar una sonrisa natural.
—Sí, mis padres lo adoran.
Traga saliva.
—Mantuvimos una larga conversación anoche sobre por qué Isaac sería perfecto para ti.
—¿En serio?
Connor coge su botella de agua, intentando estrangular algún tipo de expresión indescifrable.
—Ya conocían a Evan de antes, ¿no?

Estoy muy impresionada —y molesta— por su gran capacidad para contenerse. Soy adicta a sus celos. Quiero comérmelos untados en una tostada.

—Sí —respondo—. Es amigo de mi hermano.

—¿Y qué opinaban de él?

—No creo que les causara una gran impresión en su momento. Pero, siendo objetivos, es una persona increíble. Y es guapo.

—Bueno, como productor y parte del equipo que lo ha seleccionado, me lo tomaré como un halago —dice Connor con gran suavidad y un pequeño brillo en la mirada que me dice que sabe perfectamente qué estoy haciendo—. Como nuestro candidato «que salió huyendo», cenará con tu mejor amiga, Jessica, y su marido, River Peña, que también resulta ser el inventor de la tecnología ADNDuo.

—Así es. Asegúrate de repetir eso muchas veces. A River le encanta recibir atención.

Connor se echa a reír, relajando los hombros.

—Vas a estar en plena forma esta noche, por lo que veo.

—Es mi última noche de citas. Todo el mundo se decepcionaría mucho si me comportara como alguien sumiso y educado.

—Todos nos quedaríamos devastados.

La calidez de su sonrisa me reconforta hasta la médula. ¿Cómo puede ser que no vea lo bien que estamos juntos?

—¿Cómo te sientes ahora que estás a punto de entrar en tu última cita?

—Aliviada.

—¿Aliviada? ¿Por qué?

—Porque pronto podré dejar de fingir que quiero estar con otra persona que no seas tú.

Connor guarda silencio y mira con brusquedad las cámaras que nos rodean.

—Fizzy, no… No puedes decir eso.

—Pues entonces, edítalo.

Se inclina, apaga una cámara y luego la otra. Ambos apagamos nuestros micrófonos. Connor se quita el pinganillo y suelta una larga exhalación.

—Mierda.

—Te echo de menos —le digo una vez que sé que estamos solos—. Me gustaría poder decirte lo mucho que siento lo que hice. Sé que dije que no eres el hombre que creía que eras, pero simplemente estaba asustada.

—Lo sé.

—Eres justo quien necesito que seas.

No dice nada, pero la luz ilumina la parte superior de su pelo cuando se inclina para apoyar la cabeza en sus manos.

—Odio todo esto —le digo e inspiro profundamente—. No soporto pensar que podría acabar con otra persona que no seas tú. Soy voluble en todo menos en esto, Connor. Siento mucho haberte hecho daño. Iba muy en serio cuando di…

—Lo sé —afirma con voz tranquila pero firme.

Ya sé lo que viene después cuando se incorpora en su asiento y me mira a los ojos. Va a buscar una nueva forma de dejarme con tacto. ¿Cuántas veces voy a pedirle a este hombre que me rechace?

—Siento mucho haberte puesto en esta situación —me dice—. Siento mucho haber contribuido a lo que estás pasando. Siento mucho que tengas que fingir que estás interesada en uno de los candidatos restantes. Pero eres tan buena para este programa, Fizz. Todos los días me siento el hombre más inteligente del mundo por haberte escogido.

Nos miramos durante una larga pausa. Repito en silencio una y otra vez que estoy enamorada de él. Intento compensar toda una vida sin decirlo y, aunque no sea un sentimiento correspondido, sienta realmente bien gritarlo con la mirada.

Por fin, exhala.

—Si te sirve de algo, para mí también es duro.

Se hace un extraño silencio en mi interior. No sé por qué, pero oírselo decir me permite seguir adelante.

—La verdad es que necesitaba oír eso. Parecía más bien lo contrario. Parecía que pasabas completamente de mí.

—No es el caso —hace una pausa—. No me siento en absoluto tranquilo. —Connor cierra los ojos y traga saliva—. No soy de piedra.

Se estira como para encender las cámaras, no sin antes pedirme permiso.

Así que se lo doy.

—Adelante. Perdón por la interrupción. Ya estoy preparada.

River entra con cara malhumorada y se le acercan con una brocha de maquillaje. Un equipo adulador contribuye en gran medida a levantar mi estado de ánimo. Cuando Brenna le pide a River que le firme un autógrafo en la palma de la mano, la carcajada que suelto al ver su expresión de espanto resuena en toda la sala, iluminándola de alguna forma. «Pero ¿qué diablos vas a hacer con una mano autografiada? —parece preguntarse en silencio, a juzgar por la expresión de su cara—. ¿Hacerte un molde de escayola? ¿Tatuártela? ¿No volver a lavártela

nunca más?». A River no parece convencerle ninguna de estas posibilidades, así que escribe su nombre en servilletas, posavasos y tarjetas de visita para los extras y para el equipo mientras Jess y yo intercambiamos información entre susurros.

—Estábamos los dos solos en el tráiler del confesionario —le digo al oído—. Todo era tan perfecto, los dos solos, que empezamos a relajarnos y le dije que lo echaba mucho de menos y que no soportaba tener que estar con otro que no fuera él y entonces admitió ¡que también era duro para él!

Jess contiene el aliento.

—¡¿Qué?!

—¡Lo sé! —grito susurrando—. Me ha dicho que no es de piedra.

Jess suelta un pequeño silbido.

—¡Qué fuerte!

Por desgracia, no tenemos más tiempo para analizar lo que podría significar eso porque Brenna viene a recogernos, va a buscar a Evan y River y nos acompaña a los cuatro a una mesa en el centro del restaurante, con una iluminación perfecta. Qué sensación tan extraña estar estancada en todos los demás aspectos de mi vida y, sin embargo, sentir que todo se mueve demasiado deprisa a mi alrededor.

Cuando miro a los ojos a mi mejor amiga, siento que el nudo de tristeza y remordimientos que me asfixia se afloja un poco.

«Estoy aquí por ti», me dice con la mirada.

«Lo sé y te lo agradezco», le respondo con la mía.

«Rectifico —me dice la suya—. Estoy aquí para cenar contigo esta noche y me debes una».

«Tu marido es la bomba».

Su mirada se vuelve irónica.

«Se ha pasado todo el día quejándose».

«¿Tu marido se ha pasado todo el día quejándose por tener que socializar? ¡No me lo puedo creer!».

River se aclara la garganta.

—Dejad de hacer eso.

—¿De hacer qué? —pregunta Jess.

—Eso que hacéis de hablar sin pronunciar palabra —masculla.

Estoy a punto de tirarle la servilleta cuando, detrás de las cámaras, Connor se aclara la garganta a modo de recordatorio.

—Estamos grabando.

Según el guion, debemos hablar sobre la última aparición de River, sobre GeneticAlly, su funcionamiento y recordar a los televidentes la participación de River en el origen de todo esto. Pero después, la cena se desarrolla con total normalidad y, durante unos breves instantes,

incluso somos capaces de olvidar que nos están grabando. Contamos historias de nuestro pasado que, posiblemente, ya hemos contado unas cien veces o que jamás antes habíamos oído. Da igual porque, aunque no tengo un interés romántico por Evan, me cae bien. Sé que las cámaras están captando la gran familiaridad que tenemos. Es algo bueno para Evan y, en consecuencia, también para Connor.

¡Pero cómo me gustaría que fuera Connor el que estuviera a mi lado!

Capítulo 43

CONNOR

El siguiente mensaje de Natalia solo contiene ocho palabras, pero las estudio detenidamente durante unos diez segundos.

—¡Mierda! —grito solo en el silencio de mi coche, aparcado en el exterior de su casa.

> Stevie está con Juno en casa de Fizzy

Por culpa de la locura del programa, mis fines de semana con Stevie han sido esporádicos, en el mejor de los casos. Hoy era la ocasión perfecta para recogerla y pasar una noche relajada juntos. Pero tener que ir a casa de Fizzy es de todo menos relajante. Sé que seguramente no sea cierto —y desde luego, no sería justo—, pero tengo la sensación de que mi exmujer está conspirando para que tenga que ir a ver a Fizzy cuando todavía no estoy seguro de que mis barreras emocionales sean lo bastante resistentes como para soportar más tiempo a solas con ella. Hoy ha sido muy duro. El confesionario fue brutal y tener que presenciar una cita doble cómoda y relajada de la que me habría gustado formar parte ha sido incluso peor.

Pero no había manera de que Nat lo supiera, así que aquí estamos.

Ni siquiera me molesto en subir para saludarla, aunque me encantaría poder contárselo todo a alguien que sabe igual que yo lo que me estoy jugando. Le doy la vuelta al coche al final de la calle y pongo rumbo a la pequeña casa color crema y azul, cubierta de buganvillas, ubicada a poco más de tres kilómetros de distancia. Una vez junto a la acera, me vuelvo a quedar paralizado, aunque sé que mi hija está dentro y lo único que me apetece es recogerla, pedir una pizza y hacer un fuerte de almohadas en el sofá para pasar algún tiempo de calidad frente a la tele. No quiero pensar en el programa ni en la mujer que no deja de acaparar mis pensamientos ni en su expresión mientras me volvía a confesar sus sentimientos por mí. Estuve a segundos de desmoronarme. Jamás había tenido ese tipo de sensación, esa forma en la que sentía mi corazón pesado y, a la vez,

esperanzado dentro de mi caja torácica. Estoy tan enamorado de ella que apenas soy capaz de respirar.

Salgo del coche, subo las escaleras y, con los ojos cerrados frente a su puerta, inspiro profundamente para intentar calmar la respiración antes de llamar.

«Saluda a todo el mundo, coge a tu hija y vuélvete a casa».

«Protege tu corazón. Protege a Stevie. Pasa página».

En cuanto llamo, se oyen tres voces alegres que gritan «¡Adelante!» y, cuando abro la puerta, me las encuentro amontonadas en el sofá bajo una montaña de mantas.

—Podría haber sido alguien peligroso —les digo, con el ceño fruncido.

—Hemos visto tu silueta en el porche por la ventana —dice Stevie.

—Es que eres muy alto —añade Juno.

Fizzy me mira como diciendo «a ver, razón no les falta», pero no puedo entrar en el juego. Me doy cuenta en cuanto la miro. Hay tanto anhelo y deseo reprimido en mi pecho que tengo la sensación de que, si digo algo más, acabará pareciéndose a un quejido. Y si doy un solo paso más, la llevaré a su habitación, cerraré la puerta con llave y follaremos en el suelo.

—Coge tus cosas, enana.

Levanto la barbilla hacia donde se encuentra su mochila, al otro lado de la habitación, con papeles, lápices y gomas de borrar de colores brillantes desparramados por todas partes.

Se hace el silencio en la habitación; la energía desbordante que había hace unos segundos se apaga. Genial, ahora soy un aguafiestas.

—¿Estás bien, papá? —pregunta Stevie, saliendo con cuidado del revoltijo de extremidades y mantas—. ¿Estás enfadado con alguien?

Opto por intentar parecer relajado, aunque cansado, frotándome la cara con la mano.

—No, Sass, solo estoy cansado.

—¿Estás seguro? —Me mira—. Tienes esa cara que Fizzy dice que acabará haciendo que necesites bótox.

No le presto atención e intento mantenerme centrado en la tarea.

—¿Has recogido ya tus cosas?

—Porque, si estás enfadado —insiste—, te recuerdo que me dijiste que las personas no son como la fruta. No buscas nuevas porque estén magulladas.

Le he dicho a esta niña cientos de veces que hay que recoger las toallas mojadas y dejar de usar purpurina en la cama, pero ¿esto es lo que retiene?

—No me gustan los plátanos magullados —dice Juno, arrugando la

nariz.

—Genial, ahora estoy cansado y hambriento —respondo, sujetando a Stevie por los hombros en un intento de dirigirla hacia la puerta—. Vamos a por algo para cenar, anda.

—¡Fizzy tiene pizza! —exclama Stevie, señalando emocionada a la cocina—. Hay mucha porque siempre pide demasiada.

—Es uno de mis muchos superpoderes —confirma Fizzy.

Siento que me mira, deseando que yo la mire a ella, pero simplemente no puedo, no después del puñetazo emocional del confesionario.

—No, gracias. —Agito las llaves en mi bolsillo—. Venga, Sass.

—Connor —dice Fizzy en ese tono de voz bajo que me resulta tan seductor, tan familiar, tan cómplice—. No tienes que salir corriendo. Hay toneladas de comida. Venga, siéntate un rato. Has tenido un día muy largo.

—Gracias, pero estoy bien —repito.

Juno se pone de pie, sigue a Stevie hasta donde está y guarda sus cosas. Su vocecita ronca es claramente incompatible con un susurro.

—¿Es tu padre uno de los chicos que están saliendo con la tita Fizzy en ese programa?

Tengo que esforzarme para no soltar un gemido y fingir que no lo he oído. Con la mirada de Fizzy clavada en mí, saco el teléfono del bolsillo y abro la primera aplicación que encuentra mi pulgar en la pantalla de inicio, simplemente porque necesito hacer algo. La calculadora. Pulso un par de números aleatorios y los divido entre dos.

—No. —¡Dios mío! El susurro de Stevie es incluso peor. En cualquier otra situación, Fizzy y yo nos estaríamos mirando y nos estaríamos muriendo de risa—. Es el productor.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Juno.

Intentando parecer muy preocupado, multiplico todo por cuatro y le resto 15,6.

—Él es quien lo hace —grita Stevie intentando susurrar—. Es el jefe.

Gracias, Stevie, pero ahora mismo no me siento el jefe de nada. Me siento como un sistema meteorológico: bajo presión y a punto de estallar.

—¿Pero se quieren o se odian? —pregunta Juno, y el estómago se me cae a los pies.

Antes de que Stevie pueda responder, la llamo desde la puerta.

—Cariño, vamos.

Fizzy se levanta por fin del sofá y se acerca a mí. Lleva unos pantalones de chándal y una sudadera de Wonderland y parece un

brunch, unas vacaciones y una euforia poscoital hecha carne. Mi cuerpo y mi cerebro ya han empezado a allanar el camino y me cuesta horrores invertir la marcha. No puedo hacerlo.

Fizzy levanta la cabeza para buscar mi mirada y, tras una fracción de segundo de contacto visual cargado de preocupación, vuelvo a centrarme en la pantalla.

—¿Estás…? —Fizzy se coloca junto a mí y mira la pantalla—. ¿Por qué estás haciendo cuentas?

Con una mueca de dolor, vuelvo a meterme el móvil en el bolsillo.

—Solo estaba trasteando.

—Estás aquí, haciendo cuentas, malhumorado —dice y la alegría en su voz me hace querer besarla una vez, lamer sus labios, tan dulces.

Por fin, Stevie aparece corriendo, sonriente. Veo la duda en su mirada y pongo cada gramo de mi amor en una sonrisa para intentar tranquilizarla.

—Dale las gracias a Fizzy.

—Gracias, tita Fizzy.

«Tita Fizzy».

Sonrío a Juno mientras Fizzy besa a Stevie en la frente y luego conduzco a mi hija fuera de la casa. Las malas noticias: este dolor es como una mancha permanente en mis pensamientos. Las buenas noticias: dentro de unos cuantos días, ya no tendré que ver a Fizzy nunca más.

Capítulo 44

FIZZY

Observo a Connor y Stevie subiéndose al coche y me pregunto si este incómodo silencio va a ser nuestra forma de relacionarnos de ahora en adelante. Tengo que admitir que no me gusta nada. Me doy la vuelta, cierro la puerta y echo la llave antes de enfrentarme al desorden de las travesuras nocturnas de las niñas. Soy consciente de que un par de ojos me siguen desde el otro lado de la sala cuando empiezo a doblar las mantas. A la mayoría de los niños les suele dar igual cuántos adultos hay en una habitación, así que mucho menos les importa cuáles son las relaciones interpersonales que flotan en el ambiente. Pero Juno Merriam es una niña increíblemente perspicaz, por lo que no hay forma humana de escapar esta noche sin someterme a un interrogatorio.

—Mamá dice que me dejará ver el programa cuando haya acabado —afirma, con los ojos entrecerrados mientras observa una goma de borrar de colores como si requiriera algún tipo de estudio en profundidad.

Allá vamos.

—Ah, ¿sí? —Le hago una señal con la cabeza para que me siga hasta la cocina—. Pues no tiene nada especialmente fuerte. Stevie sí lo está viendo. ¿Por qué te está haciendo esperar?

Corre detrás de mí y coge una galleta antes de que guarde la caja en el armario.

—Quiere saber primero qué es lo que pasa.

—Nosotras también, peque.

Juno le da un mordisco y mastica, esperando su momento como un velociraptor.

—Entonces, ¿quien gane este fin de semana va a ser tu novio?

—Solo si los dos decidimos que lo queremos así.

Saco una silla de debajo de la pequeña mesa de la cocina y prácticamente me dejo caer en ella. De repente, me siento agotada.

Juno se sienta enfrente de mí y dibuja espirales en la mesa con la yema de los dedos.

—¿Te gustan los chicos que quedan?
—Sí…
Mi voz se apaga, arrastrando un «pero no de la forma que debería» como un eco lejano.
Juno asiente durante unos cuantos segundos.
—¿Cómo se llaman?
—Evan e Isaac.
—¿Y te gusta uno más que otro?
Su pregunta, bastante lógica, me pone triste otra vez.
—Isaac, supongo.
—¿Cómo es?
—Agradable —respondo y miro al techo para pensar—. Atractivo.
Venga ya, Felicity, cálmate. Isaac es un tío increíble y lo estás describiendo como si fuera tu nuevo sofá. Miro a Juno e inspiro profundamente, intentando infundir algo de entusiasmo a mis palabras.
—Es científico, como tu padre.
—¿También es genetista? —me pregunta, entrecerrando los ojos con escepticismo.
Es más inteligente que yo.
—No, creo que hace robots o se asegura de que los robots no se apoderen del mundo o algo relacionado con el motivo por el que soy amable con mi Alexa.
Juno se echa a reír.
—Pues eso no es lo mismo que genetista, tita Fizzy.
Le tiro una servilleta arrugada. Se aparta y el destello de su risa impulsa su siguiente pregunta furtiva.
—¿Crees que el señor Prince quiere que gane Isaac?
Intento no sonreír mientras me inclino hacia ella. Juno es una contrincante bastante digna. El orgullo y la incomodidad se están echando un pulso en mi interior.
—No creo que al señor Prince le importe mucho quién gane siempre que el programa sea un éxito.
—Pues yo creo que sí le importa. —Va a por todas—. Yo creo que le gustas.
—¿Sí?
—Mmm. Como en el concierto. Allí ya se veía que le gustabas. No paraba de mirarte todo el tiempo.
—Eso es porque soy fascinante, Juno. ¿No lo sabías?
Suelta una risita.
—Pues yo apostaría a que no le gusta verte salir con otros hombres.
Asiento mientras la estudio. Ni se retracta ni se acobarda en

absoluto.

—Y… Vale, ¿conoces a Aiden R.? —continúa. Asiento porque hay como cuatro Aidens en su clase—. Pues le gusta Stevie y siempre se sientan juntos en el almuerzo, pero hoy a Stevie le ha tocado hacer Indonesia con Eric en el Día de las Culturas del Mundo y Aiden estaba igual de triste y silencioso que el señor Prince esta noche.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso cómo lo sabes?

Se señala la cara.

—¿Sabes esa forma en que los chicos aprietan la mandíbula? —Imita una expresión bastante intensa—. No paraba de hacerlo y, bueno, como ignorándola durante la comida. Pero no era como si Stevie tuviera opción de escoger con quién lo hacía. Se lo habían asignado.

—Vale —le doy la razón.

La verdad es que la metáfora está bastante bien traída. Decido reconducir la conversación.

—¿Y a ti con quién te ha tocado?

—Kyle Pyun —me responde con una leve mueca—. Es un poco hiperactivo, pero al menos saca buenas notas.

—Pues sí. —Me inclino y sonrío—. ¿Es guapo?

Juno parece disgustada de verdad.

—Tita Fizzy, estamos en quinto.

—No te estoy preguntando si os habéis comprometido, bichito, solo si tiene potencial.

—Mamá dice que los chicos son tontos hasta el instituto.

—Guau, muy generoso de su parte.

—Así que, si gana Isaac —dice Juno, marcando su propia dirección—, ¿le dan algún premio o algo?

—En teoría, me gana a mí.

Se echa a reír, como si fuera divertido.

—Sí, pero… Ya sabes. Un premio de verdad.

—Tengo que escoger quién se viene conmigo a Fiyi y hay un premio en efectivo para el concursarte que consiga más votos, si es a eso a lo que te refieres —le respondo, con los labios apretados y la voz monótona.

Abre los ojos como platos.

—¿Un viaje juntos? —Asiento—. ¿Dormir en la misma habitación?

—Podemos pedir habitaciones separadas, si lo prefieres.

El labio de Juno se arquea un poco.

—¿Te gustaría compartir habitación con él?

—No me importa compartir habitación, pero no estoy segura de querer compartirla con él todavía. Lo decidiremos cuando estemos

allí.

Asiente y mira a un lado mientras reflexiona. Miro la pantalla de mi móvil. Son casi las nueve. Ya es hora de que River venga a recogerla y me salve de este tercer grado.

—¿Y qué pasaría si Lucas Ayad fuera uno de los concursantes? —me pregunta.

Frunzo el ceño en broma ante la mención a mi miembro favorito de Wonderland.

—Obviamente, si Lucas fuera concursante y no ganara justamente, inventaría una máquina del tiempo para volver y amañar los resultados.

—Pues deberíamos hacer una petición para que lo incluyan —dice—. Pídele a todo el mundo que etiquete a Lucas Ayad en las votaciones.

—Solo lo haces porque no quieres que me case con Suchin y te lo robe.

Juno esboza una sonrisa.

—Suchin es mío, solo que todavía no lo sabe.

Esta niña me desarma.

—¿Cómo puedes hablar de Suchin así cuando ni siquiera eres capaz de decirme si Kyle del Día de las Culturas del Mundo es guapo o no?

—Porque conozco a Kyle y es un bruto. —Ahora es ella la que se inclina—. Pero ¿qué pasaría si votáramos por el señor Prince?

Ya me veía venir su jaque mate, pero, aun así, me sigue pillando desprevenida.

—Ya sabía que estabas tramando algo, pedazo de cab…

Me paro justo a tiempo para intentar cambiarlo por un «lianta» o algo por el estilo, pero la verdad es que da igual. Juno no para de reírse, con miles de cachorros y arcoíris contenidos en ese sonido, mientras extiende la mano.

—Un dólar, por favor.

Me inclino hacia atrás, abro el cajón de los trastos y busco dinero suelto.

—Prefiero hablar de Lucas y Suchin —le digo mientras dejo caer cuatro cuartos de dólar en su palma.

—¿Porque a ti también te gusta el señor Prince?

—Juno Merriam, métete en tus asuntos.

—A algunas niñas de mi clase y a sus madres también les gusta el señor Prince.

Poneos a la cola, señoras.

Asiento en señal de reconocimiento y tomo nota metal de que tengo que meterme con él un rato por eso, pero luego recuerdo que,

probablemente, no querrá que le diga nada. Y vuelvo a estar triste.

—Mi papá dice que si quiero algo, por mucho miedo que pudiera tener, tengo que intentarlo.

La miro, preguntándome por enésima vez de dónde habrá salido esta niña.

—¿Así que tu padre te ha dicho eso?

Juno asiente.

—Me dijo que, al principio, mi madre le daba miedo, pero que luego le daba más miedo no volver a verla. —Me sonríe—. Así que, si eso es lo que sientes por el señor Prince o por… ¿Cómo se llama?

La miro. Juno jamás olvida nada. Esta pequeña renacuaja es demasiado lista.

—¿Isaac?

—Eso —responde, con una sonrisa pícara dibujada en la cara. Cada día se parece más a su madre—. Si eso es lo que sientes por Isaac, no dejes que el miedo se interponga.

Tres golpes secos resuenan en la puerta de entrada. ¡Gracias a Dios! Dedico otra sonrisa irónica a Juno, me levanto de la silla y pongo rumbo al salón.

—¿No podrías haber llegado tres minutos antes y haberme salvado de la Inquisición? —le pregunto.

River suelta una carcajada.

—Qué quieres que te diga. Mejor tú que yo.

—Pues ¿sabes? Cuando empiezan a ser más listos que yo, cobro a cuarenta y cinco dólares la hora por cuidarlos.

Con la mochila a la espalda, Juno se une a su padre en la puerta.

—Gracias por la cena, tita Fizzy.

—Sí, sí. Ya sabes que te quiero. Hala, a tu casa.

Suelta otra risita mientras le doy un beso y los observo alejarse.

Pero, entonces, River se detiene en el borde del porche.

—¡Por cierto! —dice, con una inseguridad inusitada—. Quería preguntarte algo.

—No sé si preocuparme.

Pero mi preocupación va en aumento cuando se agacha para decirle a Juno al oído que será mejor que lo espere en el coche.

—¿Todo va bien con el programa? Bueno, con Connor —aclara.

—¿A qué te refieres?

—A todo eso del otro programa de North Star que estalló por los aires la semana pasada por un escándalo de dopaje y que ha terminado costándole el puesto al productor…

—Perdona, espera. ¿Qué otro programa?

Frunce el ceño.

—Pues no es que lo vea, pero, según parece, tienen otro programa en el que someten a los concursantes a todo tipo de pruebas físicas en estadios.

Tengo un vago recuerdo de Connor comentando que estaban haciendo otro programa dirigido a un grupo demográfico más joven y masculino.

—Ah, vale, ya. *Big Mouth, Smash Face* o algo así.

—*Smash Course* —apostilla—. Se supone que los productores le estaban suministrando a los concursantes drogas para mejorar su rendimiento. Y, según parece, uno de los productores se estaba acostando con uno de ellos y todo saltó a las redes sociales.

—Oh, mierda.

—Sí, se ha cancelado el programa. —River se rasca el cuello, adorablemente incómodo por meter las narices en la vida de otras personas—. Con todo lo que ha pasado entre tú y Connor, solo quería asegurarme de que él estaba bien.

Era como si la niebla se hubiera disipado y todo lo que había sucedido desde mi confesión en el sofá de Connor, de repente, estuviera claro como el agua. Si North Star ha perdido una de sus vacas lecheras por culpa del escándalo, es evidente que habrán presionado a Connor para asegurarse de que todo salga bien. Si se supiera que hemos estado juntos, lo que básicamente convierte el programa en un fraude, no solo sería el final de su carrera, sino que también podría hundir su empresa.

Y se culparía a Connor de todo.

Capítulo 45

CONNOR

El penúltimo episodio de *El experimento del amor verdadero* consigue las mejores audiencias en su franja horaria para un *reality show* en casi una década. En una reunión previa con todo el equipo, queda claro que los números desafían la comprensión. Si hubiéramos tenido champán en la oficina a las nueve de la mañana, habríamos descorchado unas botellas.

Camino a la oficina, Brenna aparece corriendo, emocionada, para hablarme de las tendencias de TikTok, los vídeos virales y los *reels*. Me manda unos cuantos, pero creo que ya sabe que ver pruebas de una auténtica histeria en las redes haría que la presión para ejecutar esta final en directo se volviera demasiado intensa. Tampoco ayuda que el revuelo por lo de *Smash Course* todavía no se haya calmado. El ciclo actual de noticias durante las veinticuatro horas del día suele significar que la memoria del público es bastante corta para este tipo de asuntos, pero parece que cada día surge algún nuevo detalle que hace que la gente siga enganchada. Y todo esto se parece lo bastante a lo sucedido con Fizzy como para poder llegar a pensar que estoy haciendo lo correcto y hacer que alejarme de ella me resulte más sencillo. Pero no podría estar más equivocado.

Cuando, pasadas las diez, llega Blaine, se comporta como un sabueso sobrestimulado dando vueltas sin parar, merodeando por las oficinas. Se jacta de cómo una pequeña productora puede enseñarles a los peces gordos de Hollywood cómo se hacen las cosas, de lo inteligente que fue cuando me puso al frente del programa y de que la próxima vez debería confiar más en él. Sus halagos son agridulces. Por supuesto que estoy encantado de que Fizzy y yo hayamos sido capaces de crear algo que ha gustado a tantos espectadores, pero el conflicto obvio de haberme enamorado de ella es una sombra que enturbia mi estado de ánimo. Mi matrimonio fallido habría sido la relación más fácil de mantener —sin pasión, pero práctica y afable— y, sin embargo, construir algo con la única mujer a la que de verdad he querido ha demostrado ser imposible.

Quizá dentro de unos meses, cuando los focos se hayan apagado y el mundo haya pasado a centrarse en otra cosa, podríamos intentarlo. Pero no es así como funciona el amor. Da igual lo que diga la poesía: el amor no siempre es paciente. Es urgente y voraz y se ha comido todo el espacio en blanco de mi mente.

Huyo a la sala de edición con la esperanza de ahogar todo lo demás y pasar el día ayudando a montar los vídeos de todos los candidatos para el resumen final en directo de este fin de semana. Pero es aquí, en este tranquilo escondite, donde me encuentra Blaine y estampa una hoja de papel contra la mesa de mezclas.

—Blaine…

—Todo depende de si la cagas o no —me dice, ignorando el hecho de que acaba de borrar sin querer el vídeo en el que estábamos trabajando—, pero aquí tienes un contrato para producir y presentar la segunda temporada de *El experimento del amor verdadero*.

Consciente de que se aproxima tormenta, Pat, nuestro productor editorial, aparta su silla del ordenador y busca una excusa para salir de allí.

—Creo que voy a ir a buscar una taza de café.

La puerta se cierra a sus espaldas y le echo un vistazo al papel.

Sabía que iba a pasar —sinceramente, habría sido estúpido por nuestra parte no hacer una segunda temporada—, pero verlo plasmado negro sobre blanco me deja sin palabras de todas formas. Estoy seguro de que, con la estructura que hemos creado, el equipo y yo podríamos volver a hacerlo con otros candidatos y otra protagonista, y aunque solo consiguiéramos la mitad del éxito que hemos cosechado esta temporada, sería todo un logro financiero para la empresa. Y para mí.

Solo que no me veo capaz de hacerlo con otra persona que no sea Fizzy. También cabría recordar que otra temporada me mantendría en el ojo del huracán y haría que una posible relación con ella fuera todavía más difícil.

—¿Me lo puedo pensar? —le pregunto.

—¿Pensártelo? —Blaine señala insistentemente el tercer párrafo con un dedo, presionando de paso los botones que hay justo debajo—. Mira, chico, ¿acaso eres consciente de lo que te estamos ofreciendo? Estamos hablando de más dinero, más tiempo, más personal y un presupuesto de producción todavía más grande.

Ya lo veo, ya. Lo que me ofrecen es precisamente uno de los motivos por los que quiero pensármelo bien.

Con cuidado, aparto su mano del teclado y giro mi asiento para mirarlo a la cara.

—Veo el incentivo financiero y sé que sería bastante fácil volver a hacer el programa. Pero, por muy loco que te pudiera parecer, porque sé que ahora mismo somos lo más en televisión, el dinero no es lo único que me importa. Me gustaba lo que hacía antes. No estoy seguro de querer dejar el mundo de los documentales todavía.

Hace un gesto de desdén con la mano.

—Vale. Te daré los cuarenta mil dólares para eso tuyo de los océanos. Puedes hacer un documental y una temporada de eso al año. ¿Eso te valdría para que firmaras?

—No es lo que habíamos hablado, Blaine.

—Te estoy ofreciendo una gran oportunidad. Tienes talento natural para esto.

—Es solo que necesito tiempo para pensármelo —le digo—. No es ni un sí ni un no. Es un «mejor lo hablamos después del último episodio».

Blaine suelta una breve carcajada y entrecierra los ojos.

—Lo pillo. Vale. Quieres más y eso lo respeto.

—No es eso. Yo…

Me guiña un ojo y me da una palmada en el hombro.

—Veré lo que puedo hacer.

Necesito toda mi capacidad de concentración activa para apartar todo pensamiento sobre dinero, presión, Blaine, mi carrera, mi familia y, sobre todo, Fizzy, para centrarme únicamente en la tarea que tengo por delante. Entre las diferentes cámaras, hay más de doscientas horas de grabación que tengo que revisar para los vídeos y las retrospectivas que necesitaremos para la final. Es más o menos una situación en la que todos tienen que echar una mano. Tenemos que emitir momentos de todos los candidatos espontáneos sin filtrar, que los describa en la vida real. Creo que hemos capturado la esencia de un puñado de personas realmente asombrosas —sin ironía ni burla por nuestra parte — y me parece algo increíble. Quizá haya sido eso lo que ha acabado atrayendo a gente tan diferente: la autenticidad. Quiero que este último episodio sea emotivo y divertido, verdadero e inspirador.

Pero dado que estamos editando vídeos de Fizzy o sobre Fizzy, no puedo escapar de ella. Y lo que es peor, tengo frente a mí horas y horas de pruebas sin filtrar de que hablaba en serio cuando dijo que no quería a ninguno de esos hombres. Después de todo este tiempo, conozco sus sonrisas y las que les dedica son amplias y sinceras, pero no dejan de ser platónicas. Conozco sus risas y esas también son

auténticas, pero ninguno de ellos ha podido oír jamás las que proceden de su interior, esa carcajada redonda y traviesa que solo aparece cuando se deja llevar. También conozco su tacto —maldita sea, conozco bien su tacto— y, aunque les dedica cariño amistoso, jamás hay pasión en las yemas de sus dedos ni en su mirada. No hay nada abiertamente sexual en todo aquello.

Tenemos que editar la grabación, pero, joder, solo puedo ver cómo se va enamorando de mí. No para de mirar hacia la cámara, buscando mi reacción, anticipando alguna broma privada en silencio o, aparentemente, por su propia voluntad, como si cuando su mente divagaba, lo hiciera en mi dirección. Pero quizá tan solo sea lo que quiero ver.

No puedo evitarlo. Ya no soy nada objetivo.

Me quito los auriculares y los dejo sobre la mesa de mezclas justo cuando entra Rory.

—¿Va todo bien por aquí?

Me froto la cara con las manos y niego con la cabeza.

—He perdido la maldita objetividad. Hemos editado los segmentos de Arjun, Jude, Tex, Colby y Dax para la retrospectiva. Por ahí, ningún problema. Pero estoy estancado con Nick, Isaac y Evan. Te lo juro, Ror, al final me está costando imaginar cómo vamos a poder sacar esto adelante. Fizzy está genial, pero ¿acaso soy yo o no hay historia de amor que rascar aquí?

Rory me observa durante bastante tiempo.

—¿Pero es que no lo ves?

—No.

Mira por encima de mí hacia la imagen congelada de Isaac sonriendo en pantalla.

—No te preocupes, tío, está todo ahí.

—Es solo que me da miedo cagarla al final.

Se echa a reír.

—No hay forma humana.

—Me alegra que lo tengas tan claro.

—Creo que lo que te pasa es que no ves las cosas con suficiente perspectiva.

Vale, Rory, no me jodas.

Capítulo 46

FIZZY

El martes por la tarde, la campanilla de la puerta del Twiggs y todo lo demás —la fuerza del sonido, los pasos posteriores y el retintineo de las llaves al meterlas en el bolso— son tan familiares que ni siquiera tengo que levantar la cabeza para saber quién es.

—¿Fizzy? —pregunta Jess.

No la culpo por el tono de sorpresa de su voz; yo también estoy sorprendida.

Escribo el final de la frase y la miro mientras cojo mi *latte*.

—Hola, querida amiga.

—Hola. ¿Pero qué ven mis ojos? ¿Un ordenador? ¿Cuadernos con garabatos frenéticos? —Arquea las cejas—. ¿Estás… escribiendo?

—He tenido una idea esta mañana.

De hecho, me desperté con una escena de sexo desenfrenado en la cabeza y pensé que, quizá, podría escribirla. Para ser sincera, era una fantasía erótica sobre la boca de Connor, pero la inspiración me había llegado como de costumbre, como una especie de excitación febril, así que no iba a dejar pasar la oportunidad.

Metí el portátil en el bolso, me vine aquí y, por supuesto, lo que en mi cabeza parecía claro y perfecto durante el camino, ha terminado siendo un lío de palabras sin sentido sobre el papel, pero estoy intentando recordar que no pasa nada si un borrador es horrible. Es mejor que nada y ya he tenido suficiente nada para el resto de mis días. Lo terrible se puede editar.

Jess se sienta frente a mí.

—Eso es fantástico.

—No, es basura, pero me alegro de escribir algo que sea más que un correo de odio dirigido a mí misma. —Me encojo de hombros antes de acordarme de algo—. Oh, Dios mío, hoy he oído a escondidas la mejor conversación del mundo.

Jess se acerca a mí.

—Sorpréndeme. ¿Me he perdido algún cotilleo?

—Había dos mujeres sentadas en la mesa de delante, esa que

cojea…

—Odio esa mesa.

—… y una le estaba contando a la otra que su marido había despedido a la niñera después de reconocerla en una página de señoritas de compañía.

—Espera —dice Jess—. ¿Y qué estaba haciendo él en una página de señoritas de compañía?

—¡Exactamente! ¿No sería un gran comienzo para un libro? ¿Un marido cabronazo se topa con una cara familiar en un sitio de señoritas de compañía y es tan estúpido como para darse cuenta de que no debería contárselo a su mujer? Su mujer lo abandona y se enamora del fontanero que viene a arreglar el baño que su marido jamás consiguió reparar. —Me doy unos golpecitos en el mentón mientras maduro un poco la idea—. Vale, tacha eso y cámbialo por el tejado, para que así pueda ir por ahí sin camiseta.

Lo anoto en mi cuaderno antes de que se me olvide.

Satisfecha, vuelvo a centrarme en Jess.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Trabajando. —Parpadea—. Me aburría en casa. River está planificando una nueva empresa con Sanjeev y… lo echaba de menos. La idea de no volver a trabajar nunca más me parece deprimente. No me metí en las matemáticas por dinero. Me metí porque me parecen divertidas.

—¿Puede que nuestra magia haya vuelto?

Sonríe.

—Joder, eso espero.

El momento se prolonga un instante, nuestras miradas se abrazan y, poco a poco, la sonrisa de Jess se tensa, supongo, porque se ha dado cuenta de que mi mirada es triste.

—Oye —se estira desde el otro lado de la mesa y me coge la mano—, siento mucho que las cosas con Connor no hayan salido bien. Lo del otro programa apesta.

Asiento. No tengo nada útil que añadir. Apesta.

—¿Pero no te ayuda saber que no tiene nada que ver con lo que pasó en el hotel, que había otras cosas en juego? —me pregunta—. Supongo que no le quedaban muchas más opciones.

—Supongo. —Me echo a reír y se me escapan algunas lágrimas. No me había dado cuenta de que había roto a llorar—. Sé que la situación es complicada. Sé que tiene diferentes presiones y responsabilidades. Es algo más grande que yo y mis sentimientos.

—¡Mira esta evolución del personaje! Cinco estrellas —me dice con una sonrisa mientras se pone de pie—. Voy a pedirme un café. ¿Te

traigo algo?

—No, gracias.

Estoy a punto de acabar este horrible documento. Probablemente no se lo enseñe nunca a otro ser humano, pero ese no es el problema.

Hace dos horas, mi agente me llamó para decirme que esperaba que mis libros entraran en la lista de los más vendidos esta semana. Al parecer, muchos nuevos lectores los han descubierto ahora y han empezado a publicar fotos, retos divertidos, vídeos y comentarios. Me ha enviado unos cuantos y me he reído mucho entre lágrimas mientras los veía. Los escritores podemos trabajar durante años sin saber muy bien cómo van a recibir los lectores una historia. Que me recuerden que mis palabras afectan de verdad a la gente hace que quiera volver a escribir de inmediato. Las personas a las que les gustan los libros son las mejores, lo juro. También me regañó por evitar sus llamadas (con todo su derecho), pero me ha dicho que lo que más le preocupa soy yo y que, si no quiero escribir otro libro, no pasa nada. No voy a decepcionarla y ella tampoco se lo va a tomar como algo personal. Tengo que hacer lo que sea mejor para mí. Hace cuatro meses, escuchar algo así me habría aliviado, me habría quitado un peso de encima, pero en cuanto Amaya dijo que podía dejarlo si quería, lo único que sentí fue una desolación absoluta.

Hizo que me diera cuenta de que no estoy preparada para dejar de escribir. He hecho el programa para encontrarme a mí misma, no por la fama, y si tengo que renunciar a Connor, al menos quiero conservar lo que me hace ser yo. Y lo que soy es escritora. Aunque todo lo que he escrito en este papel sea basura, no pienso darme por vencida.

Y mañana me pondré mis anteojeras mentales, me sentaré e intentaré convertir en diamante este trozo de carbón. Porque mañana haré todo lo posible por no pensar en Connor ni en el programa ni en que dentro de tan solo cuatro días tendré que irme de viaje con un hombre que no es el hombre al que quiero.

Cuando el teléfono vibra sobre la mesa, mi esperanza inmediata es que sea él. Tengo que trabajarme eso. Pero entonces vuelve a vibrar. Y luego otra vez. Lo enciendo y me da un vuelco el corazón, pero por un motivo bien diferente. Es un mensaje de Alice.

Fizzy.

Fizzy, Dios mío.

Reúnete con nosotros en el hospital.

Estoy de parto.

Todo el mundo dice que los recién nacidos son feos, que parecen abuelitos enfadados u hojas diminutas abiertas. Están arrugados y tienen la cara roja; confusos y gruñones. Lo único que hacen es dormir, comer, llorar y hacer caca.

Quizá sea cierto para otros bebés, pero con tan solo seis horas de vida, Helena Ying Kwok ya es, sin lugar a dudas, el ser humano más bonito y entretenido que jamás haya existido en este planeta. Lena —he sido yo quien ha escogido el apodo— tiene la naricita de su madre y la boca arrugada de su padre. Ha heredado los labios de su abuela materna, el cuello largo de su abuelo paterno y los gases de su abuelo materno, pero el hoyuelo de su mejilla izquierda es todo mío. Esta niña va a ser una granujilla. De ahora en adelante, no me queda más remedio que dedicarle mi vida entera a ella.

Desenrosco suavemente sus apretados deditos, acariciando su pequeño puño y besando cada uno de ellos, uno por uno. Las dulces lunas crecientes de sus uñas son un milagro. Mi pequeño corazón es incapaz de contener tanto sentimiento. Una sensación de asfixia, de ahogo, ante tanta felicidad se apodera de mí durante unos segundos.

—Soy tu tita Fizzy —le susurro—. Jamás permitiré que sufras por un sujetador que no sea de tu talla. Te avisaré cuando tengas comida entre los dientes. Soy la persona a la que debes acudir cuando necesites consejo sobre qué ponerte o dinero para gastar. Lo único que te pido es que me dejes revisar a todas las personas con las que quieras salir.

—Vale, ya está bien. Devuélvemela.

Emito un sonido de queja y la devuelvo a los brazos de Alice. Llevo en esa habitación más de cuarenta y ocho horas y apenas he dormido tres, pero jamás me había sentido más llena de energía. Sin embargo, Alice parece a punto de desfallecer. El parto ha sido intenso. Mi querida hermanita pequeña se ha pasado veintiséis horas dando vueltas por la habitación durante la primera fase del parto para luego pasar otras quince horas de parto activo y una epidural que no ha llegado a hacerle efecto. El propio ginecólogo (su marido, Henry) estuvo a punto de exigirle al médico que se la llevara para una cesárea, pero la pequeña Helena, como si hubiera oído a su papá y decidido que ya era suficiente, salió con el último empujón, con los ojos brillantes y solo un pequeño grito de protesta. Todavía no tiene ni veinticuatro horas de vida, pero la habitación ya está llena de gente,

flores, regalos y globos.

Mamá aparece por detrás de mí, desliza sus brazos alrededor de mi cintura y, juntas, miramos a Lena, en los brazos de Alice.

—Es perfecta —susurra mi madre.

—Define un nuevo concepto de perfección —concuerdo.

—Recuerdo cuando te cogí por primera vez en brazos —me dice—, esa nueva sensación sustituyó a todo lo demás. Tenía todo lo que necesitaba en ese momento. Y sigue siendo así cada vez que te miro.

Una calidez agridulce recorre mi cuerpo. Cuando estoy con mi familia, siempre me siento muy querida… Y odio saber que, quizá, jamás le conceda a mi madre un regalo de semejante magnitud: un nieto, alguien a quien amar de esa forma tan incondicional que solo ella tiene.

Pero siendo la madre que es, ya sabe lo que estoy pensando. Me da la vuelta para mirarme a la cara.

—Eras perfecta entonces y sigues siendo perfecta ahora.

Con los ojos llenos de lágrimas, me rio.

—No eres una fuente fiable.

—Soy la única fuente fiable. Te conozco desde que llegaste a este mundo.

Ya no me quedan barreras suficientes para contener todo lo que siento. Me he pasado todo el día agarrando la mano de mi hermana mientras no paraba de gritar y la he visto experimentar un dolor brutal y una alegría cegadora. Con casi todos mis seres queridos en esta habitación, amontonados alrededor de Alice, Henry y Helena, me siento desnuda, como un cable de alta tensión.

—Quizá nunca haga lo que Alice acaba de hacer —le recuerdo a mi madre—. Puede incluso que nunca me case. Puede que jamás escriba el tipo de libros que tú quieres que escriba. Puede que siempre sea así.

—¿Y?

—¿Y? —repito—. Que no quiero decepcionarte.

Mi madre me rodea la cara con las manos.

—Tú te miras en el espejo y ves todas las formas en las que crees que me has decepcionado. Yo te miro y solo veo todo lo que siempre he querido que seas. De esa admiración es de donde proceden todas las expectativas, *dai leu,* no de la decepción. Y si quiero algo para ti, como el matrimonio o un bebé, es porque son cosas que me han hecho tremendamente feliz en la vida. Te pasas mucho tiempo trabajando para intentar hacer felices a los demás, pero a mí lo único que me preocupa es que tú seas feliz.

La forma en la que esas palabras me traen el recuerdo del rostro de Connor es alucinante. Él es, sin lugar a dudas, la sede actual de mi

felicidad y, si hay algo que hace que sienta que se acabe el programa, es porque ya no podré verlo todos los días.

Y entonces, un nuevo pensamiento estremecedor se cruza en mi mente.

—Mamá, ¿a qué día estamos? —le pregunto.

Parpadea, confusa.

—Jueves.

Miro el reloj. Son las cinco menos cuarto de la tarde y, si de verdad es jueves, estoy a una hora de distancia de la fiesta de despedida, que empieza dentro de quince minutos.

Me acerco a Alice y le doy un beso en la frente.

—Volveré más tarde.

—¿Adónde vas? —me pregunta sin apartar la mirada de la recién nacida.

—Fiesta de despedida.

Por fin, Alice clava sus ojos oscuros y cansados en mí.

—Dile que lo quieres.

Ya me había dado la vuelta para irme, pero sus palabras hacen que me pare en seco.

—¿Qué?

—Sabes perfectamente de qué estoy hablando.

La miro. No he hablado con nadie sobre Connor excepto con Jess, demasiado preocupada porque alguien se enterara, demasiado preocupada por estresar a mi hermanita embarazada, demasiado preocupada porque mi programa acabara eclipsando la boda de mi hermano, demasiado preocupada porque el programa acabara siendo otra mancha embarazosa en mi currículo a ojos de mi familia. Pero, al final, la gente que te quiere es capaz de ver a través de todos los subterfugios.

—No es tan sencillo —le digo—. Ojalá lo fuera, pero no depende solo de mí.

—Incluso así. —Mi agotada hermana levanta la mano. Me acerco a ella, como si fuera a rodear mis mejillas con sus manos, pero se limita a darme unas palmaditas—. Díselo de todos modos.

Capítulo 47

CONNOR

A pesar de su aparente caos, Fizzy siempre llega a tiempo. De hecho, su puntualidad fue la primera pista que tuve de que su personaje de «desastre sexi» no era más que un cuento. La segunda pista fue la altamente detallada lista de condiciones que su equipo me envió y, desde entonces, solo he tenido muestras de que es una persona muy responsable. Así que el hecho de que llegue cuarenta y cinco minutos tarde a la fiesta de despedida me preocupa un poco.

Y, según parece, no soy el único. Brenna se materializa a mi lado, con la mirada fija en las escaleras que suben al espacio que hemos reservado en el Stone Brewery para el evento de esta noche. El equipo no para de dar vueltas bebiendo, picoteando y charlando. Pero, aunque llevamos aquí el tiempo suficiente como para haber empezado a montar jaleo y hacer ruido, existe la sensación innegable de que la fiesta todavía no ha empezado.

—¿Dónde está?

Niego con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Le has enviado un mensaje?

—No —respondo.

Y no lo he hecho por unos motivos nada loables. Desde luego, no por unos motivos que pueda confesarle a mi ayudante. No le he enviado ningún mensaje a Fizzy porque cuanto más tiempo tarda en aparecer, más me preocupa la posibilidad de que algo malo le haya podido suceder, y cuanto más tiempo tarde en saber qué ha sido, más tiempo podré mantener mi vida tal como es sin perder la cabeza.

Soy consciente de que Brenna no para de mirarme mientras yo no dejo de observar las escaleras que suben a la zona de fiesta como un francotirador que apunta a su objetivo. Con una profunda inspiración, me acerco la pinta de cerveza a los labios.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí.

—Pareces un poco tenso.

—No.
—¿Estás seguro?
—Sip.
—Vale, bien, porque creo que acabo de verla cruzar el restaurante.
Me acerco a la barandilla en dos zancadas y me aferro con fuerza al hierro forjado para mirar el concurrido restaurante. Casi de inmediato, veo su moño deshecho y su amplia sonrisa mientras se abre paso entre la multitud cercana a la barra. Todo en mi interior se relaja; la adrenalina me inunda, caliente y frenética. Mientras Fizzy avanza por la sala, una mujer la detiene para hacerse una foto con ella.
—Está bien —me dice Brenna, que, una vez más, se ha materializado en silencio a mi lado.
—¿Qué? Por supuesto que lo está —murmuro de forma distraída y frunzo el ceño cuando dos hombres se acercan, esperando su turno. Están demasiado cerca.
—Es solo que —me dice, tocando el dorso de mi mano con la punta de un dedo— vas a romper esa barandilla.
Aflojo un poco, pero no dejo de mirar lo que está pasando en la barra de abajo. No es que deba preocuparme; Fizzy sabe cuidarse solita. Cuando llaman su atención, se deja fotografiar y, luego, de forma educada pero firme, rechaza con la cabeza aquello que pudieran haberle propuesto, señalando las escaleras. La sigo con la mirada mientras sube corriendo.
En cuanto aparece, todos se dan la vuelta y empiezan a aplaudir y luego el aplauso empieza a.… disminuir en cuanto vemos su aspecto. No es una fiesta formal. No es ese tipo de fiesta con lujosas copas de champán en bandejas ni en la que se espera que vayas vestido de cóctel. Con todo, la Fizzy informal suele ser más refinada que cualquiera de nosotros en nuestro mejor momento. Hoy su pelo no solo es un moño despeinado, sino que parece que ha dormido con él y se le ha enredado. También parece que ha dormido con la ropa puesta. Parece cansada y pálida. Murmullos de preocupación recorren el grupo.
Y es así hasta que dibuja una enorme sonrisa en su cara y grita:
—¡Soy tía!
Los vítores estallan de nuevo, un rugido en realidad, y todos se apresuran a rodearla. Fizzy desaparece en el círculo de cuerpos y trato de absorber este momento porque llevo el tiempo suficiente en este negocio como para saber que no todos los equipos son tan compactos, no todos los proyectos son tan mágicos y, cuando existe este tipo de química, es algo digno de recordar. Pero también sé que la magia es ella, que es ella la que ha cogido a un grupo de extraños y los ha

convertido en una familia. Isaac está aquí, Evan está aquí, pero también lo están Dax y Nick, Jude y Colby. Los concursantes eliminados han vuelto porque, aunque ya no estén en el programa, siguen formando parte de esto que hemos creado.

Veo que Fizzy abraza a todo el mundo, les enseña fotos de la recién nacida en el móvil y el impulso de acercarme y monopolizar todo su tiempo pasa a un inesperado segundo plano ante el orgullo que siento al verla acaparar la atención de toda la sala y cómo todo el mundo la adora. Quizá haya una esperanza para nosotros cuando todo esto acabe. Quizá no sea un escándalo si nos ven juntos dentro de unos cuantos meses; quizá el hecho de que nos hayamos enamorado no acabe arruinando la credibilidad de una segunda temporada del programa. Sé que no es cierto, pero la anhelo con un dolor tenso y latente; echo de menos a esta mujer menuda, luchadora y tocapelotas que se ha apoderado de mi corazón, mi mente y todo mi maldito cuerpo.

Capítulo 48

FIZZY

Sé que Connor está ahí. Puedo sentir cómo me observa, como un padre orgulloso, en un segundo plano, en vez de como la mente maestra detrás de todo esto. Me gustaría que se abriese paso hasta mí entre tanta demostración de afecto. ¿Acaso no sabe que el único motivo por el que todo eso ha funcionado es gracias a él? Fue idea suya. Su energía competente y su presencia relajante, su gestión práctica de todo el equipo y su casting perfecto. Por no mencionar el hecho de que es sexi como él solo y el éxito inesperado que ha tenido entrevistándonos a todos en el confesionario.

Pero con las emociones absolutamente a flor de piel y la adrenalina a niveles tan altos que parece una luz estroboscópica en mis venas, quizá no sea el momento de acercarme a él. Creo que Alice tiene razón y que puede que esta sea mi última oportunidad de decirle que lo quiero, sea cual sea el resultado del sábado, pero me conozco. En mi estado mental actual, acabaría perdiendo la calma y le diría que sé lo de North Star y que le dieran a cualquiera que pensara que tenía algo que decir sobre lo que hacemos.

Para empezar, ¿por qué no me lo ha contado?

Pero sí me doy cuenta de que hay un par de conversaciones qué sí necesito tener esta noche y ambas son con los hombres con quienes no podré contactar de aquí al sábado. Uno de ellos ganará y sospecho que va a ser Isaac, pero si no lo es, también tengo que gestionar las expectativas de Evan. Tendré que irme de viaje a Fiyi con alguno de los dos, pero, en ambos casos, tengo intención de dormir sola.

Los presentes me verían si me acerco directamente a ellos, así que decido pasar algo de tiempo con todos. Dax y yo planeamos quedar para cenar —algo platónico, solo por diversión, insiste— una vez que se calme el revuelo. Jude me informa de que había pillado la broma sobre Volterra, pero que no le había parecido divertida.

—No pasa nada, Judie —le digo, con una sonrisa—. Sobre gustos no hay nada escrito.

Colby, como el machito que es, me explica que, en realidad, no era

su intención explicarme nada en la cocina, pero después de reírnos del tema, siento que, lejos de las cámaras, es un Colby mucho más relajado. Todo el mundo tiene su teoría sobre quién va a ganar, sobre quién debería ganar y si alguno de los dos concursantes restantes sería mi auténtico un *match* de oro.

Es una noche inusualmente fría y casi todos están dentro, cada vez más borrachos, más ruidosos y más nostálgicos y afectuosos. Sé que estoy rompiendo las normas cuando arrastro a Isaac al patio exterior, pero acepta con entusiasmo, con cierta expresión de alivio en la cara.

—¿Quieres mi chaqueta? —me pregunta, amagando quitársela.

Niego con la cabeza y me abrocho la sudadera.

—Pero gracias de todas formas. Todavía estoy un poco acalorada y muy emocionada por haber sido coronada como la mejor tía del mundo.

—Me imagino —dice con una sonrisa, manteniendo los brazos apoyados en la barandilla mientras observa la terraza—. Todavía recuerdo cuando mi hermana menor tuvo su primer bebé. Yo nunca antes había tenido un bebé, no sé si sabes a qué me refiero. —Me mira —. No sé muy bien por qué, pero es muy diferente cuando es un bebé de la familia.

—Siempre me han gustado los niños, pero esta sensación está a otro nivel. Es brutal tener en tus brazos a alguien tan pequeño que te pertenece de esa forma. No quiero meter la pata.

Se echa a reír.

—No lo harás.

Nos quedamos en silencio y resulta extraño estar a solas con él. Aparte de nuestro momento en el supermercado, nunca habíamos estado a solas; para ser sinceros, tampoco nos conocemos tan bien. En otros programas, los concursantes viven juntos y pasan horas y horas de forzada intimidad. Incluso en algunos tienen suficiente privacidad como para dormir juntos. Me encanta que este programa haya sido diferente, me encanta que todo se base en la personalidad y la energía, como en el mundo real, pero también creo que hay cosas sobre el proceso de conocer a otra persona a puerta cerrada que son las que crean la auténtica química. Me pregunto si lo de Isaac y yo habría funcionado si nos hubiéramos encontrado por casualidad.

Gira la cabeza y apoya el mentón en su hombro para observarme a su lado.

—Por cierto, ya sé por qué me has traído aquí.

—Ah, ¿sí? —le pregunto, imitando su postura.

—Ajá. —Sonríe—. Y quiero que sepas que no pasa nada.

—¿Con qué?

—Con esto, con nosotros, con que no funciona, incluso si gano.

—¿Por qué crees que es eso lo que te voy a decir?

Se incorpora y se da la vuelta para apoyar la espalda en la barandilla y poder mirarme directamente.

—Venga ya, Fizzy. Es obvio que te has estado conteniendo.

Asiento como forma de darle la razón mientras lo observo.

—¿Y por qué tengo la sensación de que tú has estado haciendo lo mismo?

Isaac inspira profundamente y eleva la mirada al cielo.

—Unos tres días después de que empezáramos a grabar, recibí un mensaje de mi novia del instituto. Había vuelto a la ciudad.

El alivio, cálido y dorado, recorre mi cuerpo.

—Ah.

—Todavía no nos hemos visto en persona. No soy de los que rompen las normas. —Se echa a reír—. Pero hemos estado intercambiando mensajes y, bueno, siento que podría haber algo, ya sabes.

—Eso es genial, Isaac.

—Así que, si no me equivoco y te has estado conteniendo, solo quería decirte que no pasa nada. —Asiento—. Y si me equivoco y tienes sentimientos sinceros por mí, quería que lo supieras. No quiero hacerte daño. —Me acaricia la mandíbula con su dedo pulgar—. De verdad que eres una de las personas más increíbles que he conocido. Probablemente esta sea la única mujer del mundo que podría evitar que fuera a por ti con todas mis fuerzas.

Lo ha explicado tan bien. Me gusta mucho Isaac. En un universo paralelo en el que no existiera Connor, Isaac sería el hombre ideal para mí.

—Lo entiendo perfectamente —le digo.

—Ya lo sé.

—¿Qué está pasando aquí, colegas?

Isaac y yo nos volvemos y vemos a Evan con tres pintas de cerveza en equilibrio en las manos. Le pasa una a Isaac, otra a mí y la tercera se la queda él para proponer un brindis.

—Por mi remota posibilidad de ganar este programa y por la mujer más guapa con la que he salido en mi vida.

Todos rompemos a reír, chocamos las jarras y bebemos un sorbo. Me limpio la espuma del labio superior.

—Creo que los dos vais empatados.

—De eso nada. —Evan se traga deprisa el sorbo para mostrar su desacuerdo conmigo—. Va a ganar él y quiero que sepas que no pasa nada.

—Evan…

—No, de verdad, Fizz. Ya tuvimos nuestra oportunidad y no funcionó. Me alegra volver a tenerte en mi vida. Y haberme quitado ese horrible tatuaje. El alcohol nunca ha sido un buen consejero —dice a modo de explicación antes de levantar la cerveza para brindar otra vez—. Pase lo que pase, ha sido genial.

De vuelta en la fiesta, Connor es bastante fácil de encontrar, porque es un gigante rodeado de un grupo de fans. Vale, me refiero al equipo, pero seamos sinceros, todo el mundo está enamorado en un ochenta por ciento de él. Como si sintiera que he vuelto a entrar, sus ojos se cruzan al instante con los míos. No puedo ignorar la forma en la que todos parecen relajados y aliviados, como si no le gustara perderme de vista.

O quizá sea la esperanza la que habla.

Hago todo lo posible por no emocionarme. Le hice daño, e incluso si Connor decidiera que puede volver a confiar en mí, la Fizzy racional sabe que eso no cambia nada en realidad. Si lo habían presionado para que no la fastidiara, seguiría siendo así a la mañana siguiente y la semana siguiente y dentro de tres meses, porque la lupa bajo la que estamos debido a la popularidad del programa no tiene visos de desaparecer. Al final, debo admitir que, tal vez, fue mejor que no volviéramos a acostarnos, porque habría sido bastante probable que hubiera descubierto alguna forma de arrastrarlo a él, a su gran dedo anular y a su gran polla hasta Las Vegas para oficializarlo.

Cuadro los hombros y me preparo para la que, probablemente, sea una conversación difícil. Le hago un gesto con la cabeza para que sepa que quiero hablar con él en privado. Asiente brevemente, se agacha para decirle algo a las dos mujeres con las que estaba hablando y sigue mis movimientos por la sala hasta un rincón en el que hay una mesa vacía en la oscuridad.

Me siento con la espalda contra la pared y lo observo mientas camina hacia mí. Resulta extraño pensar que solo había experimentado esos sentimientos antes al escribirlos, nunca en la vida real. Ya lo había descrito antes como un profundo dolor en el corazón, como si tiraran de él en direcciones opuestas, pero solo ahora me doy cuenta de que no era una hipérbole. El amor duele.

Se sienta frente a mí, dejando su cerveza a medio beber sobre la mesa.

—Hola.

Necesito un instante para devolverle el saludo porque hay muchas cosas que me gustaría decirle.

—Hola —opto por la opción segura.

—¿Qué pasa?

Decido ir directa al grano.

—Ya me he enterado de lo de *Smash Course*.

Le tiemblan los párpados y la mandíbula.

—¿Sí?

—Sí. Lo siento mucho. Las cosas deben de haber sido bastante estresantes para todos en North Star.

Asiente y coge la cerveza, con el ceño fruncido.

—Sí, ha sido duro, sí. Gracias.

Bebe un largo sorbo.

—Dado que es bastante probable que no nos volvamos a ver así nunca más y que no sería nada profesional por mi parte llamarte después de que se emita el programa del sábado, me gustaría decirte unas cuantas cosas.

—Fizzy —dice, inclinándose hacia adelante sobre sus antebrazos.

Pero levanto una mano.

—No te estoy pidiendo que cambies de opinión. Y lo entiendo. Pero nunca antes había podido hacer una declaración de amor y la última vez que lo intenté, en tu casa, me interrumpiste. Así que solo quiero soltarlo, porque creo que me sentará bien. —Arqueo las cejas—. ¿Te importa?

Asiente, tragando saliva con fuerza. Centro la atención en la larga línea de su cuello y observo cómo se enrojece hasta la mandíbula bajo la camisa.

—Te quiero —le digo a su cuello y, al fin, consigo levantar la mirada para encontrar la suya. La iluminación de la sala a sus espaldas crea un contraluz, pero, aun así, puedo ver cómo sus ojos del color de las hojas frescas parpadean antes los míos, buscando mi mirada—. Jamás en mi vida había sentido algo así antes. Cuando estabas preparando las audiciones del programa, me preguntaste qué quería en una pareja y te dije que quería a alguien que se preocupara por las cosas adecuadas, que fuera bueno y trabajara duro, que no se tomara a sí mismo demasiado en serio. Tú eres todas esas cosas y más. Eres amable y trabajador. Eres paciente, honesto y leal. Te admiro mucho.

Me mira con atención y lo conozco lo suficientemente bien como para saber que no va a interrumpirme, que no va a lanzarse sobre la mesa para besarme sin más, aunque eso es lo que de verdad quiero en secreto. Me encanta que sea tan respetuoso, aunque me muera porque me falte al respeto; él y solo él.

—También te dije que quería a alguien que me pusiera mucho y jamás he deseado a alguien tanto como te deseo a ti.

Vuelve a tragar saliva tras romper el contacto visual conmigo para centrarse en su cerveza.

—No voy a entrar en detalles porque estamos en público y porque también me he dado cuenta de que no es agradable acostarse verbalmente con alguien que te ha dicho explícitamente que no quiere estar contigo.

Connor se echa a reír un instante, volviendo a centrar su mirada acalorada en la mía. Percibo lucha ahí. La esperanza lo traduce en algo como «no recuerdo haber dicho que no quisiera estar contigo».

—Pero quiero que sepas que te quiero porque creo que, como sociedad, nos guardamos demasiadas cosas. Nos da miedo ser vulnerables o que nos rechacen. Nos preocupa parecer raros o decir cosas que nadie más piensa. Y es normal, pero no tengo miedo cuando estoy contigo. Sé que me has rechazado, sé que soy rara y sé seguro que nadie más piensa lo que estoy pensando en estos momentos porque nadie te conoce como yo te conozco. Nadie más te quiere de esta forma exacta, perfecta y apasionada.

—Fizzy —dice en voz baja mientras tamborilea en la mesa.

Con cuidado, me acaricia el dorso de la mano con un dedo.

—Así que cuando vuelvas a casa luego, pensando lo que sea que pienses sobre esta conversación, ya te sientas asqueado, feliz, triste o confuso, quiero que sepas que hay alguien en el planeta que te ama profundamente, de manera incondicional, por quién eres y por cómo te comportas. Me alegro mucho de haberte conocido, Connor.

Baja la mirada e inspira lenta e intensamente.

—No sé qué decir.

—Lo sé. Ha sido mucho. No tienes que…

—No —dice al instante—. Hay tantas cosas que me gustaría decirte que no sé muy bien por dónde empezar.

Me muerdo los labios en un intento de no interrumpirlo.

—Si ya sabes lo que ha pasado con *Smash Course,* imagino que ya sabes por qué he tenido que guardar las distancias.

La esperanza arde viva, caliente y palpitante detrás de mis costillas.

—Sí.

Connor me mira con curiosidad.

—Esperaba que me dijeras que no son más que gilipolleces.

—Son gilipolleces —respondo—, pero eres tú quien tiene que decidir cómo quieres hacerlo. Sabías perfectamente que a mí no me importaría lo que Blaine o cualquier otro tuvieran que decir al respecto y tomaste la decisión que creíste mejor para ti. ¿Cómo puede

molestarme eso?

Me mira, sorprendido.

—¿Pero es que no lo entiendes, Connor? —le digo—. Te estoy diciendo que te amo. Quiero lo mejor para ti, aunque no sea lo mejor para mí.

Connor abre la boca con la intención de responder, pero Brenna se acerca. Lo interrumpo.

—Brenna viene para acá.

Se vuelve en su silla y le sonríe.

—¿Qué pasa?

Parece alterada.

—¿Tienes un segundo?

—Siéntate con nosotros.

Doy unos golpecitos al asiento que tengo a mi lado, pero niega con la cabeza.

—Lo siento, pero creo que es mejor que esto lo hablemos Connor y yo a solas. —Baja la voz—. Tenemos los resultados.

Me acerco.

—¿Mis resultados?

Ninguno de los dos me mira, pero Brenna asiente con la cabeza.

—Quiero… —dice y, entonces, esboza una sonrisa temblorosa—. Es solo que tú y Rory tendréis que replantearos el plan de edición, eso es todo.

—Ah, vale.

Connor vuelve a centrarse en mí e intento interpretar la expresión de su cara.

—¿Todo va bien?

—Todo bien. —Su sonrisa no es más que un parpadeo en sus labios —. Tenemos que terminar esta conversación, pero ¿puede ser en otro momento?

El cambio de energía me pone nerviosa y me hace sentir incómoda.

—Sí, claro.

Me pongo de pie.

—Fizzy —me dice Connor.

—Sin problema.

Paso junto a él, pero me detiene agarrándome por el brazo.

—Lo digo en serio. Tenemos que acabar esto.

Asiento con la cabeza, pero no digo nada más. De todos modos, lo que dijera saldría estrangulado y roto. Me alegra haberle dicho todo lo que tenía que decir, pero no me siento mejor, como esperaba. Si acaso, me siento peor, sobre todo ante la perspectiva de lo que podría significar eso de «tenemos que acabar esto».

Capítulo 49

FIZZY

No me sorprende no saber nada de Connor antes de que empiece la final en directo, pero mentiría si dijera que, durante el último día y medio, no me he sentido sola ni estresada. Todo el mundo en mi vida ha dado por hecho que estaría liada con algo o alguien, pero, en realidad, estaba sola en el salón, comiéndome cinco kilos de helado, reproduciendo mi conversación en el Stone con Connor una y otra vez y viendo episodios antiguos de *Breaking Bad* para reconciliarme con la vida. Vale, sí, le he confesado mi amor a un hombre por tercera vez sin recibir nada a cambio, pero, al menos, no tengo un cadáver en la bañera.

Como es mi obligación, me presento en el estudio de televisión, en el centro de la ciudad, a las doce en punto del sábado para pasar por peluquería y maquillaje con la esperanza de ver a Connor en algún momento, aunque solo sea un instante, al otro lado de la sala. Tampoco pido tanto. Ya sé que es poco probable que podamos estar en algún momento a solas, pero si está en el edificio, no lo veo.

Veo a Brenna, Liz, Isaac, Evan y al resto de concursantes eliminados, que han vuelto para la parte del rencuentro del programa. Nos llevan de una habitación a otra, nos retocan el maquillaje, nos peinan y nos preparan para la entrevista. En el estudio, nos sentimos como si todo se hubiera vuelto más importante. Se acabó la cafetería coqueta, las citas en el parque y la ilusión de que lo que estábamos haciendo era algún tipo de pequeña producción independiente. Esto es algo grande. De alguna forma, incluso con los nuevos seguidores, que me paren por la calle, las listas de los más vendidos y las peticiones de entrevistas, no había llegado a ser verdaderamente consciente de en qué se había convertido todo aquello. Hay guardias de seguridad que nos acompañan entre el tráiler y el estudio. Todo el edificio rebosa energía y hay una cola de gente, que espera conseguir entradas para la final, que ocupa varias manzanas.

Me han ofrecido cuatro opciones de ropa, pero la verdad es que me da igual lo que me pongan. Me siento extrañamente aturdida cuando

entro en el vestidor y escojo el vestido rojo evasé que sé que le encantará a mi madre porque me doy cuenta de que enfrentarme a la vida después de esto no va a ser fácil. Decidí hacer el programa como una especie de impulso inicial, una búsqueda de inspiración, un cambio de perspectiva. Y he acabado encontrando algo nuevo dentro de mí —un sentimiento de amor y pasión verdadero—, pero, por no cuidarlo, se ha convertido en un aguijón afilado en mis pensamientos, una sensación amarga. Ninguna de las veces que me imaginé el programa pensé que acabaría saliendo más triste de lo que entré.

Durante la preparación, se nos dijo que va a ser algo así: se entrevistará a los candidatos en grupo, con vídeos cortos sobre cada uno de ellos. Después de eso, tendré que hablar sobre mi experiencia con ellos. Y, por último, se revelará el voto de la audiencia, así como la puntuación obtenida en ADNDuo. Se coronará al vencedor y me recogerá en un coche de bomberos para sacarme del edificio y coger el avión a Fiyi.

Yo le habría puesto algo más de drama a la parte final, pero bueno.

Brenna me instala fuera del escenario para que pueda ver la primera parte desde los bastidores y en un monitor cercano. Al otro lado del set, los chicos entran en fila entre aplausos y Lanelle hace una breve introducción del programa, cómo empezó, cómo ha ido ganando más popularidad de la que jamás habríamos imaginado.

En el pecho, mi corazón parece un juguete al que le han dado demasiada cuerda.

Nick, Dax, Colby, Jude, Arjun y Tex están sentados en largos sofás a ambos lados de la silla de Lanelle, con Isaac y Evan más cerca de ella.

—Invitamos a estos ocho chicos a que se unieran al programa y salieran con la adorada escritora de literatura romántica Felicity Chen. —Los vítores aumentan una vez más y me asomo un poco para intentar localizar a Jess, River, Juno y mi familia entre la oscura masa de cuerpos—. El objetivo no era sacarlos de su vida diaria, sino ver quién hacía clic, quién conectaba… y quién no. Cada semana, vosotros, la audiencia, habéis votado por el concursante que creíais que podía ser el alma gemela de Fizzy. Y esta noche hemos reunido a todo el elenco para hablar de sus experiencias, sus esperanzas y, sobre todo, ¡de lo que piensan sobre *El experimento del amor verdadero!*

Suena la sintonía del programa, hay un espectáculo de luces algo cursi y cortan para la primera pausa comercial. Cuando volvemos, el segmento abre con un vídeo en el que se presentan los diferentes arquetipos de candidato y en el que se les ve en su vida diaria, en el programa y hablando sobre conocerme. Se oyen silbidos cuando vemos un vídeo de Colby haciendo flexiones sin camisa, algunas risas

cuando un vendedor ambulante le limpia los zapatos a Arjun, una fan grita cuando Dax se lanza desde un avión y el rugido aumenta cuando el vídeo cambia a un clip de Isaac caminando por el pasillo con una pieza de equipo robótico que seguro que le habían pedido que llevara en la mano como accesorio para que pareciera un empollón sexi.

El público se ríe cuando Dax sale de la cafetería después de nuestra primera cita y exclama un «Jo…[piii], sí que es sexi».

Me tapo la boca con la mano y contengo una carcajada.

—Fizzy tiene esa aura, ya sabes —dice Nick en el vídeo—. Segura, fuerte, con los pies en la tierra. Pero co… [piii], está buenísima.

Más risas, que se multiplican cuando aparece Arjun.

—Sí, bueno, no creo que hayamos conectado.

La audiencia jalea a Isaac cuando aparece.

—Fizzy es ese tipo de mujer que un hombre se podría pasar toda la vida esperando y no encontrar nunca. La miras y piensas: «Madre mía, está muy bien», pero luego empiezas a hablar con ella y te das cuenta de que te tiene bien pillado y ni siquiera te has dado cuenta.

—Ya desde la primera cita, supe que era alguien especial —dice Evans—. Un consejo: jamás te tatúes un Bart Simpson.

El público ruge. El vídeo me provoca un torbellino de emociones. ¿Por qué no he podido enamorarme de ninguno de ellos?

Cuando el vídeo acaba, Lanelle espera a que dejen de aplaudir antes de entrar en la parte lasciva del programa.

Les hace una serie de preguntas algo cortantes a los candidatos eliminados con una sonrisa en los labios. Que si Tex no creía que había sido algo sexista cuando me preguntó qué pensaba mi padre sobre mi carrera como escritora de literatura romántica. Que por qué creía Colby que la audiencia lo había eliminado. Que cómo se había visto Arjun en su episodio.

Pero luego se muestra mucho más encantadora con Dax y Nick, coqueteando descaradamente, y les pregunta si cambiarían algo de lo que hicieron o dijeron en pantalla y si estarían dispuestos a participar en otro programa como este. Y entonces se produce un anuncio sorpresa: tanto Dax como Nick volverán como protagonistas en la siguiente temporada.

—Mierda —murmuro para mí misma—. ¡Mierda!

Me pregunto si Connor será el productor o ya estará libre. Si podrá hacer lo que de verdad quiere sin miedo a perder su trabajo y su vida en San Diego. Me gustaría preguntárselo, pero no tengo ni idea de lo que está pasando esta noche.

—Hola —susurra alguien a mis espaldas y me sobresalto, tapándome la boca con la mano y dándome la vuelta.

Ya no esperaba ver a Connor esta noche, asumiendo que lo estaría viendo todo desde la cabina de producción, a vista de pájaro. Mi instinto de rodearle el cuello con los brazos es fuerte, pero más fuerte es el deseo de verlo. Su pelo alborotado le cae sobre la frente, pero lleva un traje negro impecable con una corbata negra fina. Parece tan indulgente y diabólico, tan adorable y poderoso. Lo es todo en un solo hombre, todos los arquetipos allí presentes, y necesito toda mi fuerza de voluntad para no volver a declararle mi amor por cuarta vez. Sería inútil.

—¡Es increíble lo de Dax y Nick!

Asiente.

—Sí que lo es, sí.

—¿Y tú vuelves a ser el productor ejecutivo?

—Todavía no lo he decidido —responde con voz firme, pero hay algo en su mirada, una tensión que jamás había visto antes.

Me acerco.

—¿Estás bien?

—Sí. —Se tira de la manga de la camisa bajo la chaqueta del traje, se pasa las manos por el pecho y por el pelo. Un Connor nervioso me parece una visión surrealista. Me mira y luego aparta la mirada—. ¿Y tú?

—Pues, por lo que veo, diría que, comparada contigo, estoy bastante tranquila. ¿Pero qué te pasa?

—La final —se limita a decir—. Me pone nervioso.

—Todo va a salir genial —le digo—. ¿No lo has estado viendo?

—Sí, es solo que… —Connor inspira profundamente y luego suelta todo el aire— lo más difícil viene ahora.

Me vuelvo para mirarlo y le pongo una mano sobre el pecho.

—Todo va a salir genial —le prometo—. No tienes que preocuparte. No voy a decepcionarte.

Asiente y su mirada baja hasta mi boca, flotando a la deriva.

Mi corazón decide evaporarse de mi cuerpo.

—Pase lo que pase —susurro, obligando a mis palabras a salir—, hemos hecho este programa brillante, espectacular e irrepetible juntos y jamás lo lamentaré. Jamás lamentaré haberte conocido.

Antes de que las palabras acaben de salir de mi boca, se acerca a mí y me besa, un beso tórrido e insistente, cogiéndome la cara con las manos. La sorpresa me arranca un grito de la garganta, pero mis instintos envían unos puños firmes y posesivos a las solapas de su chaqueta. Me pongo de puntillas, anhelando su boca, desesperada por ese adictivo equilibrio de dominación y ternura de su tacto. No sé a qué se debe esto, pero no soy tonta. Aceptaré todo lo que este hombre

esté dispuesto a darme.

Con un gemido silencioso, Connor inclina la cabeza, haciendo más intenso el contacto, enviando una mano hambrienta por mi cuerpo, recorriendo la curva de mi trasero y atrayéndome con fuerza hacia él. Sumerge la otra mano en mi pelo hasta acabar sujetando la parte trasera de mi cabeza y vertiendo todo lo que tiene en ese beso. Es el equilibrio perfecto entre suave y duro, aderezado con lametones húmedos y dulces succiones. Atrapa mi labio inferior entre sus dientes, lo arrastra despacio y yo busco el contacto, pero me detiene, presionándome los labios con el pulgar.

Mira su dedo, en claro conflicto, antes de apartarlo para un último beso prolongado.

—Connor.

—Tienes razón —me dice.

—¿Sobre qué?

Pero los aplausos estallan a mis espaldas. Se ha acabado la publicidad y la luz que indica que es mi turno se ilumina sobre mi cabeza.

Connor me da la vuelta, empujándome con suavidad hacia adelante y, aturdida, subo al escenario con el pelo revuelto y sin pintalabios, para descubrir con quién se supone que debo pasar el resto de mi vida.

Capítulo 50

FIZZY

En mi cabeza, el rugido del público resuena como un enjambre de abejas. Miro hacia fuera, intentando calcular cuántas personas hay allí congregadas, pero las luces del escenario me ciegan. No puedo ver nada.

¿Qué acaba de pasar?

¿Connor me acaba de dar un beso de despedida?

Se ha reestructurado el decorado y ahora hay un sofá de dos plazas junto a la silla de Lanelle y dos sofás con todos los concursantes a un lado, uno junto a lo que supongo es mi sofá de dos plazas y el otro, detrás, en una plataforma elevada para que se puedan sentar en dos filas de cuatro. Supongo que el candidato elegido por la audiencia vendrá a sentarse junto a mí, pero en cuanto me acomodo sola en el sofá, me siento extrañamente vulnerable y cohibida.

Todavía me tiemblan los labios por el calor de la boca de Connor.

Tengo un par de minutos para recomponerme mientras se reproduce el vídeo sobre mi vida. En la oscuridad, un equipo de peluqueros y maquilladores entra para arreglar los daños. En pantalla, aparezco escribiendo (LOL), corriendo (se oye una carcajada en la primera fila; ya hablaré contigo seriamente, Jessica Marie Peña) y practicando *bodysurfing* en Pacific Beach (vaya, qué incómodo). ¡Madre mía, visto en retrospectiva, cómo es que no me negué a todas esas ideas! Un retrato real de mi vida habría sido yo mojando nachos en un cuenco gigante de guacamole mientras veo *Aterrizaje de emergencia en tu corazón* en televisión por enésima vez y mi ordenador portátil cogiendo polvo en un rincón. Pero supongo que eso no es lo que cabría esperar de la protagonista del programa.

Cuando termina el vídeo, repasamos lo que ya sabemos: que ya había salido con Evan y que no me gustaba nada su tatuaje; que Arjun y yo no teníamos química; que Tex y Jude me ponían de los nervios; que Dax y yo parecíamos querer comernos, pero, en realidad, no teníamos mucho en común; y que había mucha química con Nick, Isaac y Evan.

Todos charlamos y discutimos alegremente. Hacemos otra pausa publicitaria y, mientras todo el mundo bromea y parlotea, siento que se me empieza a acelerar el pulso. Ya casi ha llegado el momento. Casi. Hay muchas posibilidades de que acabe vomitando en directo.

Quiero que todo esto se acabe y, al mismo tiempo, no quiero que termine. No sé cómo voy a poder mantener una relación con Connor cuando el programa llegue a su fin o si tan siquiera debería tenerla. Me parece extraño haber necesitado treinta y siete años para aprender a confesar mis sentimientos, perseguir aquello y a quien quiero en mi vida romántica y encajar el rechazo. Jamás habría imaginado que tendría problemas para soltar.

Se encienden los focos y eso me indica que hemos vuelto. Tengo las manos sudorosas y resisto el impulso de secármelas en el vestido, porque estoy segura de que sería demasiado obvio que estoy muerta de miedo. Vamos a averiguar cuál ha sido el voto de la audiencia. Vamos a averiguar qué puntuaciones hemos obtenido. Vamos a averiguar el nombre de mi alma gemela.

Pero entonces Lanelle me sorprende.

—Bueno, nuestros ocho concursantes no han sido los únicos con fervientes seguidores —dice—. También está el candidato favorito sorpresa de los fans. ¿No es así, Fizzy?

El público enloquece.

Parpadeo, totalmente fuera de juego, pero consigo recuperarme.

—Supongo que te refieres a nuestro guapo productor, Connor Prince III, ¿no?

Lanelle se echa a reír.

—Exactamente. Antes de que lleguemos a la gran revelación, hablemos un poco con la mente pensante del programa. Connor, ven aquí.

Si antes había creído que el público había hecho ruido, no se puede comparar con cómo lo reciben. La reacción ante los concursantes fueron vítores, pero esto son vítores mezclados con momentos de histeria absoluta, del tipo que solo había visto en el concierto de Wonderland.

Connor se sube al escenario con una sonrisa tímida, con sus casi dos metros de altura luchando por parecer humilde, y yo soy una auténtica estúpida porque ahora me doy cuenta de que el otro asiento del sofá es para él.

Mientras cruza el escenario, mantiene la mirada fija en mí.

Se sienta y me sonríe.

—Hola.

Su largo y musculoso muslo presiona el mío y no quiero ser

dramática, pero es la sensación más erótica de toda mi vida.

—Hola —le devuelvo el saludo, profundizando aún más en nuestro intenso contacto visual—. No sabía que hoy íbamos a avergonzarte en directo.

Los ojos verdes de Connor centellean.

—Es que tenía que darte una última instrucción antes de que terminara la temporada.

Lanelle nos interrumpe.

—Esta es la química de la que estábamos hablando —afirma, señalándonos—. Fizzy, he oído que el único motivo por el que Connor ha hecho los confesionarios es porque tú lo exigiste en el contrato, ¿no?

—Algo así —respondo, todavía sonriéndole—. En nuestro primer día de grabación, le dije que me iría si no lo hacía.

Lanelle frunce el ceño con gran dramatismo.

—Eso es bastante radical.

—Y también mentira —añade Connor entre risas—. Solo lo dice para parecer más dura.

—¡No me quites el gusto! —Lo empujo juguetonamente y el público se echa a reír—. Nunca me deja salirme con la mía.

—Con total sinceridad, la lección que hemos aprendido es que jamás hay que dudar de Fizzy —dice Connor y el público grita «Ohhh».

—Pero escuchad —dice Lanelle—, vosotros dos tenéis una impresionante conexión en pantalla.

La incomodidad vibra bajo mi piel. No quiero que ponga a Connor en el foco de esa manera.

—Un cadáver tendría química con este hombre, Lanelle. Te lo digo en serio.

Las fans de Connor del público gritan.

—No, no, es algo increíble. Mirad.

Señala la pantalla, donde empieza un montaje de fotografías que me deja sin aliento: Connor y yo en el set, acurrucados junto a un monitor; los dos juntos en la cafetería esa primera semana, él sosteniendo su café con hielo para que pudiera probarlo bebiendo de su pajita. Otra en la que le estoy dando un poco de pasta en un almuerzo con el equipo; otra donde estoy detrás de él con cara de loca poniéndole orejas de conejo mientras él y Rory miran algo en un portapapeles.

Lo miro, preguntándome a qué diablos viene todo aquello, qué está pasando, pero él está sonriendo mientras mira la pantalla y no se vuelve ante la presión de mi mirada.

Entonces, la pantalla pasa a una foto que le pedimos a un transeúnte que nos hiciera en el Broad…

Mi corazón desfila como un ejército garganta arriba en busca de refugio emocional.

Y luego, un selfi en *The Rocky Horror Picture Show,* luego otra mía gritando colgada de un arnés en un muro de escalada mientras Connor se parte de risa con los pies bien plantados en el suelo. Hay una foto del día en que ambos intentamos comer tacos de un solo bocado (él ganó) y otra de cuando me llevó en volandas al tráiler del confesionario porque estaba hablando demasiado con Liz y Brenna. Hay una que ni siquiera recuerdo de una vez que estaba viendo la grabación del día y Connor estaba detrás, con las manos apoyadas en mis hombros. Cuando la presentación de diapositivas se detiene en una imagen de los dos con Juno y Stevie, justo antes de que empezara el concierto de Wonderland, los vítores de la multitud adquieren un tono diferente. La realidad se está imponiendo sobre ellos… Y sobre mí también.

Están viendo cómo nos vamos enamorando.

La cara de las niñas no está difuminada, así que Nat, Jess y River han tenido que dar permiso y siento que mi conmoción se convierte en un cañón de confusión dentro de mí. ¿Qué está pasando? Miro al público, hacia la zona en la que sé que deben estar, justo delante, pero solo veo una enorme masa oscura. Se me acelera el pulso en la garganta, implacable.

—Una auténtica amistad —dice Lanelle cuando la pantalla se detiene en una foto mía muerta de risa en el parque Balboa y, justo a mi lado, Connor mirándome con adoración—. Algunos fans incluso llegaron a pensar que la auténtica historia de amor estaba justo ahí.

La audiencia estalla en vítores.

—¡Bésala, Sexi Prince! —grita una mujer desde las gradas.

Me vuelvo para mirar a Connor, que, a su vez, se vuelve para mirarme a los ojos.

—¿Acaso os podéis hacer una idea de cuántos fans tenéis en internet? —pregunta Lanelle.

Necesito un instante para darme cuenta de que me lo está preguntando a mí. Rompo el contacto visual con él y me vuelvo a cámara lenta hacia Lanelle mientras niego con la cabeza. Mi cráneo pesa unos tres mil quinientos kilos.

—Se supone que no debo rastrear la actividad del programa en internet y, francamente, me ha servido de excusa para no usar Twitter en absoluto.

Una oleada de carcajadas recorre la sala.

—¿Connor? ¿A ti qué te parece todo esto?

—Bueno, obviamente no tenía planeado terminar frente a las cámaras. —Se pasa la mano por la parte superior de su suave cabello—. Admito que no es donde más cómodo me siento.

Un coro de murmullos de comprensión sale del público.

—Pero Fizzy tenía razón —dice, levantando las manos como si intentara defenderme—. Ha funcionado. Ha sido divertido, ¿verdad? —Se vuelve para mirarme y sus ojos bajan hasta mi boca—. Todos lo sabemos. Fizzy es inteligente y divertida y consigue que todo el mundo se sienta bien. —Exhala despacio—. Tiene un excelente humor.

La multitud pierde la cabeza por completo y lo miro como diciéndole: «No, en serio, pero ¿qué estás haciendo?».

—Apenas entro en las redes sociales —me dice como si fuéramos las únicas personas en la sala—, pero aun así, empecé a darme cuenta de que a la gente le gustaba nuestra dinámica. —Sonríe—. A mí también me gusta.

Mierda, el corazón.

—Y por lo que veo —dice Lanelle—, ¡hay muchos fans de Cizzy!

—*¿Cizzy?* —gesticulo con la boca a Connor, que se encoge de hombros, y entonces hablo al micrófono—. No tenía ni idea de que tuviéramos un nombre como pareja, Lanelle.

—¿Podríamos subir un poco las luces? —pregunta Lanelle y el público queda suavemente iluminado—. Que levanten la mano los que sean fans de Cizzy.

Parpadeo, asombrada, por todas las manos levantadas que se ven y, entonces, me doy la vuelta cuando noto movimiento a mi lado. Tex, Colby y Dax también tienen la mano levantada.

Lanelle se vuelve hacia ellos, muerta de risa.

—¿Vosotros tres también?

Dax asiente con una gran sonrisa en la cara.

—Es fácil perder cuando sabes que no tenía la más mínima posibilidad de ganar.

—Yo he votado por ellos —admite Tex.

—Yo también —dice Colby.

—¡Ni siquiera conocemos los resultados todavía! —grito, intentando comprender qué es todo aquello—. ¿Qué está pasando aquí?

Miro a Connor, que me coge de la mano y la rodea con la suya. Se hace el silencio en el estudio.

—Lo que está pasando es que me estoy proponiendo como candidato.

El caos se desata a nuestro alrededor. Incluso las personas de las

primeras filas están de pie.

Entre bambalinas, Connor me había dicho «lo más difícil viene ahora» y ahora entiendo a qué se refería: exponerse a sí mismo a los focos, presentarse no solo como candidato, sino como EL candidato, arriesgando todo por nosotros. La devoción ensancha mi corazón.

—¿Vas a tener problemas? —le pregunto en voz baja.

Su trabajo, su vida aquí, todo.

—Ya te he dicho antes que tenías razón —me susurra al oído. Ha leído mi mente. Se aparta lo suficiente como para sonreírme—. Gracias por recordármelo. Todo va a salir genial.

La realidad me golpea como un puñetazo en plena cara: confía tanto en mí como yo en él. Vino a verme entre bastidores buscando el mismo consuelo que yo siempre busco en él. De alguna forma, incluso delante de millones de personas, hemos sido capaces de encontrar un espacio seguro para los dos.

No puedo con esto, no puedo soportar lo que le está haciendo a mi corazón. Es un gesto tan impresionante que ni siquiera habría sido capaz de escribirlo, jamás habría imaginado la sensación que me está invadiendo con tal intensidad que no puedo hablar, ni siquiera pensar.

—Nos habría gustado poder tener el mismo tiempo de pantalla, pero, por supuesto, no ha sido posible —dice Connor a la audiencia mientras me aprieta la mano—. Así que he decidido hacer algo yo mismo.

Señala la pantalla con el mentón y la luz vuelve a atenuarse. El vídeo abre con nuestra canción favorita de Wonderland, *Joyful,* y siento tal emoción que no estoy segura de poder contenerme.

Hay imágenes de nosotros dos bromeando en el set, luego yo tirándole una servilleta arrugada. Una grabación de los dos almorzando juntos, siempre separados unos metros del resto del grupo; en otro fragmento, estamos sentados los dos en una mesa, trasteando nuestros móviles, compartiendo un momento de silencio. También hay una grabación de nosotros intentando aprender un baile de TikTok, riendo a carcajadas, y luego una recopilación rápida de imágenes mías tocándolo en las costillas cada vez que paso por su lado que vuelve loco al público.

En la siguiente grabación, Connor nos está dando instrucciones en el plató mientras lo observo, confiada, con los ojos bien abiertos y asintiendo. Mi amor es tan sutil como un ladrillazo en la cara y me sentiría muy avergonzada por lo obvio que es lo enamorada que estoy de él si no fuera porque también es obvio que es un amor correspondido. Quien quiera que grabara las imágenes de Connor observándome mientras cocino en la cocina industrial y planto árboles

con Jude es un genio: parece que está viendo su programa favorito de la tele.

La canción termina, la pantalla se va a negro y creo que ya se ha acabado hasta que el sonido claro de mi propia voz me sorprende, con una música tranquila de fondo.

—¿Deberíamos hablar de lo de anoche?

El público rompe en carcajadas por lo que se sobreentiende. ¡Oh, Dios mío! Ya sé lo que es esto. El primer día de grabación, cuando mi micrófono estaba abierto. La humillación del momento me produce el mismo efecto que una ducha fría. Me doy un golpe en la frente y la audiencia vibra de emoción por todas las cosas lascivas que están por llegar.

La pantalla de vídeo sigue negra, pero el silencio de Connor antes de responder y, luego, la respuesta comedida sobre la cuestión del audio no deja lugar a dudas sobre que estaba intentando cubrir lo que, en realidad, acababa de decir.

—¿Te refieres a nuestra conversación sobre la grabación de hoy?

—¡Sí! —mi respuesta fulminante—. ¡Por supuesto! ¡Esa conversación! ¿Qué otra cosa podría ser?

La gente estalla en risas.

Brenna aparece en pantalla, sentada junto a Rory en el sofá del confesionario.

—Sinceramente, que estos dos estaban enamorados era obvio para todos desde el principio.

Y ahora es el turno de Rory.

—¡Madre mía! ¡No paraba de mirarlo!

Ahora proyectan un breve vídeo de todas las veces que he mirado a Connor durante la grabación. Sentada en la mesa de la cafetería, en la cocina industrial, en el parque, en el *spa* buscando a Connor cuando ni siquiera estaba allí. El vídeo se acelera, fotograma a fotograma, decenas de veces en las que lo estaba mirando o buscando. Más veces de las que habría imaginado, y ya sabía que lo miraba mucho.

Desde luego, es para reírse.

Me inclino, apoyando la frente en las manos mientras el público me vitorea.

Pero entonces, me incorporo al volver a oír la voz de Brenna.

—Sí, bueno, pero Connor no era mejor.

Ahora reproducen un vídeo de la cara de Connor cada vez que un concursante me tocaba, se acercaba, me hacía reír o coqueteaba conmigo. La recopilación resulta hilarante: Dax y yo en la primera cita y un corte rápido de Connor frunciendo el ceño delante del monitor; Nick dándome una cereza y Connor inspirando profundamente con la

mirada clavada en el techo; Evan apoyado detrás de mí en el barco pesquero y Connor, detrás, mirándolo fijamente. El público está entregado, pasándoselo genial. Los concursantes también están histéricos.

Isaac aparece en pantalla.

—Creo que todos nos hemos dado cuenta, pero, al principio, no parecía que estuviesen saliendo, sino más bien que eran buenos amigos.

Luego, Dax.

—Estaba claro que esos dos estaban liados.

La audiencia profiere gritos picarones.

—Creo que intentaba resistirse, pero no cabía la menor duda de que tenía debilidad por ella —dice Nick.

—Y Fizzy no nos quería a ninguno porque lo quería a él —añade Colby, de pie junto a Nick una noche cualquiera—. Pero es difícil enfadarse cuando ves cómo dos personas se están enamorando.

Miro a Connor y me doy cuenta de que me está observando. Por supuesto que me está mirando; me ha dicho que él personalmente lo había montado. Y entonces me doy cuenta: yo ya he visto a Nick y Colby con esa ropa antes. La llevaban en la fiesta de despedida.

—¿Tú has hecho esto? —le pregunto en voz baja—. ¿El mismo jueves?

Asiente y señala la pantalla con el mentón para que siga atenta al vídeo.

Estamos sentados en el confesionario, el uno frente al otro. Los dos tenemos un aspecto horrible y se me cae el alma a los pies. Es el primer trozo del fatídico confesionario de nuestro último día de grabación.

La parte de ese confesionario que jamás se emitió.

—¿Cómo te sientes ahora que estás a punto de entrar en tu última cita? —pregunta Connor.

—Aliviada —respondo y lo miro directamente a los ojos.

Recuerdo esa sensación, declarándole mi devoción por él, intentando hacerle ver lo mucho que lo quería. Lo llevo escrito en la cara.

La expresión de Connor se tensa mientras sus ojos buscan los míos. Al verlo así, no sé cómo fui capaz de mantener el tipo.

Se le vuelve a caer la máscara.

—¿Aliviada? ¿Por qué?

—Porque pronto podré dejar de fingir que quiero estar con otra persona que no seas tú.

—Fizzy —me dice, presa del pánico mientras mira a la cámara—,

no… No puedes decir eso.

Levanto la barbilla.

—Pues entonces, edítalo.

Con una lenta y larga exhalación, Connor apaga la cámara. La pantalla se va a negro.

Las luces se vuelven a encender y se produce un instante de silencio antes de que el público estalle en vítores, levantándose de sus asientos.

Me suda tanto la mano que quiero liberarme de Connor y secármela, pero no me atrevo; él le da la vuelta sutilmente y la presiona contra su pierna. La audiencia vuelve a gritar cuando lo ven apretando mi mano en la parte superior de su muslo.

Esta gente acabaría sufriendo un ataque cardíaco si alguna vez lo vieran en acción en la cama.

—Bien, Connor, parece que has entrado oficialmente en la competición —dice Lanelle con falsa modestia y, por algún motivo, me da un vuelco el corazón, como si hubiera olvidado para qué estábamos allí—. Imagino que ha llegado el momento de saber qué ha votado la audiencia.

Explica que la votación ha tenido lugar en las redes sociales, donde una empresa externa objetiva se ha encargado de hacer el recuento, y recita las estadísticas sobre cuántos votos llegaron en la primera semana y cuántos llegaron para la final. Los números son impactantes. Las luces se atenúan y luego, lentamente, van adquiriendo un tono rojizo, para darle más suspense, imagino.

—Con el 41,2 por ciento de los votos, la audiencia ha elegido a… ¡Isaac! —grita Lanelle.

Entonces se produce una breve pausa y, a continuación, un fuerte, aunque educado aplauso.

—Sin embargo —continúa Lanelle, sonriendo a la multitud, y me doy cuenta de que, por supuesto, ella también está metida en esto—, ha habido una sorpresa. ¿Alguien se la puede imaginar? —El público grita cientos de cosas ininteligibles, pero les pide con un gesto que se calmen y finge repasar sus tarjetas—. En un giro sin precedentes de los acontecimientos, Connor Prince parece haber recibido el 38,6 por ciento de los votos y ni siquiera concursaba.

Se produce un revuelo y Lanelle tiene que gritar por encima del ruido. Incluso el equipo detrás de las cámaras empieza a gritar.

No necesito las habilidades matemáticas de Jess para saber que el 38,6 por ciento de los votos son muchos millones de personas. Millones de personas que quieren que Connor esté conmigo. Pero las únicas dos personas que realmente importan estamos sentadas en el

sofá. Lo miro; su sonrisa oscila entre tímida, engreída y completamente abrumada.

Me inclino, lo que no hace más que intensificar el alboroto a nuestro alrededor.

—¿Tú sabías esto?

Connor encoge un solo hombro con una sonrisa cada vez más amplia y mi corazón se agranda en mi pecho hasta el punto de ser demasiado grande para mi cuerpo.

—Vale, vale —dice Lanelle, intentando reconducir el programa—. Pero la verdadera pregunta es… ¿Habrá sido capaz la audiencia, es decir, vosotros, de predecir cuál de estos chicos es el alma gemela de Fizzy, coincidiendo con los resultados de ADNDuo?

Va por orden de eliminación. Para sorpresa de nadie, Tex es un *match* de base. Sin embargo, Arjun resulta ser plata. Jude y Colby son *match* de base; y Nick y Dax son ambos plata. Por desgracia, Evan es un *match* de base, pero el público vibra, consciente de lo que eso significa: Isaac es mi *match* de oro. Con un 41,2 por ciento de los votos, han acertado.

Lanelle lo confirma. Disparan cañones ocultos de confeti en el escenario. Las bombillas del logotipo retro parpadean y giran al compás de la música; se oye una cacofonía de pequeños y brillantes fuegos artificiales detrás de nosotros. La cámara hace *zoom* sobre Isaac, cuya hermosa cara aparece en pantalla. Levanta los brazos, saluda a la audiencia, lo celebra y choca los cinco e intercambia apretones de manos con el resto de los compañeros. Me levanto y lo abrazo. Incluso Connor está aplaudiendo.

Pero entre tanto caos de celebración, me surgen más dudas.

«¿Se habrá hecho Connor también la prueba de ADNDuo? ¿Tendrá nuestras puntuaciones?».

El público se calma y la expectación se apodera de la sala. Todos volvemos a nuestro asiento y Lanelle vuelve a centrarse en mí y en Connor.

—Cómo ya habréis imaginado, queda una cosa más de la que debemos hablar: Connor también ha enviado una muestra para la ADNDuo.

Tengo la sensación de que el corazón me va a taladrar el pecho y salir corriendo.

—Imagino que aquí es adonde nos lleva todo.

—Pues allá vamos —dice con una pequeña sonrisa—. El momento de la verdad. ¿Cómo te sientes?

La respuesta es sencilla y la dirijo a Connor.

—Me da igual lo que diga.

—A mí también.

Pero entonces sonríe.

—¿Conoces el resultado?

Asiente.

—¿Y quiero saberlo?

El público se echa a reír.

—Eso es algo que yo no te puedo decir. Depende de ti, cariño. —Connor coge mi mano y la devuelve a su pierna—. Desde luego, no pienso obligarte a averiguarlo en directo en la televisión.

El público protesta con vehemencia y sé que, aunque no quiera obligarme, tengo que hacerlo. No soy tonta. Si los dejo con el misterio, me apuñalarán en el callejón de detrás del estudio.

—¿Y qué pasa si es baja? —pregunto.

Connor me acaricia la mandíbula con el pulgar. Sonríe y percibo que solo me ve a mí en aquella enorme sala, y de todos los grandes gestos y situaciones emocionales que he escrito a lo largo de mi vida, esa es justo la expresión que siempre he buscado. Que me miren de esa forma es mucho mejor en la vida real.

—Una mujer inteligente me dijo una vez que es mucho más probable encontrar a tu alma gemela con un *match* de base que obtener un *match* de diamante.

Me doy cuenta de que eso significa que lo ha hablado con Jess, que seguramente acudió a ella en busca de contexto o simplemente para tranquilizarse, y me enciendo por dentro como una bengala.

Mi mente repasa mi última lista de correspondencias de ADNDuo y hasta qué punto estaba segura de que las puntuaciones influirían en mis sensaciones. Pero, aunque Lanelle me dijera que hemos obtenido el primer cero de la historia, seguiría escogiendo a Connor esta noche y todas las noches del resto de mi vida.

—Para serte sincera, me daría igual cualquier resultado siempre y cuando pudiera tenerte.

—Ya me tienes. —Rebusca en el bolsillo de su chaqueta y saca un sobre—. ¿Quieres averiguarlo?

Cojo el sobre con una mano, temblorosa como una pluma en un huracán.

Connor traga saliva.

—Prométeme que, diga lo que diga, seguirás queriéndome locamente.

Y entonces, acompañados por los gritos enardecidos de la gente, se acerca a mí y posa su boca en la mía.

Empieza siendo un beso pequeño, consciente de que estamos en la televisión, compartiendo el momento con millones de personas. Pero

un cóctel de emociones se apodera de mí —enamoramiento, alivio, euforia y deseo— y no puedo evitar llevar mis manos a su cuello, que mi boca se recree en el arco completo de su labio superior, en el delicioso oleaje de su labio inferior, en su curvilínea comisura. A todo aquel que lo esté viendo le quedará bastante claro que no es la primera vez que lo hacemos.

En cuanto abrimos los ojos, una enorme sonrisa se dibuja en mi cara.

—Yo también te amo.

Y, entonces, inspiro profundamente y abro el sobre.

Capítulo 51

Transcripción del confesionario posterior a la final

Connor Prince: Bien, Felicity Chen, aquí estamos.

Fizzy Chen: Aquí estamos.

Connor: ¿Cómo te sientes?

Fizzy: Me siento como si me hubieran llevado a la otra punta de la ciudad para grabar un confesionario en este tráiler cuando, en realidad, deberías haberme llevado a tu casa para rodar nuestra primera película porno.

Connor: [Risas] Me refiero a después de todo lo que ha pasado esta noche, tras la revelación de nuestra puntuación.

Fizzy: Oh, ha sido la mejor noche de mi vida. Las sorpresas, la celebración con todo el mundo en el escenario, la fiesta posterior…

Connor: Dios mío, mañana voy a tener una resaca horrible.

Fizzy: Tex estaba bebiendo cerveza en su sombrero.

Connor: No creo que Nick encuentre sus zapatos.

Fizzy: Sí, bueno, se han tomado algunas decisiones no demasiado afortunadas, pero no las nuestras.

Connor: Así es. Nuestra noche solo puede mejorar.

Fizzy: ¿Me lo prometes?

Connor: Oh, sí, claro, te lo prometo.

Fizzy: En ese caso, me parece acertado que nuestra puntuación entre en la categoría titanio. [Guiño a la cámara]

Connor: Me imagino que eso es algún tipo de broma sobre erecciones, así que voy a fingir que no lo he oído.

Fizzy: No sé por qué siempre piensas que estoy diciendo alguna cochinada. Quizá era una broma sobre la fuerza de nuestra unión.

Connor: ¿Y lo era?

Fizzy: No, era una broma sobre erecciones.

Connor: ¿Seguro que esta grabación jamás va a ver la luz del sol?

Fizzy: ¿Y cuándo ibas a emitirlo de todas formas? ¡La final ha sido en directo!

Connor: Imagino que exigirán un episodio de seguimiento de algún tipo. Brenna ha repetido *trending topic* y «viral» como setecientas veces esta noche.

Fizzy: Vale, pues mete pitidos en mis chistes verdes o añade emoticonos de berenjenas. ¿Dónde está el problema?

Connor: Vale, nota mental: añadir el sonido de una campana con un gran badajo.

Fizzy: ¿Ves? ¡A mí ni se me habría ocurrido ese juego de palabras! Eres igual de malo que yo.

Connor: Quizá por eso sea amor verdadero.

Fizzy: Creo que con una puntuación del ochenta y ocho por ciento hay motivos para pensar que esto es amor verdadero.

Connor: ¿Por qué no vienes aquí y me lo demuestras?

[Nota del editor: los minutos del tres al veintisiete se han cortado intencionadamente de la grabación].

Connor: Vale. Cortaremos eso.

Fizzy: Tienes barra de labios en tu… Bueno, ahí.

Connor: Ah. Gracias. Vale. ¿Por dónde íbamos?

Fizzy: Amor verdadero.

Connor: Amor verdadero.

Fizzy: Nuestro final feliz.

Connor: La única cosa que le prometes a tus lectores cuando cogen uno de tus libros. Conoces la importancia de un final feliz mejor que muchos de los que nos están viendo.

Fizzy: ¿Sabes? Me da un poco de pena que toda la gente que ha estado viendo el programa y quería que acabáramos juntos no pueda ver cómo se desarrolla la historia. Nuestro futuro va a ser genial. [Mira a la cámara] No me ofrezco voluntaria para ningún otro programa, Blaine.

Connor: Vale, se lo puedes contar a los espectadores ahora mismo.

Fizzy: ¿Todo sobre los finales felices?

Connor: Claro. ¿Cómo dirías que es?

Fizzy: Oh, guau. Bueno, vale, recogemos todo esto, nos vamos a mi casa y nos pasamos las próximas veinticuatro horas en la cama.

Connor: Ya me gusta el futuro.

Fizzy: Nos pasamos la siguiente semana con la familia y los amigos. Isaac disfruta del dinero en metálico y nosotros nos vamos a Fiyi.

Connor: No tengo muy claro que eso vaya a colar para los ejecutivos de North Star.

Fizzy: Técnicamente, soy yo la que decido a quién me llevo.

Connor: No dudo de tu capacidad para discutir el caso con Blaine.

Fizzy: Cuando volvamos, nuestra vida será incluso mejor de lo que habríamos imaginado. La gente nos dejará tener un poco de privacidad y nos tomaremos un par de meses de vacaciones antes de empezar a preparar la segunda temporada.

Connor: ¿Nosotros?

Fizzy: Soy tu nueva coproductora, ¿no lo sabías?

Connor: Ah. Tomo nota.

Fizzy: Tú te disfrazas de Luke Skywalker en la Comic-Con y yo soy tu mochila de Yoda.

Connor: Un sueño hecho realidad para mí llevarte por ahí, rodeados de un montón de gente sudorosa.

Fizzy: Nos mudamos juntos el verano que viene.

Connor: Cuando te parezca bien, le pregunto a Stevie si le gustaría tener a otra fan de Wonderland como madrastra.

Fizzy: Yo acepto cuando me pides matrimonio incluso antes de que la petición salga de tu boca.

Connor: Nuestra boda es la mejor fiesta conocida.

Fizzy: Desenfreno es mi segundo nombre.

Connor: Y todos y cada uno de mis días a partir de hoy, podré decir con total sinceridad «te quiero» y «te adoro» con cada fibra de mi cuerpo.

Fizzy: ¡Madre mía, eso sí que ha sido digno de una de mis novelas! ¿Podemos empezar nuestro futuro ahora mismo?

Connor: Sí, claro, cariño. Podemos.

Agradecimientos

Cuando acabamos *La ecuación de las almas gemelas* en 2020, asumimos que ya habíamos escrito todo lo que se podía escribir de este mundo. Jess, River y Juno encontraron su final feliz y hasta ahí. Pero vosotros, queridos lectores, teníais otros planes. *Las ecuación de las almas gemelas* se publicó en mayo de 2021 y nosotras salimos de gira (virtual) y, en literalmente cada evento, nos hicieron la misma pregunta: «¿Vais a escribir un libro sobre Fizzy?».

Estábamos un poco desconcertadas. Creamos personajes secundarios por cientos de razones —para añadir a los momentos de tensión un poco de humor, para desafiar a la protagonista durante su viaje o para satisfacer la subtrama de la historia—, pero rara vez se convierten en estrellas por derecho propio. Jamás hemos tenido una explicación para esto, pero cuanto más se lo preguntábamos a la gente, más nos dábamos cuenta de que necesitábamos una: decir «nunca digas nunca jamás» no funcionaba para muchos de vosotros. Y entonces, un día, apareció la idea. Probablemente no sucedió como si se encendiera una bombilla, pero, visto en retrospectiva, es un poco así, como si el comienzo de la historia de Fizzy apareciera en una conversación entre nosotras dos: había perdido su alegría y la recupera en el lugar más improbable que cabría imaginar, con un hombre difícil de etiquetar, que ve sus múltiples capas y profundidades, y a quien hace feliz la contagiosa exuberancia de Fizzy.

A decir verdad, si hubiéramos planeado desde el principio crear una protagonista que fuera escritora de novela romántica, probablemente el personaje de Fizzy en *La ecuación de las almas gemelas* habría sido un poco diferente. Para decirlo sin rodeos, los escritores de este género tenemos que aguantar muchas estupideces por lo que hacemos. En las entrevistas se nos pregunta si escribimos nuestras fantasías; se nos pregunta qué opinan nuestros padres y maridos sobre lo que hacemos; se nos pregunta si hemos hecho todo lo que describimos en nuestros libros. Así que, por razones obvias, al principio, nos tuvimos que plantear hasta qué punto íbamos a centrarnos en la positividad sexual y en su exuberante vida amorosa. No queríamos jugar con esos estereotipos externos. Pero resulta que,

al final, era tan sencillo como escribir la palabra «prólogo». Fizzy acabó saliendo de nosotras de forma tan natural como la propia respiración. Pero el verdadero problema nos cogió por sorpresa: ¿qué clase de hombre se merece a una mujer así?

Nos costó un poco encontrar a Connor en estas páginas. Es un protagonista más tranquilo, una presencia más firme y terrenal. Lo escribimos por capas, esculpiendo con cuidado la historia en cada revisión hasta que quedó tan completamente formado y dimensional como nuestra audaz y brillante Fizzy. Y esta noche, mientras repasamos nuestra obra por última vez antes de enviarla a la editorial, creemos que es lo mejor que podíamos haber hecho. *El experimento del amor verdadero* es el trigésimo libro que hemos escrito juntas y es nuestra carta de amor al romance, los clubs de fans y las fans de todo el mundo.

Y, como siempre, aunque escribimos las palabras, se necesita un enorme equipo de gente maravillosa detrás, trabajando sin descanso entre bambalinas, para que el libro llegue a tus manos.

Holly Root, nuestro *match* de diamante, siempre debemos nombrarte en primer lugar. Nos encontraste entre un montón de manuscritos hace casi exactamente once años; veintinueve libros publicados más tarde, todavía te miramos con gran cariño y amor. Eres amable y sabia, divertida e intuitiva, implacable y brillante, perfecta para nosotras en todos los sentidos. Kristin Dwyer es nuestra relaciones públicas y representante, nuestro espacio seguro. Gracias por hacer llegar nuestros libros al mundo, por ponerte sombreros estúpidos con nosotras en Disneyland y por estar siempre preparada a la hora del desayuno en los hoteles de la gira de nuestros libros. Dracarys.

Jen Prokop es una de las editoras independientes más brillantes con las que hemos trabajado; siempre encuentra el punto débil de nuestros manuscritos como si ese fuera su superpoder. Gracias por tu atenta lectura, por tus maravillosos comentarios y por siempre poner la recomendación literaria perfecta al alcance de nuestras manos.

Ya lo hemos dicho antes y lo volveremos a decir: Gallery/Simon & Schuster ha sido la mejor opción para nosotras en todos y cada uno de nuestros libros. Jen Bergstrom es ese raro tipo de editora que logra equilibrar mentora, campeona, entrenadora, amiga y mujer de negocios sin perder un ápice de profesionalidad. Estamos muy impresionadas con el equipo que has creado. Hannah Braaten, trabajar en Fizzy contigo siempre ha sido muy divertido; gracias por representarnos a la perfección en cada espacio y por ayudarnos a hacer de esto exactamente lo que esperábamos que fuera. Nuestro más

sincero agradecimiento al resto del estupendo equipo editorial, Abby Zidle, Aimée Bell, Andrew Nguyên, Sarah Schlick, Mia Robertson y Frances Yackel; las potentes compañías de venta de Jen Long, Eliza Hanson y todos los representantes a quienes les prometimos nuestros primogénitos con la esperanza de que se comportaran bien, LOL; nuestro impresionante equipo de publicidad, Lauren Carr y Sally Marvin; las genias del marketing Mackenzie Hickey y Anabel Jiménez; a los siempre pacientes y excelentemente creativos directores de arte Lisa Litwack y John «Bigotes» Vairo (no te lo afeites nunca; piensa en todos los agradecimientos que tendríamos que editar). Nuestros magníficos correctores de estilo encuentran nuestros errores y se aseguran de que el mundo nunca sepa que no sabemos poner las comas o usar un calendario. Nuestra editora de producción, Christine Masters, es conocida como «la asombrosa Christine» en la mayoría de nuestros correos electrónicos y se lo merece. El equipo de Simon Audio está plagado de estrellas: Sarah Lieberman, Chris Lynch, Louisa Solomon, Tom Spain, Desiree Vecchio, Gaby Audet, Taryn Beato y Sophie Parens. Gracias a todos los que han tocado nuestros libros, ya sea con un ordenador o montándolos físicamente y llevándolos adonde son necesarios.

Heather Baror-Shapiro, gracias por hacer que nuestras palabras lleguen a lectores de todo el mundo. Mary Pender-Coplan, eres pura magia. Tus llamadas son nuestras favoritas. Matt Sugarman, gracias por representar siempre nuestros intereses con el máximo compromiso; eres un tipo duro. Molly Mitchell, gracias hasta el infinito y más allá por gestionar nuestro calendario y mantener todo bien organizado. Eres ORO puro.

A nuestros amigos, compañeros y escritores favoritos por habernos inspirado, compartir gritos de fan con nosotras o impedir que la liáramos en internet. Os queremos, Erin Service, Katie Lee, Kate Clayborn, Sarah MacLean, Ali Hazelwood, Susan Lee, Jennifer Carlson, Jessica McLin, Brie Statham, Amy Schuver, Mae Lopez, Laura Wichems, Kian Maleki, Bianca Jiménez, Jori Mendivil, Cathryn Carlson, Ysabel Nakasone, Adriana Herrera, Katherine Center, Jen Frederick, Diane Park, Kresley Cole, Erin McCarthy, Sally Thorne, Sonali Dev, Alisha Rai, Christopher Rice, Sarah J. Maas, Sarah Wendell, Tahereh Mafi, Ransom Riggs, Stephanie Perkins, Helen Hoang, Tessa Bailey, Rachel Hawkins, Rosie Danan, Rachel Lynn Solomon, Rebekah Weatherspoon, Leslie Phillips, Alexa Martin, Jillian Stein, Liz Berry, Brittainy C. Cherry, Andie J. Christopher, Candice Montgomery y Catherine Lu.

A las Blue Flowers de Lo: os adoro a todas.

Gracias a nuestras lectoras beta del Reino Unido por ayudarnos con la voz y el vocabulario de Connor: Lindsey Kelk, Katy Wendt, Lia Louis y Paige Thompson. Esperamos que de verdad parezca un chico del norte, pero, si no es así, la culpa es nuestra.

Después de publicar *La ecuación de las almas gemelas,* nos emocionó comprobar que muchos de vosotros esperabais que Fizzy tuviera su propio libro y, al mismo tiempo, somos conscientes de que no somos nosotras las que debemos contar una historia de identidad cultural o autodescubrimiento de un personaje procedente de una cultura ajena a la nuestra como este. Para nosotras es muy importante que nuestros libros se parezcan al mundo que nos rodea y esperamos haber encontrado el equilibrio adecuado entre estas dos prioridades: contar una historia de amor que parezca realista, pero que no provoque la sensación a nuestros lectores de que nos hemos apropiado de la identidad china americana. Si formas parte de esta comunidad, gracias por darle una oportunidad a nuestro libro. Nuestra más profunda gratitud a nuestras lectoras beta chinas americanas: Jennifer Yuen, Patty Lai, Eileen Ho, Kayla Lee y Sandria Wong. Estas mujeres respondieron a todas nuestras preguntas y se leyeron varias versiones de este libro. Compartieron su tiempo, sus recuerdos y, lo que es más importante, su vida. Jen, Patty, Eileen, Kayla y Sandria: estamos muy agradecidas con vosotras. Esperamos haberos hecho sentir orgullosas. Si algo es incorrecto, es absolutamente culpa nuestra.

Llegados a este punto, nuestra familia ya sabe tanto del sector editorial como nosotras. Nos han ayudado a redactar, editar y publicar más de dos docenas de libros, en cientos de eventos e innumerables actos y celebraciones. No habríamos podido hacer nada de esto sin ellos. Gracias, K y R, por celebrar nuestras victorias con gusto, apoyarnos en nuestra lucha y ser maridos orgullosos y feministas de vuestras entusiastas esposas de club de fan. Y gracias, C, O y V, por ser los niños más increíbles, pero, sobre todo, gracias por saber prepararos la cena solos cuando ha sido necesario. No hay palabras para describir nuestro amor por vosotros.

Por si no te has dado cuenta, Fizzy está obsesionada con sus lectores, igual que nosotras. Nuestros personajes rara vez hablan por nosotras, pero cuando Fizzy habla de cómo sus libros tienen un impacto en la gente y ve vídeos de TikTok, *reels* y todas sus magníficas fotos, eso sale directamente de nosotras. No somos nada sin vosotros y, ya nos hayáis descubierto en el libro uno o en el veintinueve, ya seas un lector, un bloguero, un *booktokker,* un *bookstagrammer* o un *podcaster* o simplemente te guste gritar en nuestros mensajes directos sobre nuestras historias, os estamos muy agradecidas.

Si eres librera o bibliotecaria, te adoramos. Ojalá tengas siempre la piel perfecta y vueles en la cola de Ticketmaster. Gracias por todo vuestro trabajo y por ayudar a que nuestros libros lleguen a nuevos lectores.

Si nos sigues, nos has conocido o has asistido a alguno de nuestros eventos, ya sabes que nosotras consideramos el fenómeno fan un deporte profesional. Lo llevamos en la sangre (púrpura) y, cuando nos gusta algo, nos gusta con cada fibra de nuestro cuerpo. El grupo favorito de Fizzy y Stevie no es oficialmente BTS, pero la alegría eufórica que ofrecen a la gente está muy inspirada en ellos. Le hemos dado las gracias a BTS en cuatro de nuestros libros, pero la felicidad e inspiración que nos aportan podrían llenar todas y cada una de estas páginas. Kim Namjoon, Kim Seokjin, Min Yoongi, Jung Hoseok, Park Jimin, Kim Taehyung y Jeon Jungkook, nos inspiráis para amar más, ser más amables, colaborar con pasión y crecer como personas. Gracias por vuestro duro trabajo, por vuestra dedicación y por compartir vuestro infinito talento con el mundo. BTS y las ARMY puede que se hayan tomado un descanso, pero siempre estaremos aquí, con nuestras *ARMY bombs,* preparadas para lo que venga después.

Christina, pura luz en forma humana. Eres el glaseado de mi dónut, el hoyuelo de mi sonrisa, el Namjoon de mi Jungkook, el punto de exclamación del final de todos mis gritos de fanática. Me encanta la vida que hemos creado juntas y, a veces, todavía no me lo creo. Treinta libros y acabamos de escribir uno que nos desborda el corazón. ¡Menudo viaje!

A mi Lolo, he sido la amiga más orgullosa del mundo este año. Has publicado tu propio libro *(Escandalízame,* de Ivy Owens, disponible donde se vendan libros) y has sido la mejor coautora/madre/esposa/hija/mejor amiga que podría desear. Decirte que te quiero no basta, pero creo que ya lo sabes. Espero que escribamos treinta libros más juntas, vayamos a quinientos conciertos más y no encontremos ninguna ardilla decapitada. IYKYK. Eres para siempre mis comillas de apertura.

Título original: *The True Love Experiment*

Edición en formato digital: 2024

Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN ebook: 978-84-19822-01-74